

Embaucar a un Ponde

Baile de máscaras I

Alexia Seris



Alexia Seris

EMBAUCAR A UN CONDE

Baile de máscaras I

Este libro no podrá ser reproducido, ni total ni parcialmente, sin el previo permiso de la autora. Todos los derechos reservados.

© Alexia Seris, 2019

Primera edición: Junio de 2019

Diseño de portada y maquetación: Alexia Seris

Imágenes de portada: 123RF.

Contenido

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Epílogo](#)

Capítulo 1

El día había amanecido con un sol espléndido y como cada día, Candice se levantó de la cama con una sonrisa en la cara, adoraba estudiar en la escuela para damas de Miss LeBlanc. Se sentía muy agradecida de estar en compañía de otras mujeres de alta cuna que la trataban con respeto y le enseñaban con gran cariño todo tipo de conocimientos, pero sin ninguna duda, lo mejor de estar allí era que se encontraba muy lejos de la casa en la que había crecido, muy lejos de lo que quedaba de su familia, un pensamiento tan deprimente que apenas se permitía pensar en ello. Pese a ser hija de un barón de segunda generación, ninguna de sus compañeras le había hecho sentir jamás inferior y eso para ella era un regalo del cielo, pues para su padre y su hermano, el hecho de que la Corona le otorgase a su abuelo el título de Barón jamás había sido suficiente. Se estremeció al darse cuenta de que ella misma, jamás había sido suficiente tampoco.

Todos sus días tenían la misma rutina, se perdió en la apacible calma que la rodeaba mientras se ocupaba de sus abluciones matutinas y elegía con mimo uno de sus vestidos. No eran nada del otro mundo, tan sólo sencillas creaciones en ligeros tejidos que a ella le aportaban la comodidad y el bienestar de saberse bien vestida. Suficiente para la hija de un barón. Se sentó delante del espejo a cepillarse el pelo con calma para comenzar a ensortijarlo tal y como estaba a la moda, era una suerte poseer ondulaciones naturales que le evitaban el tedio de pasarse horas con los hierros calientes, cuando terminó, se contempló orgullosa de ser capaz de ocuparse de ella misma.

Unos ligeros golpes en la puerta la sacaron de sus pensamientos antes de que estos provocasen que la culpa le mordiese el alma, no quería ser desagradecida, pero jamás se había sentido a salvo en su propia casa y poder disfrutar del privilegio de estar en esta escuela pese a su edad, era para ella como un salvoconducto eterno ante el futuro incierto.

—Señorita Benning —una de las doncellas que atendía a las estudiantes asomó la cabeza —Miss LeBlanc solicita su presencia.

Candice se puso nerviosa casi de forma inmediata, pues el hecho de que fuera llamada a primera hora de la mañana no era un buen augurio, no obstante, respondió lo que se esperaba de ella, con un gesto afirmativo y una vez que estuvo de nuevo a solas, se apresuró en su higiene para vestirse posteriormente lo más rápido posible y no hacer esperar a la directora de la escuela.

Tras mirarse en el espejo, confirmó que su aspecto era el apropiado con el vestido que había elegido de suave lana color crema con pequeñas flores bordadas por toda la falda. Salió intentando controlar los temores que se apoderaban de ella mientras que tenía la sensación de que una vocecilla interna le decía que probablemente esos fuesen los últimos momentos que pasase en la escuela que ella adoraba, que su vida, tal y como ella la conocía estaba a punto de cambiar para siempre.

Recorrió con paso decidido pero lento el luminoso pasillo de color crema con delicadas filigranas en verde y oro y sonrió al observar los cuadros con idílicas escenas sociales con las que ella soñaba cada noche, si sus suposiciones eran acertadas y su familia la apartaba de la escuela, lo iba a lamentar muchísimo, pues era lo más cercano a un hogar que ella había conocido desde que sus abuelos fallecieron y había sido arrancada de la casa en la que creció.

Al llegar al despacho de Miss LeBlanc, Candice tomó aire y cerró los ojos para llenarse de confianza, llamó con cautela y al escuchar el permiso para entrar, cogió aire en los pulmones, fingió sentirse plenamente confiada en sí misma y abrió la puerta. Sin embargo, atravesó el umbral siendo consciente de que su vida estaba a punto de cambiar para siempre. El corazón le latía con fuerza en el pecho y tenía la imperiosa necesidad de retorcerse los dedos con fuerza, pero no obstante, aunque sólo fuese la hija de un barón, tenía la educación de una duquesa, por lo que hizo lo que se esperaba de ella, se colocó la máscara de indiferencia sobre su rostro y se obligó a relajar los músculos de su cuerpo.

—¡Ah! ya está aquí —la directora era una mujer de altura media, un cuerpo voluptuoso y una sonrisa que encandilaba a todo aquél que la miraba —siéntese querida, me temo que el tema que debemos tratar es bastante desagradable.

Candice obedeció la orden sintiendo que estaba a punto de desfallecer, no era capaz de imaginar las desgracias que se habrían cernido sobre ella. Ahora

que tenía claro que sus miedos se iban a hacer realidad, el rubor cubrió sus mejillas reflejando la profunda vergüenza que sentía y sus ojos se humedecieron a causa de la tristeza. Lo estaba intentando con todas sus fuerzas, quería con toda su alma, ser el fiel reflejo de aquello que le habían enseñado, que una verdadera dama, jamás se deja llevar por sus emociones, pero al ver la expresión de esa mujer a la que tanto admiraba, todo su autocontrol se estaba viniendo abajo por momentos.

—Verá, esta misma mañana he recibido una carta de lord Stonely —la mujer observó a la joven con una profunda pena en sus ojos —me refiero a su hermano —le aclaró ante la sorpresa de Candice, pues ambas sabían que su padre no le había escrito en varios años —en ella me revela que su padre ha fallecido hace ya algún tiempo y que no puede seguir sufragando su formación en mi escuela.

Candice agradeció estar sentada, pues en esos momentos no estaba segura de poder permanecer en pie sin derrumbarse al suelo de una forma nada delicada, sentía que había palidecido pues apenas podía sentir latir a su propio corazón. Las palabras de la directora se enredaban en su mente como una terrible pesadilla, solo que no estaba durmiendo, estaba perfectamente despierta y a tenor de cómo Miss LeBlanc le cogía las manos, no estaba en una pesadilla, estaba en el mundo real, un mundo en el que su padre ya no existía y en el que su hermano le robaba lo único que ella había adorado en la vida desde que era una mujer adulta.

La joven titubeó durante unos instantes, momento que aprovechó la directora para ponerle en sus manos la escueta carta de su hermano.

Comenzó a leer sintiendo que sus mejillas se mojaban por las lágrimas provocadas por las palabras que contenía la nota. En apenas dos renglones, su hermano George le comunicaba sin piedad ninguna que su padre había muerto hacía más de un mes y que debido a la falta de fondos, ella debería ser devuelta con efecto inmediato a su residencia de Londres.

El papel se deslizó de sus manos mientras ella sentía que todo su mundo se desvanecía. No es que tuviese un cariño especial por su padre, pues siempre habían mantenido una relación muy distante, pero le dolió no poder acudir a su funeral. Y ahora, para su eterna humillación, debería abandonar la escuela porque su familia se había quedado en la ruina. Miró a su directora e intentó preguntar algo, pero las palabras se le atascaban en la garganta, era evidente que su situación era absolutamente devastadora y había perdido

completamente el control sobre sí misma.

—Mi querida niña —la estrechó entre sus brazos —sé que estás sufriendo pero debo obedecer a tu hermano, no obstante, no podría haberte mantenido más tiempo, pues tu familia lleva casi un año entero sin pagar a la escuela.

Candice sólo pudo sollozar más fuerte aún entre los brazos de aquella mujer. No quería irse, pero sobre todo no quería irse de esa manera, siendo una carga para la escuela, llegando a Londres sin un chelín en el bolsillo y teniendo que acatar todas las órdenes que su hermano le diese, pues ahora él era el responsable de ella. Odió al destino por ponerla en semejante situación.

Cuando ya no le quedaron más lágrimas, Candice fue conducida de nuevo a su cuarto, donde todas sus escasas pertenencias habían sido metidas en un baúl. Un sirviente y una doncella la esperaban para partir lo antes posible a Londres. Ni siquiera tuvo tiempo de despedirse de la que fue su habitación durante los últimos años, ni de las extraordinarias jóvenes con las que había compartido su vida, no es que hubiera hecho grandes amistades, pero sí que sentía cierto cariño hacia ellas, no obstante, las órdenes de su hermano eran que partiese de inmediato y así sería exactamente.

Al salir acarició con ternura la suave tela de color salmón que tanta calidez le había hecho sentir cada día de su vida desde que llegó a la escuela siendo una niña pequeña. No era capaz de expresar, ni siquiera para sí misma, el grado de soledad que sentía dentro de ella, era como si la hubiesen arrancado de su hogar, del único lugar en el que se sentía segura. Ahora debía enfrentarse a una vida completamente nueva de la que nadie le había advertido y a la que temía más de lo que quería confesar.

Lloró desconsolada durante todo el trayecto al lugar en el que había crecido pero al que no consideraba su hogar, no sabía qué sería de ella a partir de ahora, pues hasta ese momento no se había parado a pensar en su futuro, se suponía que no tenía prisa, su padre le había dicho que no sería una debutante hasta que tuviese al menos veinte años. Y ella se sentía profundamente complacida con esa decisión, pues no sentía ninguna prisa por encontrar un esposo que le diese órdenes continuamente y que la obligase a compartir su cama y a darle hijos para después poder olvidarse de que los tenía. No, el matrimonio no era para ella. Y como afortunadamente no conocía a demasiados caballeros, jamás había sentido la tentación de intimar con ninguno de ellos.

Sin embargo, al cumplir los veinte, su padre le comunicó que sería

apropiado esperar un año más y ella no lo discutió en absoluto, seguía teniendo los mismos pensamientos acerca de compartir su espacio y su cuerpo con un hombre al que apenas conocería y que podría hacer con ella lo que quisiese. No, definitivamente, ella estaba mucho mejor en la escuela, siendo formada eternamente y sin acercarse jamás a un caballero que le rompiese el corazón.

¡Qué ingenua había sido! Los recuerdos la abrumaron y la realidad de sus circunstancias le robó el aliento. Ahora ella tenía casi veintidós años y aún no había sido presentada en sociedad, lo cual debido a su actual situación era poco menos que una catástrofe, pues la mayor parte de las jóvenes eran presentadas con apenas dieciocho años y con su edad ya tenían al menos un hijo. Ya casi se empezaba a ver a sí misma como una solterona sin remedio.

Miles de preguntas se agolpaban en su mente y deseaba con todas sus fuerzas que alguien le diese esas respuestas, pero el único que podría responder sería su hermano, por lo que cuando llegaron al barrio donde se erigía orgullosa la mansión Stonely, el estómago de dio un vuelco por los nervios, llevaba sin ver a George desde que eran unos niños y buscó en su mente el último recuerdo que tenía de ellos dos juntos, pero sólo le venía a la memoria el día que partió ella sola en un coche hacia la escuela de Miss LeBlanc.

La ansiedad estaba pudiendo con ella y a punto estuvo de gritar cuando el coche se detuvo y la portezuela se abrió.

A partir de ese momento, todo fue tremendamente confuso para ella.

Lakesbury, Hatford Lane

Joseph Aldridge, conde de Hatford y futuro marqués de Kerinbrooke se paseaba por la biblioteca, machacando sin piedad con sus pasos acelerados la carísima alfombra Abusson que había sido encargada especialmente para esa estancia. Se sentía como un león enjaulado y parecía aún más peligroso. Apenas podía contener la rabia que sentía, él había dedicado su vida a complacer a su padre para poder gozar de cierta libertad, jamás había dado ningún escándalo, nunca se había desviado del camino marcado, todo para llegar a ser quien estaba destinado a ser pero sin perderse a sí mismo, sin embargo, ahora veía cómo sus alas eran cortadas y no podía impedirlo.

—¡Padre! —Joseph apenas podía controlar su ira —¡no puedes hacerme esto!

—¡Claro que puedo! —contestó el marqués también a gritos —¡estás a punto de cumplir los treinta años y ni siquiera te molestas en fingir que buscas una esposa!

—¡Porque no la necesito! —exclamó Joseph con desesperación a la vez que su padre abría los ojos como platos.

—¡Sandeces! ¡Claro que la necesitas! ¿Cómo si no, pretendes darle un heredero al marquesado? —le preguntó iracundo.

—¡Tú aún vives y yo soy joven! ¡Y está Alexander! —bramó el joven apenas pudiendo controlarse.

—¡Pero tú eres mi heredero! —volvió a vociferar el marqués justo antes de cerrar los ojos y coger aire —¡basta ya! —exclamó con brío —ésta es mi voluntad —bajó la voz y le miró fijamente a los ojos —la temporada está terminando y debes encontrar una esposa antes de la llegada del verano, o te juro Joseph, que te quitaré todo lo que posees —le advirtió vertiendo todo su poder en sus palabras, su hijo se quedó pálido al escucharle —tierras, dinero... todo —se encaminó a la puerta y la abrió de golpe —cásate antes del verano o lo perderás todo.

Salió rápidamente y cerró con fuerza justo un instante antes de que un enorme cenicero de cristal se hiciese añicos contra la pesada puerta de madera. El marqués cerró los ojos un instante y se recostó contra la pared para soltar el aliento que había retenido. Jamás había obligado a su hijo a nada, nunca le había hecho falta porque era el primogénito, el conde y futuro marqués perfecto. Tragó con fuerza y rezó para que la brecha que acababa de abrir entre ellos se cerrase algún día, había perdido a su esposa, a la que fuera el amor de su vida y sólo sobrevivió porque tenía a sus hijos con él. No estaba seguro de cómo afrontaría el día a día si perdía a uno de ellos. Se enderezó y salió de la casa de su hijo con el corazón encogido en un puño.

Joseph temblaba de ira que apenas podía contener. Su padre se había vuelto especialmente molesto con el tema de verlo casado en el último año, pero jamás imaginó que le obligara a casarse so pena de perderlo todo. Un rugido le salió de lo más profundo de su alma mientras apretaba con tanta fuerza un jarrón de porcelana que estalló en mil pedazos en sus manos.

Así se sentía él exactamente, su padre y él jamás habían discutido de esa forma, nunca le habían obligado a hacer algo que no quisiera y el hecho de que

ahora le hubiera dado ese ultimátum, le entristecía en la misma medida que le enfurecía, ¿cómo pensaba que iba a encontrar a una esposa en Londres? Allí no había más que doncellas pálidas y delicadas que no le interesaban lo más mínimo, todas ellas rodeadas de sus alcahuetas madres que intentaban endilgárselas a toda costa. Mujeres insulsas sin nada interesante que decir, por hermosas que fueran, él quería a alguien que le intrigase, que despertase sus instintos y que de alguna forma le hiciese sentir vivo.

Hacía tiempo que no pensaba en casarse, pero cuando lo había hecho, había decidido que él necesitaba una mujer fuerte pero de carácter tranquilo pues la vida en el campo no era tan complicada socialmente como en la ciudad pero sin duda mucho más dura y Dios sabía que él odiaba estar en Londres, lo que más le gustaba era salir a cabalgar por sus campos al amanecer, reunirse con sus arrendatarios y disfrutar con ellos de una copa de vino o aprovecharse de un almuerzo imprevisto. Las conversaciones con esas personas eran las que le hacían el día a día tolerable a pesar del hastío que sentía desde hacía tanto tiempo que ya apenas podía recordar. No era un lord como los demás, él no ansiaba la vida displicente y llena de vicios y banalidades, no tenía la más mínima intención de pertenecer a uno de esos salones de caballeros en los que se permitían todo tipo de libertades y fantasías. ¿Qué diablos iba a hacer con una esposa que quisiera pasar la temporada en Londres?

Se acercó a la ventana de la biblioteca y miró hacia el enorme invernadero que se veía al fondo donde tenía parte de lo que más le importaba en la vida, sus plantas y sus flores, sus árboles frutales y sus experimentos con las plantas más delicadas, donde pasaba sus horas más tristes y decadentes, donde se podía permitir el lujo de no pensar en nada más que en lo que tenía en las manos. Su padre quería quitárselo todo... y todo por una estúpida mujer. ¿Para qué quería él una mujer que interfiriese en sus asuntos? Seguramente se empeñaría en ocupar todo su tiempo y alejarle de las responsabilidades que tenía, o peor aún, él era consciente de que su carácter era fuerte e indómito, una de las llamadas rosas inglesas se estaría desmayando cada dos por tres. ¿Cómo era posible que su padre quisiera eso para él?

Golpeó el cristal con tanta fuerza que estalló en miles de pedazos cortándole en la mano. Agitó la cabeza con fuerza y llamó a su mayordomo personal tirando del cordel para tal efecto. Al menos podía confiar en que su personal se encargaría de todo el desastre que había organizado mientras él salía a cabalgar con su mejor semental. Tenía que alejarse de todo el mundo

mientras aún le quedaba algo de cordura en el cuerpo.

Andrew, el mayordomo, entró en la biblioteca temeroso por la reacción del conde, había escuchado la terrible discusión del marqués con su hijo y sabía que la ira de la que ahora era presa les ponía a todos en una delicada situación, lord Hatford era justo, pero sus ataques de ira eran terribles y éstos habían empeorado en los últimos meses. Al entrar vio los destrozos y frunció el ceño, era peor de lo que había supuesto, observó como la mano del conde goteaba sangre sobre la carísima alfombra traída de París y corrió a buscar un paño con el que taparle las heridas y evitar al mismo tiempo que se desangrase y que los daños en el tejido fuesen permanentes.

Al cabo de unos minutos, él y Lucinda, una de las doncellas nacidas en la mansión, entraban en la estancia con el temor de ser reprendidos bruscamente, para su desconcierto, el conde permitió que la joven le curase las heridas y en cuanto le vendaron la mano, salió como alma que lleva el diablo, dando un portazo que hizo temblar todos los cristales de la mansión y los corazones de los que allí habitaban, era evidente que se avecinaban tiempos difíciles.

Capítulo 2

Londres, Stonely Park

Hacía dos semanas que había vuelto de la escuela y que vivía de nuevo en Londres, en la casa que su abuelo construyó para su mujer, sólo que ya no reconocía esa vivienda como algo familiar. Candice sólo podía describir su vida como una pesadilla continua en la que no había esperanza alguna de despertar y alegrarse por descubrir que todo era un sueño. No, para su desgracia, todo era real, atterradoramente real.

Su hermano había despedido a casi todos los sirvientes, tan sólo quedaba una doncella que ocupaba casi todo su tiempo calentando la cama de su hermano en vez de encargarse de sus responsabilidades, lo que la obligaba a ella a llevar a cabo la mayor parte de las tareas de la casa para las que claramente no estaba debidamente preparada. Podía organizar un baile y sentar correctamente a más de cien invitados, pero preparar la mezcla correcta para limpiar la plata era superior a ella, aunque como un guiño cruel del destino, pronto descubrió que ya no les quedaba nada de plata. Pero tampoco utensilios con los que comer.

Pasó por delante de la habitación de George y las risas que oyó le indicaron que ese día tampoco tendría ayuda de la doncella, suspiró resignada y con paso lento comenzó a bajar las escaleras para dirigirse al salón y poder guardar allí los manteles que acababa de planchar con tanto esmero y que le habían llevado más de cuatro horas.

Estaba tan sumida en sus pensamientos, soñando que de nuevo estaba en la escuela de Miss LeBlanc, que el sonido del timbre de la casa la sobresaltó de tal forma que tuvo que agarrarse a la balaustrada para no caer y evitó por muy poco que todos los textiles que llevaba se cayeran destrozando así todo su trabajo.

Se apresuró a abrir y toda su piel se erizó con rechazo ante la presencia de un caballero que no le dio buenas sensaciones, llevaba ropa cara y ajustada a

su cuerpo, pero tenía cicatrices en el rostro, el pelo más largo de lo que dictaba la moda y sus manos tenían tatuajes que la asquearon, para más irritación, el hombre, con un descaro tremendo, se dedicó a repasarla de arriba abajo con una mirada lasciva en sus ojos que la incomodó y la hizo sentirse en peligro.

—Vengo a ver a George —le dijo bruscamente y ella se sorprendió por su total falta de modales —date prisa palomita, no vaya a ser que decida conformarme contigo para pasar el tiempo.

Candice salió corriendo en busca de su hermano dejando caer la pila de manteles que sostenía en sus brazos mientras la bilis le hacía arder la garganta al escuchar las carcajadas de ese sujeto. Subió las escaleras lo más rápido que pudo y golpeó con fuerza la puerta de la habitación, oyó unos gemidos femeninos y un gruñido bastante desagradable pero el miedo le ganó la batalla al pudor.

Abrió la puerta con los ojos cerrados y habló con el corazón golpeándole las costillas.

—Hay un hombre muy repulsivo que pregunta por ti, George por favor —cogió aire —sal a recibirle.

Tras otro gruñido y unas estúpidas risas femeninas, Candice cerró la puerta y se dirigió a toda prisa a su habitación, decidió encerrarse allí hasta que el peligro pasase y rezó en que por algún milagro su hermano pudiese controlar de alguna forma a aquel hombre, aunque lo dudaba mucho ya que tenía más pinta de ser un peligroso delincuente que de un noble, pese a las ínfulas de poder que tenía George, su complexión delgada y bastante desgarrada no hacía de él un caballero ni imponente ni apuesto, la piel que a ella la hacía destacar, en él se veía como un defecto notable. Ambos compartían los ojos verdes, pero los de ella eran cálidos y amables y los de su hermano de varios tonos más oscuros, provocaban recelo, se diferenciaban en el cabello, el de ella era dorado como el trigo y el de George era un castaño claro, del tono exacto de la miel derretida, el único rasgo que aportaba algo de calidez a su hermano.

Esperó en su habitación hasta que el sol comenzó a ocultarse, estaba muerta de hambre y ya no soportaba el tedio de estar sola y aburrida, de modo que salió y se paró a escuchar posibles voces pero cuando sólo escuchó silencio, suspiró y el alivio la recorrió por entero. Cuando estaba sola en casa eran los pocos momentos de paz que tenía, sentía tanta vergüenza por todo lo

que la rodeaba que llevaba sin salir a la calle casi una semana. Sin la menor duda prefería mantenerse al margen de los asuntos de su hermano, pero no había podido ignorar del todo su forma de hablar más propia de un delincuente que del hijo de un barón y el hecho de estar arruinados era algo que la entristecía hasta lo más profundo de su alma, ¿cómo era posible que lo hubiesen perdido todo?, se esforzó por no llorar, había derramado lágrimas suficientes y el resultado era el mismo, todo seguía igual. Se sentó en la cama e intentó adivinar cuánto tiempo habría pasado desde que George saliera a atender a ese hombre, pues al poco de llegar de la escuela, su hermano había vendido su reloj de pared, un regalo que le había hecho su abuelo por su cuarto cumpleaños y ya no quedaba ningún otro en la casa que le diese una orientación.

Apartó los recuerdos de su mente cuando su estómago rugió de hambre y bajó hasta la cocina con la intención de comer algo, pues los sonidos tan desagradables que emitía su estómago parecían haberse convertido en algo habitual, entró y con pesar vio que no les quedaba nada en la despensa, recorrió la estancia y casi salta de alegría al descubrir un trozo de pan duro. Se sirvió un cuenco de leche caliente y troceó el pan, hacía días que no probaba la carne o el pescado, estaban sobreviviendo a base de las frutas que aún había en los árboles de la propiedad y prefería no pensar en cómo la doncella conseguía traer alguna que otra botella de leche.

Se sentó con pesar en el banco de madera de la cocina y mientras disfrutaba de su frugal cena, se lamentó por el estado en el que se encontraba la baronía. Su abuelo había sido un hombre centrado en darle prosperidad al título, aunque no era bien visto, invirtió en las incipientes fábricas y consiguió triplicar la fortuna familiar, ella era pequeña cuando su abuelo le regaló a su abuela Stonely Park, una de las mansiones más hermosas de un barrio al lado de Mayfair. Sonrió al recordar cómo su abuela había llorado de emoción y había besado a su marido para agradecerle su buen hacer y la buena fortuna.

Sin embargo, su padre se dedicó a tirar por la borda el buen trabajo de su abuelo, ella aún podía recordar cómo se enfurecía cada vez que descubría una nueva inversión en las fábricas que comenzaban a emerger. Los gritos se oían por toda la mansión. Por eso a ella no le extrañaba que su abuela hubiese muerto unos pocos meses después de morir su marido, recordaba demasiado bien la pena en sus ojos al ver cómo su hijo despreciaba lo que tanto esfuerzo les había costado conseguir. Ya no quedaba nada de ese antiguo esplendor, las

paredes estaban llenas de humedad y desvencijadas, los pocos muebles que conservaban raídos y no les quedaba ninguna reliquia familiar.

Una lágrima se deslizó por su mejilla. Añoraba a sus abuelos, les perdió demasiado pronto. Cerró los ojos y se concentró en los recuerdos, adoraba cuando su abuelo Cornelius la cogía en brazos y con gran ilusión le describía el futuro que soñaba para ella, su abuela Isidora le miraba con tanto amor que ella se sentía abrumada. Sus padres jamás se miraron así, de hecho, apenas tenía recuerdos de su madre, la cual murió cuando ella apenas tenía cinco años. Después de eso, su padre la alejó aún más de él y pocos años más tarde perdió también a sus abuelos. Y ahora que en esta vida sólo le quedaba su hermano, se sintió culpable y triste por el hecho de que en algunos momentos deseaba que uno de los dos tampoco caminase en el mundo de los vivos.

Al levantarse a llevar el tazón al lavadero, se dio cuenta de que ya era noche cerrada y su hermano no había dado señales de vida, quizá en otro momento se hubiese preocupado, pero ahora mismo, se sentía agradecida, lo cual era un claro indicio de cómo estaban las cosas entre ellos. Nada más llegar de la escuela, Candice había hecho todo lo posible, intentado por todos los medios relacionarse con él de una forma educada, pero cualquier acercamiento daba lugar a una discusión, a gritos e insultos y finalmente llegaron las bofetadas, nunca más de dos y de momento, nada más que eso, aunque no es que se sintiese precisamente agradecida por ello. No, no era esta la vida que ella se había atrevido a imaginar.

Paseó en silencio por la mansión en la que se había criado y frunció el ceño al descubrir la pila de manteles arrebujados en un rincón de la entrada, después de pasarse horas planchando, estaban peor que cuando los recogió de la cuerda de secar. Los amontonó de malas maneras y en un arrebato de rebeldía totalmente impropio de la dama que era, los llevó a la sala de planchado y los dejó caer como si le quemasen las manos. Después salió dando un fuerte portazo.

Se estaba esforzando al máximo para no perder la calma, pero lo cierto era que cada día le costaba más. La doncella cuando estaba en casa, no salía de la cama de George y éste daba más trabajo que un centenar de personas, por no mencionar que todos menos él eran los responsables de la ruina en la que estaban sumidos.

Observando lo que la rodeaba, se sintió culpable al alegrarse de que sus abuelos hubiesen fallecido, de lo contrario, estaba segura de que se hubiesen

muerto de golpe al ver el estado en el que se encontraba el hogar que habían levantado con tanto esfuerzo y amor. Las paredes forradas de tela se veían raídas, las de papel se veían descoloridas, los pocos muebles que quedaban habían perdido su lustre hacía años e incluso les faltaban trozos, Candice imaginaba que debido a los ataques de ira incontrolada de su hermano y seguramente por eso aún no los había vendido. Habían desaparecido todos los adornos que ella conocía de niña, ya no quedaba en la casa nada más que lo más indispensable y aquello que era imposible de trasladar por una sola persona. Pasear por la casa le provocaba un profundo dolor en el pecho.

Un suspiro se escapó de sus labios al entrar en lo que antaño fue un salón de baile. Su hermano le había dicho que aunque la temporada se estaba terminando, ella sería presentada en sociedad y antes de que empezara el verano y todos los nobles se fuesen a sus residencias de campo, debía tener un prometido en la puerta de la iglesia, ella intentó negarse, pero sólo consiguió que George le diera un bofetón tan fuerte que la hizo caer al suelo y que la dejó demasiado aturdida como para responder. Por desgracia esa era la rutina que se había establecido con su hermano mayor en cuanto a la comunicación.

En los pocos momentos que tenía libres o cuando se metía en la cama por las noches, justo antes de quedarse dormida, soñaba con que el cuento que su abuelo le contaba cuando era niña se hiciese realidad. Un hombre alto y tremendamente apuesto perdería la cabeza por ella, la adoraría con vehemencia, tratándola con cariño y respeto, como hacían sus abuelos y le daría la vida que ella se merecía, no necesitaba grandes lujos, no ansiaba joyas o un ropero con un vestido para cada día, pero tampoco se mentiría a sí misma negando que en el fondo de su corazón ansiaba volver a la época en la que no le faltaba de nada.

Entró en su habitación con las lágrimas a punto de salir de sus ojos. Ahora no tenía nada, absolutamente nada. Miró a su alrededor y lo que vio la hizo llorar con mayor tristeza, el papel de las paredes estaba demasiado envejecido y apagado, en algunas partes incluso había comenzado a levantarse, el suelo de madera que en otro tiempo había sido lustroso y elegante ahora se veía astillado y con una necesidad urgente de ser pulido, la cama crujía con cada pequeño movimiento y las sábanas, mantas y colchas estaban demasiado ajadas. Tan sólo le quedaba un vestido que no se había estropeado con las labores del hogar y las pocas joyas que había poseído le fueron arrebatadas en cuanto puso un pie en la casa.

Cuando las lágrimas cesaron, suspiró profundamente y decidió que no servía de nada lamentarse, lo mejor que podía hacer era intentar ser feliz con lo poco que tenía, porque al menos, aún mantenían la casa. Se quitó con cuidado su sencillo vestido de día y lo dejó en la percha colgado en el armario, se trenzó la melena tras cepillarla y se metió en la cama con la idea de soñar con su príncipe azul.

Un portazo y unas risas la sacaron de su mundo onírico con un sobresalto, se levantó de la cama y se puso la bata para ir a mirar qué era lo que provocaba semejante escándalo.

—¡Hermanita! —la saludó su hermano con la voz debilitada por el alcohol —¿qué haces durmiendo a estas horas?

—Algunos tenemos obligaciones —le espetó ella a la vez que fruncía el ceño ante su desaliñado aspecto.

Casi no reconocía a su hermano, nunca había sido un hombre impresionante, pero lo que ahora quedaba de él sin duda alguna no representaba a los varones Benning. Su abuelo había sido un hombre alto e imponente y con un aspecto saludable mientras que su padre y su hermano parecían que eran hombres enfermos a razón de las oscuras manchas bajo sus ojos, la hinchazón de su nariz y las rojeces de sus mejillas.

—Baja al salón querida —una carcajada salió de su garganta —te he traído una visita que te instruirá en tus labores de esposa complaciente.

—George —protestó ella —no son horas para una visita.

—¡Baja ahora mismo! —el grito la asustó tanto que sin dilación se encaminó a la sala de visitas.

Para su horror, allí había al menos tres prostitutas que la miraban como si estuviesen hambrientas y ella fuese un pastelito de crema. Sentirse así de vulnerable le hizo sentir náuseas. Su fina bata de satén había sido sustraída al poco de llegar de la escuela, por lo que hizo lo que pudo con la que tenía puesta que no es que la tapara mucho, se recogió ligeramente la tela y la apretó contra sí misma.

—Ellas te enseñarán cómo darle placer a un hombre —le dijo su hermano mientras le tocaba un pecho a una de ellas sin ningún tipo de vergüenza y sin dejar de mirarla a los ojos.

Por un momento, la vergüenza la paralizó. ¿Acaso su hermano iba a tener relaciones íntimas con esas mujeres delante de ella? ¿es que había perdido el juicio por completo? El bochorno que sentía le provocaba estremecimientos y

por un momento deseó ser una de esas damas que eran tan propensas a los desmayos. La conducta claramente indecorosa de su hermano la hacía arder por la obscenidad que estaba presenciando, también por lástima, pena y una profunda tristeza. ¿En qué se había convertido?

Candice se dejó caer sobre una de las butacas y aunque veía cómo las mujeres la miraban y se reían, ella no era capaz de escuchar nada a parte de un terrible zumbido dentro de su cabeza. Miró a su hermano suplicando con la mirada que no la avergonzase de esa forma, de hecho, si lo que pretendía era casarla, su reputación debía ser impoluta y si alguien había visto a esas mujeres entrar en su casa, casi podía darla por perdida. Rezó para que las palabras saliesen de su garganta pero no fue capaz de articular una sola palabra, tan sólo pudo mirarle con los ojos encharcados.

George la ignoró y cogió a una de las rameras del culo mientras se frotaba contra ella y se la llevaba del salón. Se sintió como un indefenso gatito frente a unas leonas hambrientas.

—No nos mires así muchacha, tu hermano nos ha pagado para que te enseñemos lo que debes hacerle a tu marido.

Ella no podía hablar, ni siquiera se veía con fuerzas para cerrar los ojos. Así que simplemente observó.

Una de las mujeres era bastante bonita si no fuera porque su pelo era de un color indescifrable y lo tenía todo alborotado en lo alto de la cabeza, su sonrisa mostraba unos dientes podridos y su piel estaba ajada sin duda por la mala vida. La otra era una mujer sin belleza alguna en el rostro y sin querer disimularlo lo más mínimo, le faltaban varios dientes y tenía el cuerpo tan delgado que las ropas le colgaban sin definir sus formas. Las dos apestaban a ginebra.

Entre risas comenzaron a pasarse una botella de licor de la estantería y para horror de Candice se desnudaron asombrosamente rápido, intentó apartar la vista pero una de ellas le cogió la cara con fuerza para hacerla mirar. Lloró en silencio mientras las mujeres se tocaban y se besaban la una a la otra. Cuando fue demasiado para ella, simplemente se refugió en su mente buscando en sus recuerdos, escenas que pudieran limpiar su mirada de lo que tenía frente a ella.

No fue consciente de cuándo se volvieron a vestir, pero sí que supo cuando se marcharon porque en ese momento su hermano entró en la salita con los pantalones desabrochados y sin camisa.

—Ahora escúchame bien Candice —se sentó a su lado —te voy a explicar cómo trata un hombre a una mujer que le desobedece o le humilla.

Cuando terminó la explicación con varios ejemplos prácticos, Candice corrió al cuarto de baño para vomitar lo poco que había comido durante el día, no comprendía cómo su hermano era capaz de tratarla con semejante crueldad, ella siempre le había adorado y aunque nunca jugaron juntos, jamás pensó que la odiase de esa forma.

Se quedó tirada en el suelo durante lo que le pareció una eternidad. No se encontraba con fuerzas ni para coger aire profundamente, le dolía demasiado el cuerpo por los golpes recibidos de la demostración fraternal, de modo que alzó la vista y rezó durante horas, pidiendo a todos los habitantes del cielo que la salvaran de semejante destino, no se veía capaz de soportar un solo día más al lado de ese hombre al que ya no reconocía como familia.

Y al salir el sol, fue cuando tomó la decisión de marcharse.

Capítulo 3

No tenía nada y nada necesitaba, afortunadamente su abuelo la había inscrito en la escuela para damas de Miss LeBlanc, lo que le daba unos conocimientos muy altos para que alguien la contratase como institutriz. Y con esa idea en mente tuvo la sensación de que todo a su alrededor le parecía más limpio, menos penoso.

Se puso en pie y se lavó la cara con el agua fría que había en la jofaina, se miró en el astillado espejo y caminó con porte solemne hacia su dormitorio, se prometió a sí misma que ese era el comienzo de su nueva vida. Dormiría unas pocas horas, haría una pequeña maleta con el único sencillo vestido que le quedaba sin desgarrones o manchas y pediría trabajo en las casas adineradas de las afueras de Londres, ni siquiera le importaba si tenía que llegar hasta ellas caminando.

Cuando terminó de organizar mentalmente los detalles de su nueva vida, una sonrisa se formó en sus labios, no tendría el futuro con el que su abuelo le había hecho soñar, pero se negaba a tener la vida llena de penurias en la que su hermano la había sumido. Se desperezó y tras llevar a cabo su higiene, se puso su vestido más sencillo y sacó la maleta del armario, la tuvo lista antes de lo que pensaba pues casi todas sus pertenencias habían sido malvendidas por George para conseguir algo de dinero que él juraba que era para comprar comida, aunque ella nunca había visto los manjares que él le prometía comprar. Debería llorar por la triste situación, pero ni le quedaban lágrimas ni le quedaban fuerzas, no, no lloraría, simplemente se haría cargo de su propia vida.

Pero al abrir la puerta se encontró con su hermano que la miraba con una sonrisa cruel en los labios mientras sostenía un precioso vestido de noche de color rosa claro, era de seda y tenía encajes y lazos que la hicieron suspirar, estaba convencida de que era de segunda mano y probablemente no era la última moda, pero en ese momento le pareció la creación más maravillosa del mundo.

—Este es el vestido que te pondrás esta noche para ir al baile de los Whiteland —le dijo sin más —es uno de los últimos bailes de la temporada y acudirán los partidos más acaudalados que aún permanecen solteros.

—Pero George... —quería decir tantas cosas que no encontraba las palabras.

—¡No! —gritó su hermano y golpeó la puerta con fuerza lo que la hizo temblar como una hoja al viento —¡irás a ese baile y cazarás a un rico caballero Candice, porque de lo contrario, te voy a vender a un burdel! —la agarró con fuerza del cuello —¿lo has entendido?

El miedo respondió por ella. Asintió llorando silenciosamente y casi se desploma de alivio cuando se liberó del agarre de su hermano, este le lanzó el vestido que ella se apresuró a coger al vuelo.

—He alquilado un coche que nos vendrá a buscar a las diez en punto —la miró de frente —más te vale estar lista para esa hora.

Ella se quedó inmóvil en el umbral de su puerta, el corazón le latía con fuerza en el pecho y aunque tenía miedo, estaba contando los segundos para que su hermano saliese de casa y entonces ella huiría tan rápido y tan lejos como pudiese.

—Y como se te ocurra huir con esa maleta —George se giró y la miró —te encontraré y desearás no haber nacido.

Y así, de un plumazo ella no se atrevió a desobedecerle. Algo en su mirada le dijo que lo haría, que no pararía hasta encontrarla y que cuando lo hiciese ni siquiera la Reina Victoria podría salvarla de su castigo.

Las horas le pasaron con una lentitud pasmosa. Pero durante todo el día se había estado convenciendo de que su plan no tenía por qué verse cancelado, simplemente debería adaptarse, su hermano la obligaba a ir al baile, bueno, no era un mal plan intentar cazar a un marido, a fin de cuentas, el resultado sería exactamente el mismo, ella saldría de esa casa y con suerte no tendría que volver a ver a George.

Se dedicó a lavarse a conciencia, apenas le quedaba algo del champú que Miss LeBlanc le había regalado en navidad, pero lo aprovechó y suspiró de placer al oler las violetas en su cabello, lo secó con tranquilidad y lo cepilló hasta que brilló con fuerza, con paciencia se hizo un recogido sencillo pero que la favorecía mucho, se dejó unos cuantos bucles sueltos que caían con gracia alrededor de su rostro. Se aplicó un poco de aceite en los labios y se dispuso a vestirse para la noche que la esperaba.

Aunque no tenía forma de saber la hora que era, a las diez en punto estaba completamente lista para salir ya que su hermano no había ido a buscarla aún. Se miró en el espejo de la entrada una última vez y rezó para que su aspecto impresionase a algún caballero, aunque sabía que era altamente improbable tal cosa. Había perdido peso desde que había vuelto de la escuela y ni su piel ni su pelo brillaban como deberían, tampoco tenía ninguna joya que ponerse y claramente el vestido era de segunda mano.

George ni siquiera le dedicó una mirada, tan sólo le ofreció el brazo y la acompañó hasta el carruaje abierto que les esperaba en la entrada. El camino hasta la mansión de lord y lady Whiteland se le hizo muy largo debido a los nervios y al tenso silencio que había entre ella y su hermano, él se mostraba frío y distante y aunque ella hubiese empezado a perder el cariño que le tenía, era todo lo que le quedaba en el mundo, lamentó muchísimo encontrarse en semejante situación.

Cuando el carruaje se detuvo, su hermano le dedicó una sonrisa que a ella le hizo ilusión, hasta que se dio cuenta de que era una mera actuación para los caballeros y las damas que se acercaban a la casa.

La escoltó hasta la entrada y esperó su turno para saludar a sus anfitriones.

—Lord y lady Whiteland —exclamó con demasiada euforia, era evidente que estaba borracho —es un placer volver a verles, les presento a mi hermana, lady Benning.

Candice se quería morir allí mismo. No sólo la había presentado incorrectamente, sino que se había dado cuenta del desagrado que su hermano provocaba en los condes, no sabía cómo había conseguido George la invitación pero tenía que ser algo muy desagradable, sin embargo, lady Whiteland la miró con una cálida sonrisa.

—Es todo un placer conocerla señorita Candice —le cogió las manos y la apartó un poco de su hermano —va a ser usted la sensación del baile querida —la recorrió de arriba abajo con aprobación en la mirada —es toda una beldad —le sonrió de nuevo —en el último momento decidimos que fuera un baile de máscaras —se giró para coger algo de una caja profusamente adornada que había detrás —tome querida.

Le ofreció un sencillo antifaz dorado que ella se dio prisa en ponerse y por un momento llegó a pensar que ella no era Candice Benning, hermana del barón Stonely, simplemente era una joven en su primer baile en sociedad. El conde de Whiteland le besó en dorso de la mano rompiendo el hechizo de su

imaginación y tras un ligero gesto de la cabeza, ignoró a George y se fue a saludar a otros invitados.

—Si me permite lord Stonely —la condesa miró con ferocidad a George —me llevaré a su hermana para presentarla a algunos respetables caballeros.

Enlazó su brazo con el de ella y la arrastró hacia el salón de baile, no tenía ni idea de cómo comportarse en esa situación, había aprendido muchas cosas en la escuela pero jamás le habían explicado qué hacer o decir cuando su hermano no era bienvenido en una casa.

Candice se quedó paralizada ante la visión. Jamás había estado en un salón como aquel, era una enorme estancia en la que fácilmente cabrían doscientos invitados, la luz de las elegantes lámparas de cristal iluminaban todo como si fuese pleno día, a un lado había una enorme mesa con lo que sin duda alguna eran deliciosos aperitivos y refrescos para halagar a sus invitados. La decoración aunque abundante no resultaba excesiva y denotaba el buen gusto que tenía la condesa.

—Es la sala más hermosa que he visto nunca —le dijo con sincera admiración —me siento como una princesa en un cuento —un ligero rubor cubrió sus mejillas —tiene usted un don para crear esta atmósfera de ensueño milady.

Los ojos de lady Whiteland se abrieron y la observaron con suspicacia, pero pronto le dedicó una sonrisa y le palmeó la mano con ternura.

—Disfrute del baile mi querida Candice —le sonrió de nuevo.

Caminaron entre la gente mientras la anfitriona le revelaba a todo el mundo su identidad y ellos miraban a la recién aparecida señorita Benning con genuina sorpresa en los ojos. Ella les comprendía, si lo que le había inculcado Miss LeBlanc era cierto, los rumores que corrían sobre ella debían ser de lo más disparatados. Pero a fin de cuentas, todo lo que se hablase sobre ella sería inventado, pues justo antes de morir su abuelo, ella ingresó en la escuela para damas y había permanecido fuera de Londres durante los últimos once años. Nadie la conocía y ella no conocía a nadie, de eso estaba segura.

No era ninguna ingenua y sabía que era hermosa, sin embargo, toda la seguridad que sintió en su cuarto cuando se puso el precioso vestido que llevaba se había evaporado al ver las galas de las otras damas, todas estaban vestidas con satenes, sedas y muselinas y todas llevaban ostentosas joyas sobre su cuerpo, todas, menos ella, que el único adorno que lucía eran unas flores de su jardín que ella se había entretejido en el pelo y recientemente el

antifaz dorado.

Lady Whiteland la presentó a varios caballeros que la observaron sin ningún pudor y a varias damas que destilaban repulsa, sin duda alguna la consideraban una rival, pues algo que había aprendido en la escuela era que los bailes de sociedad eran en realidad luchas encarnizadas entre las solteras para hacerse con el mejor partido de la temporada.

Antes de que pudiera perder el miedo a estar rodeada de desconocidos, su carnet de baile estaba casi lleno, Candice se sentía completamente abrumada por las atenciones que le proferían los caballeros y las maliciosas miradas de las damas, al llegar, el salón olía intensamente a flores y a limpio, apenas un par de horas más tarde el ambiente estaba tan cargado que comenzaba a marearse, aunque eso también podía deberse a que no había comido en todo el día y su cuerpo había expulsado lo que comió el día anterior.

—Milady —un hombre muy alto y corpulento le cogió la mano y se la besó con apenas un roce —permítame que me presente, soy el marqués de Kerinbrooke.

—Señoría —Candice hizo una ligera reverencia y le miró impresionada.

—No nos hemos visto antes —no era una pregunta sino una afirmación y ella negó con la cabeza.

—Soy Candice Benning —inmediatamente se ruborizó por el error de protocolo cometido —le ruego me disculpe milord, la señorita Benning, hermana de lord Stonely.

El hombre le dedicó una sonrisa llena de ternura.

—No se preocupe milady, los bailes suelen ser tan abrumadores que a menudo uno se equivoca con las cortesías —ella sonrió agradeciendo su amabilidad, porque estaba segura de que jamás podría imaginar hasta qué punto se sentía ella intimidada —me pregunto si le queda algún hueco en su carnet de baile.

—Por supuesto milord —sentía las envidiosas miradas de las otras mujeres sobre ella y la timidez la hizo sonrojarse —pero aunque no me quedara ninguno, estaría encantada de bailar con usted.

—Es usted una jovencita adorable —le cogió la mano y la apoyó sobre su brazo —disfrutemos entonces de este maravilloso vals.

Candice le siguió a la pista de baile totalmente ensimismada. Observó al hombre con detenimiento y se sorprendió al darse cuenta de que era muy atractivo, el antifaz que él llevaba no le permitía ver su rostro al completo,

pero sí que podía asegurar que tenía unas facciones muy varoniles que le conferían un aspecto de seguridad y serenidad que la instaba a confiar en él, obviamente era muchos años mayor que ella, pero Miss LeBlanc les había explicado que en ocasiones, los lores de alto rango se quedaban viudos y querían pasar sus últimos años en compañía de bellas jóvenes que les recordasen sus años de gloria. Aunque al mirarle no parecía que fuese muy viejo, su pelo no estaba completamente blanco, tan sólo tenía algunas hebras plateadas en las sienes y algunas entretejidas por el resto del cabello y se movía con el suficiente ímpetu como para deducir que aún estaba en forma.

Ella siempre había soñado con casarse con un hombre joven, pero dada su situación actual, no podía quejarse, a fin de cuentas era un marqués. Y si ese hombre le proponía matrimonio, no tardaría ni un segundo en aceptar e irse inmediatamente con él.

Durante el baile, lord Kerinbrooke le hizo preguntas que sin duda estaban destinadas a recabar información sobre ella y Candice no dudó en ser completamente sincera con él, si debía casarse con un desconocido lo haría, pero no le engañaría con mentiras, su dignidad era todo lo que le quedaba.

—Es usted como un soplo de aire fresco milady —le dijo el marqués y ella se ruborizó —sin duda, es el diamante de la temporada.

—Le agradezco el cumplido milord —la música cesó y Kerinbrooke la acompañó hasta la mesa de refrescos.

—Debo confesar que no esperaba encontrar a una joven que reuniese todos los atributos que busco en una esposa —ella le miró asombrada y el marqués no tardó en comprender que ella pensaba que se refería a él mismo —¡oh! No me malinterprete, no deseo casarme de nuevo, pero sí que busco una esposa para mi hijo.

Candice se sintió un poco decepcionada. Era evidente que con que su hijo se pareciese un poco al padre, sería muy apuesto, pero si necesitaba que fuera su progenitor quien se la eligiese... bueno, era claro la falta de interés y el hecho de que ni siquiera estuviera presente denotaba una enorme falta de carácter, no obstante, se dijo que estaba completamente desesperada por encontrar un marido que la sacase de su desastrosa vida, de modo que sonrió al abnegado padre.

—¿Y cree usted que seré del agrado de su hijo? —le preguntó con una dosis de coquetería.

—Eso espero —le cogió la mano para besársela —y aunque no lo sea,

creo que podríamos hacer que el enlace fuera algo seguro, ha sido un placer conocerla.

Acto seguido Lord Kerinbrooke se alejó de ella sin mirar atrás y necesitó casi todo su autocontrol para no desmayarse en ese momento, ¿había entendido bien al marqués? ¿acaso le había insinuado que podrían tenderle una trampa a su hijo? Miss LeBlanc les había explicado que una dama sorprendida en una situación comprometida tenía dos opciones, o bien casarse con el caballero que la había comprometido o ser pasto del ostracismo social.

Las preguntas bullían en la mente de Candice, ¿por qué un padre querría algo así para su hijo? ¿Es que acaso el hombre no era bien parecido? ¿acaso se trataba de un hombre que no tenía honor? ¿o era algo peor? ¿tendría algún defecto físico que le impidiese buscar esposa por sí mismo? Su mente le jugó una mala pasada y comenzó a imaginarse a un hombre patizambo, bajito, calvo y probablemente con exceso de peso, incluso era probable que tuviera un terrible defecto como el de escupir al hablar o algo peor, tal vez se tratase de un hombre tan cruel como George y la única posibilidad de encontrarle esposa era a través del encanto de su padre. La idea se le antojó demasiado desagradable y estaba casi dispuesta a decirle al marqués lo que podía hacer con su hijo cuando vio a su hermano con la mirada enloquecida, la observaba como un halcón dispuesto a despedazar a su presa.

—No me queda más remedio —se dijo a sí misma, un profundo dolor se instaló en su pecho, asintió con la cabeza para darle a entender que todo iba bien y entabló conversación con otro caballero que venía a exigir su compañía para el baile.

Puede que engañase a un hombre y forzase la situación para obligarle a casarse con ella, se retorció las manos al imaginárselo, pero entonces enderezó la espalda y se prometió a sí misma que sería la mejor esposa que ese hombre pudiese desear, sería dulce, cariñosa y obediente y haría que él se sintiese orgulloso de haberse casado con ella, puede que con suerte, al cabo de un tiempo llegasen incluso a sentir profundo afecto el uno por el otro. La resignación la invadió haciendo que su corazón se encogiese de tristeza, no era esa la vida con la que había soñado.

No tardó mucho en volver a ser requerida para otro baile lo cual la hizo abandonar sus pensamientos acerca de obligar a un caballero a casarse con ella. Y lo agradeció de todo corazón porque al menos durante esos bailes dejaba de sentirse una mujer cruel, mentirosa y manipuladora.

La música sonaba y ella giraba en los brazos de un hombre alto de pelo castaño y ojos de color avellana que la miraba como si ella fuese de porcelana, la guiaba con determinación, pero sin pericia ninguna, la pisó en varias ocasiones y ella se esforzaba por sonreír aunque por dentro sólo quisiera llorar con amargura.

Cuando el hombre, del que no recordaba ni el nombre, la acompañó al lateral de la pista, un creciente murmullo le llamó la atención, Candice miró hacia la entrada del salón y lo que vio la dejó clavada al suelo, un hombre aún más alto que el marqués era el que estaba causando tanta conmoción, debía ser alguien muy importante a juzgar por cómo todas las damas del salón se pavoneaban. El antifaz le daba un aspecto de canalla que sin duda haría que las mujeres cayesen rendidas a sus pies.

—Ah, por fin ha llegado mi hijo —justamente daba la sensación de que se había materializado a su lado, le miró con sorpresa y descubrió que la sonrisa del hombre era de genuino orgullo paterno —acompañeme señorita Candice, le presentaré a mi primogénito, Joseph Aldridge —la miró divertido — discúlpeme, el conde Hatford.

Ambos sonrieron por la broma compartida mientras los nervios de Candice le recorrían la espalda dejándosela tensa. Caminaron por entre la gente con las miradas de las madres alcahuetas fijadas en sus nuca, la joven sabía que era toda una declaración de intenciones que el padre de uno de los solteros más codiciados de la temporada le presentase a una debutante, aunque ella fuese una debutante tardía.

Capítulo 4

Lord Kerinbrooke se abrió paso entre la multitud que se agolpaba ante su hijo y le sonrió con cariño, era evidente que se sentía muy orgulloso de él.

—Esto es lo que pasa cuando apenas se te ve en las fiestas y las reuniones sociales —le dedicó una sonrisa que incomodó a su hijo.

—Odio las fiestas de la temporada —murmuró Joseph.

—Ven, deja que te presente a una joven realmente encantadora —le hizo un gesto que se podía interpretar como una orden velada.

El conde Hatford se sentía como un pedazo de carne puesto a subasta, veía la avaricia en los ojos de las madres de las debutantes y la codicia en los ojos de estas y se le revolvía el estómago sólo de pensar que en menos de dos meses tendría que estar casado con una de ellas. Pero tras la amenaza nada sutil de su padre, se había propuesto casarse con la joven más insulsa que pudiese encontrar, estaba claro que no encontraría a una mujer de la que enamorarse, pero tal y como le habían inculcado de niño, su función en este mundo era hacer prosperar al marquesado y proporcionar herederos que continuasen con el linaje familiar, nunca le habían dicho que encontraría el amor.

Siguió a su padre esperando ver a una joven del todo anodina y con una gran ambición, pero al alzar la vista se deleitó con una dama vestida de rosa pálido que hacía juego con sus mejillas ruborizadas, físicamente era una belleza, al menos lo que el pequeño antifaz permitía ver, tenía una figura esbelta, un pecho apetecible a juzgar por lo que se adivinaba bajo el comedido escote, un cuello delicado, una piel fina y sin imperfecciones en la parte superior del pecho, los hombros y los brazos, los labios eran jugosos e invitaban a ser besados, pero lo que más le gustó fueron sus ojos. Unos ojos grandes y expresivos del color del whiskey templado que mostraban sin ningún pudor el alma puro que se escondía tras ellos.

—Un placer —le dijo besando su mano —soy lord Hatford —mantuvo el

contacto con ella más tiempo del que se suponía que era apropiado.

—Lo mismo le digo milord —Candice notaba la lengua espesa y la garganta seca —soy la señorita Benning.

Ambos se sostuvieron la mirada mientras el mundo desaparecía para ellos. Candice se quedó prendada de él de inmediato, el marqués le había parecido atractivo, pero el conde era un hombre increíblemente apuesto, tenía el cabello oscuro y unos ojos marrones con vetas de color miel que la miraban con tal calidez que no pudo menos que perderse en ellos, sus facciones eran marcadas y varoniles, su piel estaba ligeramente bronceada y su sonrisa le mostró que tenía los dientes perfectos y muy blancos además tener la habilidad de hacerle temblar las rodillas. Su cuerpo desprendía un calor que ella percibió como si le ardiera la mano pero deseó que el contacto no se rompiera. Se sentía profundamente segura a su lado.

Poco a poco fueron conscientes de que otras damas requerían la atención del conde, por lo que Candice muy a su pesar, se alejó de él sin poder evitar mirarle una vez más. Todo su cuerpo le hormigueaba y se sentía extrañamente agitada. Apenas habían cruzado unas palabras, pero ni Candice ni Joseph podían dejar de mirarse disimuladamente.

La joven caminó lentamente hasta la mesa de refrescos mientras intentaba controlar su respiración, ¿qué le ocurría?, se sirvió una limonada concentrando todas sus energías en no tirar el refresco, pues de repente el ambiente se le antojaba extremadamente caldeado y ella se sentía acalorada y nerviosa en extremo.

Cuando el enjambre de debutantes y madres le dejó respirar, Joseph buscó por el salón a la joven señorita Benning, no quería acudir a esa fiesta, pero ahora mismo sentía un intenso interés por esa delicada criatura, se sorprendió al verla salir sola al jardín y aunque era consciente de que no debería seguirla, no pudo evitarlo y lo hizo. Se escabulló como pudo y salió por otra de las puertas francesas que daban al exterior, caminó con paso ágil hasta que dio con ella.

Era preciosa. La luna se reflejaba en su pelo castaño y le daba un aspecto etéreo, pero aparte de su obvia belleza, había algo más en ella, la calidez de su mirada, la delicadeza de sus movimientos y algo dentro de él se removió cuando la vio alzar la vista a la luna y suspirar. Seguramente estaría rezando por un marido, aunque con su aspecto, seguro que tenía más pretendientes de los que le gustaría, que aún siguiera soltera significaba que algo le ocurría,

posiblemente no tendría suficiente dote o su familia era víctima de algún escándalo, pues era evidente que pasaba de los veinte años.

Por un momento se planteó si a él le importaba alguna de esas dos cosas. La respuesta le salió rápidamente: no. La impaciencia que sentía por estar cerca de ella le impedía sentir cualquier tipo de aversión hacia esa mujer.

Se acercó a ella sigilosamente sin perderse ni un solo movimiento y cuando estuvo lo bastante cerca como para aspirar su aroma a violetas, le susurró al oído.

—Una dama tan exquisita como usted se expone a terribles peligros saliendo sola al jardín.

Notó como ella se estremecía de arriba abajo y lamentó haberla asustado, pero entonces ella se giró con lentitud y le miró fijamente a los ojos.

—Milord, dudo mucho que me encuentre en peligro si usted está a mi lado —él sonrió descaradamente —tiene usted el porte de las personas honorables.

—Creo que me sobrevalora —un mechón de pelo le acarició los labios y él sintió un agudo deseo de hacer lo mismo —tal vez yo sea más peligroso que cualquier otro.

—Y yo creo que intenta usted asustarme milord —se restiró el pelo de la boca y se esforzó por mantener la calma —lo cual me hace preguntarme por el motivo.

Él se rio de una forma tan sensual que a ella se le erizó toda la piel del cuerpo. Se sentía muy confusa, pero era evidente que su cuerpo reaccionaba a la cercanía del conde. De pronto sentía que hacía más calor en el jardín que en el salón, ¿o acaso era la cercanía de ese hombre lo que le provocaba esa inestabilidad que sentía? No podía apartar los ojos de él y se ruborizó al darse cuenta de que el conde le miraba constantemente los labios, estuvo tentada a pasear la lengua por ellos sólo por el mero placer de ver cómo se contenía. Parecía un gran depredador acechando a una presa y no tenía la más mínima duda de que ella era la presa, no importaba que estuviera impecablemente vestido y que hasta el momento hubiera mantenido la compostura, ese hombre era peligroso a muchos niveles.

—¿Le apetece un paseo por el invernadero? —él le ofreció el brazo y ella tardó unos instantes en responder. Toda la situación era tremendamente inapropiada pero era evidente que a ninguno de los dos les importaba lo más mínimo.

—¿Me atacará usted? —le preguntó tan excitada como temerosa y él se rio

con desdén.

—No le prometo nada milady —sus palabras eran suaves pero su sonrisa fue demoledora, Candice se ruborizó de los pies a la cabeza.

—No deseo ser atacada —le espetó sin saber muy bien por qué.

—Por supuesto que no —el tono de su voz era tan plano que no pudo evitar pensar que se estaba riendo de ella.

La ambigua respuesta de Hatford la dejó aún más ansiosa de lo que ya estaba, pero olvidando que su vida estaba abocada a la penuria más extrema, se convenció a sí misma de que estos momentos los atesoraría para el resto de su vida, de forma que se sujetó al brazo del caballero y se dejó guiar por el jardín apenas iluminado. Se concentró en cómo la luz de la luna proveía de una belleza casi etérea a las flores que permanecían abiertas incluso de noche, caminó intentando no perder el paso y no dejarse llevar por las miles de sensaciones que le provocaba estar agarrada a ese hombre, daba igual que hubiese varias capas de tela entre ellos, podía sentir su fuerza, su control, podía sentir su calor y de pronto un hecho tan básico como respirar parecía ser un esfuerzo extraordinario.

Era plenamente consciente de que no debería pasear a solas por los jardines cogida del brazo de un caballero al que acababa de conocer, era terriblemente escandaloso hacer algo así, pero había algo en lord Hatford que la impedía pensar con claridad, le miraba a los ojos y se perdía en las profundidades de su mirada, a su lado se sentía segura y protegida por extraño que eso pudiese parecer y dejando a un lado la conducta socialmente aceptable, decidió que al menos por esta noche, se dejaría proteger por Joseph Aldridge, el conde Hatford.

Durante el paseo, le sorprendió gratamente que el conde tuviese tantos conocimientos sobre horticultura, era una mera aficionada pues en la escuela no había podido practicar con el cuidado de los jardines ni de ninguna planta en realidad, al escucharle hablar con tanta pasión de la belleza que aportaban al mundo, sintió el irrefrenable deseo de tener un jardín para ella sola.

Sin saber muy bien cómo, de las flores pasaron a la astronomía y aunque ella conocía las estrellas y la mitología que las rodeaba, permitió que él le enseñase todo lo que sabía, era evidente que al igual que ella, en ese tema, había recibido una educación esmerada y eso le resultó muy interesante e intensamente fascinante, pese a su rudo aspecto, era un hombre bien instruido más allá del título que poseía. Un caballero tremendamente atractivo,

inteligente, culto y con ese aire de magnetismo viril era sin duda alguna, una peligrosa combinación para una mujer como ella, en realidad para cualquier mujer.

Cuando llegaron al invernadero, Candice se sorprendió por el calor que hacía dentro, Joseph le explicó que era importante mantener el ambiente caldeado y ligeramente húmedo para el bienestar de las plantas más delicadas que no soportaban los cambios de clima ingleses, se fijó en los maravillosos ejemplares que había por doquier y estaba a punto de ponerse a dar grititos como una niña cuando recordó que había un hombre interesado en ella a su lado.

—Es como un pequeño paraíso —susurró con deleite.

—En mi hogar, Hatford Lane, también tengo un invernadero, pero es unas cuatro veces más grande que éste y tiene muchas más variedades de plantas — se colocó detrás de ella y aspiró de nuevo su aroma sintiéndose algo incómodo al ver como su cuerpo reaccionaba tan violentamente a su cercanía.

En el fondo esperaba que ella saliese corriendo o quizá que se desmayase, pero no lo hizo, permaneció quieta y con la respiración muy agitada, pero no se movió, era una chica valiente. Una mujer que le intrigaba más de lo que alguna lo había conseguido en los últimos años.

—¿Intenta usted impresionarme milord? —preguntó con un hilo de voz.

—¿Y si así fuese? —las manos de él le sujetaron la cintura y se estremeció por la calidez que emanaba de ese cuerpo tan delicado.

—Diría que lo ha conseguido sin duda —el aire apenas le entraba en los pulmones y le costaba pensar con claridad.

Sus instintos se apoderaron de ella y Candice se encontró deseando con todo su ser que ese hombre tan maravilloso se lanzase a por ella como un lobo hambriento, todo su cuerpo le gritaba que le provocase para conseguirlo y durante un instante se imaginó casada con él, paseando por ese enorme invernadero y siendo besada con pasión. ¡Dios! ¡Cuánto lo deseaba! Pero su honor le exigía volver a la fiesta antes de que alguien se percatase de su ausencia, sabía que su única salida era ser comprometida por un caballero que la sacase de la miseria, pero no podía hacerle eso al conde Hatford. No, no podía hacérselo a él. Los minutos que habían pasado paseando y hablando habían sido con diferencia los mejores momentos de su vida y él le parecía un hombre honrado que no se merecía ser engañado de esa forma por alguien que no estaba a su altura.

—Milord —se giró para mirarle y se perdió en sus ojos oscuros —soy hija de un barón en busca de marido, no tengo ni un solo penique de dote y mi hermano es probablemente el peor calavera de todo Londres —él la rodeó la cintura con las manos y ella apoyó las suyas en su pecho —por favor milord, le aconsejo que se vaya ahora mismo.

—¿Por qué me haces esa advertencia? —la lujuria que había desatado con su sinceridad le estaba torturando de tal forma que casi tuvo que recolocarse el pantalón.

—Porque me odiaría de por vida si le obligasen a casarse conmigo si alguien nos descubre aquí —reprimió las ganas que tenía de besarle —usted no se merece cargar con alguien con mi bagaje.

—Esa es una decisión que sólo me corresponde tomar a mí —se acercó a ella lentamente con toda la intención de besarla a la vez que le daba tiempo a negarse, le quitó el antifaz muy despacio —eres muy hermosa.

Candice quería negarse, quería alejarse de él, sabía que era lo que debía hacer, pero por algún motivo que no alcanzaba a comprender, no podía. Sus manos la sujetaban firmemente pero sin dañarla, su mirada la atrapaba con tanta fuerza que apenas podía respirar, todo su cuerpo se estremeció ante la perspectiva de ser besada por primera vez en su vida y nada más y nada menos que por un hombre como el conde Hatford, un hombre que la dominaba con una mirada, que la hacía sentirse completamente a salvo entre sus brazos, cedió a la tentación con un sentido suspiro.

Joseph era plenamente consciente de lo que estaba haciendo, sabía que era un error, que esa cándida joven no era para él, pero ¡ah! Qué deliciosa boca tenía, tenía que besarla y eso haría, la besaría una vez, una sola vez y luego se marcharía tal y como ella le había sugerido. Se acercó lentamente mientras una mano le sujetaba el cuello con delicadeza y la otra ascendía por su cintura hasta el inicio de su pecho.

—Rodéame el cuello con tus brazos —se acercó un poco más —voy a besarte señorita Benning.

Y ella se encontró obediendo su petición mientras el corazón galopaba en su interior, posó las manos en su pecho y ascendió suavemente hasta que comenzó a jugar con los mechones de su pelo y rogando que por fin posara sus labios sobre los de ella, estaba completamente excitada e impaciente, notaba a través del vestido la dureza del cuerpo masculino y un estremecimiento de placer la atravesó como un rayo.

—¡Lord Hatford! —la voz de lady Whiteland le sobresaltó a los dos — ¿pero qué...? —en ese momento gritó y se desmayó teatralmente.

Joseph cerró los ojos un instante y soltando un suspiro se giró para ver quién más les había interrumpido. Su sorpresa fue mayúscula cuando vio que estaban los Whiteland, los Hartitton, los Blachart... y por supuesto, su padre que le sonreía con auténtica socarronería.

—¡Joseph! —el marqués rápidamente cambió su compostura y fingió su desconcierto —¿cómo se te ocurre comprometer a esta linda joven?

El resto de los lores le miraron con aprobación en la mirada mientras que sus esposas le fulminaban, lady Blachart seguro que prefería que hubiese sido su hija la que estuviese en el lugar de Candice.

—Imagino que después de esto, usted hará lo correcto —la insinuación tan poco elegante de lord Whiteland le molestó profundamente.

El conde sujetaba a su esposa que claramente estaba despierta pero que fingía que no podía sostenerse en pie.

—¡Por supuesto que mi hijo hará lo correcto! —se apresuró a responder el marqués.

—Mi querida niña —murmuró lady Whiteland con otro fingido desmayo.

Y ese fue el momento en el que Joseph se dio cuenta de que no había pensado en cómo se sentiría ella, la miró temeroso de la reacción, pues esperaba júbilo por su parte, estaba claro que ella saldría beneficiada de toda esta loca situación, pero al verla pálida como el papel, estremeciéndose levemente y rodeándose ella misma con los brazos, todo su ser reaccionó agresivamente. No tenían derecho a hacerla sentir mal, ella no había hecho nada malo, incluso le había advertido sobre lo que pasaría si alguien le sorprendía. Sus instintos se alzaron con toda su fuerza y sólo podía pensar en abrazarla para reconfortarla y consolarla, quería protegerla de todas esas personas que les miraban como si hubiesen cometido alguna falta.

—Candice —se acercó un poco a ella y le levantó el rostro con suavidad —¿te encuentras bien? Parece que estés a punto de desmayarte —ella negó levemente con la cabeza —te protegeré, no temas.

—Yo... no... no quería esto —le miró a los ojos —no para ti... no quería que te obligaran.

Joseph quiso responderle, pero su padre le cogió del brazo y tiró con fuerza mientras las mujeres se ponían alrededor de Candice protegiéndola de él, eso le enfureció más aún. Él no le había hecho daño, ¡por el amor de Dios!

Si ni siquiera había llegado a besarla... y entonces fue consciente de que se casaría con ella sin saber siquiera como sabían sus labios. Una traviesa sonrisa le atravesó el rostro.

Se soltó con un brusco tirón del agarre de su padre y se giró como un tigre en pleno ataque, le cogió la cara entre las manos y la besó con premura. Sólo tenían unos segundos, pero tendrían que ser suficientes hasta que ella por fin fuese suya.

—¡Lord Hatford! —un par de hombres le separaron de ella y él no peleó más —¡este comportamiento es del todo inaceptable! —le recriminaron.

Pero Joseph no les estaba escuchando, apenas había podido saborearla pero todo su cuerpo se incendió de deseo, ella le miraba con los ojos abiertos como platos y lentamente se llevó los dedos a los labios y sonrió... le costó todo su autocontrol no volver a abalanzarse sobre ella.

Le guiñó un ojo que ella respondió con otra bella sonrisa y un fuerte sonrojo y eso fue todo lo que él necesitó para que todo su ser se revolucionase, ignorando a todo el mundo, caminó con paso decidido hacia el salón de baile.

Capítulo 5

Candice caminaba de forma automática rodeada de mujeres que le hablaban y la consolaban como si hubiese sido atacada por un salvaje, pero ella sólo podía escuchar el latido de su corazón golpeando sus costillas, sin duda quería liberarse de su celda para correr a los brazos del conde Hatford, ella quería hacer lo mismo. Cuando escuchó a lady Whiteland gritar maldijo en su interior porque les hubiesen interrumpido justo antes de que llegara a besarla, pero cuando él se giró y la miró tan intensamente, el tiempo se detuvo, iba a hacerlo, pudo leerlo en sus ojos, iba a besarla delante de todos y no le importaba lo más mínimo y a ella tampoco. En ese momento sólo podía pensar que todas sus oraciones habían sido recompensadas con una grandiosa generosidad.

Joseph caminó con una masculina sonrisa orgullosa a través de la gente y se dirigió hacia donde estaba situada la banda de música, palmeó con fuerza hasta que el salón estuvo en completo silencio mientras todos le observaban con sorpresa. Estuvo tentado a reírse a carcajadas, él que jamás había propiciado un escándalo, iba a provocar más de un desmayo esta noche, estaba convencido de ello.

—Buenas noches damas y caballeros, me complace anunciarles que la hermosa señorita Candice Benning ha aceptado ser mi esposa —oyó algún grito sofocado de una mujer y varias exclamaciones de hombres que le felicitaban no muy convencidos.

Se bajó de la tarima y caminó hacia su prometida que entraba rodeada de las mujeres que le fulminaban con la mirada.

Candice le observó y volvió a sentirse como la presa de un gran depredador, era evidente que no importaba lo más mínimo que el conde estuviese en un jardín a oscuras o en un salón de baile atestado, siempre sería el hombre más peligroso del mundo, al menos para ella, porque a medida que era consciente de lo que había ocurrido, la magnitud de las consecuencias la golpearon con fuerza y aunque no pudo evitar sentirse culpable, también sintió

un ramalazo de egoísmo al pensar que quizá su futuro esposo pudiese protegerla de su malvado hermano que la vigilaba desde las sombras.

—Me gustaría bailar con mi prometida —no desvió la mirada de ella y en un instante, las demás se alejaron de ellos.

Joseph la guio hasta la pista de baile y colocó sus manos en posición a la espera de que la banda de música comenzase a tocar de nuevo, de momento tan sólo se escuchaban los murmullos de los asistentes, pero a él no le importaba, tenerla en sus brazos era suficiente, no sabía qué era lo que le provocaba esa necesidad, pero se sentía en paz consigo mismo, siempre había deseado a una mujer que le intrigara, que le provocara en todos los sentidos y estaba claro que la deliciosa señorita Benning hacía eso y mucho más. Desde luego su padre no podría quitarle nada ahora, le había pedido una esposa en menos de dos meses y él la había conseguido en una sola noche. Y además estaba convencido de que se llevarían a las mil maravillas, al menos en la cama a juzgar por el deseo que les recorría a ambos, ella se estremecía con su tacto y sin embargo, no se alejaba sino que se acercaba sutilmente a él.

Cuando las primeras notas fluyeron por la estancia, el conde sujetó con firmeza a Candice y comenzaron a bailar sin dejar de mirarse a los ojos, ella se dejaba llevar dulcemente pues estaba casi flotando, no quería haber atrapado al conde de una forma tan vulgar pero al menos le quedaba el consuelo de que había sido sincera con él, que había intentado que él se alejase de ella. Y en este momento se sentía tan dichosa que apenas podía pensar en todo lo que estaba ocurriendo. Casi era como el cuento de su abuelo, un príncipe azul había aparecido de la nada para rescatar a la joven doncella del malvado que quería hierla. Si fuera de las que se desmayaban, seguro que no habría podido salir del invernadero por su propio pie.

—Acabo de darme cuenta de que en realidad no te he pedido que te cases conmigo —la voz grave del conde la recorrió por entero.

—No, no lo ha hecho —le dedicó una sonrisa mientras se ruborizaba.

—Pero lo cierto es que nos casaremos —era más una orden que una pregunta, pero ella no se lo tuvo en cuenta, aún tenía que sentirse algo confuso seguramente.

—Yo no le obligaría milord —decir esas palabras le dolió en el alma, pero eran ciertas, ella no le obligaría.

—¿Y si no fuera una obligación? —le susurró él al oído —¿te resultaría agradable estar casada conmigo?.

—A tenor de la primera impresión, milord, cualquier mujer se sentiría afortunada de tenerle como marido —no supo de dónde sacó la fuerza para hablar.

—Candice Benning, cástate conmigo.

Y con esas cuatro palabras, ella se sintió perdida, él la apretó un poco más a su cuerpo y siguió girando con ella por el salón de baile, su mirada bailaba entre sus ojos y sus labios y su corazón se aceleró en su pecho, él era la respuesta a todas sus plegarias y aunque le doliese haberle atrapado de esa forma, lo cierto era que en sus brazos se sentía tranquila y sobre todo, segura.

—Sí.

Fue lo único que acertó a decir porque nada más hacerlo, los labios de él se posaron en los suyos un instante, fue un contacto leve que a ella la dejó ardiendo.

—Pídeme lo que quieras —parecía tan seguro de él mismo que ella sólo pudo sonreír.

—Lléveme con usted lo antes posible, milord.

Esa respuesta le golpeó con fuerza, fue tal la conmoción que no se dio cuenta de que la música había cesado y que las parejas ya salían de la pista de baile, la miró con la pregunta implícita y ella se encogió de hombros, intentó ocultar sus emociones, pero Joseph había visto el destello de desesperación en sus ojos y eso le llenó de una rabia como nunca había sentido antes. No amaba a su prometida, pero no podía permitir que ella sufriese, esa mujer desataba todos sus instintos de protección.

Los hombres y las mujeres les separaron para felicitarles por el compromiso, las damas se llevaban a Candice haciendo estúpidas preguntas sobre la pedida y queriendo confirmar los rumores acerca de que les habían sorprendido en el jardín en una actitud de lo más comprometedor, los varones le palmeaban la espalda a Joseph mientras le alababan el gusto por la novia elegida, pero él sólo tenía ojos para ella que seguía mirándole con la súplica en su rostro.

Al cabo de unos minutos, su padre se acercó a él y le abrazó con efusividad.

—Muy bien hecho hijo mío —se sentía completamente eufórico consigo mismo —te felicito, tu prometida es una joven extraordinaria.

—Tú sabías dónde estábamos ¿verdad? —al verle tan orgulloso de sí mismo lo comprendió de golpe —tú preparaste todo esto —su padre no se

molestó en negarlo —¿ella tuvo algo que ver?

El rostro de su padre cambió de golpe, le cogió del brazo y le sacó del salón, una vez que estaban a solas en uno de los pasillos de la mansión le empujó contra una pared.

—Escúchame bien —le apuntó con el dedo —no negaré que conozco a la dama en cuestión, pero Candice Benning no ha hecho nada malo, sin embargo, sí que necesita que alguien la ayude, porque su vida está a punto de derrumbarse —Joseph intentó protestar, pero su padre se lo impidió con un gesto de la mano —no, tú la seguiste al jardín, ella no te lo pidió, fueron tus impulsos los que te colocaron en esta posición, no ella.

—¿Por qué esa defensa tan feroz? —preguntó inquieto.

—Porque conozco a su hermano y sé de lo que es capaz, además, hace muchos años, su abuelo me ayudó en unos negocios que nos reportaron grandes beneficios —el hombre relajó el cuerpo —éramos amigos Joseph —miró al techo —no, éramos más que amigos.

—He aceptado casarme con una mujer a la que no conozco por tus tretas —se apoyó contra la pared —no romperé mi palabra padre, pero todo esto no me gusta.

—Ella al menos sí que te gusta —sonrió con picardía —vi cómo la mirabas hijo... y el beso que le diste delante de todos dejaba muy poco a las conjeturas.

Joseph miró a su padre y sonrió lleno de puro orgullo masculino.

—Siempre te has quejado de que nunca he estado involucrado en ningún escándalo —se rio con ganas —bien, aquí tienes.

Su padre le rodeó con los brazos y apretó con fuerza, se sentía tan orgulloso de él que apenas podía expresarlo con palabras. Era cierto que siempre le había recriminado que jamás participase en ningún escándalo, aunque lo hacía de broma, pero ahora todo había cambiado, durante meses se hablaría de cómo había sido cazado por la tímida señorita Benning.

Candice estaba en un rincón del salón de baile, poco a poco se había ido deshaciendo de todas esas falsas palabras de ánimo, sus sentimientos eran encontrados, estaba excitada ante la perspectiva de volver a estar con el conde Hatford, pero también temerosa de que sus caracteres no fuesen compatibles... ¡Oh qué dama cruel es el destino! Ella soñaba casarse por amor, anhelaba ser el amor de un hombre que la protegiese. Se retorció las manos con nerviosismo, estaba convencida de que no tendría el amor que deseaba, pero

en su corazón sabía que su futuro marido la protegería de cualquier cosa.

—Muy bien hecho hermanita —la voz pastosa de George le advirtió de que estaba más borracho que cuando llegaron —muy bien hecho.

—No me felicites, no me siento orgullosa —se dejó caer en la silla con la esperanza de que la dejase sola.

—Pues deberías estarlo, ahora te acostarás sólo con un hombre en vez de hacerlo con varios cada noche —le susurró al oído.

—No habrías sido capaz de venderme —se enfrentó a él llevada por la rabia y el dolor que le provocaba saber que no la quería lo más mínimo.

—Ya tenía un par de compradores palomita —la besó en la frente y se alejó de ella tras hacerle un guiño a una de las doncellas.

Candice se hundió en la silla deseando hacerse invisible, de repente, toda la opulencia de la sala se le antojaba cruel y dañina, estaba rodeada de personas pero se sentía completamente sola, hasta ese preciso momento no había sido consciente de todos los cambios de su vida. Hacía poco más de un par de semanas ella era una estudiante modelo en la prestigiosa escuela para damas de Miss LeBlanc... y ahora había pasado de ser mercancía a punto de ser vendida a un burdel a ser la futura condesa Hatford y todo ello en menos de dos días.

Si no la avergonzase llorar en público lo haría, se tiraría al suelo y lloraría hasta quedarse sin lágrimas. ¿Por qué motivo su familia tenía que ser así? Su madre murió siendo ella una niña y sus abuelos no sobrevivieron lo suficiente... ¿qué era lo que había mal en ella? Se suponía que su padre y su hermano mayor deberían cuidar de ella, sin embargo, a su padre no le importaba lo que le ocurriese siempre y cuando no le molestase y su hermano... bueno, claramente él la veía como sólo un trozo de carne por el cuál pagarían buen dinero.

—Mi querida niña —la condesa Whiteland se sentó a su lado y le cogió las manos —es horrible lo que te ha ocurrido.

Candice la miró sin terminar de comprender a qué se refería.

—Ese hombre se ha abalanzado sobre ti como un lobo sobre una inocente oveja —frunció el ceño —no puedo interponerme al compromiso, pero si después de casada necesitas algo, no dudes en mandarme una nota, te prometo que te ayudaré querida.

—Muchas gracias lady Whiteland —se tragó las lágrimas —es usted en verdad un ángel, pero tengo la sensación de que estaré a salvo con el conde

Hatford.

—Rezaré para que así sea —murmuró la condesa claramente consternada.

El baile empezaba a perder asistencia y durante un momento, Candice se sintió decepcionada, su prometido le había dicho que le pidiera lo que ella quisiera y ella le pidió que la llevase con él, pero la mitad de los invitados se habían ido y no podía ver ni al conde ni a su padre, claramente se habían olvidado de ella y una sensación muy desagradable se le agarró al corazón. Seguramente él habría interpretado que quería celebrar la boda cuanto antes, ella se refería a que quería irse con él esa misma noche, se casaría en Escocia si era necesario, lo que fuera antes de tener que volver a su antigua vida.

Se puso en pie haciendo acopio de toda su templanza y se irguió intentando demostrar algo de orgullo, era hora de irse y como su hermano tampoco estaba por ninguna parte decidió que se iría sola a casa, no tenía dinero para alquilar un coche, de modo que aunque la idea la aterraba, decidió caminar las seis calles que separaban ambas casas, se dirigió hacia los Whiteland para despedirse de ellos con un agradecimiento que ellos jamás comprenderían.

Tras ponerse la capa, salió a la oscura noche adoptando una seguridad que en realidad no sentía.

—¿Acaso planeas ir andando hasta tu casa? —la voz de Hatford la sobresaltó.

—Milord —caminó unos pasos para alejarse de posibles oídos curiosos —ya le dije que no tengo ni un solo penique de dote, eso incluye dinero para un coche de alquiler.

—No puedo permitir que mi futura esposa pasee a solas a estas horas de la noche —le cogió del codo en un gesto que se les antojó demasiado íntimo —tengo mi carruaje preparado.

Ella le miró con tal adoración que se sintió incómodo por la cercanía y por la confianza que ella mostraba con él, debería verle como todas las damas, un conde con modales más que deficientes, un bruto que no era bueno para nada, alguien con quien no se relacionarían si no fuese porque era el futuro marqués de Kerinbrooke y poseía una inmensa fortuna.

—¿Aún quieres que te lleve conmigo? —ella tan sólo pudo asentir con entusiasmo —que Dios me ayude.

La dirigió hacia su carruaje y tras abrirle la puerta y sujetarle la mano para que subiese, él entró y se sentó a su lado, dio un golpe en el techo y los caballos comenzaron a caminar lentamente.

El ambiente se volvió pesadamente íntimo entre ellos. Candice estaba completamente asombrada por el lujo que la rodeaba, los asientos eran mullidos y cómodos, forrados con un terciopelo rojo intenso que la maravilló, los detalles de madera de caoba le parecieron sobrios pero muy elegantes, acorde con el dueño pensó para sí. Estaba abrumada por las sensaciones que le provocaba estar cerca de él, sentía una extraña necesidad de sentarse en su regazo y dejarse envolver por esos brazos que ella soñaba que la protegerían de los monstruos que querían hacerle daño.

La lámpara que colgaba de una de las esquinas ofrecía suficiente luz como para verse claramente a la vez que les ofrecía un ambiente íntimo y cálido. Se giró para mirarle y se encontró que era ella la que estaba siendo observada por un par de ojos marrones que brillaban con una expresión que ella no supo identificar.

—¿Quieres ir a tu casa? —le preguntó con la voz algo más grave de lo normal, ella negó con la cabeza —¿quieres que nos fuguemos a Gretna Green para casarnos esta misma noche?

—No me importaría —respondió con una sonrisa.

—A mí tampoco —se pasó las manos por los muslos al reconocer la verdad en sus palabras —pero probablemente mi padre me daría una paliza, además debería ir a hablar con tu hermano para pedir tu mano formalmente.

—¡No! —exclamó ella presa del terror —quiero decir... no es necesario que habléis con él, mi hermano no necesita darme su permiso para la boda, era mi acompañante y ya habéis visto lo poco que veló por mí —le miró de soslayo avergonzada por sus propias palabras —aunque de esa parte me alegro.

Joseph luchaba encarnizadamente contra él mismo para mantener a raya sus impulsos. Deseaba a Candice como jamás había deseado a otra mujer, sabía que era una locura, pero en cuanto pronunció Gretna Green fue consciente de cuánto necesitaba estar con ella y borrar de su rostro esos destellos de tristeza.

—Está bien —la tranquilizó —ven.

Abrió los brazos y ella le miró confusa pero nada asustada, en ese momento Joseph la sujetó por la esbelta cintura y la arrastró hacia él, sentándola sobre sus piernas, la acurrucó contra su pecho y comenzó a acariciarle la espalda con relajantes caricias. Se sorprendió gratamente con lo bien que sus cuerpos encajaban, ese pensamiento derivó en otro menos

civilizado y su cuerpo le traicionó revelando con fuerza lo que realmente ansiaba en esos momentos.

—Si no quieres ir a casa, te llevaré a casa de mi tía Genoveva Aldridge, condesa de Keyworth.

—Pero... ¿Qué pensará de mí? —intentó incorporarse para mirarle a los ojos pero él se lo impidió.

—Mi tía es una mujer excepcional Candice, no pensará nada malo sobre ti, pero entiende que no puedo llevarte a mi casa antes de que estemos casados o los rumores no nos dejarán oír las campanas de la iglesia.

Ella sopesó las palabras del conde y tuvo que darle la razón, pero se sentía tan desamparada... ¿por qué no podía compartir hogar con su futuro marido?

—No me importan los rumores infundados —murmuró ella contra su cuello.

—Pero no serían infundados —la estrechó más fuerte entre sus brazos —si te tengo a mi alcance cerca de una cama, créeme cuando te digo que no llegarás virgen a la boda.

El rubor que cubrió a la joven tiñó toda su piel de un intenso escarlata. No había pensado en la posibilidad de despertar el deseo del conde estando bajo el mismo techo, era consciente de que no era lo apropiado, pero al mismo tiempo, lo deseaba con todas sus fuerzas. Joseph la observó ruborizarse y apenas fue capaz de reprimir el deseo de quitarle el vestido para ver hasta dónde le llegaba el sonrojo.

—No os aprovecharíais de mí milord —ella se agarró a su cuerpo con más fuerza —ahora mismo estamos en una situación muy íntima y usted se está comportando como un caballero.

—Cierto —concedió él —pero me está costando todo mi autocontrol y probablemente después de dejarte en casa de mi tía tenga que ir a bañarme en el Támesis.

Ella se rio sin entender del todo las palabras que había oído, pero le hizo gracia pensar en él mojado como un pez por las aguas poco recomendables del río.

Hicieron el resto del camino en silencio y cuando el coche se paró, Candice se sintió profundamente decepcionada, prácticamente se había quedado dormida en sus brazos mecida por el suave balanceo del carruaje y totalmente abandonada a la calidez y al masculino y atrayente aroma del conde

y le molestó perder la seguridad que le aportaba.

Capítulo 6

Joseph la cogió de la cintura para hacerla bajar y la apoyó tiernamente sobre la acera, le cogió del codo y la llevó hacia la puerta de la casa de su tía en Mayfair. Antes de que llamara, una doncella les abrió la puerta y les recibió con una sonrisa.

—Milady les espera en la sala rosa —les indicó con una reverencia.

Joseph guio a Candice a lo largo de la casa después de darle sus capas a la doncella, notaba el nerviosismo de su prometida, pero por mucho que le molestase la idea, sabía que era lo correcto, porque si ella dormía en su casa, él no dudaría en avasallarla hasta que se rindiese a él.

Lady Keyworth les esperaba con un sencillo vestido de color lavanda, sentada en un cómodo sofá, en la mesita de café había varias bandejas con sándwiches variados, pastelitos y pastas, así como una tetera humeante del que se desprendía un delicioso aroma.

Una vez hechas las presentaciones, lady Keyworth les instó a comer hasta que se cansasen mientras le contaban cómo había sido el anuncio del compromiso. Genoveva Aldridge era una mujer con un instinto innato para calar a las personas y tras recibir la nota de su sobrino explicando la delicada situación de su prometida, consultó con su marido y tras escuchar con horror lo que le contaba, decidió que ayudaría a esa joven que no tenía culpa de nada, pero no se fiaría de ella hasta que compartiesen unos momentos.

Candice sabía que no debía comer con glotonería, pero estaba completamente famélica pues no probó bocado en el baile y las viandas que había en la mesa le despertaron sus instintos de supervivencia más primarios. El té era una delicia que le calentó hasta el alma.

La tía de su prometido era una mujer muy hermosa, había heredado el aura de poder de la familia, pero sus ojos eran más de color miel y su pelo casi rubio, aunque tenía unas cuantas hebras plateadas que al contrario de lo que podrían opinar el resto de la buena sociedad, le daban un toque de distinción.

Finalmente la condesa se dio por satisfecha y con una sonrisa le indicó a

su sobrino que le ayudaría, él casi suspiró de puro alivio.

—Querida, deberíamos retirarnos a descansar, mañana nos espera un día de lo más agotador —se levantó y cuando ella la imitó le dedicó una sonrisa —te deseo toda la felicidad que yo he obtenido en mi matrimonio.

Tras despedirse de su sobrino, abandonó la sala dejando la puerta abierta pero dándoles algo de intimidad, no era apropiado, pero ella nunca había sido una fiel seguidora de las costumbres socialmente aceptables.

—Debo irme ahora —le dijo Joseph sin apenas mirarla.

—Milord —sabía que debía despedirse, pero le costaba demasiado —yo... solo quería un beso de buenas noches —no supo de dónde salía el valor para pedirle algo así, pero lo cierto es que era verdad, deseaba que volviera a besarla.

Y antes de que pudiese añadir algo más, el conde se abalanzó contra ella derribándola en el sofá, sus labios se mostraron impacientes y apremiantes sobre los suyos, sus manos le acariciaban sobre la ropa provocándole un intenso calor que se expandía por todo su ser, ella le rodeó el cuello con sus brazos y enredó sus dedos en el pelo de su prometido, algo que había deseado hacer toda la noche.

Joseph había perdido la batalla y ahora estaba perdiendo el juicio, debía levantarse y largarse lo antes posible, pero tendrían que matarle para que la dejara en este momento, su cuerpo respondía a las mil maravillas al suyo, mientras su lengua jugaba con la suya y se deleitaba con su inexperiencia, el delicado cuerpo femenino se arqueaba contra el suyo provocando miles de sensaciones que le apremiaban a desnudarla por completo y hacerla suya en ese instante.

—¡Por Dios! —casi fue un gruñido —si no me levanto ahora mismo y me voy de aquí, te juro que voy a robar tu virginidad en el sofá de mi tía.

Candice ahogó un gemido que fue más de lo que él pudo soportar, pero mostrando una fuerza de voluntad que desconocía, se puso en pie de un salto y la visión de ella turbada por el deseo le golpeó con fuerza, sus ojos estaban brillantes, sus labios hinchados por sus besos, el pelo alborotado y las ropas enrolladas casi en su cintura dejando a la vista un par de bien torneadas piernas y una piel cremosa que era una dolorosa tentación. Sí, debía irse de allí corriendo.

Y eso hizo, se dio media vuelta y salió sin despedirse de nadie y dando un portazo.

Candice se quedó anhelando algo que desconocía, su sangre le hervía en las venas, la piel le picaba de necesidad y algunas partes de su cuerpo le dolían de una manera muy extraña, pero cuando oyó pasos en el pasillo, se levantó y se recolocó las ropas lo mejor que pudo, con el recogido no podía hacer nada, de modo que se quitó un par de horquillas y comenzó a deshacer el peinado cuando la doncella entró para acompañarla a su habitación.

El cuarto de invitados que le habían asignado, era el doble del suyo en su antiguo hogar, la cama tenía una colcha de color crema con un precioso y delicado dosel colgando a los lados, una espesa alfombra en tonos verdes daba calidez a la estancia que poseía además un enorme tocador con espejo y una pequeña butaca, había delicados joyeros esperando a ser usados y el papel de las paredes era muy bonito, de un verde pálido se adornaba con rayas verticales de un tono más oscuro franqueado por unas delicadas líneas doradas.

Tras recibir con vergüenza un neceser con útiles de aseo femenino, siguió a la doncella hasta el cuarto de baño y lo usó con calma mientras intentaba controlar sus nervios. Al volver a su habitación se sonrojó de nuevo al darse cuenta que la doncella la esperaba para ayudarla con el vestido, no estaba acostumbrada a tener a alguien a su disposición y se sintió algo incómoda.

Cuando finalmente se metió en la cama estaba segura de que no conseguiría dormirse en horas, pero nada más apoyar la cabeza en la almohada, se quedó profundamente dormida.

Como su piso de soltero no estaba disponible debido a que su padre se lo había prestado a un amigo suyo, lord Hatford llegó a altas horas de la noche a la casa que su padre tenía en Londres, pasaron al menos tres horas desde que había dejado a su prometida en casa de su tía, pero necesitó deambular hasta calmar su ánimo y hasta que recuperó el total control de su cuerpo, le suponía un esfuerzo atroz no recrearse en cómo su inocente prometida respondía a sus caricias, ¡demonios! Le suponía un terrible esfuerzo no salir y hacerla suya contra una pared.

—Ya casi es de día hijo —el marqués apareció casi de la nada, era sigiloso como un gato.

—Buenas noches padre —Joseph no estaba de buen ánimo para las bromas de su progenitor.

—Ya casi es de día —le repitió y se puso en su camino a propósito —para no haber estado en ningún escándalo, esta noche te has resarcido —le observó con interés —tras tu apasionado encuentro en el invernadero, un anuncio que provocó hasta desmayos, seguido por un baile que nada tenía de recatado y por último llevas a tu prometida a su casa sin ninguna acompañante.

—No la llevé a su casa —fue lo único que pudo responder.

—¡Oh cielos santos! ¿Y qué demonios has hecho con ella? —le sujetó por el hombro con fuerza —no tienes ninguna casa aquí.

Joseph se giró furioso y se alejó un poco, estaba perdiendo el control de su cuerpo por momentos, ese mismo control que le había costado tres malditas horas conseguir, necesitaba dejar de pensar en ella durante un momento, se sentía confuso y demasiado agitado. Toda la situación se le estaba escapando de las manos.

—Muy amable de tu parte señalar mi patrimonio —se quitó la chaqueta y el chaleco en apenas unos segundos, le costaba respirar con normalidad —está en casa de tía Genoveva.

—Pero... ¿por qué no la has llevado a su casa? —preguntó el marqués confuso.

—Porque ella no quería ir.

No se sentía con fuerzas como para seguir hablando de su prometida. Todo había pasado demasiado rápido.

—Has conseguido lo que querías padre —le dijo sin mirarle mientras subía las escaleras —deberías estar feliz y por lo tanto ya no tienes motivos para perseguirme, nos casaremos en la fecha que a mi prometida le parezca más apropiada.

Sin más, se adentró en el aún oscuro pasillo que conducía a las habitaciones y un sonoro portazo se oyó en toda la casa. Dentro de él latía la imperiosa necesidad de volver a casa de su tía, coger a Candice en brazos y llevársela a su casa lo antes posible. Esa necesidad le estaba destrozando por dentro, sentía cada uno de sus nervios tensos como la cuerda de un arco y la sangre de sus venas se espesaba sólo con imaginar los dulces labios o los sugerentes gemidos de placer de su prometida.

—No va a pasar suficientemente rápido —se dijo a sí mismo antes de lanzarse en la cama boca arriba dando muestras de una impresionante erección.

Por su parte, Eliseo dejó su habitual porte de marqués para adoptar la

postura de un padre preocupado. Adoraba a sus dos hijos y se sentía muy orgulloso de ellos, pero mientras la preocupación por su hijo menor Alexander se centraba en que no pasara demasiado tiempo en las salas de juego, la preocupación por su hijo Joseph le provocaba un profundo dolor en su alma.

Llevaba más de un año recibiendo informes sobre su hijo, estaba haciendo un trabajo impecable tanto con los asuntos que le había cedido del marquesado como con el condado, pero en los informes se hacía referencia a que poco a poco estaba perdiendo la ilusión por la vida. Joseph siempre había sido muy responsable y siempre había tenido claras cuáles eran sus obligaciones, pero él era su padre y no iba a permitir que su hijo se amargase por las responsabilidades sin disfrutar de los placeres que este mundo podía ofrecerle. Le habían asegurado que llevaba más de medio año sin acercarse a una mujer y que la mayor parte de los días ni siquiera disfrutaba de las comidas que se servían en el salón, en las últimas semanas, las pocas veces que acudía a la casa incluso comía de pie y salía de nuevo corriendo a los establos, al invernadero o a reunirse con los arrendatarios.

—Querida mía —miró con tristeza el retrato de su difunta esposa —cuánto te echo de menos mi amor —tocó la tela y cerró los ojos para recordar su perfume, su olor, el calor de su piel, la había amado profundamente —¿he hecho lo correcto? Sigo las instrucciones que me diste para nuestros hijos, pero cuando le veo tan irascible, tan cegado por esa coraza que se empeña en llevar, se me rompe el corazón —observó la tranquila belleza de su mujer a la que había adorado —mi amor, creo que te gustaría Candice, es una joven dulce y encantadora, es una lástima que su hermano sea quien es.

Tras mirar de nuevo el retrato, se puso la capa y el sombrero y le hizo una seña a su ayudante personal que se había mantenido oculto entre las sombras, era su fiel confidente, quien le había visto en sus horas más oscuras y pese a todo no se mantenía a su lado por dinero, sino por lealtad. Eliseo salió a la calle y disfrutó de la visión de Londres al amanecer, le encantaba el silencio que se extendía en la misma medida en la que los rayos del sol comenzaban a iluminar las calles de la ciudad, tan sólo se adivinaba el ajetreo de los primeros comerciantes atendiendo a los criados de los más afortunados.

Su carruaje le esperaba, pero tras respirar profundamente decidió ir hasta la casa de su hermana dando un paseo, tenía mucho en lo que pensar y le iría bien ir ordenando sus pensamientos antes de compartílos con Genoveva.

Se esperaba un día caluroso de primavera, apenas quedaban dos meses

para que el calor hiciese insoportable permanecer en la ciudad.

—Buenos días querido —la melodiosa voz de su hermana le hizo sonreír —te esperaba.

—Como siempre querida mía —se acercó a ella y la besó con cariño — cada día que pasa estás más hermosa —ella le sonrió con cariño —¿es que acaso no piensas envejecer nunca? —le acarició el rostro con una profunda ternura.

—Señoría —la voz profunda de su cuñado le hizo fruncir el ceño.

—¿Después de tantos años aún me tratas con cortesía? —se acercó para estrechar la mano del marido de su hermana —eres mi mejor amigo y Dios sabe que en estos momentos te necesito.

—Sí —sonrió el conde —algo ya me han comentado.

Juntos pasaron a la biblioteca, pues era la estancia más alejada de las escaleras que conducían a las habitaciones y aunque Genoveva había dado orden de que se dejase dormir a Candice, imaginaba que ella sería tan sigilosa como un gato.

—¿Muy pronto para un brandy? —ofreció el conde.

—Si es bueno, nunca es demasiado pronto —bromeó el marqués.

—Tengo que decir hermano —intervino Genoveva —que la muchacha es una belleza, sus modales son excelentes y no parece una cabeza hueca —se sentó al lado de su marido que le cogió una mano para enlazar sus dedos —pero ¿por qué tiene tanta prisa por huir de su hogar?

—¡Ay mi querida hermana! —suspiró el marqués —no te has dado cuenta de quién es ¿verdad? —observó sus gestos y supo que Genoveva no sabía quién era, pero su marido sí —es la nieta de Cornelius Benning.

El rostro de la condesa se contrajo por el doloroso recuerdo. Su familia se había criado con los Benning, de hecho había sido la insistencia del propio padre del marqués el que la Corona le otorgase una baronía a Cornelius. Los Benning habían tenido dos hijos, una niña dulce y encantadora como la misma primavera y al evocar el recuerdo de aquella niña se le hizo evidente las semejanzas con la prometida de su sobrino, también tuvieron un niño al que ella apenas recordaba porque se negaba a relacionarse con ella, siempre la miraba por encima del hombro pese a que ella era hija de un marqués y él aún no tenía título.

La niña que habría sido la tía de Candice era la mejor amiga de la condesa e incluso Eliseo estaba algo prendado de ella, sin embargo, su hermano

Phillip, el padre de Candice, no era más que un presuntuoso, un malcriado que no hacía más que maldecir por la mala suerte que le había tocado vivir. Jamás habían llegado a ser amigos.

La tristeza de lo acontecido en esa familia le retorció el corazón a lady Keyworth. Ella fue quien descubrió el cuerpo de la pequeña en el lago, pero ya era demasiado tarde para salvarla, pese a que se lanzó al agua helada para sacar a su amiga, no pudo hacer nada por ella salvo llorar y gritar desconsolada. Los recuerdos se agolparon en su mente provocándole un dolor que hacía mucho que no padecía.

—Querida mía —el conde la estrechó entre sus brazos —mi amor, ven, apóyate en mí.

El marqués hizo un gesto afirmativo a su cuñado, su hermana era una mujer fuerte, pero el recuerdo de aquella pérdida la había atormentado durante años. Y después de eso, pese a que había perdido a su hija, Cornelius se volcó aún más con ellos dos. Le hacía hermosas coronas de flores a Genoveva y junto con su padre le enseñó a él a cabalgar y a cazar. Cuando perdieron a sus padres en un accidente, Cornelius y su esposa Isadora les arroparon con todo su amor hasta que llegaron a la edad adulta, por aquel entonces Eliseo ya se había hecho cargo del marquesado pero dada su juventud cometió varios errores de juicio que el cabeza de los Benning le ayudó a corregir asegurando la prosperidad de sus negocios. Fue su más querido amigo, casi como un segundo padre.

—No la reconocí —Genoveva se apoyaba en el cuerpo de su marido que la besaba con ternura en la cabeza —¿cómo he podido olvidarla?

—Querida —respondió el marqués —no sirve de nada anclarse al pasado, pero ahora te pido tu ayuda para salvar a esa joven.

Ante la atenta mirada de su hermana y de su cuñado, el marqués procedió a explicarles la delicada situación en la que se encontraban los Benning. El conde se sentía realmente molesto por las noticias, Dios sólo les había concedido un hijo que por desgracia murió siendo un niño y él habría pactado con el mismo Diablo para salvarle la vida. Eliseo era consciente del dolor en la mirada de su familia, él había llorado durante días enteros por la pérdida de su sobrino, pero tenía que salvar a esta joven, ella no tenía nada que ver con su padre o su hermano, no poseía una gota de maldad en su cuerpo, de hecho, era casi como la hija perdida de Cornelius, si es que eso era posible, él la había investigado en profundidad y tan sólo había hallado que todo el mundo

la recordaba con una sonrisa y buenos deseos.

Cuando terminó de explicarles todo lo que sabía, los tres se quedaron en silencio sin duda intentando mantener alejados sus propios demonios.

El sonido de unos leves golpes en la puerta les sacó de sus pensamientos. Al darle paso, entró una doncella para informar a la condesa que la joven aún no se había despertado y que el desayuno estaba servido en el jardín.

—Espero que no os incomode alojar a Candice aquí hasta que se fije la fecha de la boda —cogió un poco de tocino sobre pan tostado.

—Por supuesto que no —se apresuró a responder el conde —se quedará con nosotros todo el tiempo necesario y si la boda se retrasa, podrá acompañarnos a nuestra residencia de Hampshire.

—¡Oh querido! —la condesa le dedicó una sonrisa tan llena de amor que el marqués desvió la mirada un momento —por supuesto que podrá quedarse con nosotros todo el tiempo que quiera.

—Debido a su actual situación financiera —les miró de frente —he decidido hacerme cargo de su dote y me he tomado la libertad de mandar a mi mayordomo personal a encargarse de algunas cosas para ella, ¿puedo tomarme la libertad de enviarlo todo aquí? Por supuesto, en nombre de su futuro esposo —les guiñó el ojo mientras sonreía con picardía.

—Por supuesto que sí —respondieron los condes a la vez.

Capítulo 7

Cuando Candice despertó, tardó varios segundos en darse cuenta de dónde estaba, había dormido tan plácidamente que había tenido unos sueños increíblemente intensos, hacía días que no se echaba a dormir sin que le rugiera el estómago de hambre. La habitación permanecía a oscuras pero había un agradable olor a violetas que la hizo sonreír. Se levantó de la cama y abrió las pesadas cortinas que prohibían la entrada del sol, no se atrevió a asomarse por la ventana por miedo a que alguien pudiese verla en camisón, pero a través del visillo se deleitó con el espléndido día que se presentaba.

Se puso una bata que alguien había colocado sobre la butaca del tocador y decidió ir al cuarto de baño para llevar a cabo su higiene personal. Salió con cuidado de no hacer ruido y deseando no cruzarse con nadie, pues el atuendo que llevaba no era el más apropiado para pasearse por la casa de unos condes. Cuando volvió a la habitación, vio que la puerta estaba abierta de par en par y que un par de doncellas estaban metiendo varias cajas dentro.

—Buenos días milady —le dijo una de las mujeres con una sonrisa —¿ha podido descansar usted?

—Mi sueño ha sido reconfortante, muchas gracias —las doncellas se ruborizaron y volvieron a sus quehaceres.

Candice se sentó en el borde de la cama sin saber muy bien lo que debía hacer a continuación, ella deseaba vestirse lo más rápido posible e ir en busca de su prometido, pero eso iba en contra de todas las normas sociales y no sería nada apropiado, pues aunque era su prometida, aún era una mujer soltera que iría en busca de un hombre soltero, ¡todo un escándalo! Por otra parte, tampoco podía vestirse cuando las jóvenes entraban y salían con más cajas en las manos.

—Querida niña —la voz de la condesa la sobresaltó y se puso en pie inmediatamente e hizo una reverencia —espero que hayas disfrutado de un sueño reparador —ella asintió avergonzada —es una buena cosa que recién levantada sigas igual de hermosa —le cogió las manos con ternura —nos

espera una tarde de lo más agitada.

Candice la miró sin comprender a qué se refería pero por el rabillo del ojo vio como una de las doncellas sacaba de una de las cajas un precioso vestido de día en tonos pálidos verdes y amarillos y se dio cuenta de lo desafortunado de su situación. Ella había acudido con un vestido de gala, que aunque fuese de segunda mano y bastante sencillo, no sería apropiado salir a la calle con él puesto a media tarde.

—No te incomodes —la condesa la miró con una sonrisa —mi sobrino no está muy al tanto de lo que se considera un regalo correcto y es evidente que no le importa.

—¿Todo eso es para mí? —preguntó la joven poniéndose de color escarlata, Genoveva asintió con un gesto —pero... ¡yo no puedo aceptarlo! —se tapó la cara con las manos —¡Oh milady! Debe pensar que soy una desagradecida.

La condesa hizo un gesto con la mano para despedir a las doncellas que salieron rápidamente del cuarto cerrando la puerta tras ellas.

—Candice —le alzó el rostro y le dolió ver las lágrimas en sus ojos —no imagino lo abrumada que debes sentirte por toda esta situación —le limpió una gota rebelde que le rodaba por el rostro —estamos al tanto de las dificultades a las que te enfrentas querida —la estrechó entre sus brazos —y no permitiremos que la futura condesa Hatford pase cualquier tipo de escasez, siento ser tan franca al respecto, pero las órdenes de mi sobrino han sido muy claras al respecto, tendrás todo lo que puedas desear y siempre que tú quieras, podrás quedarte con nosotros hasta que se celebre la boda y os trasladéis juntos a Hatford Lane en Lakesbury.

La joven sabía que no era apropiado, pero que Dios la perdonase, se sentía profundamente agradecida con la generosidad de todos ellos, desde que aceptó casarse con lord Hatford sabía que hacía lo mejor para ella, pero ahora aunque ese hombre fuese un monstruo se casaría igualmente con él, se prometió a sí misma por segunda vez que se dedicaría en cuerpo y alma a hacerle feliz. Sin pensar mucho en lo que hacía, abrazó a la condesa con fuerza.

—Hay todo un desayuno tardío preparado para que lo disfrutes con calma en el jardín trasero —le dijo Genoveva —después te vestirás y saldremos de compras por Londres.

—Yo... creo que no necesito nada más —respondió azorada.

—¡Qué tontería! Necesitas muchas más cosas que estas, tenemos que preparar tu ajuar entre otras cosas —le palmeó con cariño las manos —permite que cuidemos de ti.

—No tienen ninguna obligación —murmuró intentando contener las lágrimas.

—Haremos un trato querida —le sonrió con picardía —tú consigue que mi sobrino deje de ser ese ogro estirado y consideraré que todas las esas imaginarias deudas tuyas estarán pagadas.

—No es ningún ogro —farfulló sintiéndose obligada a defenderle.

La condesa emitió una risa delicada y salió de la habitación permitiendo el paso de las doncellas para que acicalasen a la joven. Lo cierto era que tenía un algo especial que hacía que le tomaras cariño al instante y Dios sabía que ella tenía mucho amor para dar.

La condesa entró en la biblioteca y se sorprendió al ver a su marido cabizbajo, se acercó a él y le acarició el pelo, la reacción fue inmediata, él la sentó sobre el escritorio, la abrazó con fuerza y hundió su cabeza en su regazo. Genoveva adoraba a su marido con toda su alma, ellos habían tenido un noviazgo normal y su boda fue de lo más convencional, pero cuando estaban a solas... ¡ah! Entonces su marido se comportaba con tal pasión y veneración que ella se enamoraba aún más de él si es que eso era posible. Ella le conocía mejor que nadie en el mundo y sabía cuán pesada era la carga que soportaba en sus hombros, la culpa por la muerte de su hijo no le había abandonado ni un solo día, pero no fue culpa de nadie, el niño simplemente enfermó y ahí acabó todo, pero en sus corazones las heridas aún no habían cicatrizado.

Se abrazaron con todo el amor que sentían el uno por el otro y Genoveva esperó pacientemente a que su marido le contara lo que le tenía tan preocupado, no podían ser temas de negocios, pues él le había dicho hacía un par de días que todo iba bien, le acariciaba el pelo con ternura mientras paseó la vista por el escritorio y entonces algo llamó su atención. Un nombre en un pagaré: Stonely Park.

—¿Qué es esto? —le preguntó a su marido señalando el papel.

—El idiota de lord Stonely —la furia que destilaba la voz del conde sorprendió a Genoveva —hay que ser idiota para jugarse su hogar en una partida de cartas estando borracho.

—¿Y cómo te has hecho con el pagaré? —la condesa era una mujer inteligente que odiaba a los borrachos y a los jugadores empedernidos.

—Uno de mis hombres de confianza estaba en el club hace dos días y le pareció una buena opción de negocio para mí —se encogió de hombros.

—¿Y qué harás al respecto? —la condesa le miró a los ojos buscando la verdad en su marido, pues la explicación le había sonado algo aguada.

—Lo que tú quieras mi amor, haré lo que tú quieras.

Sin más la abrazó con fuerza y la besó con el ansia que siempre le invadía cuando estaban a solas.

Un par de horas más tarde, la condesa salía de su casa acompañada por la delicada Candice que lucía un vestido de día color melocotón que le sentaba de maravilla. Pasearon por Mayfair en dirección a las lujosas tiendas de las que la condesa era cliente y disfrutaron del cálido día de compras.

En la otra punta de Londres, Joseph seguía igual de inquieto que cuando se había levantado habiendo dormido tan sólo cuatro horas. Había mandado un recado a su hogar para que Larson, su hombre de confianza se trasladara a Londres y al mismo tiempo avisaba a Andrew su mayordomo personal que se había comprometido y que quería que adecuara un par de habitaciones de la mansión para que fueran del agrado de señorita Candice, su prometida, por supuesto ella haría los cambios que estimase oportunos cuando se trasladase después de la boda. Sus asuntos más urgentes estaban resueltos, por lo que se centró en el papel que tenía en las manos.

Su tío, lord Keyworth, le había mandado un aviso para que se reunieran en un club de caballeros de una reputación cuestionable, no era algo típico en él y despertó la curiosidad de Joseph. Estaba caminando cerca de la entrada cuando apareció el carruaje de su tío, que se bajó ágilmente y tras saludarle con más ceremonia de la que le gustaba y le acompañó a la entrada del club.

Una vez dentro, ambos fruncieron el ceño, el oscuro local apestaba a alcohol y varios aromas que preferían ignorar, se adentraron pasando las mesas de dados y la ruleta y llegaron hasta una de las barras.

—El señor Black nos espera —dijo el conde Keyworth.

Inmediatamente fueron conducidos por una de las fulanas del antro hacia un salón en la parte de atrás, ambos condes esperaban que allí se dispersasen algunos de los olores, pero con bastante desagrado comprobaron que se equivocaron. El hombre sentado tras un enorme escritorio de caoba les miró de arriba abajo con una expresión lobuna en el rostro. Era un hombre criado en las calles y olía el dinero a kilómetros de distancia y en vista de los dos hombres que tenía delante, todos sus problemas estaban a punto de

solucionarse.

—Lord Keyworth, un placer verle de nuevo —Joseph mantuvo la calma pero la extraña situación le estaba poniendo de mal humor.

—Teníamos un trato señor Black —le dijo extendiendo un pagaré que Joseph no llegó a ver —yo he pagado el total de la deuda de lord Stonely, pero sus hombres aún no han abandonado la propiedad.

—¡Ah! —se rascó la barbilla sin garbo —por supuesto que habéis saldado la cuenta del joven lord, por eso aún está casi entero —una malvada sonrisa le cruzó el rostro —pero ese pago era sólo por la propiedad, me temo que mis hombres necesitan más tiempo para sacar todos los enseres del interior.

—¡Esto es un robo! —exclamó Víctor, el conde Keyworth.

—Permíteme tío —Joseph le tocó el brazo —¿a cuánto asciende la deuda de lord Stonely? —pudo sentir la avaricia del hombre y la preocupación de su tío.

—Milord, el joven barón me debe la escalofriante suma de —se interrumpió a propósito y rebuscó entre unos papeles —¡ah! Aquí está —cogió uno de los papeles y se lo enseñó a Joseph —me debe algo más de cinco mil libras.

El conde de Keyworth mantuvo la calma pero por dentro bullía de ira y estuvo a punto de responder cuando su sobrino político intervino con el aplomo que le caracterizaba.

—¿Y cuál es el montante de la deuda total? —Joseph no podía entender cómo un hombre podía jugarse todo lo que tenía a las cartas —quiero decir, para que sus hombres salgan ahora mismo de Stonely Park y el joven lord Stonely no le deba absolutamente nada.

—La suma total supera las doce mil libras milord —se levantó de su silla y se acercó a los nobles —pero quizá debieran saber ustedes que yo no soy el único que va tras esa sabandija.

Joseph se sintió atrapado por aquellas palabras, antes de que ese despreciable hombre pronunciara una sola palabra más, algo le dijo que estaba a punto de escuchar el nombre de su prometida y eso le enfureció, ¿estaría al tanto ella de la precaria situación de su familia? Tan sólo al pensar en ella, su instinto de protección le superó.

—De hecho, hay hombres que no son tan razonables como yo y que pretenden cobrar sus deudas en dinero o en especies —sonrió al ver las mandíbulas apretadas de ambos caballeros —tengo que decir que su hermana

es toda una tentación ¿verdad? —miró fijamente a Joseph —tengo entendido que será su esposa en breve.

—De acuerdo —negándose a contestar alzó la vista y clavó sus ojos oscuros en los de ese ser avaricioso —le firmaré un pagaré por el total de la deuda y usted no le permitirá el acceso a su club jamás —se adelantó un paso para intimidarle —por supuesto, será la última vez que tengamos contacto y nunca se acercará a los Stonely, en especial a Candice Benning, ¿queda claro?

—Cristalino —se cruzó de brazos apoyándose en el escritorio —pero la pregunta es: ¿puedo confiar en que su pagaré tenga fondos?

Joseph no se molestó en responder ni en sentirse ofendido, tan sólo quería salir de allí lo antes posible, sacó un papel de su chaqueta y escribió la orden para su banco, desde el día siguiente, el hombre identificado como Charles Black, sería doce mil libras más rico, lo cuál era una fortuna. Le provocó un asco terrible estampar su firma en un documento así, pero no se lo entregó hasta que el hombre le entregó a su vez un papel en el que liberaba de todas sus deudas a lord Stonely y afirmaba que jamás sería recibido de nuevo en su club.

—Una cosa más —preguntó Joseph —quiero el nombre de ese hombre que se ha fijado en mi prometida.

El señor Black era muchas cosas, pero estúpido no era una de ellas y comprendió al instante que había juzgado mal a los caballeros que tenía delante, podrían parecer inofensivos, pero desde luego no lo eran, el prometido de la señorita parecía un tigre a punto de atacar y se cuidó mucho de no ser él la presa, no tardó en decir los nombres que le habían pedido y se apresuró a despedirse de ellos. Era evidente que George había picado en el avispero equivocado, meneó la cabeza y se olvidó del asunto en cuanto le dejaron de nuevo a solas.

Los nobles salieron del club con los estómagos revueltos y las mandíbulas apretadas con tanta fuerza que ambos temieron que se les saltase alguna muela, no obstante subieron en silencio al carruaje de lord Keyworth y se encaminaron a la casa de este último pues ya estaba anocheciendo.

Al anoecer, Candice entró en la mansión de la condesa con los pies destrozados por el paseo y una perenne sonrisa en sus labios, estaba deseando cenar algo y meterse en la cama, pues había resultado ser un día realmente agotador, pero cuando un mayordomo les avisó de que lord Hatford y lord Keyworth las esperaba en la sala rosa, el corazón se le aceleró de tal forma en

el pecho que de repente todo su cansancio se esfumó y tan sólo podía pensar en lanzarse a sus brazos y agradecerle su generosidad para con ella.

Las damas entraron en la sala y se sorprendieron al ver que ambos hombres parecían cansados y extrañamente irritados, sin embargo, les saludaron con premura y se dispusieron a sentarse en el cómodo sofá de estilo francés. Tras las típicas preguntas de cortesía, los condes de Keyworth se marcharon a su habitación dejando a los jóvenes sentados en el mismo sofá a solas, esta vez, la puerta estaba completamente cerrada.

—¡Oh milord! —Candice se acercó un poco más a él, sus piernas se rozaban —es usted de veras mi príncipe azul —Joseph la miró con algo que ella no supo identificar —es usted tan sumamente generoso que me siento abrumada.

Joseph no quería hablar de dinero, había tenido conversaciones financieras durante el día para compensar los próximos meses porque debido a la fortuna que le había pagado a esa sabandija del club, sus arcas se habían visto afectadas y tuvo que reorganizar sus activos para no verse en una situación comprometida, era rico y podía hacer frente a la actual situación pero algo le dijo que no sería la última vez que tuviese que hacer un desembolso de esas magnitudes. Además había un tema mucho más interesante y que quería concertar lo antes posible, pues pese a la irritación por pagar a ese miserable, lo que le tenía tan alterado era la sensación de vacío que se apoderaba de él cada vez que tenía que separarse de Candice.

—Debemos fijar la fecha para la boda —no pudo resistirse a sujetar las manos de su prometida —¿cuándo te gustaría casarte? —la acercó un poco más a él, necesitaba sentir sus contornos.

—Cuando usted quiera milord —le respondió con total sinceridad, le había dado vueltas al tema de la boda durante todo el día y cuanto más lo pensaba, más ganas tenía de casarse con él —aceptaría casarme con usted en este preciso instante —los ojos le brillaban con tal intensidad que Joseph se sintió conmovido.

—Me temo que me ha pillado usted desprevenido —sonrió divertido.

—Lo siento mucho milord —le devolvió la sonrisa sintiendo como algo dentro de ella se despertaba con una intensidad que no supo comprender, pero que no la asustaba —no tengo ninguna predilección por el día y si me permite el atrevimiento —el rubor le cubrió las mejillas con fuerza —lo que ansío es que llegue lo antes posible.

—Ojalá te atrevieras a mucho más —acercó su boca peligrosamente a la de ella —quiero besarte, necesito besarte —le puso la mano en la mejilla y acarició su labio inferior con el dedo pulgar —me vuelve loco señorita Candice —ella cerró los ojos y gimió provocando más aún su excitación —voy a besarte ahora, si no lo deseas, lo respetaré —aunque le doliese como mil demonios lo haría —pero si vas a negarte, hazlo lo antes posible.

Pero Candice no se resistió, tan sólo se acercó aún más a él y le ofreció sus labios con los ojos cerrados, ella se moría de ganas de volver a perderse en el calor de su futuro marido, ansiaba que la rodease con los brazos, que le provocase esa intensa sensación de estar a salvo, de ser adorada, de estar en su verdadero hogar.

Joseph no se lo pensó dos veces, disfrutó de su candidez unos segundos para después estrecharla entre sus brazos y subirla a su regazo para besarla con una pasión desmedida, le picaban las manos por la necesidad de acariciar su dulce piel pero sabía que si movía un solo dedo, no sería capaz de detenerse, la necesidad y el deseo crecían con tal ferocidad dentro de él que amenazaban con desbordarse haciéndole perder el poco control que tenía cuando su futura esposa estaba en sus brazos.

Entonces ella hizo algo que él no se esperaba, le soltó el pañuelo de su cuello y desabrochó los dos primeros botones de la camisa.

—Si sigues así, no saldrás entera de esta habitación —le gruñó al oído y después le mordió el lóbulo de la oreja, ella gimió y se estremeció de placer.

—No creo que sea capaz de detenerme milord —le miró a los ojos llenos de deseo —me provoca usted un millar de sensaciones que jamás había sentido.

—¡Por Dios! —Joseph se alzó con ella y la depositó suavemente en el suelo —no puedo hacer esto, no puedo hacerlo aquí y ahora —a Candice le dolió el rechazo, pero no se quejaría —¿qué te parece que nos casemos en un mes?

—Será el mes más largo de mi vida —murmuró ella esperando que no la oyese, pero él lo hizo.

—¿Dos semanas entonces? —se acercó y la rodeó con sus brazos —te juro que el deseo va a terminar conmigo.

—Espero que eso no sea cierto —posó sus labios en los de él con dulzura —me casaré con vos el día que os parezca bien, la única familia que me queda es mi hermano y la verdad es que yo... preferiría que no estuviese presente.

Al conde esas palabras le golpearon con fuerza debido a lo que implicaban. Nunca había conocido a una mujer como Candice, era pura e inocente pero reaccionaba a su contacto, era dulce, educada y comedida, sin embargo a veces le miraba como si le temiese, como si algo en su persona le asustase y eso le molestaba más de lo que querría admitir, aun así no pudo evitar sentir un profundo pesar porque esa delicada mujer no tuviese a nadie que cuidase de ella, era evidente que necesitaba que alguien la protegiese, afortunadamente él la había conocido y reclamado antes que los demás y ahora no tendría que preocuparse por nada, se casarían, ella sería suya y él la cuidaría el resto de su vida.

Le parecía increíble que hubiera pasado de no tener la más mínima intención de casarse a permanecer en un estado continuo de ansiedad porque los días le parecían demasiado largos. Se había acostumbrado demasiado rápido a la idea de permanecer al lado de la joven cada día y cuando se proponía pensar en romper el compromiso sufría una especie de intenso dolor en el pecho como jamás había sentido. No, estar con ella era lo más natural para él y necesitaba que el día de la boda llegase lo antes posible.

Haciendo acopio de toda su fuerza de voluntad, el conde la besó por última vez y sin mirarla de nuevo, salió de la sala a grandes zancadas, si la miraba una vez más temía que su auto control se perdiese en esos profundos ojos verdes.

—¿Habéis fijado una fecha? —la voz de su tía le sorprendió pero no vio recriminación alguna en su mirada.

—Dos semanas —fue su escueta respuesta antes de darle un beso en la mejilla y salir de la casa.

Genoveva sonrió con picardía y subió de nuevo a su habitación.

Capítulo 8

Durante las siguientes semanas, Candice fue mimada por los condes de Keyworth como si ella fuese su propia hija, la llevaron al teatro, a la ópera, a íntimas veladas musicales y a un par de bailes más en algunas de las mansiones más lujosas de Inglaterra, le presentaron a tanta gente que apenas podía recordar los nombres, los días eran absolutamente perfectos.

Ella jamás había soñado con poder llevar una vida así, sin embargo, a menudo se sentía tan apenada por ser el objeto de tanto cariño por parte de esas personas que apenas la conocían, que la mirada se le apagaba y tenía que hacer grandes esfuerzos por no echarse a llorar. Su familia prácticamente la había echado de casa y su hermano había amenazado con venderla a un burdel, durante muchas noches se había dormido llorando intentado pensar en lo que la hacía merecedora de semejantes desprecios, ella se esforzaba cada día por ser la hija y la hermana perfecta.

Cada vez que la condesa la veía alicaída, le repetía una y otra vez que no tenía que devolver nada lo que le daban, pues eran regalos de su prometido y tan sólo el hecho de mencionarle, le aliviaba casi por completo el pesar que sentía. No se atrevía a confesar que la tristeza que empañaba sus días era porque ellos la habían acogido con los brazos abiertos.

Pero pese a todas las delicias de los días en compañía de los condes, Candice ansiaba las noches, se había establecido una especie de ritual entre lord Hatford y ella. Él acudía a cenar todas las noches a casa de su tía y luego les dejaban a solas en la sala rosa, donde los besos la hacían estremecer de placer y parecía que ninguno podía mantener las manos lejos del otro, aunque para desesperación de la joven, las citas con su prometido acababan siempre igual, ella ansiosa y profundamente excitada abandonada apenas sin palabras mientras le veía salir de la estancia a grandes zancadas antes de que un fuerte portazo le atronase los oídos.

El día anterior a la ceremonia, Joseph sorprendió a Candice cuando la fue a buscar para hacer un picnic en Hyde Park. Por supuesto ella accedió

encantada y en pocos minutos estaba lista para pasar la tarde con su flamante prometido.

La dama de compañía se había juntado con otras mujeres que conocía y se sentaron a una distancia prudencial para que tuvieran intimidad aunque sin perderles de vista.

—Imagino que te sientes algo desbordada —el conde se esforzaba, aunque era evidente que las cortesías no eran su fuerte.

—Abrumada más bien —se sentó en la manta ayudada por él y esperó a que se sentara a su lado —ya le dije milord que soy una dama sin dote y como ya le he comentado alguna vez, apenas salía de la escuela.

—¿Te gusta Londres? —le sirvió un poco de vino y se lo ofreció cortés.

—¿A quién no le gustaría? —le miró con el mismo anhelo que sentía por estar a su lado —sin embargo, a veces se me hace demasiado intensa —se encogió de hombros —soy una mujer sencilla, sin grandes pretensiones.

Joseph aceptó su palabra y asintió con un gesto dando a entender que él pensaba lo mismo. El día no era demasiado caluroso, sin embargo el sol brillaba con fuerza en el cielo y parecía que todo a su alrededor brillaba con intensidad. Candice sonrió, la ciudad entera estaba en consonancia con ella, brillaba al lado de Joseph.

—Buenas tardes —la voz del caballero sacó a la joven de sus pensamientos —Hatford —saludó con una inclinación de cabeza —y usted debe ser la encantadora señorita Benning ¿no es cierto?

—Tillshire —Joseph se había puesto en pie y miraba duramente al hombre que se había parado a hablar con ellos.

—Estoy encantada de conocerle milord —hizo el ademán de levantarse, pero el joven conde se lo impidió.

—No se levante, no me quedará —miró a Joseph —me temo que a mi primo le daría un síncope si lo hiciese —sonrió hacia la dama —solo quería conocerla —se despidió haciendo una reverencia y sin dar tiempo a Hatford de responderle.

Candice observó como su futuro marido se sentaba de nuevo a su lado y esperó paciente a que le explicase lo que acababa de ocurrir, pero como parecía que eso no iba a suceder, ella decidió que podía tomarse ciertas libertades, por lo que le sirvió un poco de vino y le acarició el rostro para llamar su atención.

—Puede hablar conmigo si lo desea —le sonrió con ternura y Joseph

suspiró.

—Es mi primo William Carmichael, conde de Tillshire —se recostó contra el enorme tronco y la miró —era casi como un hermano, pero cuando crecimos nuestras familias se enfrentaron por un problema con el título nobiliario.

—Por desgracia conozco bien las peleas familiares —su mirada se tiñó de tristeza y Joseph se sintió peor aún.

—No quería entristecerte —le acarició el rostro y le cogió la mano para besarle la punta de los dedos —mejor hablaremos de otra cosa.

—No por favor —le pidió con un susurro —me encantaría saber todo lo posible sobre vos, puede contarme si lo desea cómo se criaron todos juntos —le miró a los ojos y se perdió en esos pozos castaños —habéis dicho que érais como hermanos, ¿Alexander también le aprecia tanto?

El conde se debatió entre comenzar a contarle anécdotas de su pasado o abalanzarse sobre ella y besarla hasta hacerla perder el sentido. Esa mujer le tentaba de formas que jamás había conocido, no era sólo la insuperable belleza exterior, sino la bondad y la ternura que derramaba con cada gesto que tenía con él, como en ese momento que mientras le hacía preguntas inocentes, le ofrecía un trozo de fruta adornado con una hermosa sonrisa.

Se arrepintió de haber programado el dichoso picnic, en mitad del parque no podía besarla como tanto ansiaba, de modo que aceptó la fruta y comenzó a contarle algunas de las travesuras que tanto William como Alexander hacían que luego él tenía que solucionar. Era mucho mejor perderse en los recuerdos que empezar a resoplar como un toro por cómo la deseaba.

Pero por fin llegó el día de la boda.

Candice estaba tan nerviosa que incluso perdió los buenos modales y le alzó la voz a una de las doncellas de la condesa, inmediatamente le pidió perdón y los nervios le llevaron a llorar sin consuelo. Había rezado cada noche para que este día llegara lo antes posible y ahora que había llegado, ella estaba aterrorizada. Quería hablar con su prometido, explicarle exactamente cuáles eran sus sentimientos por él, quería contarle todo acerca de su hermano y del miedo que este le había inculcado, deseaba poder hablar abiertamente con él. Pero tenía tanto miedo que nunca encontraba las palabras apropiadas.

—Candice —la voz grave de su futuro marido la estremeció.

—No debería estar aquí milord —se acercó a él y cuando las doncellas salieron de la habitación, le besó en los labios.

—Tengo un regalo para ti —ella se sorprendió y el rubor cubrió sus mejillas.

—Ya me ha regalado suficiente para dos vidas —se apoyó en su pecho y él no tardó en abrazarla —yo sólo quiero que estemos juntos —lo dijo en apenas un susurro que él no escuchó.

Joseph estaba muy nervioso, no sólo porque era el día de su boda y porque estaba a solas con su futura mujer en su habitación donde la cama le llamaba a gritos poniendo a prueba su autocontrol, sino porque después de pensarlo detenidamente durante varios días, había decidido regalarle algo que realmente significara algo para él.

—Esta pulsera era de mi madre —abrió el pequeño joyero —verás, sé que apenas es una fruslería, pero... yo se la regalé con mi primera asignación como conde, aún estaba estudiando en Eton y ella fue hasta allí sólo para agradecerme el detalle.

Candice no conseguía encontrar las palabras apropiadas para expresar todo lo que estaba sintiendo en esos momentos, en lo más profundo de su corazón sentía que entre ellos estaba ocurriendo algo realmente importante, algo que les iba a cambiar la vida para siempre. Él le había abierto un poquito su corazón y ella no iba a desperdiciar la oportunidad de saborear el momento, por supuesto ansiaba mucho más, pero se recordó que no podía exigir, ya era muy buena fortuna que Joseph se hubiese fijado en ella.

—Es preciosa —la voz le temblaba de emoción —pero no creo que deba aceptarla.

—Sé que no es una gran joya —la sacó de su cajita y se la enseñó de nuevo como si quisiera ensalzar las propiedades de la pulsera, ella se estremeció al pensar que podía haberlo ofendido.

—No lo digo por el valor material que tiene, sino por el valor sentimental —le tocó el brazo para que la mirase a los ojos —no me siento merecedora de semejante presente.

—Me haría muy feliz que la llevaras puesta hoy —se la colocó en la muñeca.

Y no tuvo que decir nada más, ella aceptó con un gesto solemne y acarició la pulsera con veneración, los ojos se la llenaron de lágrimas y con un profundo dolor en el corazón se dio cuenta de que él jamás sabría lo mucho que ese gesto había significado para ella. Desde que se prometieron, él había hecho de todo para agasajarla y proporcionarle cualquier cosa que pudiese

desear, pero este gesto significaba más para ella que todo lo anterior.

No pasaron mucho más tiempo juntos porque las doncellas llamaron para avisar de que si no empezaba a prepararse llegaría tarde a su propia boda, Joseph le sonrió con picardía y ante el asombro de las doncellas, la sujetó por la cintura y la besó en los labios con tal pasión que ambos jadearon al separarse.

Candice no fue consciente de nada más a su alrededor. Sí, la habían bañado en agua perfumada, le habían puesto cremas en el cuerpo y la habían ayudado a vestirse, a peinarse y a ponerse las joyas que Genoveva le había prestado, pero apenas se había mirado en el espejo y ahora estaba bajando del carruaje que se había detenido delante de la iglesia.

Una vez en la acera frente a la iglesia de Santa Margarita, la joven suspiró profundamente y sonrió a la tía de su futuro marido, pues Genoveva, la condesa de Keyworth era la elegida para ser su dama de honor como no podría ser de otra manera. El conde las acompañó hasta la entrada y allí se separaron. Se tomó unos minutos para disfrutar de la belleza del edificio de estilo Tudor, pese a las reformas que había sufrido a lo largo de los años, miró a su alrededor y se perdió en la ventana de cristal flamenco que recordaba los esponsales de Catalina de Aragón con el príncipe Arturo Tudor. Ellos se habían casado allí también y no pudo menos que sentirse inapropiada e indigna de compartir destino con la que fuera reina consorte de Inglaterra.

Candice caminó hacia el altar con los nervios a flor de piel, estaba contando los minutos que faltaban para que lord Hatford se pusiera a su lado y pronunciaran sus votos, pensó que solo después de la ceremonia se sentiría a salvo y rezaba para que esa sensación no desapareciese nunca. Pero en cuanto le vio entrando en la iglesia, todos sus temores se esfumaron y a partir de ese instante ya sólo tuvo ojos para él. No fue muy consciente de la ceremonia ni de nada de lo que la rodeaba hasta que la mano firme de su marido levantó su rostro en un gesto familiar y la besó tan pausada y tiernamente que a punto estuvo de ceder ante el temblor de sus piernas.

Ni quiso ni pudo esconder el placer y la adoración que sentía por su marido. Él era el hombre de sus sueños, su príncipe azul que había llegado en su reluciente corcel para salvarla de los malvados. Sonrió ampliamente y disfrutó del momento, estaba viviendo su sueño hecho realidad.

Joseph no se perdió ni un solo detalle del rostro de su esposa. Mirarla a los ojos era como ver su alma, ella no se escondía nada en lo que respectaba a

sus sentimientos y en ese instante, supo que le adoraba. Y esa certeza le dejó un regusto de orgulloso sentimiento de victoria y posesión pues era evidente que había conquistado a su dama. Le acarició el rostro de nuevo y la sujetó del codo en un gesto íntimo para llevarla hasta el carruaje abierto que les llevaría hasta la espléndida mansión de su padre, pues allí se celebraría el desayuno nupcial.

Al llegar a la puerta de la mansión, Joseph la cogió en brazos y atravesó el umbral. Ella se agarró a su cuello y le miró completamente enamorada, sería un gesto tradicional y sin importancia, pero para ella, era un detalle hacia ella, un detalle que le abrió las puertas de su corazón de par en par.

El marqués recibió a la pareja con una enorme sonrisa en los labios.

—¡Mi querida hija! —la abrazó y la besó con cariño en la mejilla en cuanto sus pies tocaron el suelo —estás aún más encantadora que la última vez que te vi.

—Señoría —Candice hizo una leve reverencia y él la miró con el ceño fruncido —le agradezco que nos permita celebrar el desayuno nupcial en su maravilloso hogar.

—No me trates con cortesía querida mía, es algo que detesto que haga la familia —le cogió de las manos —ahora eres de la familia y este es tu hogar también.

Joseph guio a su mujer por la casa y le enseñó todas las salas antes de que empezasen a llegar los invitados, ella le hacía preguntas y él las respondía con frases cortas, pero aunque sus modales pudiesen ser algo bruscos, Candice estaba totalmente encantada de poder pasar tiempo a solas con su marido sin necesidad de medir el tiempo ni de tener acompañantes. Los nervios que había pasado antes de la boda habían desaparecido por completo y aunque jamás lo confesaría ante nadie, hasta que no la besó al terminar la ceremonia, ella se sentía completamente aterrada ante la idea de que por algún motivo Joseph se echara atrás y la dejase plantada en el altar.

Intentaba concentrarse en todo lo que su flamante marido le estaba contando acerca de la historia familiar, pero no podía evitar sentirse completamente fascinada por su perfil. Estaba casada con el hombre más atractivo e imponente de toda Inglaterra, estaba convencida de ello.

—Tienes que dejar de mirarme así —su corazón se saltó un latido ante la gravedad de su voz —me hace pensar en situaciones comprometedoras.

Ella se rio tontamente y se separó unos pasos para contemplar otro cuadro

de una hermosa mujer cuando sintió la calidez de las manos de su esposo en su cintura y todo su ser se revolucionó.

—No es justo que yo no pueda miraros pero vos sí que podáis tocarme — le miró por encima del hombro y sonrió —quizá un beso no sea algo tan inapropiado —sugirió, no la había besado desde antes de salir de la iglesia y lo echaba de menos.

Joseph estaba a punto de abalanzarse sobre ella para mostrarle lo tremendamente inapropiado que sería, cuando una doncella les avisó de que los primeros invitados habían comenzado a llegar y les acompañó hasta el salón.

—Hubiese sido muy inapropiado —le susurró al oído justo antes de entrar en la estancia en la que había más personas de las que Candice contaba — porque no te hubiese besado sólo en los labios —toda su piel se erizó por la excitación.

El banquete fue un éxito, había varios platos entre los que elegir de los más populares entre la alta sociedad y que fueron alabados sin descanso por los comensales, la comida duró varias horas que se les hicieron eternas. Ellos eran los novios y estaban siendo halagados y felicitados continuamente por lo que los pocos momentos que tenían para estar juntos, apenas podían rozarse sin que alguien observase lo que ocurría, Joseph estaba a punto de perder el control. Odiaba todas esas tonterías de la etiqueta con toda su alma, pero cuando por fin estaba anocheciendo, pasaron al salón de baile donde un vals comenzó a sonar al mismo tiempo que los novios entraban.

Joseph cogió de la cintura a su esposa y la guio por la pista de baile mientras se mecían al son de la música, habían bailado en otras ocasiones, pero ahora ambos sentían que los lazos que les unían eran irrompibles lo que les dio una sensación de intimidad que sólo fue rota cuando él la besó con ímpetu y comenzaron a escuchar voces que denotaban reproche.

—Milord —intentó regañarle pero su voz salió temblorosa.

—No me importa lo más mínimo lo que piensen —su voz grave y sus ojos oscurecidos por el deseo la hicieron trastabillar —eres mi esposa Candice, te besaré siempre que quiera.

—Pero en público no es apropiado —el mareo que sentía no era por las vueltas que estaban dando a causa del vals, estaba segura de ello. Él sonrió con malicia.

—Entonces no podrás volver a salir de casa —la apretó más contra él —

porque no puedo dejar de pensar en besarte.

Y volvió a besarla. Afortunadamente, esta vez, fue mucho más comedido. Sin embargo no dejó de provocarla mientras giraban por el salón y era plenamente consciente de que lo hacía a propósito, se sentía muy sofocada y alterada, tanto que apenas podía disimular la turbación que sentía.

Candice luchaba contra los esfuerzos de su corazón por abandonar su cuerpo y correr a cobijarse en el de su esposo. Alejarse de él una vez terminado el vals fue una pequeña tortura e intentó ser amable con los invitados, pero apenas podía concentrarse en las conversaciones. Cada vez que le sorprendía mirándola, algo dentro de ella se enardecía de tal forma que sentía la necesidad de hundirse en agua helada, ahora ya entendía las continuas referencias de su marido de lanzarse al Támesis, su piel se tornaba rosada y tenía constantemente una sensación de necesidad que la consumía.

El baile se extendió hasta la madrugada y cuando los invitados se fueron, el conde de Hatford llevó a su esposa hasta una de las habitaciones donde la besó hasta que su necesidad por ir más lejos con ella le empezó a doler.

—Me encantaría llevarte a nuestro hogar en Lakesbury —metió los dedos entre los bucles de su pelo castaño —pero no llegaríamos hasta mañana y yo no puedo soportarlo más —ella estaba ardiendo de necesidad, apenas podía entender lo que él le decía —he alquilado una casa que está a pocas calles de aquí donde pasaremos un par de días antes de irnos a Hatford Lane.

Candice tan sólo pudo asentir con el corazón latiendo con tanta fuerza que empezaba a golpearle las costillas y cuando por fin se atrevió a empezar a desabrochar los botones del chaleco de su marido, este le cogió de las manos y la arrastró hasta la calle donde la subió a un carruaje que enseguida se puso en marcha. Se sentía tan confusa que apenas podía pensar y era tal el grado de excitación que tenía que le costaba respirar.

Fue el paseo más largo y tortuoso de su vida, pues en cuanto el carruaje comenzó a andar, Joseph le instó a alzar un pie y comenzó a acariciarle el tobillo mientras la miraba con tanta intensidad que ella sentía que se estaba derritiendo. Subía la mano hasta su rodilla y se paseaba la lengua por los labios mirándola como si quisiera devorarla y Candice quería que lo hiciera, sentía tal agitación en su interior que por mucho que intentaba controlarse, no podía evitar retorcerse ligeramente en el asiento y le costaba respirar, de repente era como si el corpiño le apretase más aún las costillas impidiendo que el aire entrase en sus pulmones. En una de las caricias, cuando Joseph

subió la mano hasta su muslo, ella se mordió el labio para no jadear, cerró los ojos para disfrutar de las sensaciones.

Joseph se estaba volviendo loco, había pretendido darle un masaje en las piernas en el corto trayecto, pero en cuanto le puso las manos encima no pudo pensar en otra cosa más que en subirle las faldas y pasear sus dedos por su suave piel. La veía intentar controlarse, jadear y gemir delicadamente y su cuerpo estaba a punto de reventar. Candice estaba más que lista para él y él llevaba semanas listo para ella. Si no fuera por el férreo control que ejercía sobre sí mismo bien podría aparentar ser un joven imberbe con su primera mujer.

En cuanto el coche se paró, Joseph la sacó de su interior para cogerla en brazos y así entraron en una preciosa casita de dos plantas a las afueras de Mayfair. Pese a las prisas de su marido, pudo ver que había criados y doncellas y se ruborizó al imaginar lo que pensarían de ella en estos momentos, pues no daba muy buena imagen el hecho de que su esposo la guiase en brazos escaleras arriba. Y por un momento pensó en protestar, pero entonces su mirada se topó con la de Joseph y ya no fue capaz más que de asentir dándole permiso para llevarla donde él deseara, de pronto, ya nada importaba, tan sólo saciar esa sensación que se apoderaba de ellos y que apenas le dejaba pensar.

Cuando por fin entraron en su habitación, Candice estaba a punto de arder por la anticipación. Joseph la dejó en el suelo con delicadeza y la miraba de una forma tan intensa que ella se sintió profundamente cohibida. Su marido era un hombre realmente imponente y su presencia hacía que la estancia se viera más pequeña de lo que en realidad era, tenerle delante era tan tentador y sugerente como casi una tortura, sentía que apenas podía respirar y que todo su cuerpo le hormigueaba en busca de algo que no sabía lo que era.

—Eres preciosa —le dijo él en apenas un murmullo —te deseo tanto — sujetó su cara con las manos, se acercó a sus labios y comenzó a besarlos con ternura, aunque en poco tiempo el beso se tornó voraz y lleno de necesidad — ¿tienes miedo? —le preguntó atento a su reacción y ella asintió con la cabeza —no me temas, te prometo que seré delicado y que gozarás en mis brazos — Candice se estremeció —¿confías en mí?

—Sí —no hubo duda en su respuesta y eso aceleró aún más el pulso de Joseph.

La giró con delicadeza y comenzó a quitarle las horquillas que mantenían

su pelo recogido, una vez que la espesa melena cayó hasta la cintura, el conde sintió como su miembro le palpitaba de deseo, le acarició el cuero cabelludo y la sintió gemir, con una sonrisa, él continuó relajando a su mujer. Le apartó la melena y le dio tiernos besos en la nuca que terminaban con delicados mordiscos que a ella le hacían temblar las rodillas.

Notó como poco a poco los botones de su vestido se soltaban por los hábiles dedos de su marido y antes de darse cuenta, estaba tan sólo con la camisola que pronto desapareció de su cuerpo. Ahora estaba completamente desnuda a falta de las medias y los zapatos y agradeció que no pudiera verle la cara porque seguro que se molestaba, sentía cómo le ardía la piel por la vergüenza de estar tan expuesta. Y sin embargo, no se sentía vulnerable, además tenía plena confianza en que su marido cuidaría de ella.

Ella conocía la mecánica del acto pues además de ser instruida en una escuela donde se las preparaba para ser esposas, había leído un par de libros de los que Miss LeBlanc no tenía ni idea y que algunas de sus compañeras habían llevado escondidos para escandalizar a sus amigas.

A Joseph le costaba mantener el ritmo lento que la situación requería y al descubrir la preciosa piel de alabastro, un doloroso palpito de su miembro casi le hace perder el control. Le acarició los hombros con delicadeza y comenzó a besarla mientras se quitaba la ropa lo más rápido que podía. Una vez que estuvo completamente desnudo se pegó a ella y la calidez del contacto les enloqueció a ambos.

—¿Quieres verme? —le susurró al oído y ella asintió —date la vuelta.

Ella obedeció y abrió los ojos como platos. Con el traje ya se veía que poseía poderosos hombros y fuertes brazos, con los íntimos abrazos que habían compartido, ella sabía que su espalda era ancha y firme, lo mismo que su pecho y su estómago, pero al verle completamente desnudo, todo su ser enloqueció de deseo. Tenía el cuerpo bronceado, los músculos se le marcaban en los brazos, en el pecho, en el estómago y...

—¡Oh Dios mío! —la exclamación le sacó una sonrisa al conde.

—¿Estás asustada? —ella asintió levemente sin dejar de mirar sus partes privadas —te prometo que sólo te dolerá cuando entre totalmente en ti, después sentirás placer.

—Eres... eres... muy grande —tartamudeó y él se rio con una carcajada.

—Tú sí que sabes alabar a un hombre —la rodeó con los brazos —ven a la cama conmigo Candice, me muero de ganas por devorarte entera —la besó

en el hombro desnudo —confía en mí.

Y ella se entregó totalmente a él. Joseph la tumbó en la cama y se puso a su lado, le acarició todo el cuerpo antes de besarla en los labios con pasión mientras sus manos comenzaban a acariciarla de una forma mucho más íntima, Candice agradeció estar en la cama porque estaba segura de que se iba a desmayar de un momento a otro, hasta que su marido se metió la cima de un pecho en la boca y ella gritó por la sorpresa pero pronto se rindió a las sensaciones, Joseph estaba sobre ella y le abría los muslos con su poderosa pierna, ella cedió y le rodeó el cuello con las manos, la necesidad de acariciarle era imperiosa.

Las grandes manos de Joseph la torturaban de placer provocando pequeñas descargas eléctricas que la recorrían por entero.

—Quiero conocer tu sabor —le dijo entre lánguidos besos.

Ella no sabía a lo que se refería, pero aceptó, porque si era sincera, tal y como se sentía, ella le hubiese dado permiso para cualquier cosa. Una mano se coló entre sus piernas y ella se tensó, pero los hábiles labios de su marido comenzaron a torturar sus pechos de nuevo y lo que antes eran pequeños espasmos, aumentaron su intensidad provocando que su espalda se arquease. Su lengua comenzó a descender por su piel y antes de que ella pudiese reaccionar, él le había separado los pliegues de su sexo y había puesto su boca justo en el centro.

No pudo evitar gemir y pequeños gritos salían de su garganta que no provocaban otra cosa que excitar aún más a Joseph, no dejó de lamerla y chuparla hasta que su cuerpo comenzó a convulsionar, en ese momento él le introdujo un dedo y ella gritó de nuevo, era terriblemente estrecha y eso le volvía loco, le introdujo un segundo dedo mientras continuaba lamiendo sin cesar el centro de su deseo y pronto notó como ella se dejaba ir entre espasmos, lujuriosos gritos y con la espalda arqueada ofreciendo una imagen tan erótica que le hizo gemir de necesidad.

Trepó por su cuerpo y la besó con voracidad, a esas alturas el hambre que sentía por ella le estaba volviendo loco.

—Eres maravillosa —la punta de su miembro se apoyó en la entrada del cuerpo femenino y empujó suavemente —déjame entrar en ti —la miró a los ojos —por favor, déjame entrar.

Ella le besó torpemente aún aturdida por las sensaciones recién descubiertas y le acarició la espalda, él entró un poco más y ella se sintió algo

incómoda, su cuerpo se negaba a ser invadido pese a lo mucho que ella lo deseaba.

—Shhh tranquila —la besó de nuevo en los labios —no tengas prisa, deja que tu cuerpo se acostumbre a mí —sus manos le acariciaron el rostro y bajaron hasta sus pechos —adoro el tacto de tu piel.

Entró un poco más y ella se obligó a centrarse en los besos y las caricias. Según le habían contado en la escuela, la primera vez era muy dolorosa para las mujeres, por lo que miró a su marido y se perdió en sus oscuros ojos llenos de ardor y pasión. Poco a poco su cuerpo fue aceptando el miembro viril en su interior y aunque la sensación era muy extraña, no era desagradable, hasta que él se topó con la prueba de su virginidad y ahí ella notó un pinchazo en lo más profundo de sus entrañas.

—No puede ser de otra manera —la besó con ternura —pero te juro que después será muy placentero.

Ella no se creyó ni una sola palabra, pero se sentía tan abrumada por sus obligaciones maritales y estaba tan profundamente agradecida que tan sólo le besó y alzó las caderas en una clara invitación que él aceptó, se clavó en ella hasta el fondo y acalló su grito con su boca. Permaneció inmóvil durante unos instantes mientras no dejaba de acariciarla y de besarla, poco a poco comenzó a moverse y ella sintió que aunque la molestia perdurase, el dolor había desaparecido para dar paso a una dulce invasión de su interior que le hacía sentirse plena, un hormigueo se extendió de nuevo por su cuerpo y comenzó a sentir las pequeñas descargas que antes la habían hecho gritar de placer.

Joseph la observaba con atención y al verla cerrar los ojos abandonada al éxtasis, se dejó llevar él también derramándose en su interior. Fue la mejor experiencia de su vida.

Permaneció unos momentos sobre ella sin dejar de besarla y de acariciarla y muy lentamente comenzó a salir de su cuerpo, una vez que la liberó, le besó en los enhiestos pezones y se levantó a por un paño húmedo para limpiarla con dedicación.

Ella se ruborizó y cerró las piernas.

—Permite que me ocupe de ti —le acarició los muslos desnudos —abre las piernas Candice, deja que te alivie.

De nuevo se dejó llevar por su oscura mirada llena de ternura y cedió a su petición, las pasadas de la tela le calmaron la quemazón que sentía entre las piernas, pero fueron las caricias y los besos en su vientre los que la hicieron

sentir completamente dichosa. Joseph se limpió a sí mismo y se tumbó a su lado.

La miró lleno de una sensación como jamás había sentido antes, la mujer que descansaba a su lado le provocaba miles de sentimientos en los que hacía mucho tiempo que no se permitía pensar. Desde luego no se arrepentía de haberse casado con ella, siempre imaginó que su esposa le intrigaría, le haría velar por ella, observando el cuerpo de Candice, tenía la sensación de que lo que sentía por ella iba más allá de la intriga, el instinto de protección o la lujuria.

Capítulo 9

El sol de la mañana comenzaba a filtrarse por un lateral de la ventana ya que las cortinas no estaban cerradas del todo y el efecto visual era absolutamente delicioso.

Candice permanecía tumbada sobre las blancas sábanas, con el cuerpo desnudo y la luz rozando las cimas de sus pechos que se antojaban tazones de cremosa nata con una jugosa cereza temprana en la punta y a él se le hacía la boca agua.

—Me gustaría que durmieras a mi lado cada noche —le siguió el contorno del rostro con un dedo —pero si prefieres habitaciones separadas, te lo concederé.

—Yo... me siento bien ahora —el rubor tiñó su rostro y su marido sonrió —quiero decir, que me siento bien a vuestro lado.

Una punzada de algo parecido a la desolación agitó el corazón del conde, acababa de darse cuenta de que ella jamás le había llamado por su nombre y no fue consciente hasta ese momento de cuánto deseaba oírsele decir.

—Podremos dormir unas horas —abrió los brazos y ella se acurrucó contra su pecho —concédeme el deseo de disfrutar de tu piel desnuda —murmuró contra su oído.

—Os concederé cualquier cosa que deseéis milord.

Tímidamente le pasó el brazo sobre el duro estómago marcado de músculos y con el tranquilo latir del corazón de su marido se quedó profundamente dormida.

El conde por el contrario no se durmió tan rápido, había mantenido la esperanza de que después de poseer el cuerpo de su mujer, el abrumador deseo que le consumía disminuyese, pero para su desgracia no había sido así. Ella estaba profundamente dormida entre sus brazos, confiada en que él la mantendría a salvo... y él estaba tenso como un arco y su miembro duro y preparado para otro asalto. ¿Cómo se suponía que se iba a encargar de todos sus asuntos si no podía controlar sus impulsos? Cerró los ojos para dormir a

la vez que imaginaba que su vida jamás volvería a ser tranquila mientras Candice estuviese a su lado y el sólo hecho de pensar que alguna vez podría perderla le encogió el corazón en un puño.

La abrazó para mantenerla segura, tiró de las sábanas y las mantas y aspirando su aroma floral, se quedó dormido.

Cuando Candice despertó se encontró sola en la cama y de pronto se sintió algo decepcionada, pero se recuperó pronto, no debía pedir más de lo que tenía, a fin de cuentas, su marido, el conde Hatford era un hombre muy ocupado y con muchas obligaciones y ella no quería ser una molestia. Era bien cierto que ella deseaba despertarse con sus besos y sus caricias, pero no le ofendería pidiéndole algo así. Se giró hacia el lado donde había dormido él y aspiró su olor en las sábanas, tras suspirar con deleite, una sonrisa se asomó a sus labios.

Había tenido que esperar dos semanas para poder casarse, ninguno de los dos había querido pedir una licencia especial para adelantar la boda, pero estaban tan ansiosos que a final cedieron al privilegio de pertenecer a la nobleza, era evidente que ya eran la comidilla de todo Londres y aunque no querían alimentar más rumores, fue inevitable. Pero Candice a pesar del ansia, disfrutó de esas semanas en compañía de los condes de Keyworth. Habían sido las dos mejores semanas de toda su vida.

Se sentó en la cama con la sábana cubriéndole el cuerpo y permitió que los recuerdos de la noche pasada la invadiesen, su piel se erizó y un hormigueo se extendió por su cuerpo. Su marido había sido extremadamente cuidadoso con ella, al traspasar su virginidad le había dolido, pero había sido una molestia en comparación a lo que ella pensaba que sentiría y luego sus caricias, sus besos... la habían transportado hasta el mismo cielo.

La puerta de la habitación se abrió lentamente y Candice se tapó más con las sábanas.

—Estás despierta —la sonrisa de Joseph iluminó la estancia —te he traído el desayuno.

—Sois muy amable milord —se ruborizó de la cabeza a los pies —no tendríais que haberos tomado la molestia.

—Ocuparme de mi esposa no es una molestia —él puso la bandeja sobre la mesita y se sentó a su lado en la cama —¿cómo te encuentras? —ella le miró sin saber qué responder —¿estás muy dolorida? —el rubor se hizo más intenso aún y él sonrió mientras le acariciaba el rostro —eres absolutamente

preciosa —posó un dulce beso en sus labios —te dejaré descansar durante el día de hoy, pero mañana debemos partir hacia Hatford Lane en Lakesbury, llevo mucho tiempo fuera de casa.

—Podemos partir hoy mismo si lo deseáis milord —se atrevió a cogerle una mano y apoyarla en su rostro —no deseo interferir en vuestros asuntos.

—Candice, ahora eres la condesa de Hatford, son nuestros asuntos —la corrigió con ternura pero ella se estremeció —¿ocurre algo?

—No me había dado cuenta —se la veía claramente confusa y él la interrogó con la mirada —en ningún momento he pensado que ahora soy la condesa de Hatford.

—¿No tenías claro que te casabas con un conde? —preguntó algo ofendido.

—No, quiero decir sí —se corrigió a sí misma y le sonrió —sólo ansiaba casarme con usted milord, poco me importaba su título, sólo que fuera usted —se encogió de hombros con tanta naturalidad que a él el corazón le dio un vuelco.

La observó detenidamente, por lo que él sabía, su familia estaba completamente arruinada, él mismo se había hecho cargo de todas las deudas de su hermano. Cuando la comprometió en el baile de los Whiteland, ella no poseía más que el vestido que llevaba y ni siquiera tenía una joya que ponerse, pero al mirarla algo le decía que era sincera, que no se había propuesto cazarle por su fortuna o su título, que tan sólo se había fijado en el hombre... y eso le provocaba un ensalzamiento de su ego abrumador.

Poco a poco fue tirando de la sábana hasta dejarla completamente desnuda, no eran esos sus planes para esa tarde, pero tenerla a su disposición le nublaban el juicio. En la bandeja del desayuno había un ramillete de violetas que cogió.

—Túmbate —le dijo con la voz ronca.

Ella obedeció casi en el acto y suspiró de placer cuando él comenzó a pasear las flores por su cuerpo, comenzó en sus labios y el aroma de las bellas flores le inundó el olfato, bajó por su cuello y siguió por sus hombros, bajó por entre sus pechos y después los atormentó con las flores hasta que estos se pusieron duros y comenzaron a suplicar algo de atención, bajó por su costado hasta su rodilla y subió por el otro lado, bajó de nuevo hasta la unión de sus muslos y le separó las piernas lo bastante para que pudiese acariciarla con las flores a su antojo.

Candice se sentía completamente expuesta y vulnerable, por lo que mantenía los ojos cerrados y se aferraba a las sábanas con fuerza para controlar todo lo que sentía en esos momentos, el hormigueo de su cuerpo se hizo más intenso y entonces sintió la mano de su marido sobre su piel.

—Abre los ojos para mí —le pidió él con un susurro —déjame ver cuánto disfrutas.

Mientras las flores se paseaban por su entrepierna, la mano de su marido atormentaba sus pechos y sus labios se apoderaron de los suyos. Ella ya no era capaz de pensar, tan sólo se retorció sobre las sábanas e intentaba controlar los gemidos que escapaban de sus labios.

—Ahora voy a desnudarme —le dijo su marido —y me encantaría que me acariciaras.

Los ojos de ella brillaron de emoción y el cuerpo masculino reaccionó de inmediato. Rápidamente se deshizo de la ropa y en apenas unos segundos estaba tumbado a su lado, la observó con detenimiento esperando a que ella iniciase las caricias y no se hizo esperar, tímidamente le siguió el contorno del rostro, después bajó por su cuello y entonces frunció el ceño.

—¿Puedo besaros a mi antojo? —le preguntó con la voz débil y su miembro se endureció un poco más.

—Te lo suplico —respondió él imaginando todo lo que ella haría.

Candice le besó entonces en el cuello y después paseó la lengua como si quisiera comérselo entero, la excitación de él subió varios grados. Con las manos bajó por sus costillas mientras que sus labios hacían su propio camino, le mordió ligeramente los pequeños pezones masculinos y las atrevidas manos llegaron a la cintura. Entonces se detuvo un segundo para después lamerle el centro de su cuerpo desde el ombligo hasta su pecho y su delicada mano acarició trémula su erección y él gimió.

—¿Os he hecho daño? —le preguntó completamente avergonzada a la par que apartaba la mano con rapidez.

—Ni lo más mínimo —la alzó para colocarla sobre él —es que me gusta demasiado que me toques y me beses.

Ella sonrió y bajó de nuevo restregándose contra su cuerpo. Joseph pensó que podría morir de placer en ese mismo momento y moriría completamente feliz. Su pequeña mano volvió a rodear su miembro y la observó detenidamente, tenía el ceño fruncido y le pareció completamente adorable.

—¿Te resulta desagradable? —preguntó apenas conteniendo el deseo en su

VOZ.

—No es eso milord —le acarició de nuevo —es que... no esperaba que fuera así —él la interrogó con la mirada —es muy suave pero muy dura... ¿puedo besaros aquí también? —él cerró los ojos y gimió de nuevo.

—Mejor que no —la alzó de nuevo sobre él y giró con ella en la cama para ponerla de espaldas —creo que ya me has torturado bastante y no creo que pudiese soportar un ataque de tu jugosa boca.

Antes de que ella pudiese decir una sola palabra, su marido la besó con una intensidad que la mareó, las manos de él le acariciaban por todas partes y ella deseó hacer lo mismo, se moría de ganas por acariciar esa fuerte espalda y pensó que a él no le molestaría, cuando le tocó, el beso se tornó más urgente y las manos más atrevidas, le separó los muslos con su fuerte pierna y sintió el hinchado miembro en su entrada, de pronto todo su cuerpo se agitó impaciente, le necesitaba dentro de ella más de lo que necesitaba respirar.

—Por favor milord —jadeó contra sus labios —entrad en mí, os lo suplico —él sonrió encantado.

—Aún no —la besó de nuevo con fuerza —tienes que estar completamente empapada entre las piernas para que mi verga se deslice hasta lo más profundo.

Las palabras pronunciadas avergonzaron a Candice, o quizá fue que cuando él las dijo todo su cuerpo se excitó sobremanera y ella apenas podía controlarse, sus caderas se elevaban en movimientos involuntarios y sus pechos le ardían por la necesidad de ser atendidos.

—Te gusta que te diga lo que te voy a hacer —murmuró en su oído y ella asintió en un gesto apenas perceptible —aún no estás preparada, pero el día que lo estés, sin previo aviso te llevaré a rastras hasta nuestra cama, te arrancaré el vestido del cuerpo, te abriré las piernas con fuerza y mientras me doy un festín con tus pechos te penetraré con tanta fuerza que el placer se extenderá por todo tu ser y te hará gritar.

Ella ya no podía soportarlo más, notaba como su intimidad estaba casi chorreando y si él decía algo más como eso, seguro que podría alcanzar el clímax y sabía que sería más intenso que la noche anterior. Él bajó una mano hasta la entrada de su cuerpo y la tocó con desesperación.

—Me encanta que estés tan mojada —la miró a los ojos —siente cómo entro en tu cuerpo.

Comenzó a penetrarla tan lentamente que Candice quiso gritar de

frustración, sin que pudiese controlarlo, comenzó a gemir, la necesidad estaba pudiendo con ella.

—No te impacientes —la besó en la expuesta garganta —aún estás sensible por tu primera vez, disfruta de cada momento.

Ella sólo pudo negar con la cabeza y alzar las caderas con más fuerza para que él la llenase por completo, le arañaba la espalda y gemía sin parar, pero Joseph parecía que mantenía el control en todo momento, la besó con urgencia y sin dejar de mirarla fijamente entró en su interior en una embestida controlada. Comenzaron a moverse a la vez, el uno entrelazado con el otro, sin dejar de besarse ni por un momento hasta que juntos alcanzaron el clímax.

—Te juro que no tenía esto planeado cuando te traje el desayuno —susurró él aún dentro de ella y sin intención de moverse.

—Podéis repetirlo cuando deseéis —le acarició la espalda y le besó en el hombro.

Joseph se giró en la cama y la arrastró con él, salió de su interior poco a poco mientras le repartía dulces besos en los labios y caricias en la espalda. Pasaron así unos momentos hasta que sus cuerpos sudorosos comenzaron a enfriarse.

El conde se levantó y tras sonreír le alcanzó la bata para que se la pusiera, él se paseó desnudo hasta el otro extremo de la habitación, cogió una de las tostadas con mermelada y le puso una taza de té que ya había empezado a templarse. Se acercó a ella y le dio de comer mientras se emborrachaba de la imagen tremendamente sensual de su mujer aún azorada por los restos de la pasión compartida.

Cuando Candice ya no quiso más comida, Joseph llamó a las doncellas para que les preparasen un baño, lo tuvieron listo enseguida y aunque no era la costumbre, Candice se bañó en compañía de su marido que disfrutaba de lavarle el pelo y acariciarle el cuerpo con el jabón de aroma de violetas.

Una vez que ambos estuvieron aseados, Joseph la envolvió en una gran toalla y él se puso una bata, la cogió en brazos y la llevó a la habitación que ya había sido ventilada, las sábanas habían sido cambiadas y el sol de la tarde entraba con fuerza por la ventana. Cerró la puerta tras ellos.

—Tengo otro regalo para ti —le susurró al oído antes de dejarla en el suelo —he querido dártelo desde hace semanas.

La dejó en el suelo y le quitó la toalla del cuerpo dejándola desnuda de espaldas a él, el cabello estaba aún húmedo y su color era varios tonos más

oscuros, no pudo resistirse a la tentación de acariciarle los hombros, ponerle la melena cayendo sobre uno de sus pechos y besarle la nuca. Se acercó al tocador y del cajón sacó un estuche de terciopelo alargado, se colocó de nuevo detrás de ella y alrededor de su cuello le puso una impresionante gargantilla de oro con lágrimas de esmeralda que colgaban en varias alturas.

Cuando se puso frente a ella, la descubrió con la cara llena de lágrimas y su corazón se le apretó en un puño impidiéndole respirar con normalidad.

—¿Acaso no te gusta? —le limpió las lágrimas con los dedos —podemos cambiarlo o comprar otro que sea de tu agrado o...

—No... yo... —su cuerpo comenzaba a temblar —no merezco todo esto milord.

—Es privilegio de un esposo cubrir a su mujer de joyas y proveerla de todo lo que ella necesite —la abrazó y le sorprendió que ella buscara refugio en sus brazos —no me importa que no tuvieses nada cuando te conocí, sólo me importa que ahora eres mi mujer y no voy a permitir que te falte de nada —la besó en el cabello —te prometo que haré todo lo que esté en mi mano para hacerte feliz.

Cuando ella se tranquilizó, él comenzó a vestirse y cuando solo le faltaba ponerse la chaqueta, llamó a un par de doncellas para que la ayudasen a vestirse a ella, el corazón le dio un vuelco por el placer que le había supuesto vestirse en presencia de su esposa, él se había movido por la habitación mientras ella le observaba y acariciaba las joyas que colgaban de su esbelto cuello, no tenía la más mínima duda acerca de que no tendría ningún problema al adaptarse a la vida que les esperaba.

Las noches empezaban a ser algo más cálidas y esa noche estaban invitados a cenar en casa del marqués de Kerinbrooke, a la cena asistirían también los condes de Keyworth y el hermano pequeño de Joseph, lord Aldridge. También estaba previsto que acudiesen algunos nobles que habían asistido a la celebración de la boda.

Candice aún se sentía abrumada por todo lo que le había ocurrido en tan poco tiempo y mientras las doncellas elegían para ella un vestido de seda de color verde jade y le ponían la ropa interior, el corsé y el vestido, ella le dedicó un pensamiento a su pasado. La imagen de su hermano la atravesó como un rayo y la hizo tambalearse, las doncellas la miraron con preocupación pero las tranquilizó con una sonrisa.

Su hermano no era buena persona, eso era algo que ella tenía por seguro,

pero era la única familia que le quedaba y ella había hecho todo lo que estaba en su mano para alejarse todo lo posible de él. Cada vez que recordaba lo que le había hecho pasar con las prostitutas en su propia casa, su estómago se rebelaba y amenazaba con vaciarse de golpe. Le temblaban las piernas al imaginar qué sería de su vida ahora, estaba completamente arruinado mientras ella nadaba en la abundancia, tenía que ayudarlo, no se había portado bien con ella y aún la aterraba estar cerca de él, pero no quería que su hermano se convirtiese en un vagabundo. A estas alturas seguramente habría perdido ya la casa familiar y aunque casi esperaba sentir tristeza, la verdad la golpeó con fuerza, no sintió nada, ya no había nada que la atase a su pasado, desde que sus abuelos murieron, Stonely Park había dejado de ser su hogar.

Cuando estuvo completamente lista, se miró en el espejo y la culpabilidad se apoderó de ella, seguro que podría pedirle a su marido un poco de dinero para ayudar a su hermano, estaba convencida de que Londres no era el lugar adecuado para él, pues había demasiados lugares en los que entregarse al vicio, pero quizá pudiese convencerle para que comprase una pequeña casita en el campo y comenzase de nuevo. Imaginó la cara que pondría George ante semejante idea y supo que se negaría de forma tajante pero también se dio cuenta de que ella le ayudaría una sola vez, estaría en su mano hacer uso de esa ayuda, sería su decisión, pero Candice tenía claro que jamás arruinaría a su esposo por alguien como George.

Bajó las escaleras con el ceño fruncido, ella quería ayudar a su hermano, pero primero tendría que convencer a su marido de que le prestase el dinero que necesitaba y para eso tendría que contarle toda la verdad acerca de lo que había vivido en su casa cuando la echaron de la escuela de Miss LeBlanc y al recordar ese hecho, se puso pálida.

—¿Te encuentras bien? —la voz de su marido le alivió la pesada carga — estás pálida.

—Me encuentro bien, es que estaba recordando —le miró a los ojos y aunque intentó sonreír no lo consiguió —¿podría hablaros de un tema privado milord?

—Podemos hablar por el camino, el carruaje es cerrado y tendremos intimidad —la preocupación que destilaba su voz le inquietó.

Subieron al coche de caballos y en el mismo instante en que se cerró la puerta, Candice comenzó a retorcerse las manos, la agitación que sentía la estaba consumiendo, ella confiaba en su marido, pero no le resultaba fácil

contarle lo terrible que había sido su vida y el miedo que había pasado desde que volvió de la escuela.

—Candice —el conde le alzó el rostro —dime qué es lo que te preocupa.

—Milord, os ruego que no os enfadéis conmigo si lo que os digo os molesta, todo esto es nuevo para mí y aún no sé cómo debo comportarme —cogió aire y sin atreverse a mirarle a los ojos continuó hablando —me preguntaba si podríais prestarme algo de dinero.

—¿Prestarte dinero? —le preguntó confuso —mírame —le pidió y ella negó levemente con la cabeza —ven aquí —la cogió de la cintura y la sentó sobre sus piernas —si vas a pedirme dinero o me miras a los ojos o exijo que estés más cerca de mí —ella se estremeció —¿Candice por Dios! Intentaba bromear —la abrazó más fuerte —cuéntame qué es lo que necesitas.

—Temo que me abandonéis por los problemas que supongo —ella se estremecía, claramente estaba intentando controlar las lágrimas.

—Tienes un concepto bastante bajo de mi persona —la besó en el pelo —confía en mí.

Y ella lo hizo, confió en su marido ciegamente y le contó entre hipidos todo lo que le provocaba dolor y desazón, le habló de cómo la habían echado de la escuela porque no les habían pagado desde hacía mucho tiempo, le contó muy por encima que había acudido al baile de los Whiteland porque su hermano la había obligado a cazar a algún soltero que les salvase de la ruina, pero cuando el recuerdo de las lecciones de su hermano la abrumó, quiso contarle la terrible noche que pasó con las prostitutas en su casa, los golpes que siguieron y cómo la había amenazado George con venderla a un burdel si no conseguí casarse y sacarles de su precaria situación, pero no se atrevió.

—¿Y es eso lo que hiciste conmigo? —le preguntó Joseph intentando controlar la ira que sentía.

—No milord —ella se acurrucó más en su cuerpo —eran sus órdenes, pero yo había planeado fugarme de la fiesta y empezar de cero como institutriz o...

—¡Jamás! —bramó él poniéndola de nuevo en su asiento —jamás... —ella le miraba asustada y aunque debería importarle, lo cierto era que quería que estuviese asustada —escúchame Candice, Londres es demasiado peligroso para alguien como tú.

—Pero... —intentó responder pero las palabras se le atravesaron en la garganta.

—No —la cortó él bruscamente —no hay ningún pero, ahora estás casada conmigo, eres condesa de Hatford y no necesitas huir de nadie.

Ella iba a contestar pero en ese momento el carruaje se detuvo y la portezuela se abrió, Joseph saltó y le tendió la mano para que ella pudiese descender, la acompañó hasta la entrada de la casa y justo antes de que se abriese la puerta, se colocó tras ella la estrechó entre sus brazos.

Todos sus instintos se habían despertado con tal fuerza que se sentía desconcertado, jamás en toda su vida había reaccionado así, le inundó la posesividad que sentía por ella, pero también la imperiosa necesidad de protegerla a toda costa y pensar en su esposa vagando por las peligrosas calles de Londres le enfureció, pero sobre todo, sintió miedo. Miedo de perderla.

—Estás preciosa —le susurró al oído —permite que yo cuide de ti.

La puerta se abrió y el mayordomo les dio la bienvenida mientras se hacía cargo del sombrero de copa de Joseph y del delicado chal de ella, casi a la vez, el marqués salió del salón de baile y se dirigió a ellos con una sonrisa en la cara. Estrechó la mano de su hijo y a ella la besó con ternura en la mejilla.

—¡Espléndida! —la miró paternalmente y sonrió —cada día eres más hermosa querida.

Pasaron al salón donde ya había algunos invitados y rápidamente fueron el centro de atención de las conversaciones, les felicitaron de nuevo por su reciente enlace y ensalzaron las virtudes del matrimonio. Candice se sentía demasiado agitada para disfrutar de todo lo que la rodeaba y eso la molestaba profundamente, se encontraba en un hermoso salón de baile decorado con un papel de color marfil y enrevesadas enredaderas con delicadas flores moradas, las enormes lámparas de cristal que colgaban del techo iluminaban la estancia con una calidez que embellecía aún más todo lo que la rodeaba. Había algunos sofás repartidos por un par de laterales y las enormes puertas francesas daban acceso al maravilloso jardín lleno de rosas.

Quería disfrutar de la velada, pero la conversación con su marido la había puesto aún más nerviosa y al final no supo si él le daría el dinero para ayudar a su hermano, lo cierto era que no sabía ni siquiera si había sido capaz de explicarse con claridad. Sólo sabía que le había hecho enfadar y aún no entendía el motivo, pero tendría que disculparse, porque se había propuesto ser el ideal de esposa y contrariarle en modo alguno no estaba en sus planes, por mucho que le picase en el orgullo.

Cuando les dieron paso al comedor para disfrutar de la cena, su marido le rodeó la cintura y tras pegarla un poco a él, caminaron detrás de su suegro, se sentaron a la mesa en los sitios asignados y como siempre, disfrutaron de una cena deliciosa. Candice intentó relajarse, pero apenas podía mantener la apariencia tranquila de una joven recién desposada, no dejaba de mirar a su marido al otro lado de la mesa y aunque se concentró en la conversación que lord Calroy le proporcionaba, no fue capaz de responder más que con ligeros movimientos de cabeza.

Al finalizar la velada, fueron juntos hasta la casa que Joseph había alquilado, ella estaba impaciente por terminar la conversación que había quedado a medias pero su marido la miró fijamente, la besó con impaciencia y el mundo desapareció para dar paso a una velada mucho más íntima y más satisfactoria también.

Capítulo 10

Por la mañana cuando terminaron de desayunar, las doncellas ya habían preparado todo el equipaje y éste había sido colocado en un coche de caballos, su carruaje les esperaba tranquilamente mientras Candice observaba todo a su alrededor con tristeza en sus ojos.

—¿Estás triste? —le preguntó su marido rodeándola con los brazos.

—Es la primera casa que hemos compartido como marido y mujer —se encogió de hombros —supongo que soy demasiado sentimental.

Joseph no dijo nada más, le rodeó la cintura y la llevó hasta el coche que les llevaría a su hogar, estaba ansioso por enseñarle cuál sería su casa a partir de ahora, él se sentía especialmente orgulloso de Hatford Lane, cuando se hizo cargo de la propiedad hizo algunas reformas y las tierras habían prosperado mucho bajo su cuidado, adoraba vivir allí y disfrutaba de todos y cada uno de los días de duro trabajo y aunque había disfrutado del tiempo pasado en Londres, lo cierto era que se moría de ganas por volver a su casa.

Durante el viaje, le contó anécdotas acerca de la propiedad y le describió con detalle los lugares que más le gustaban, no había dado muestras de ser una mujer caprichosa o ligada a la ciudad, pero quería que comprendiese que detestaba tener que abandonar su casa para ir a la bulliciosa y caótica ciudad de Londres, de hecho, antes del ultimátum de su padre, llevaba dos años sin ir a la ciudad y no lo había echado de menos. Odiaba toda esa hipocresía de la nobleza inglesa.

Cuando habían hecho más o menos la mitad del camino, Joseph notó que su esposa estaba absolutamente agotada y algo dentro de él se enterneció al verla apoyada delicadamente contra el respaldo intentando mantener la postura y sin una sola queja, habían parado varias veces a estirar las piernas y a tomar algún refrigerio, pero claramente ella no estaba acostumbrada a viajes tan largos y no quiso alargarle más el sufrimiento.

—Aún queda mucho para llegar —la miró con ternura —pero creo que deberíamos pasar la noche en una encantadora posada que hay cerca de aquí,

¿te parece bien?

—Lo que decidáis me parece apropiado milord —le sonrió llena de calidez y volvió a perder la mirada a través de la pequeña ventana.

Cuando ya no supo qué más contarle acerca de su hogar, ambos se quedaron en silencio, pero no era un silencio tenso, simplemente no tenían nada que decirse en esos momentos, o al menos, eso era lo que había pensado Joseph, pero al fijarse ahora, se dio cuenta de que había algo que atormentaba a su esposa y su instinto le previno acerca de ella, estaba claro que le estaba ocultando algo y él no soportaba que le engañaran.

La miró detenidamente durante unos minutos intentando adivinar qué era lo que le escondía, qué era lo que podía ocultarle, después de haberse hecho cargo de las deudas de su hermano, el infame lord Stonely, él había investigado a su prometida y no había descubierto absolutamente nada, hacía muchos años que no pisaba Londres y cuando iba no salía de la casa familiar, de hecho muchos nobles no la conocían, había pasado gran parte de su vida en la escuela para damas de Miss LeBlanc y eso era todo lo que se sabía de ella.

¿Sería eso lo que la atormentaba? ¿acaso no era feliz en su matrimonio? Él se había gastado una auténtica fortuna para complacerla, además de pagar todas las deudas de su familia, el hecho de que su padre se hiciese cargo de la dote de ella le aligeró la carga económica, pero aun así, el coste había sido lo que él ganaba en casi tres años, pues la deuda en aquel desagradable club de juego sólo había sido la punta del iceberg. ¿Qué más podía necesitar? Ella le había pedido dinero, pero no le había explicado para qué lo quería, tan sólo había mencionado que la escuela la echó por falta de fondos, algo que él estaba deseando solventar en cuanto llegase a su casa.

Candice miraba por la ventana bebiendo de la preciosa estampa de los campos ingleses en primavera, el sol estaba radiante en el cielo y la temperatura era muy agradable. Le sorprendían la cantidad de matices de color que había en los árboles o cómo las tierras de cultivo se extendían hacia el horizonte, ella no había visto nunca nada parecido, todo lo cerca que había estado de la naturaleza en todo su esplendor fue cuando en la escuela las llevaron de excursión a Hyde Park. Sonrió con asombro al ver a dos ciervos cruzar a toda velocidad uno de los campos para ocultarse en el bosque y la sonrisa se le mantuvo mientras disfrutaba de los variados animales que veía pastando en los prados más alejados del camino.

Daba gracias a Dios por la buena fortuna que había procurado para ella,

pero no podía evitar sentirse un poco melancólica, aunque lo cierto es que no sabía muy bien por qué motivo se sentía así, ella jamás había pertenecido a Londres ni a su sociedad, sólo había conocido el entorno seguro de la escuela y allí había dejado a las jóvenes que como ella habían ido a educarse, pero realmente nunca había llegado a hacerse amiga de ninguna. Tampoco tenía un hogar, pues aunque había crecido en Stonely Park, la mansión a las afueras de Mayfair, si era sincera consigo misma allí había pasado tanto miedo por culpa de su hermano y de las personas de dudosa reputación que entraban y salían a su antojo que ya no sentía que fuese un lugar de refugio.

Sin embargo, ahora toda una placentera vida se abría para ella. Por lo que le habían contado los condes de Keyworth, Hatford Lane era una extensa propiedad en mitad de un espeso bosque que era las delicias de la alta nobleza. Sus campos se extendían más de lo que la vista podía abarcar y Joseph era uno de los criadores de sementales pura sangre más cotizados de Inglaterra, además tenía un don para la horticultura y sus jardines eran la envidia de todas las damas, incluso la Reina Victoria había ido a visitarlos en varias ocasiones.

Sí, su vida ahora sería absolutamente placentera, sin embargo, no podía evitar la punzada de culpabilidad que sentía cada vez que pensaba en su hermano y eso la torturaba, se concedió el tiempo que durase el viaje para intentar expiar esa culpa, pero una vez que llegasen a su hogar, ella sólo se centraría en hacer feliz a su marido. Pues él era su príncipe azul y la había rescatado de las terribles garras de los malvados. Su vida de cuento de hadas acababa de comenzar y estaba resuelta a disfrutarla todo lo que pudiese.

Cuando el coche se detuvo, Joseph la bajó con delicadeza del carruaje y ella se contuvo para no estirarse cuan larga era, pues se sentía totalmente entumecida, tenía la espalda y las piernas doloridas y sufría calambres en el cuello. No obstante, se irguió y enlazó su brazo con el de su marido y caminó con toda la dignidad de la que era capaz, un par de veces tuvo que sujetarse con más fuerza pues sus rodillas le fallaron y se disculpó con él.

Lord Hatford era muy conocido en la posada pues nada más entrar, tanto el posadero como su mujer y sus dos hijas se alborozaron de tal modo que Candice se sintió incómoda al principio, después se sintió furiosa por las miradas descaradas de las jóvenes y por las libertades que se tomaban con su marido, pero en vez de mostrar su mal humor, decidió que sería mejor para ella mostrarse tan amable como siempre.

—Tienen ustedes una posada muy acogedora —le dijo a la mujer del posadero —la luz entra con fuerza e ilumina los salones dándoles un aire muy apacible —ella le sonrió por el cumplido.

—Espero que se encuentre a gusto aquí lady Hatford —la guio por las escaleras y el pasillo hasta la habitación que siempre ocupaba el conde —esta es la que más le gusta a su marido milady —abrió la puerta y le cedió el paso —la mantenemos siempre ventilada y fresca porque a veces milord sale con sus sementales y se le echa la noche encima, entonces se hospeda aquí y disfruta de todo lo que le ofrecemos.

Candice puso atención en todas las palabras de la posadera pero la última frase se le había clavado en el corazón, intentó mantener la calma pero estaba demasiado cansada como para seguir fingiendo que no se enteraba de nada, desde luego que la intención de la mujer había sido hacerle ver que sus hijas eran las amantes de su marido y de pronto las náuseas casi la hacen vomitar en la alfombra.

—Milord nos ha pedido que le preparemos un baño —corrió una cortina —la bañera ya está aquí, esta es la única habitación que la tiene, comenzaremos a subir los cubos de agua caliente.

Sin más se fue de la estancia y Candice aprovechó para observar todo a su alrededor. Entendía por qué esa habitación le gustaba a su marido, el techo aunque era abuhardillado era alto, la cama era amplia, todo se veía bastante limpio, el sol entraba con fuerza y había un sutil aroma floral en el aire. Un mozo entró después de llamar arrastrando uno de sus baúles, lo puso a los pies de la cama y le preguntó si podía deshacerle el equipaje, ella le sonrió y le dijo que no era necesario, no tenían pensado quedarse demasiado tiempo y si ella podía convencer a su marido, después de una pequeña siesta volverían a emprender el camino hacia la que sería su casa, pues las sensaciones que tenía desde que había puesto un pie en esa posada no la agradaban lo más mínimo.

Varios mozos comenzaron a entrar y salir portando cubos de agua humeante y tras varios viajes metieron unas bolsitas con flores aromáticas y por fin la dejaron sola. Pero no fue hasta que cerraron la puerta que comprendió lo sola que estaba en realidad, desde que habían llegado a ese lugar, su marido se había alejado de ella y no le había vuelto a ver, tampoco vio a las hijas de los dueños y el sabor de la bilis le inundó la garganta mientras el corazón le latía desaforado en el pecho.

—Debes ser fuerte Candice —se dijo a sí misma mientras se quitaba el

sombrero —un hombre con las inmensas pasiones de lord Hatford sin duda necesita a más de una mujer para satisfacerse —lo tiró sobre la cama y casi se arranca el chal —además —continuó hablando mientras se intentaba desabrochar los botones del vestido de viaje —tú no eres más que una simplona y aburrida mujercita que no sabe nada sobre el placer de los hombres —los últimos dos los arrancó de cuajo y se quitó el vestido con gestos furiosos —él es demasiado grande, fuerte y viril como para conformarse sólo contigo —se desnudó por completo mientras las lágrimas amargas de los celos le quemaban el rostro.

Se soltó el recogido y caminó hasta la bañera que la llamaba a gritos para sumergirse en el agua caliente, suspiró de placer al sentir cómo sus músculos se iban relajando.

—Puede que alguna de esas mocosas esté gritando por el placer carnal —volvió a hablar consigo misma —pero el placer de un baño caliente no lo proporciona ningún hombre —intentó convencerse a sí misma en un ataque de orgullo femenino.

Inclinó la cabeza hacia atrás para mojarse el pelo por completo y las lágrimas corrieron con más fuerza, se estaba engañando a sí misma, ella no quería que su marido hiciese gritar a ninguna otra mujer, ella se había enamorado del hombre que la miraba intensamente, el que le acariciaba con ternura y pasión desmedida, el que le robaba el aliento, se había enamorado hasta la locura del príncipe de sus sueños y los celos le estaban mordiendo el corazón y el miedo a perderle le estaba destrozando el alma.

Se regañó en silencio por su ataque de celos, en Londres no se había parado a pensar si su marido buscaba los favores sexuales de las mujeres de vida alegre y entonces el recuerdo de aquellas prostitutas que George había llevado para que le explicasen cómo comportarse en la cama, le llenó la mente y al imaginarlas en los brazos de su marido casi vomita.

Se frotó el cuerpo con fuerza con el jabón y se frotó el pelo, se aclaró y salió del agua como si se estuviera quemando, se envolvió en una toalla y se sentó en la cama para intentar controlar el llanto que amenazaba con quemarle la piel.

Poco a poco consiguió serenarse y volvió a recordarse que su marido la había librado de una vida llena de penurias por lo que, aunque a ella le destrozase el corazón, no le recriminaría nada. Mientras la respetase como hasta el momento, ella le aceptaría con una sonrisa.

Se recostó en la cama y sin darse cuenta se quedó dormida.

Joseph estaba realmente furioso. Le gustaba alojarse en esa posada porque le conocían de hacía tiempo y siempre le habían tratado con respeto, cierto que las hijas se le habían insinuado en varias ocasiones, pero nada como lo que acababa de pasar en el establo. Ya se sentía de mal humor porque nada más llegar el posadero había insistido en que fuese a ver una nueva yegua que había nacido y que aseguraba que era hija de una campeona de las carreras, mientras que su mujer era escoltada por la posadera hacia la habitación, él sólo quería acompañarla, ordenar que llenasen la bañera y dedicarse en cuerpo y alma a atender a su reciente esposa.

Pero cuando el hombre le dejó solo en el establo para ir a buscar los papeles que acreditaban a la yegua, todos sus instintos se dispararon y se puso en alerta, para su desgracia no fue lo suficientemente rápido en salir y cuando se dirigió hacia las puertas, descubrió a las dos jóvenes con los vestidos abiertos mostrando generosamente sus pechos sin ningún pudor. Sintió una terrible vergüenza por ellas.

—Señoritas, hagan el favor de vestirse —les dijo con la voz grave —y salgan de aquí inmediatamente.

Les concedió un segundo para que obedecieran, pero ellas se miraron la una a la otra y se bajaron aún más los vestidos, eso era más de lo que él quería ver, se subió a uno de los caballos y salió por la parte trasera del establo al galope. Lo llevó hasta la misma puerta de la posada y lo dejó suelto para entrar hecho una furia llamando a gritos a los dueños.

—Señor Brentille, siempre le he tratado con respeto pero lo que ha hecho hoy ha excedido con mucho cualquier afrenta que yo haya sufrido jamás —le agarró por la camisa y le empujó contra la pared mientras la esposa gritaba que no le matara —si alguna de sus hijas se vuelve a acercarse a mí, las denunciaré por prostitución y a ustedes les arruinaré —volvió a empujarle —no se olvide usted que su posada está en las tierras de mi padre.

Le soltó de malas formas y vio como este caía al suelo, se giró aún furioso y se enfrentó a la mujer que le miraba totalmente aterrada.

—Si ha hecho o dicho algo que haya ofendido a mi esposa, les juro que les arruinaré sus miserables vidas —se encaminó a las escaleras —y más les vale preparar una cena decente para mi condesa y no molestarnos más.

Subió los escalones de dos en dos y caminó raudo hasta la habitación que siempre ocupaba cuando estaba allí agradeciendo que no hubiese más

huéspedes en la posada. Se paró frente a la puerta para intentar controlar su estado de ánimo mientras rezaba para que su esposa no se hubiese enterado de nada. Entró sin llamar y la descubrió tendida en la cama cubierta con una toalla y respirando tranquilamente.

—Gracias a Dios —suspiró —no creo que hubiese podido enfrentarme a ella también.

Salió al pasillo para llamar a los mozos y que le cambiasen el agua a la bañera, los tres muchachos corrieron a ocuparse del asunto en el más absoluto silencio, pues habían presenciado el estallido de ira del conde y no querían que la emprendiese con ellos también, en menos de media hora, la bañera estaba lista de nuevo llena con agua humeante que le llamaba a gritos.

Cuando salieron los muchachos, cerró la puerta con pestillo y se desnudó lo más rápido que pudo. Estaba completamente agotado, habían estado en el carruaje durante muchas horas y tenía todo el cuerpo entumecido y los músculos agarrotados, se metió en el agua y se propuso relajarse. Echaba de menos el trabajo en el campo, se sentía extraño en su propio cuerpo después de estar más de un mes sin llevar troncos de un lado a otro o correr por la pradera tras un potrillo. Se miró las manos encallecidas, cierto que las había usado en otros menesteres mucho más placenteros, pero ansiaba el contacto con las plantas, las flores, los árboles y sus sementales.

Cerró los ojos y dejó la mente en blanco. Al día siguiente llegarían a su hogar y entonces la vida sería perfecta. Su padre estaba feliz porque se había casado con una mujer que le agradaba profundamente y tenía la suerte de que Candice también le gustaba a él mismo, de hecho, cuando no estaba con ella la echaba mucho de menos. Ya no era un soltero codiciado, ahora era un marido respetable que viviría en el hogar de sus sueños con una mujer a la que seguro que acabaría queriendo, pues la dulzura de su esposa era muy difícil de evitar y como había comprobado en todas las noches desde la boda, eran sumamente compatibles en la cama.

Unas suaves manos le sobresaltaron y abrió los ojos de par en par, se relajó al instante al ver que era Candice quien le acariciaba los hombros con delicadeza.

—¿Me permitís ocuparme de vuestra higiene? —le preguntó en apenas un susurro y él asintió.

Ella se llenó las manos con jabón e hizo espuma, después comenzó a acariciarle todo el cuerpo con un ligero masaje que casi le hace suspirar,

comenzó por el cuello para seguir por sus brazos y su torso, metió las manos dentro del agua y le alzó un pie con cariño, siguió con el otro y luego ascendió por las piernas hasta llegar a su miembro que ya estaba enhiesto y presto para la acción. Candice le miró a los ojos y le acarició con delicadeza sin perderse ni uno sólo de los gestos de su marido que parecía que estaba sufriendo una especie de deliciosa tortura. Siguiendo sus instintos le sujetó con más firmeza y aumentó el ritmo de las caricias.

—¡Por Dios Candice! —Joseph se sobresaltó y se puso de pie de un salto resbalando de su mano —si sigues así me vas a matar.

—No pretendía haceros daño milord —él salió del agua chorreando y sin importarle lo más mínimo.

—No es dolor lo que me provocas —la besó con urgencia mientras la alzaba del suelo.

La llevó en volandas a la cama, la soltó sin muchos miramientos, le arrancó la toalla del cuerpo y se lanzó sobre ella como el hambriento que se va a dar un festín. Ella jadeó por la sorpresa pero no pudo decir nada porque la lengua de su marido invadió su boca y sus manos de repente estaban por todas partes.

—¿Queréis hacerlo otra vez? —le preguntó más esperanzada que temerosa.

—¿Otra vez? —Joseph no sabía a qué se refería y la verdad era que apenas podía pensar con claridad.

—Imagino que las hijas de los posaderos os han aliviado bastante... —de repente sintió frío.

Miró a su marido y este se había levantado de la cama casi de un salto.

—¿De qué hablas? —era evidente que estaba furioso.

—No le estoy criticando milord —se apresuró a disculparse —es sólo que... bueno, no sabía que se podía hacer... esto... varias veces al día —un intenso rubor le ascendió desde los pies a la cabeza.

Temiendo un estallido de ira, Candice se encogió e intentó coger la toalla para taparse, pero entonces Joseph estalló en carcajadas, ella se quedó embobada con ese sonido, nunca le había oído reír de esa forma tan limpia y sintió como su amor por él crecía un poco más.

—Ven aquí —le tiró de los pies y volvió a dejarla tumbada —no vas a necesitar esto —le quitó la toalla y se tumbó sobre ella —si no lo hemos hecho varias veces al día es porque seguramente tengas molestias por ser las

primeras veces, no porque yo no te desee o no pueda —empujó su cuerpo contra el de ella para que notara su erección —y te diré que jamás me he acostado con esas dos niñas descaradas y no voy a empezar ahora que tengo a una mujer hermosa a mi disposición —entró ligeramente en el cuerpo de su mujer y sonrió al oírla gemir —¿acaso estabas celosa? —ella no quiso mentirle y asintió mientras su cuerpo reaccionaba con intenso placer —eso me complace mucho.

Se abandonó a besarla con ansia mientras sus manos le torturaban los pechos y poco a poco se introdujo dentro de ella hasta el fondo.

—Estoy deseando hacerte mía en mitad del bosque —le murmuró al oído y luego le mordió en el cuello —justo a la orilla del lago, te levantaré las faldas y te penetraré hasta el fondo —se clavó en ella con fuerza y la oyó gritar —te agarraré de los pechos y torturaré tus pezones —le mordió las cimas sonrosadas y tiró de ellas hasta que el cuerpo femenino se arqueó con fuerza —y tú sólo podrás sujetarte al tronco del árbol y clavarás las uñas cuando apenas soportes más placer.

—¡Oh sí! —el grito que salió de su garganta seguramente se escuchó en varias yardas a la redonda.

—Eres la mujer más excitante que he conocido —la embistió varias veces más hasta que se liberó en su interior con un gruñido que volvió a excitarla.

Salió de su cuerpo y la besó en el vientre y en los pechos.

—¿He sido demasiado brusco? —le acarició el pelo y la besó en la nariz.

—No —tenía la garganta terriblemente seca —no milord —aún jadeaba por la intensidad del orgasmo.

Él le cogió las manos y se las llevó a su miembro que aún permanecía erecto.

—Podría hacerte el amor de nuevo ahora mismo Candice —le lamió un pecho con lascivia —de hecho, creo que podría hacerte el amor varias veces seguidas.

Le acarició el cuerpo y paseó un dedo por la ranura entre sus piernas, ella se arqueó y gimió excitada de nuevo.

—Podría... —le costaba hablar inmersa como estaba en el placer que sentía —podría usted demostrarlo milord.

Él se rio con ganas y se lanzó a devorar su cuerpo hasta que volvió a hacerla gritar.

Capítulo 11

Cuando Joseph abrió los ojos se dio cuenta de que era noche cerrada, las ventanas permanecían abiertas y la luz de la luna entraba en la habitación incidiendo directamente sobre el cuerpo desnudo de su mujer. Observarla volvió a ponerle duro.

—Esto es increíble —dijo para sí mismo mientras le acariciaba dulcemente la delicada piel de su espalda —parece que no me canso de ti —la besó con delicadeza en la nuca descubierta y se bajó de la cama.

El estómago rugió de hambre y entonces recordó que ninguno había cenado, rezó para que los posaderos le hubiesen dejado algo de cena en alguna parte. Sacó de su baúl de viaje una bata y abrió la puerta dispuesto a bajar a buscar comida, pero se encontró con dos bandejas en el suelo que contenían varios platos y dos botellas de vino.

Aún estaba furioso con ellos, pero agradeció el detalle. Metió las bandejas en la habitación y las puso sobre la gran cómoda que había en una esquina, inspeccionó la comida y sonrió al ver pastel de cerdo, un plato con varios tipos de queso y de pan, arenques ahumados, jamón y tocino. Abrió una de las botellas y vertió el líquido en la copa, lo probó y asintió con un gesto.

Escuchó un ruido tras de sí y cuando lo oyó de nuevo se dio cuenta de que era el estómago de su esposa, seguramente estaba tan hambrienta como él y no tardaría en despertar con un hambre voraz. Sonrió y acercó el plato con el pastel de cerdo a la cama con la esperanza de que el delicioso olor la despertase lo antes posible.

No tardó en abrir los ojos y con una enorme sonrisa se sentó en la cama mientras Joseph ponía las bandejas a su alcance. Cenaron a la luz de la luna completamente desnudos y dándose de comer el uno al otro y durante esos instantes, ninguno de los dos pensó en nada más que en disfrutar de la felicidad que sentían.

A la mañana siguiente los mozos se encargaron de sus equipajes y los condes se ayudaron a vestirse el uno al otro entre atrevidas caricias y besos

robados, después de la intensa noche, entraron en el carruaje con una sonrisa dispuestos a llegar lo antes posible a su hogar.

Esta vez el trayecto se les hizo mucho más corto, la complicidad que crecía entre ellos les animaba a ser más atrevidos el uno con el otro, a confesarse sueños y a contarse bonitas historias de su infancia.

Candice estaba tan relajada que casi se estaba quedando dormida apoyada en el fuerte cuerpo de su marido, sentía como su respiración le daba la tranquilidad necesaria para poder dejar a un lado todos los temores que habían ocupado su mente mientras estaban en Londres. Pero la segunda vez que cerró los ojos, el cuerpo de su marido se movió ligeramente.

—Candice —le susurró al oído —despierta, observa nuestro hogar.

Y como siempre, ella le obedeció con una sonrisa, abrió la cortinilla de la ventana del carruaje y se quedó absolutamente maravillada con las vistas.

Hatford Lane era una magnífica mansión situada en un hermoso valle, la edificación era de clara piedra blanca, de varias alturas y con una planta irregular. En uno de los laterales había un hermoso torreón adherido a la planta principal con una enorme terraza que la hizo suspirar. El tejado era a varias aguas de pizarra negra, había flores colgantes por todas partes.

Los jardines que rodeaban la mansión no se quedaban atrás en belleza, dos enormes setos perfectamente cortados daban la bienvenida al camino de grava que llevaba directamente a la puerta de entrada, los rosales y demás floridas plantas olorosas hacían del paseo una auténtica delicia. Todos los sentidos de Candice se vieron asaltados tan maravillosamente que sólo podía observarlo todo con los ojos brillantes por la emoción y la boca ligeramente abierta.

—Tu reacción ante tu nuevo hogar es mejor aún de lo que esperaba —las manos del conde la sujetaban de la cintura con firmeza —¿crees que podrías ser feliz aquí?

Ella se giró para mirarle y sin poder evitarlo, se sentó en su regazo, le besó en los labios y esperó que eso fuese respuesta suficiente.

Joseph estaba ardiendo por la respuesta de su esposa, ya tenía claro que ella era una auténtica delicia, pero las pocas veces que se atrevía a tocarlo por propia iniciativa, las relaciones eran mucho más satisfactorias y en el poco tiempo que se conocían, esa mujer se le había metido en lo más profundo de su ser.

El carruaje se paró y Joseph sujetó la portezuela para que el criado no pudiese abrirla por fuera, miró a su mujer con hambre en los ojos.

—¿Estás muy cansada? —la pregunta claramente tenía una intención y no se molestó en ocultarlo, ella negó con una sonrisa —lograré agotarte antes de la cena —y la promesa implícita en esas palabras la hizo suspirar de anticipación.

La colocó en su sitio y abrió la portezuela ante unos asombrados sirvientes. Después bajó casi de un salto, tendió la mano a su esposa y se deleitó con el contacto de sus manos.

Tras una rápida presentación a los criados de mayor rango, Joseph comenzó a repartir órdenes entre ellos.

—Dawson, bajen las maletas del carruaje y Mary, que las ropas de mi querida condesa sean colocadas en su sitio, preparen la casa para su inspección en... —miró de reojo a su mujer y sonrió con picardía —un par de horas. Estamos cansados de estar sentados y vamos a caminar por la propiedad —dirigió su mirada a un hombre enorme y muy moreno —Trisk que nadie nos moleste.

—Aye milord.

Tras eso, se giró para observar a su esposa totalmente ruborizada y maldijo entre dientes por la escandalosa necesidad que tenía de ella a todas horas. Desde la noche anterior no había podido dejar de pensar en cómo sería amar a esa belleza a la luz del sol y completamente rodeados por la naturaleza de su queridas tierras.

Caminaron de la mano hasta que llegaron a una zona algo apartada gracias a unos frondosos árboles frutales que limitaban mucho la visión de la mansión, Joseph estaba completamente ansioso por poseer a su mujer, caminaba con rapidez y tiraba de ella que le seguía sin protestar.

Cuando llegaron a un lugar más apartado de la vista y en apariencia estaban resguardados de las miradas indiscretas, Joseph se paró de golpe y Candice chocó contra él.

—Lo siento milord —jadeó por la vigorosa caminata.

—Esto jamás se le debería decir a una esposa —le quitó el chal y lo tiró al suelo —ardo de deseo por ti —le quitó el sombrero de viaje con prisa y le soltó el cabello —todo en lo que puedo pensar es en tenerte desnuda bajo los rayos del sol y hacer con tu cuerpo toda clase de perversidades.

La observó y sonrió maliciosamente al comprobar cómo sus palabras la habían alterado. Comenzó a desabrocharle el vestido de viaje y se lo bajó hasta la cintura arrastrando la camisola con él, cuando sus dorados pezones

quedaron al aire, se irguieron y Candice se sintió vulnerable y tremendamente expuesta, intentó taparse pero su esposo le cogió las manos.

—No te ocultes de mí —le acarició la piel entre sus pechos —voy a devorarte por completo.

Candice no podía articular una sola palabra, estaba completamente ruborizada y se sentía tan excitada como avergonzada, lo que le estaba haciendo su marido sin duda estaba poniendo a prueba todos sus nervios. En un movimiento controlado, Joseph le bajó el vestido hasta que sus brazos quedaron atrapados y con los movimientos limitados, ella le miraba con los ojos desbordantes de deseo y eso le enloquecía aún más. Sacó una navaja de su pantalón y poco a poco y sin dejar de mirar a su esposa, cortó una a una las capas del vestido de seda.

—No hacía falta romperlo —gimió ella.

—Sí que hacía falta querida —guardó la navaja y le acarició los muslos —abre las piernas Candice —tiró con fuerza de los laterales de las faldas hasta que la unión de sus piernas quedó totalmente expuesto, ella quería obedecer, pero se sentía incapaz de hacerlo —abre las piernas para mí —le sujetó un tobillo y se lo movió despacio —y ahora disfruta y hazme saber cuando estés a punto de caer.

Ella no pudo procesar las últimas palabras, pues su marido estaba de rodillas en el suelo, chupándole ese lugar tan íntimo, le mordía con suavidad, lamía con desesperación y ella sentía que nada podía sostenerla, ahí estaba en mitad del bosque con el cuerpo totalmente desnudo siendo devorada por su marido y rezando para que semejante gloriosa tortura no terminase nunca.

—Milord —gimió notando cómo el orgasmo comenzaba a invadirla.

Joseph sonrió con auténtico orgullo masculino y le bajó el vestido del todo, la tumbó en el suelo y siguió devorándola mientras ella se retorció sintiendo cómo el placer la invadía.

—Adoro escucharte gemir Candice —le introdujo un dedo en su interior mientras sus labios se apoderaban de sus pechos —eres deliciosa —la observó y cuando estaba llegando al clímax sacó su dedo e introdujo su miembro mientras ella gritaba.

Se sentía poseído por algo que no podía comprender, pero tendrían que matarle para arrebatarse a Candice, la lujuria le invadía por completo cada vez que ella le rozaba y ahora mientras empujaba con fuerza dentro de ella y la escuchaba gritar de placer, su propio cuerpo reaccionó con una brutal

liberación.

Se tumbó sobre ella y la besó con adoración.

—Cada día estoy más feliz de haberme casado contigo —le dijo antes de besarla de nuevo.

Candice estaba completamente mareada, el peso del cuerpo de su marido era lo único que la mantenía en la realidad, jamás hubiese pensado que las relaciones íntimas podrían ser tan intensas y satisfactorias, pero en ese preciso instante, tenía su cuerpo completamente laxo y no encontraba la fuerza suficiente para respirar con normalidad, jadeaba indecorosamente y podía sentir la ligera brisa en su piel.

Joseph se levantó y le tendió una mano para ayudarla a ponerse en pie, ella gimió por el esfuerzo y si él no la hubiese sujetado se hubiese caído al suelo, pues sus piernas no podían sostenerla, se avergonzó profundamente y quiso llorar, pero como siempre, él se hizo cargo, manteniéndola apoyada en él, le colocó la parte de arriba del vestido y le soltó el pelo completamente. Después la cogió en brazos y comenzó a caminar.

Candice se tapó las piernas como podía. Todos sabrían lo que habían hecho en el bosque, ella había gritado tanto que seguro que la habían escuchado en la hacienda, además su pelo estaba completamente suelto y seguro que tendría hierbas en él. Quería protestar, pero no podía encontrar las palabras apropiadas, ella amaba a su marido y lo que la hacía sentir, le obnubilaba el juicio de tal forma que no era capaz de negarse a nada.

Joseph ignoró las miradas de los sirvientes, simplemente abrazó más fuerte a su mujer, subió la pequeña escalinata y atravesó la puerta principal, cruzó el enorme vestíbulo y subió las escaleras curvadas que le llevaban al corredor hacia sus habitaciones. Siempre había sido la costumbre que los condes anteriores durmieran en habitaciones separadas, pero él no soportaba la idea de dormir sólo o de despertarse y no tenerla a su lado.

—Mi condesa necesita descanso —le dijo a la doncella que entró tras él —no veo sus cosas por aquí y ahora no la molestaréis, pero mañana quiero que lo coloquéis todo de nuevo —metió a su mujer en la cama y la tapó rápidamente para que la doncella no viese que el vestido estaba abierto — compartiremos habitación.

—Sí milord —la joven salió con una reverencia y sonrió con picardía.

—Candice querida —le acarició el rostro —te voy a desnudar y a deshacerme de este vestido, necesitas descansar —ella le miraba con

devoción y él pudo sentirlo por lo que se puso rígido —te traeré algo de comer si tienes hambre —ella negó con la cabeza —está bien entonces, descansa.

Le quitó el arruinado vestido y la tapó de nuevo con las sábanas. Se veía tan hermosa en su cama que una chispa de culpa le atravesó, era realmente encantadora y muy deseable, su pelo castaño se extendía por la almohada mientras el rubor de sus mejillas contrastaba con las blancas sábanas.

No fue capaz de decir nada más, simplemente se fue y cerró la puerta tras él.

En la planta baja dio órdenes de que nadie molestase a la condesa y que cuando la cena estuviese lista le avisaran, los criados se sentían completamente desorientados, su amo nunca había sido un hombre fácil de llevar, pero con la presencia de su esposa se había vuelto aún más extraño.

Joseph caminó con brío hasta las caballerizas y saludó al encargado del establo, un francés muy pícaro que jamás le había tratado con la pompa establecida, sin embargo, era sincero y se ocupaba muy eficazmente de que sus sementales fueran los mejores de Inglaterra.

Trataron los temas de los animales durante un buen rato, había estado mucho tiempo fuera de casa y aunque todos los trabajos se habían llevado a cabo con buen hacer, él sentía que los había apartado y la culpabilidad le mordió el alma.

Se centró en sus quehaceres para eliminar el exceso de energía que aún tenía dentro de sí. Ayudó a transportar tablones de madera para la nueva caseta del guardia y paseó por el invernadero asegurándose del bienestar de sus plantas, los cuatro jardineros que lo atendían habían hecho un buen trabajo y se sintió orgulloso al ver cómo sus delicadas plantas orientales se habían recuperado de la plaga de pulgones que las había atacado con furia.

Al girarse uno de los rosales híbridos le llamó la atención, las rosas eran de un pálido melocotón con el borde de los pétalos en un ligero rosado que le recordaba el rubor de las aureolas del pecho de Candice. Agitó su cabeza y se maldijo por su debilidad. No hacía ni tres horas que la había poseído como un salvaje en mitad del bosque y si la tuviera ahora mismo delante, se abalanzaría sobre ella sin dudarlo.

La noche empezaba a caer y escuchó el sonido metálico que anunciaba que la cena estaba lista para ser servida. Joseph caminó hasta la casa, cogió la toalla que su mayordomo le tendía y fue al cuarto de baño más cercano para

asearse antes de llevarle la comida a su esposa.

Seleccionó las mejores piezas y las puso en la bandeja, pidió un vaso de agua y metió el tallo de la rosa que había cortado para ella. Subió las escaleras con decisión y entró sin llamar.

Candice estaba recostada en la cama y visiblemente nerviosa. ¡Buen Dios! ¿sería posible que aún tuviera candor virginal después de todo lo que le había hecho? Se puso duro inmediatamente.

Ella quería hablar con él, tenía miles de preguntas que necesitaban respuestas, pero al verle entrar en la habitación, se quedó con la boca seca. Tenía unos pantalones flojos y la camisa abierta hasta casi el ombligo, su moreno pecho se mostraba orgulloso y ella se deshacía ante la imagen. Se sentó en el borde de la cama y le dio de comer en un tranquilo silencio.

Cuando ya no pudo ingerir nada más, ella reunió el valor para comenzar a hablar, pero un fuerte golpe en la puerta la asustó y miró a su marido con nerviosismo.

—No te preocupes querida, sólo es Larson —le explicó —mi hombre para todo, acaba de volver de Londres.

Asintió con la cabeza y se entristeció al verle salir por la puerta sin decirle una sola palabra. Pero lo aceptó, porque aunque lo que más deseaba era estar con él y conocer todos los secretos de su corazón, se había jurado a sí misma que tomaría lo que él le ofrecía, fuese poco o mucho, porque era su príncipe azul, el que la había rescatado de una vida infernal y ante todo, debía mostrarse como una esposa buena y agradecida y no cómo una demandante y caprichosa.

Se levantó de la cama y se puso lo que quedaba de la camisola que su marido había destrozado, el recuerdo por lo vivido con él en el bosque le erizó la piel de placer, se acarició los labios y sonrió. Sin duda alguna era muy afortunada. Se acercó hasta el enorme ventanal que tenía las cortinas descorridas y se deleitó con la visión de un enorme invernadero de cristal y metal que se elevaba entre bajos matorrales.

La mansión era muy hermosa, al menos lo que había visto hasta el momento que no era mucho, un poco del exterior y la habitación del conde.

La cama era de una sólida estructura de oscura madera, con los cuatro altos postes tallados en intrincados diseños vegetales, un pálido dosel de seda verde estaba recogido en el cabecero, las sábanas eran de un magnífico algodón y la colcha estaba rellena de pluma y forrada en seda verde oscuro.

Las paredes tenían un precioso papel en tonos crema con detalles en verde y oro. Se respiraba opulencia por doquier. Una enorme alfombra en tonos cálidos la permitía pasearse descalza por alrededor de la cama. Y al otro lado de la amplia habitación, una lámpara de pie permanecía impassible al lado de un cómodo sofá de terciopelo verde con botones dorados, le sorprendió ver una estantería repleta de libros.

Se acercó muerta de curiosidad y comenzó a leer los títulos. Había interesantes ediciones sobre astronomía, matemáticas y filosofía, pero el tema más recurrente era sin duda alguna la botánica, la geología y la fauna y flora de Inglaterra. La luna entraba por la ventana y pese a que había dormido un par de horas, Candice se sentía realmente exhausta, de forma que cogió uno de los libros, encendió la pequeña lámpara de la mesita y se puso a leer hasta quedarse dormida.

Cuando Joseph entró en la habitación había tomado la decisión de no contarle nada a su esposa acerca de las actividades de su hermano, él había pagado una fortuna por salvarle el pellejo de las deudas que mantenía con las ratas de los barrios bajos de Londres, pero el pobre infeliz lo había tomado como otra oportunidad de volver a endeudarse y ahora estaba involucrado con peores sujetos que el dueño de aquel club de mala muerte. No, no le contaría nada, ellos ahora vivían en el campo y no tenían de qué preocuparse, los rumores de Londres raras veces llegaban tan lejos y si él tenía la más mínima oportunidad, ella no se acordaría de él nunca más. Llenaría su vida con lujos y todo lo que ella anhelase para que nunca le echase de menos.

La descubrió completamente dormida con un volumen de botánica en sus manos. La imagen le llenó de ternura. Se acercó sigilosamente, le retiró el libro y la besó en la frente, después apagó la luz y se desnudó a oscuras para meterse en la cama a su lado. Desde que se habían casado, era la primera noche que no le haría el amor, sin embargo, sentía una plenitud extraña por el hecho de compartir la cama con ella tan sólo rozándola levemente, su presencia le procuraba una paz como no había conocido nunca.

Capítulo 12

Los días pasaron sin muchas novedades, salvo por la visita del marqués y de Alexander, el hermano pequeño de su marido. Joseph se levantaba temprano y salía de la habitación antes de que Candice se despertase, desayunaba algo rápido y salía corriendo a ocuparse de sus obligaciones mientras que su esposa se despertaba cada mañana envuelta en una tristeza que le oprimía el corazón. Pero por las noches, ambos se encontraban en su dormitorio y entonces se olvidaban de todo para centrarse sólo en ellos y descubrir cuántas formas de placer existían en su matrimonio.

Al principio pensó que la visita no era apropiada, pero después agradeció que estuviesen allí, el marqués compartía con ella el té de la tarde y durante al menos una hora la obligaba a aguzar el ingenio y dejar de pensar en lo que la entristecía. ¡Y las cenas eran terriblemente divertidas con lord Alexander! Sólo necesitó un día para darse cuenta de que le encantaría poder compartir su día a día con ellos.

Sólo llevaban casados apenas dos semanas se dijo a sí misma Candice, tenía que tener paciencia con él, era consciente de la enorme responsabilidad que tenía sobre sus hombros, pero ojalá no fuese tan rudo en sus modales, ella ansiaba ser de su agrado y no sabía cómo acercarse a él, soltó un profundo suspiro y se dejó caer sobre la butaca de su tocador con pesar.

—¡Oh! ¡Pero es que le echo tanto de menos! —le confesó a su reflejo en el espejo —es una locura, pero ojalá pudiera pasar más tiempo con él, que me dejara conocerle —los recuerdos de la noche pasada la hicieron sonrojar — ¡ojalá me dejase entrar en su corazón!

Con un suspiro cansado se puso en pie y llamó a su doncella para que la ayudase a vestirse para la cena, sabía que no debía ser vanidosa, pero no pudo menos que sonreír al abrir el armario y contemplar extasiada los maravillosos vestidos que su marido le había regalado, ella era hija de un barón, había sido educada como una dama, pero jamás había tenido vestidos, joyas y fruslerías como las que ahora poseía.

Cuando la joven doncella llamó a la puerta, Candice le dio permiso para entrar sin dejar de admirar las delicadas telas.

—Milady, ¿qué vestido le gustaría ponerse? —le preguntó con una dulce sonrisa.

La doncella había nacido en Hatford Lane, pues su madre era el ama de llaves y su padre era uno de los cocheros, ella conocía al conde desde que nació y pese a su aspecto tan intimidante, ella le tenía un profundo cariño, pues siempre la había tratado con cortesía, se sentía realmente feliz por el hecho de que lord Hatford hubiese contraído matrimonio con alguien tan dulce como lady Hatford.

—No sabría cuál elegir —acarició las suaves telas una vez más —quizá el de muselina rosa pálido o el azul cielo —un suspiro se escapó de sus labios y sonrió avergonzada —debes pensar que soy una caprichosa.

—Oh no, milady, por supuesto que no —le respondió azorada la joven —pero si me permite mi opinión, es usted tan hermosa que con cualquiera de ellos estaría encantadora.

—Eres muy amable Lucinda —le dedicó otra sonrisa —creo que me he decidido por el verde espuma.

La joven sonrió mientras sacaba el vestido del armario, todos en la hacienda conocían la vida que había llevado lady Hatford y no se sorprendían lo más mínimo al verla suspirar por los enormes jardines o deleitarse con la opulencia de los cuartos, a todos les resultaba adorable esa forma de ser tan cercana y tan delicada.

Candice se miró al espejo una vez más y un intenso rubor cubrió sus mejillas al imaginar cómo la seduciría su marido esa noche, los ojos se le cerraron ante el intenso deseo que la recorrió de la cabeza a los pies y cuando los abrió de nuevo tuvo que sujetarse a la doncella.

—¿Se encuentra usted bien milady? —le preguntó realmente preocupada —¿quiere que mande llamar al doctor?

—¡Oh no! —la miró terriblemente avergonzada —eso no será necesario, simplemente me he dejado llevar por los recuerdos y... creo que comprometieron mi estabilidad por su intensidad.

—Milady, no se aflija, le prometo que la trataremos como a una reina y que aquí usted será feliz —se tomó la libertad de coger una de sus manos entre las suyas —el conde es un hombre maravilloso y sin duda alguna, el marqués la adora.

Los ojos de Candice se llenaron de lágrimas que intentó reprimir.

—Muchas gracias Lucinda —se avergonzó aún más de sí misma —lamento la escena tan bochornosa.

—Milady, una mujer de su posición no debe disculparse con los criados —comenzaba a sentir verdadero cariño por su señora —para cualquier cosa que necesite milady, estaré más que encantada de servirla.

Tras una cálida sonrisa por parte de Candice, la doncella se retiró y ella se quedó de nuevo a solas ante el enorme espejo de su cómoda.

Tenía las mejillas sonrosadas y sus ojos brillaban en exceso por las lágrimas sin derramar, se sentía realmente triste, pero no porque se sintiera fuera de lugar, sino más bien por todo lo contrario, en los pocos días que llevaba en su nuevo hogar, todo el mundo siempre tenía una sonrisa para ella, salvo su marido se recordó a sí misma, aunque los gestos que él le dedicaban le llegaban mucho más hondo.

Su suegro era un verdadero encanto, ella había temido al marqués cuando le conoció, pero ahora que compartían el té de la tarde, le estaba cogiendo cariño con suma facilidad, su conversación era realmente interesante y al contrario de lo que había conocido hasta el momento, él se tomaba el tiempo necesario para escuchar lo que ella tenía que decir.

Abrió el cajón de las joyas y contempló maravillada el precioso conjunto de esmeraldas que su marido le había regalado la mañana después de casarse, lo acarició con los dedos y sus ojos se humedecieron peligrosamente de nuevo, jamás había poseído algo tan hermoso y delicado. Los recuerdos la hicieron estremecer, pese a lo que habían compartido, ella estaba completamente alterada y abrumada por las expectativas de lo que se esperaba de ella, no temía estar con él, pues desde el momento que compartieron en el invernadero de los Whiteland donde les sorprendieron en una actitud comprometedor, se sintió profundamente atraída por la fuerza y la seguridad que emanaba.

Acarició con ternura el delicado engarce de la piedra central de la gargantilla y recordó como Joseph le había deshecho el recogido de su larga melena y apartado el pelo con delicadeza para después de una abrasadora caricia colocarle la gargantilla sobre su piel excitada.

—No necesito ningún regalo milord —había murmurado ella presa de una intensa emoción.

—Pero yo tengo el privilegio de hacértelos cuando quiera —su respuesta

había sido algo seca, pero a ella se le olvidó todo cuando un dulce beso fue depositado en su hombro —eres muy hermosa —el susurro en su oído la estremeció de nuevo.

Candice se obligó a sí misma a volver al presente, no podía permitirse la ocasión de pensar en los momentos compartidos con su esposo o le ocurriría lo mismo que aquella mañana, que prácticamente se había quedado paralizada al contemplar a su marido, ruborizándose de nuevo y abochornada, cogió su abanico y se dio aire con fuerza. Pero no pudo evitar sentir un anhelo intenso recorriéndole todo el cuerpo, ¡cómo ansiaba que la luna ocupase su lugar en el cielo!

Cuando consiguió tranquilizar el errático latir de su corazón, Candice salió de su habitación y se dirigió hacia el salón. Esa noche cenaría a solas con su esposo, pues el marqués había sido invitado a una cena en Londres con altos dignatarios del gobierno y su cuñado Alexander, probablemente estaría visitando a alguna de sus amigas, lo cierto era que la expectativa de que estuviesen a solas fuera de la alcoba se le antojaba un acto tremendamente íntimo que estaba deseando experimentar.

Se sentó en el sitio que el conde había designado a su lado y esperó con impaciencia a verle aparecer por la puerta, ya se retrasaba un poco más de lo habitual, pero una vez más se recordó a sí misma que Joseph era un hombre con muchas responsabilidades.

Los camareros le ofrecieron algo de beber mientras esperaban al señor y ella agradeció un vaso de agua fresca, pero con el paso del tiempo, la espera comenzó a antojársele terriblemente tediosa y abochornante, pues era consciente de que los lacayos y los camareros la miraban con compasión en sus ojos, disimuladamente miró el enorme reloj que presidía la estantería sobre la chimenea y ahogó un jadeo al darse cuenta de que llevaba esperando por su marido casi dos horas.

Se puso en pie intentando controlar sus propios nervios, de repente, el hecho de saber que era un hombre ocupado no la importaba tanto como el hecho de que él se había olvidado de ella y sin saber exactamente cómo se sentía, Candice hizo todo lo que estaba en su mano para no echarse a llorar.

Sin saber muy bien cuáles eran sus derechos, decidió probar suerte saliendo a pasear por alrededor de la mansión, por lo que se puso una capa de paseo que estaba colgada en el armario ropero de la entrada y salió ante la mirada reprobatoria de varios de los lacayos.

Caminó sin rumbo durante unos minutos, con la mirada fija en el suelo cubierto por las flores tardías que la brisa había arrancado, un soplo de aire la hizo estremecer pero no la convenció de volver a la seguridad del hogar, sólo alzó la vista para decidir qué sendero seguiría, le pareció que había algo de luz en las caballerizas y sin darse cuenta, se encontró caminando hacia allí con paso ligero.

Al acercarse escuchó varias voces de hombre y se puso nerviosa, de repente sintió cómo el miedo se extendía por ella mientras su mente se llenaba de imágenes horribles de violentos hombres intentando robar a su marido, lo cual no le extrañaba a la vista de la riqueza que se respiraba en el ambiente y antes de que pudiera pensarlo, una ira la atravesó. Se acercó aún más a la puerta abierta, totalmente dispuesta a defender lo que ahora era suyo también.

Pero al entrar, un cosquilleo en su piel le hizo saber que su marido era uno de los hombres que estaban allí, se acercó con paso sigiloso para no interrumpirles, pues parecían muy concentrados en algo que estaba fuera de su vista.

—Tenemos que conseguir estabilizarla —dijo Joseph al encargado de las caballerizas —¡maldita sea! ¡vete a buscar al veterinario de una vez!

Candice se sorprendió por el tono iracundo de su voz, ella jamás le había oído expresarse de ese modo, con ella era todo candor y murmullos, también le asombró ver a su cuñado apoyado sobre una de las columnas de madera.

—¡Milady! —exclamó el encargado de las caballerizas provocando que su marido se alzara en toda su longitud para mirarla con el ceño fruncido.

—¿Qué haces aquí Candice? —el tono reprobatorio de su voz la hirió más de lo que ella quería admitir y se sintió ofendida.

—Os estaba buscando milord —dijo con apenas un hilo de voz.

—¡¿Paseabas sola a estas horas tú sola?! —el inesperado grito la sobresaltó de tal manera que su corazón casi se le sale del cuerpo, no se atrevía ni a responder —¿contesta!

—Yo... estaba preocupada por usted milord —se sintió terriblemente estúpida por parecer tan débil —no sabía si se encontraba bien —intentó reponerse a su acelerado pulso y alzó la barbilla con altivez —aún no soy consciente de todas sus habilidades.

Se arrepintió de sus palabras en cuanto estas salieron de su boca.

El conde la miraba con los ojos como platos, su cuñado estaba intentando controlar una carcajada a tenor de su rostro enrojecido, pero el que la sacó de

quicio fue ese francés con ínfulas que se encargaba de los caballos, pues se reía abiertamente y la miraba como si no se tratase más que de un molesto mosquito. Algo dentro de ella se reveló al darse cuenta de que su marido se sentía profundamente ofendido por su falta de tacto.

—Señor Boucart —le dijo con su mirada fija en él —entiendo que mi ignorancia le resulte divertida, pero sin duda alguna no me estoy refiriendo a la habilidad que usted tiene en mente, pues de esa actividad en concreto, tengo la completa confirmación y satisfacción de que mi esposo es un hombre altamente capacitado.

Le ofreció una mirada de disculpa a su esposo y salió de las caballerizas con paso acelerado. La vergüenza que sentía en esos momentos estaba a punto de derribarla, ¿cómo demonios se había atrevido a pronunciar esas palabras? ¿cómo había sido capaz de dar a entender que ella y su marido...?

—¡Oh Dios mío! —se tapó la cara acalorada con las manos y corrió hasta la mansión —¿qué he hecho?

El lacayo ya la estaba esperando con la puerta abierta y se apartó de su camino al ver que su señora no ralentizaba su paso.

Candice subió las escaleras totalmente conmocionada y abochornada por lo que acababa de ocurrir. De todos era sabido que ellos habían consumado el matrimonio, pero no era adecuado que una dama hablase de una forma tan mundana y descarada, en cuanto entró en su habitación cerró la puerta tras ella y un incontrollable temblor se apoderó de ella, seguramente su marido estaría furioso con ella.

Su hermano la había instruido sobre las consecuencias de avergonzar a un hombre de la posición de Joseph y le demostró cruelmente cómo podrían ser los castigos más comunes entre la alta nobleza a la cual pertenecía ahora. Se estremeció de miedo al pensar que su esposo quisiera golpearla o azotarla por haber reaccionado de forma tan temperamental.

Su mente se llenó de las imágenes evocadas por las desagradables descripciones de su hermano, él le había contado que algunos *lores* para domesticar a sus rebeldes esposas, las ataban a la cama y las golpeaban en las posaderas desnudas con un cinturón, otras veces las enseñaban por la fuerza quién era el que mandaba sometiéndolas en la cama procurándose el placer sexual sólo para ellos y los más benevolentes tan sólo las bofeteaban un par de veces. Al recordar los golpes recibidos en semejante educación, el cuerpo le dolió por todas partes.

El pánico la invadió de tal forma que no se atrevía casi ni a respirar. Se cayó de rodillas sobre la gruesa alfombra y comenzó a rezar pidiéndole a Dios que su esposo no fuese una persona tan malvada y cruel, pues después de lo que había tenido que vivir, sabía que no podría soportarlo.

Mientras tanto en las caballerizas, la mente de Joseph estaba totalmente en blanco, por un momento no podía escuchar los relinchos de la yegua de parto ni los nervios de los hombres, en su retina solo había quedado la imagen de su esposa, una belleza castaña con unos intensos ojos verdes, una piel pálida que se sonrojaba con facilidad y una candidez que a él le tenían totalmente desconcertado.

Poco a poco volvió a la realidad al escuchar las carcajadas descontroladas de su hermano.

Se giró para encararle.

—¿Qué demonios acaba de pasar? —le preguntó totalmente confuso, observó cómo su amigo Jean Paul tampoco era capaz de dejar de reír.

—Lo que acaba de ocurrir hermanito —Alexander apenas podía hablar — es que tu esposa ha dejado tu virilidad por todo lo alto.

Las carcajadas se hicieron aún más fuertes mientras Joseph miraba incrédulo hacia la puerta, esperaba que su esposa aún estuviese allí, aunque la había visto salir casi a las carreras de las caballerizas, no comprendía lo que había pasado, en un momento estaba completamente furioso y casi aterrorizado por el hecho de que ella se hubiese aventurado a salir sola de la mansión y al minuto siguiente estaba siendo el blanco de la envidia disfrazada de bromas de su amigo y su hermano pequeño.

Intentó concentrarse en su trabajo de nuevo, pero desde que se había casado, era algo que le resultaba casi imposible.

—Creo que iré a hablar con ella —murmuró más para sí mismo que para sus acompañantes.

—¡Sí! ¡Por supuesto! —la voz burlona de su hermano le enfureció —¡y espero que hables con ella tooooooda la noche!

Las carcajadas aún se escuchaban cuando Joseph estaba a punto de atravesar el umbral de su hogar. El lacayo que le abrió la puerta le miró atemorizado pues conocía de sobra el carácter de su señor.

—¡Larson! —bramó el conde.

Su hombre para todo apareció secándose las manos con un trapo y le miró sin inmutarse, se conocían desde hacía demasiado tiempo como para que no

supiera dónde estaban los límites del conde.

—No te alteres —le dijo con su habitual falta de protocolo —yo salí tras ella y la acompañé a distancia hasta que dio contigo y de vuelta a casa sana y salva.

Joseph le miró desarmado, había ido con la intención de gritarle por el hecho de dejar a su mujer sola y ahora se daba cuenta de que Joe Larson siempre se anticipaba a sus necesidades.

—La noche no es muy cálida —masculló aún confuso por la escena de las caballerizas.

—Iba bien abrigada, lady Hatford no es una cabeza hueca Joseph, la has dejado abandonada, te esperó para cenar durante más de dos horas.

Él habría preferido no saber eso. Desde hacía años no tenía que rendir cuentas a nadie, ni su padre ni su hermano le esperaban para las comidas porque los dos sabían que a veces perdía la noción del tiempo trabajando en las tierras o con los animales. Durante los días que habían estado con ellos, su hermano era quien iba a buscarle para obligarle a ir a cenar con toda la familia, así que el hecho de saber que ella le había esperado durante tanto tiempo a solas en una mesa enorme le hizo sentirse realmente enfermo.

Solo llevaban casados unas pocas semanas y él ya se había olvidado de que tenía una esposa que ahora dependía de él, por supuesto no se había olvidado en el sentido de que no se acordara de ella, si no por el hecho de que jamás llegó a pensar que ella le esperaría o que se preocuparía por su bienestar.

Desde que era un muchacho nadie se había preocupado por él, entraba y salía sin rendir cuentas y tras su paso por Eton y la universidad, había vuelto a casa siendo aún más independiente, los únicos momentos que tenía comprometidos eran los amaneceres cuando junto a su padre, hablaban sobre la situación política, pues el marqués era par del reino y era un enérgico reformista del Parlamento.

—Quizá deberías ofrecerle una disculpa —su amigo le trajo al presente y su voz fue como una bofetada.

—Yo no le pedí que me esperara —respondió con desdén.

—Por supuesto que no —Joe se rio de forma condescendiente —pero una buena esposa, no cena hasta que su marido la acompaña.

Sin darle opción a réplica, su amigo se fue y le dejó masticando las opciones que tenía. Joe sabía que Joseph era un buen hombre, le conoció

siendo un adolescente en unos de sus viajes a Londres con el marqués, por aquel entonces él no era más que un ladrón en ciernes que sobrevivía como podía robando a los lores que paseaban despreocupados.

Solo que cuando metió la mano en el abrigo del marqués, Joseph le cogió la muñeca y se la retorció sin miramientos, le espetó algo sobre que ganaría más pidiendo las monedas por favor y le soltó son una mirada de autosuficiencia. Él se había sublevado ante ese mocoso que debía tener su misma edad pese a la altura y le amenazó con el puño pero Joseph le esquivó y le lanzó al suelo sin ningún esfuerzo.

—Me gusta padre —le había dicho al marqués y entonces se giró y le miró a los ojos —tenemos que hacer un recado importante, pero si dentro de dos horas estás esperando junto al carruaje de lord Kerinbrooke, te ofrecemos un puesto en nuestra hacienda.

—¿Por qué querría yo un puesto en casa de unos encopetados? —había respondido con descaro.

—Porque jamás volverás a ser golpeado ni faltado al respeto por nadie —le había dicho el muchacho con la autoridad de un adulto en la voz.

Joe se sintió impresionado de verdad al ver la aceptación en los ojos del marqués. Se quedó en el suelo unos momentos más mientras les veía alejarse con paso tranquilo por las atestadas calles en dirección a Mayfair. Al cabo de dos horas, él les estaba esperando junto a su carruaje. El marqués le sonrió y en cuanto él y su hijo se habían acomodado dentro del coche, le sostuvo la puerta abierta en una clara invitación a subir con ellos, oportunidad que no desaprovechó y por la que cada día daba las gracias a Dios. Ellos le habían salvado de una vida llena de miserias y le habían dado la oportunidad de crecer sano y fuerte y de tener esperanzas de una vida plena.

Volviendo al presente, Joe entró en la cocina y se dejó caer sobre una silla, miró con picardía a la joven Lucinda y se dispuso a responder a todas las preguntas del personal de la mansión.

Capítulo 13

Joseph subió las escaleras con demasiada lentitud, tenía mucho en lo que pensar y poco suelo para recorrer. Él no quería que su esposa se sintiera sola, apenas llevaban unos días casados y ya la había fallado. Sacudió la cabeza para alejar esos pensamientos, Dios sabía que él no había querido casarse y que se había enfurecido con su padre de tal forma que incluso le había lanzado un cenicero de cristal, obviamente no quería darle, pero sí que quería demostrar que no le gustaba que le obligaran a hacer nada, el ultimátum que le dio su padre le había enfurecido y sin embargo había deseado casarse con Candice más que nada en el mundo.

Se había sentido miserable al aceptar ir al baile de lord y lady Whiteland, él odiaba los salones de Londres, los cotilleos y sobre todo odiaba a las muchachas casaderas y a sus madres alcahuetas, se sentía como un trozo de carne en venta cada vez que una de ellas se acercaba a él con la clara intención de endilgarle a sus hijas que siempre eran un dechado de virtudes.

Pero su opinión cambió de repente cuando su padre le presentó a la señorita Benning. Todo su ser se había visto golpeado por la visión rosa que tenía frente a él, parecía como si un ángel hubiese bajado del cielo y se hubiese hecho mujer. Su pelo era castaño con tantos matices de color que necesitaría toda una noche para desvelar sus misterios, sus ojos de un intenso verde que refulgían como las esmeraldas, su piel clara, tersa, con un ligero rubor que le tentaba a acariciarla con vehemencia, pero cuando se sintió derrotado fue cuando mientras bailaban un vals, él hizo un comentario estúpido sobre uno de los hombres que le habían firmado su carnet de baile y ella le había sonreído con dulzura. Tuvo que concentrarse para mantener el paso. Era la mujer más hermosa que él jamás había visto, pero no sólo le llamó la atención el hecho de que fuese una auténtica beldad, sino la forma en la que ella sonreía y cómo se relacionaba con los demás, claramente era una debutante, pero carecía de la intención de pescar al mejor partido de Londres. Parecía que habían pasado diez años desde aquella noche.

Agitó la cabeza y se enfadó consigo mismo al darse cuenta de que llevaba parado ante la puerta de su dormitorio más de cinco minutos.

Cogió aire en sus pulmones y lo expulsó lentamente mientras llamaba a la puerta con delicadeza, seguramente la había asustado en las caballerizas, no era necesario que la asustase también en el dormitorio, pero al no recibir respuesta, giró el pomo y entró.

Tuvo que acostumbrar la vista a la penumbra que reinaba dentro, miró hacia la cama y el corazón le dio un vuelvo al darse cuenta de que ella no estaba entre las sábanas, su respiración se agitó y haciendo un esfuerzo se obligó a no dejarse llevar por los recuerdos de la pasión que habían compartido, entró en el baño con la esperanza de que ella estuviese allí y al no encontrarla, el deseo se transformó en una sensación muy extraña que él jamás había sentido.

—Candice —el pronunciar su nombre en voz alta era más un anhelo que una exigencia pero se quedó helado al oír un gemido detrás de él.

Se giró y la visión que tenía delante de él le golpeó el pecho con fuerza. Candice estaba semidesnuda, de rodillas en el suelo, en una esquina detrás de la puerta, con el pelo en una trenza que caía por su hombro, la cabeza gacha y sus hombros eran presa de un ligero temblor.

—¡Oh Dios mío! —se agachó delante de ella y la sujetó por los hombros —¿qué te ocurre? —un miedo atroz se expandió por su cuerpo y la sangre comenzó a hervirle en las venas —mírame Candice, ¿qué ocurre? ¿estás enferma?

Él apenas podía soportar verla en ese estado, era evidente que no la amaba, o al menos era lo que se decía a sí mismo más a menudo de lo que le gustaría reconocer, su matrimonio había sido más una transacción comercial que un enlace por amor, sentía algo por su esposa, pero no se atrevía a ponerle un nombre, era demasiado pronto para eso, pero aun así, le hirió de una forma desconocida el hecho de verla tan desvalida, se enfureció al ver la sumisión de su comportamiento, miles de preguntas le golpearon el cerebro ¿quién se había atrevido a tratarla de semejante forma?

Con toda la calma que pudo, le alzó el rostro con una tierna caricia y su corazón se paró en seco. Estaba completamente destrozada y él se sintió el hombre más miserable del mundo, porque aunque ella estaba sufriendo, él no podía dejar de admirar que estaba radiantemente hermosa, sus ojos brillantes por las lágrimas no le hacían sombra a las más bellas joyas, su piel enrojecida

por el llanto era una tentación para sus manos que le picaban por el deseo de acariciarla y esos labios hinchados pedían a gritos ser besados hasta que la dejara inconsciente.

—Candice, dime lo que ocurre por favor.

—Lo... —le costaba respirar y hablar se le antojaba imposible —lo siento.

Se deshizo en lágrimas tras esas dos palabras que se clavaron en el corazón de Joseph como puñales al rojo vivo. La ira se apoderó de él y aunque no comprendía qué era lo que ella sentía, sí que sabía que encontraría al hijo de puta que la había hecho tanto daño como para convertirla en poco más que una hermosa muñeca de porcelana.

Con dulzura la cogió entre sus brazos y la llevó hasta la cama, ella tembló de miedo y él no supo qué hacer o qué decir, lo que quería era golpearle el pecho y zarandearla hasta que le diese el nombre de quien la había herido de ese modo para despellejarle con sus propias manos.

Sin conseguir controlar su respiración, se tumbó a su lado y comenzó a acariciarle el pelo.

—Dime lo que ha ocurrido por favor —intentaba controlar la modulación de su voz, no quería asustarla aún más —¿quién te ha hecho daño? —le secó unas silenciosas lágrimas bajo los ojos —dime su nombre y te entregaré su corazón en una bandeja de plata.

Ella le miró un instante con confusión en sus ojos y él se sintió desconcertado.

—No temas, el cabrón que te haya herido lo pagará con su vida —le susurró.

—Nadie —murmuró ella entre hipidos —nadie me ha hecho daño.

—¿Entonces qué te ocurre? —estaba tan cansado por la dureza del día que se sentía confuso y no comprendía por qué estaba en ese estado.

—Me porté mal —Joseph tuvo que aguzar el oído para escuchar las palabras.

—¿Cuándo te portaste mal? ¿qué es lo que has hecho? —le preguntó intentando que ella le mirara a los ojos.

Pero los sollozos apenas la dejaban respirar y Joseph no sabía qué hacer en un momento así, la había deseado desesperadamente desde que la vio en el baile, desde el primer momento fue consciente de que casarse con ella sería un error, pues Candice era demasiado buena, dulce y delicada para él que se

había criado en su hacienda del campo sin miedo a meter las manos en la tierra. El cuerpo de ella era delicado y frágil y él se había forjado física y mentalmente trabajando la madera y construyendo almacenes y caballerizas. Y sin embargo, al tenerla entre sus brazos y pese al lamentable estado en el que se encontraba, no podía más que sentirse satisfecho pues la estaba consolando, no sabía qué era lo que estaba haciendo, pero algo dentro de él le decía que la estaba protegiendo, que él sería su San Jorge y que derrotaría a todos los dragones del mundo por ella.

Esperó pacientemente hasta que se fue tranquilizando y aunque se moría de ganas por saber lo que había ocurrido, estaba claro que Candice lo que necesitaba era descansar y cuando ella se acurrucó más contra su cuerpo y le posó una mano sobre su pecho, todo quedó perfectamente claro para él, así que tiró de las mantas colocadas a los pies de la cama y les tapó a ambos. El tenerla tan cerca y casi sin ropa era una tortura, el deseo que sentía por ella le nublaba el juicio, pero el instinto de protección que sentía hacia su nueva esposa era más fuerte, si ella se encontraba mejor, le haría el amor apasionadamente antes de que el sol se alzase en el cielo, el sexo era una forma excelente de olvidarse de aquello que la hubiese alterado. Y pese a que la idea le excitó completamente, el cansancio se adueñó de su cuerpo y al sentir cómo Candice respiraba con tranquilidad se quedó dormido.

Cuando Candice se despertó y antes de abrir los ojos de lo primero de lo que fue consciente era que su marido estaba detrás de ella, sujetándola por la cadera con posesividad y que él aún no se había despertado. Abrió los ojos con cautela y casi suspiró al ver que unos rayos de sol se colaban por las rendijas abiertas de las ventanas, se giró lentamente y observó a su marido. No se había equivocado en sus deseos, despertar con su marido en la misma cama que ella le proporcionaba una sensación de seguridad y protección como jamás había sentido, era como dormir con un gran depredador que haría todo lo posible porque ella se sintiese completamente a salvo. Por no hablar de que la belleza no le abandonaba mientras dormía, el conde era terriblemente atractivo y la serenidad que reflejaba su rostro al estar completamente relajado la tenía hipnotizada.

Joseph era un hombre excepcional, con anchos hombros, una altura que casi llegaba al metro noventa, manos grandes y fuertes, musculosos brazos que demostraban el poder que poseía, una piel bronceada por el sol, un pecho firme, unas piernas robustas y seguras que le aportaban esa forma de caminar,

como la de un depredador que acaba de localizar a su presa y ella se moría de ganas por dejarse atrapar.

La noche anterior debido a los gritos de él, ella había dado por supuesto que todas las atrocidades que su hermano le había contado acerca de los maridos que eran desafiados en público era verdad y aunque se resistió a la idea, lo cierto era que el temor se había apoderado de su sentido común y se dejó llevar por él. Había adoptado la posición de sumisión que le habían enseñado mientras vivía con su hermano dispuesta a sufrir las consecuencias de su comportamiento, pero cuando Joseph la consoló y la llevó hasta la cama sin más propósito que el de estar con ella, se sintió terriblemente estúpida. Tal vez su hermano tenía razón y ella no estaba a la altura de ningún hombre.

Sin que se diera cuenta, sus dedos habían comenzado a pasear por el musculoso pecho de su marido y ahora él la observaba detenidamente.

—Buenos días Candice —su voz aún algo ronca la excitó más de lo que querría reconocer.

—Buenos días milord —la congoja que sentía estaba ganándole la batalla a la excitación.

—Dime lo que te ocurrió anoche —le acarició el rostro tranquilamente — si alguien te hizo daño, si alguno de los residentes de esta mansión te tocó un solo pelo... lo mataré —y la seguridad con la que hizo la declaración le demostró que hablaba en serio, mataría por ella sin dudarlo. Y eso la horrorizó aún más.

—¡No! —exclamó ella, no quería que nadie pagase por sus errores de manera que alzó la barbilla y decidió que le diría la verdad —anoche le avergoncé en público y yo... tenía tanto miedo al castigo que hubiera elegido infligirme —observó cómo la cara de su marido se tensaba cada vez más —sé que sois un hombre bueno —intentó calmarle —pero jamás le había visto enfadado y... cuando gritó me asusté, es tan grande y poderoso que fácilmente podría herirme —los ojos se le llenaron de lágrimas —por supuesto no sería queriendo...

—¡Cállate! —su voz se parecía peligrosamente a un gruñido —sé que no soy tan refinado como tú, pero jamás le he levantado la mano a una mujer — clavó sus ojos en ella —¿cómo, en nombre de Cristo, se te ha ocurrido que te dañarías en modo alguno?

—Porque es lo que me han enseñado —susurró, pero fue suficiente para que él la escuchara.

Estaba a punto de replicar cuando unos fuertes golpes en la puerta desviaron su atención.

—¡Sí! —gruñó de nuevo sin dejar de mirarla.

—¡Joseph! —la voz de Alexander parecía urgente —¡date prisa! El potrillo no está nada bien.

—¡Mierda! —gruñó de nuevo, cogió aire y antes de levantarse miró a su esposa —ahora tengo que irme, pero no hemos terminado esta conversación, esta noche vendré a cenar y después tú y yo nos retiraremos a esta habitación y me explicarás exactamente qué es lo que te han enseñado.

Ella sólo pudo asentir mientras él se levantaba rápidamente, se metió en el baño para lavarse un poco y se vistió con lo primero que encontró.

Nada más entrar en las caballerizas fue consciente del ambiente de relajación que había, lo cual no procedía si el potrillo había empeorado.

—¡Pero si es el mejor amante de Inglaterra! —vociferó su hermano y las carcajadas no tardaron en atronar el establo.

—Alexander, déjalo —intentó no enfurecerse más de lo que ya estaba.

—¡Vamos! No seas aguafiestas, si una mujer como la tuya hubiera salido en defensa de mis actividades maritales con semejante pasión, yo habría corrido tras ella jadeando como un perro.

Joseph observó que los hombres le miraban de una forma diferente, como si de repente, le tuviesen una mayor estima, no... era admiración, por primera vez le miraban con admiración y no con temor y respeto. Se concentró en intentar salvar la vida de aquel animal.

Según le iba examinando, sus hombres le contaron cómo se habían desarrollado los acontecimientos. Cuando él se fue con su mujer a la mansión, el parto como tal aún no había comenzado aunque era evidente que iba a haber problemas.

Al parecer el parto había sido muy complicado debido a la terrible hemorragia que había sufrido la yegua, lo que había provocado que el dueño de la pura sangre pateara al potrillo cuando perdió los nervios según le habían contado sus hombres. Joseph hervía de ira al pensar en cómo se sucedieron los hechos y en dónde estaba él mientras tanto.

El padre del pequeño animal que él se esforzaba por reanimar era uno de sus sementales y su madre era una hermosa yegua de una finca vecina, al principio el potrillo iba a ser para el dueño de la yegua, pero tal y como estaba era probable que no sobreviviese. El dueño de la yegua se la había

llevado en cuanto pudo sostenerse sobre sus patas, privando al recién nacido de los beneficios de amamantarse de aquel líquido que le protegería el resto de su vida.

Sus hombres habían hecho un buen trabajo con el pequeño, pero Joseph no se engañaba. Sus posibilidades eran prácticamente nulas. Tenía problemas para respirar y aún no se había puesto en pie, lo que indicaba que algo no estaba bien y que no sería capaz de salir adelante.

—Joseph —el acento francés le ayudó a identificar con quién hablaba — ¿llamo de nuevo al veterinario?

—No —masajeó de nuevo las patas y los costados del animal y le dio algo más de leche caliente —le daremos algo más de tiempo.

—Pero...

—Si finalmente hay que matarlo, tanto da hacerlo hoy que mañana, ¿entendido? —bramó haciendo que todos los caballos se agitaran.

—Entendido milord.

Sin duda alguna, su amigo sabía cuándo era oportuna una retirada a tiempo y Joseph lo agradecía en el alma porque ahora mismo no se sentía con fuerzas para hacerle frente a nada más. Se sentía completamente sobrepasado en este preciso instante... había perdido el negocio de la reproducción con las pura sangre de la finca del estirado lord Pertigold, el potrillo que en apariencia estaba plácidamente tumbado tenía claros problemas para sobrevivir y Candice... ¿qué iba a hacer con ella? Su mujer le temía. Y él no tenía ni la más remota idea de qué hacer al respecto, sólo sabía que no podía soportarlo.

Había abrigado la esperanza de ser su salvador, de ser el que la protegiese de todos sus demonios y con gran dolor, ella le había confesado que su mayor demonio era él mismo. ¿Cómo podía luchar contra él? ¿cómo había sido capaz de soportar su tacto si tanto miedo le tenía? ¿qué diablos le habían enseñado? Recordarla hecha un mar de lágrimas arrodillada detrás de la puerta le había roto el corazón. Por muy fuerte que fuese su carácter, siempre había sentido predilección por las mujeres y un fuerte instinto de protección hacia ellas. Sacudió la cabeza para intentar despejarse, tendría que hablar con su esposa, encontrar la forma de que ella comprendiese que él jamás le haría daño.

Poco a poco el día se fue iluminando para él, al relacionarse con los arrendatarios y los trabajadores de la finca, comenzó a ser consciente de que Candice había encendido el deseo de todo aquel que la había escuchado y que los demás se habían enterado rápidamente. Una sonrisa de puro orgullo

masculino se instaló en su cara y no le abandonó el resto del día. Quizá pudiese hacerla olvidar el miedo a base de sexo, ¿y no sería eso una forma de vida maravillosa? Sin duda alguna él lo prefería, pues las largas conversaciones no eran su fuerte.

—¿Qué hace milady durante el día? —le preguntó el conde a su mayordomo personal mientras se ponía la camisa para vestirse apropiadamente para la cena.

—Nada censurable milord —le mostró un par de chaquetas esperando que eligiese una —cada mañana después de desayunar, sale a pasear por la propiedad llevando de las riendas esa hermosa yegua que le regalasteis —frunció el ceño al ver la elección del conde.

—Pero no sabe montar —dejó la chaqueta sobre la cama y cogió la segunda opción dejándose aconsejar por el leal mayordomo.

—Y no monta milord, por lo que dice su dama de compañía, tan sólo lleva a la yegua de las riendas, pasean por la propiedad y recogen flores —se encogió de hombros.

—No parece una forma muy productiva de pasar el tiempo —Joseph gruñó.

—Milady comentó que vos aún no le habíais dado permiso para supervisar ningún asunto —el mayordomo se sonrojó visiblemente ante lo que era sin duda una regañina, a veces se le olvidaba que el conde ya no era un niño.

—¿Así que necesita mi permiso para administrar la casa? —se acercó a su mayordomo —no sé qué hacer con ella viejo amigo —le palmeó en el hombro con cariño.

—Quizá milord, si me permite el atrevimiento, debería hablar con ella.

—Sí —Joseph miró por la ventana de su alcoba y la descubrió paseando entre los rosales —quizá debería hablar con ella —no quería desearla como lo hacía, pero su esposa era la mujer más hermosa que él jamás hubiese visto —sólo que no sé cómo hacerlo sin asustarla —dijo en voz baja cuando escuchó a su mayordomo abandonar la estancia.

La observó pasear con ese paso ágil y delicado, como si fuera un ángel de Dios que disfrutaba de las bendiciones que el verano otorgaba a los campos ingleses. Pero por mucho que él la desease y por mucho que en el fondo ansiaba que ella se entregase totalmente a él, había algo que le hacía desconfiar de ella, en el tiempo que llevaban casados no había visto u oído nada que confirmase sus sospechas, pero su instinto le decía que no era de fiar,

que le ocultaba algo. Y por mucho que le molestase, no era capaz de olvidar que su hermano la había vendido y que ella se había ganado la confianza de su padre para que les sorprendiesen en una actitud comprometida obligándole a casarse con ella.

¿Se lamentaba de su decisión?

La verdad le golpeó con fuerza. No. No se lamentaba lo más mínimo, pese a sus sospechas, Candice era todo un regalo, cierto que le desesperaba con esa dulzura que desprendía a su alrededor, pero ah... los momentos íntimos que habían compartido le habían vuelto completamente loco, disfrutaba tanto con ella que casi se había dejado llevar por la loca idea de no salir de su cuarto durante al menos una semana.

El matrimonio no podía basarse tan sólo en la necesidad física, él estaba convencido de ello, pero hasta que algo más arraigase entre ellos, sin duda alguna sería una estimulante forma de esperar el futuro.

Hizo acopio de su fuerza de voluntad, pues si se dejaba llevar por el deseo se veía completamente capaz de bajar hasta los rosales, tumbarla en el césped y desnudarla para deleitarse con el brillo de su piel bajo el sol mientras que él la poseía con ansia desmedida.

—¡Maldita sea! —blasfemó al ser consciente de la dolorosa erección que palpitaba furiosa.

En ese momento llamaron a la puerta y tras recibir permiso, un lacayo de su padre le entregó una nota urgente en la que le pedía que se reuniera con él lo antes posible.

Se puso la chaqueta con movimientos decididos mientras salía de su habitación con la sangre demasiado agitada en las venas. Bajó las escaleras prácticamente corriendo y salió a la entrada donde su cochero le esperaba con el carruaje a punto.

—Desata a Trueno y ponle la silla —le ordenó impaciente.

Una vez que el caballo estuvo listo se subió casi de un salto y salió al galope. Tenía que alejarse de ella, tenía que conseguir que su olor dejara de nublarle el poco juicio que claramente le quedaba. Debía llegar a Londres lo antes posible, terminar con el asunto político que debía tratar con su padre y volver a sus tierras para encargarse de sus propiedades, quizá una semana o dos alejado de Candice le devolviese la paz que había perdido al casarse con ella. La nota de su padre no podía haber sido más oportuna.

Capítulo 14

—Brian —llamó Candice al entrar en la casa —¿sería del agrado de lord Hatford poner estas rosas en la mesa de la sala azul?

—Milady —el mayordomo le hizo una venia —será del agrado de milord cualquier cosa que a vos le agrade.

Ella se ruborizó e hizo un amago de sonreír.

—Es usted muy amable conmigo —le tendió las rosas —se lo agradezco de corazón.

Cuando el hombre cogió las rosas de sus manos, le dedicó una mirada que ella no supo interpretar, había sido criada para desempeñar ese papel, pero siempre había estado supervisada hasta el más mínimo detalle y ahora que se encontraba sola no sabía muy bien qué hacer o decir.

—¿Podría hacer una sugerencia al cocinero de mi parte? —el mayordomo asintió con una sonrisa complaciente —me gustaría un postre especial para deleitar a lord Hatford esta noche, si no es una molestia, por supuesto.

La expresión que adoptó el mayordomo la sumió en una profunda tristeza, algo en su interior la advirtió de cuales serían las siguientes palabras que iban a ser pronunciadas.

—Lord Hatford ha tenido que ausentarse milady —al hombre le dolió la tristeza en los ojos de la joven.

—Comprendo —ella intentó sonreír, pero no consiguió más que una mueca —entonces no será necesario importunar al cocinero.

—Milady...

—No se apure Brian, le agradezco su gentileza para conmigo.

Candice subió con aplomo las escaleras que la conducían a su alcoba apretando los dientes para no derramar las lágrimas que pugnaban por salir. Ella amaba a Joseph aunque no debería, pero ah... ¡cómo le echaba de menos! Se sentía segura cuando él estaba en la propiedad y por las noches se sentía tan adorada que le era difícil durante el día no lanzarse a sus brazos y dejar que él la calmase con sus tiernas caricias y sus deliciosos besos. Una vez en

su habitación se dejó caer en el sofá delante del tocador y se miró en el espejo durante un momento.

No estaba segura de cuando había sucedido, pero lo cierto era que pese al hermetismo de su marido, ella se había enamorado de él, esos ojos oscuros la hacían estremecer y la calaban hasta el alma. En los momentos de intimidad ella se deshacía casi literalmente en sus brazos. Y cada gesto que él le dedicaba o cada beso se le grababa a fuego en el corazón, por supuesto era consciente de que él no sentía lo mismo por ella pero ¿qué importaba? Ella le amaría por los dos. Desde el primer momento supo que sería así y estaba resignada a ello.

Miró hacia la cama y se estremeció al darse cuenta de que esa noche no la compartiría con su esposo, se puso rápidamente en pie y salió de nuevo al jardín, estar sola en la alcoba le provocaba un tipo de ansiedad para que el que no encontraba solución.

A pesar del malentendido de la noche anterior y de la clara advertencia de que hablarían sobre lo que su hermano le había enseñado acerca de sus obligaciones maritales, Candice se había pasado todo el día en una extraña nebulosa de deleite. Su marido no sólo no se había enfadado con ella sino que se había mostrado como todo un caballero y había cuidado de que se sintiese segura y protegida. No dudaba de la existencia de maridos crueles, pero sin duda alguna, el suyo era el mejor hombre sobre la faz de la tierra.

Paseó hasta los establos y al no ver a nadie se atrevió a entrar. Allí descubrió al potrillo que luchaba por ponerse en pie pese a lo delicado que se le veía y algo dentro de ella se desató. Era como verse a sí misma, estaba desvalida pero se afanaba por sobrevivir, por ser suficiente para su esposo, por llegar a ser la esposa que él necesitaba. Se agachó y le ayudó a ponerse en pie y sonrió cuando le vio sostenerse.

—Muy bien precioso —le acarició con ternura —sigue así.

Caminó hasta la lechería y se escondió de las mujeres para quitarles un cubo con leche recién ordeñada que le llevó al potrillo y se la dio a beber con gran paciencia.

—Sobrevive ¿de acuerdo? —se despidió de él con una lánguida caricia en el lomo y sonrió al ver que se mantenía en pie.

Caminó hacia las afueras de los establos sin rumbo fijo, tan sólo sumida en sus pensamientos. Su suegro se había ido el día anterior a Londres por un asunto urgente por lo que llevaba dos días sin tomar el té con él y sin disfrutar

de sus charlas llenas de ingenio. Llegó al borde del jardín y acarició unos lirios. Se entristeció al recordar que esa noche cenaría completamente sola. Cogió algo de aire y caminó por el jardín intentando serenar su corazón. No debía ser desagradecida ni exigirle nada al conde, él la había salvado de una miserable vida y debía conformarse con ello, sin duda alguna había destinos mucho peores que el de vivir esplendorosamente con el amor de su vida.

Suspiró una vez más y se adentró en el bosque que había en la parte trasera de la propiedad, se sentía sola pero extrañamente segura, sonrió para sí misma, ese era el efecto que tenía estar casada con Joseph Aldridge, estar segura el resto de su vida.

Y en ese preciso instante, una mano fuerte le tapó la boca desde atrás y la empujó hacia las profundidades del bosque.

Candice sentía que toda su vida le pasaba ante sus ojos, el pánico se apoderó de ella dejándole rígidos e inmóviles todos los músculos de su cuerpo.

—¡Muévete maldita seas! —la voz ronca de su hermano sólo aumentó el miedo que sentía.

Se esforzó en obedecerle, pero no podía controlar su cuerpo, así que simplemente permitió que las lágrimas abandonases sus ojos sin ningún control. Quería pedir ayuda pero era consciente de que si lo hacía, ella no sería la única que sufriese la ira de George.

—¡Eres una condenada inútil! —le gruñó de nuevo al oído.

La empujó tirándola al suelo y en ese momento un grito salió de su garganta.

—No grites —siseó su hermano —¡mierda! Escúchame bien, no digas una sola palabra, mañana a esta misma hora quiero que te reúnas conmigo en el límite norte de la propiedad.

—Nunca voy tan lejos —su hermano la abofeteó y gritó de nuevo.

—Te he dicho que no hables —la cogió de la muñeca y se la retorció con fuerza, se mordió el labio para no gritar —necesito dinero, mucho dinero y tú me lo vas a dar.

—Yo no tengo dinero George —intentó soltarse pero él apretó más fuerte retorciéndole de nuevo la muñeca, lo que la hizo gemir de dolor —te lo juro, no tengo acceso al dinero, si necesito algo lo compro y mi marido se encarga de pagar la factura.

—Pero tienes joyas —Candice quiso ocultar su expresión pero su hermano

la conocía demasiado bien —puedo conseguir dinero vendiendo las joyas.

Los dos escucharon unas ramas crujir y se quedaron completamente quietos, entonces su hermano se agachó a su lado, le tapó la boca con fuerza mientras seguía retorciéndole la muñeca con tanta solidez que pudo escuchar con toda claridad como sus huesos crujían.

—Mañana, límite norte y asegúrate de que sean las mejores joyas que tienes y que sea suficiente para que me pueda ir de Inglaterra y empezar de nuevo —le retorció aún más la muñeca y ella volvió a gritar aunque el sonido fue amortiguado por el puño de su hermano —o volveré y te romperé todos los huesos del cuerpo de una paliza.

En ese instante se alzó y salió corriendo a través del bosque dejándola completamente sola, asustada y tan dolorida que sentía que estaba a punto de desmayarse. Al caer se había lastimado en el pie, pero la mano se le estaba hinchando por momentos y le dolía tanto que quería gritar pidiendo ayuda, pero el temor a que su hermano volviese la atenazó la garganta, podía escuchar los rápidos pasos acercándose a ella y sollozó lo más silenciosamente que pudo, el miedo la inundó por completo y deseó que su marido fuese a rescatarla.

—¡Milady! —el grito de Larson la asustó más aún —por Dios milady —se agachó a su lado —¿qué demonios le ha pasado?

Pero Candice no podía hablar, tan sólo lloraba y gemía agitándose violentamente. En unos segundos toda clase de barbaridades le pasaron por la mente y no sabía cómo hacerles frente, sabía que su hermano la estaba vigilando y temía que fuese armado y le hiciese daño al amigo de su marido.

—¡Oh Dios mío! —exclamó al recordar que solía portar armas y para sus adentros pensaba en una historia creíble que contarle pues obviamente no podía decirle la verdad.

—Milady, la voy a coger en brazos y la llevaré de vuelta a casa.

Ella quiso responder, de veras que lo intentó, pero no encontraba la fuerza necesaria para hacerlo, simplemente se dejó hacer mientras le era imposible dejar de llorar, le dolía el cuerpo por el golpe y la mano le palpitaba con tanta fuerza que se estaba mareando y agradeció ir en brazos, porque ella no sería capaz de caminar.

En cuanto salieron del bosque, Larson comenzó a gritar llamando a los lacayos que rápidamente le ayudaron a llevar a su señora hasta sus aposentos, Lucinda, la doncella de Candice, gritó horrorizada al ver el estado en el que

tenía la mano y el tobillo, mandó a uno de los sirvientes en busca del doctor Gilbert, el médico de la familia.

Todo pasó a un ritmo desesperantemente rápido para la joven condesa, el dolor estaba a punto de dejarla inconsciente y lo cierto era que ella lo deseaba, deseaba cerrar los ojos y no volver a abrirlos nunca más. Le hacían preguntas a las que ella no podía responder, la cabeza le daba vueltas y aunque sabía que dentro de su casa nadie le haría daño, no se atrevía a contar lo sucedido, era consciente de que su hermano se enteraría y entonces la mataría a ella y a saber qué otras perversidades llevaría a cabo con aquellas personas.

—Milady —la voz del doctor la hizo salir de sus pensamientos —soy el doctor Gilbert, el médico de la familia Aldridge, una lástima conocernos en estas circunstancias —se acercó a ella y le sonrió —mi querido Joseph tiene suerte, es usted una joven encantadora.

Ella se ruborizó e intentó decir algo coherente, pero una nueva oleada de dolor la hizo gemir.

—Todos fuera por favor, voy a reconocer a la condesa —la voz del doctor sonaba firme.

—Ni hablar —Larson se apoyó indolente en el tocador de ella —si el conde se entera de que ha estado sola nos matará a todos.

—Larson, por favor —intervino Lucinda —yo me quedaré con ella, pero no es decoroso que un hombre esté presente en un reconocimiento médico, al señor no le gustaría que vieses más de lo decente del cuerpo de su esposa.

—No te alejes de ella ni un instante —su orden sonó a amenaza pero la doncella no se asustó lo más mínimo.

—Lo siento doctor —se disculpó ella cuando Larson salió de la habitación cerrando la puerta.

—Está bien, veamos que tenemos aquí, empezaremos por la mano —según le cogió el brazo un grito desgarrador salió de la garganta de la condesa — ¡Santo Dios!

El doctor le dejó la mano sobre el pecho y se giró para sacar a la doncella de la habitación, Larson les esperaba fuera con cara de pocos amigos.

—La condesa está muy mal herida —miró al hombre —¿qué demonios le ha pasado?

—La encontré en el bosque tirada en el suelo —eso es todo lo que sé, ella no ha dicho ni una sola palabra.

—Si no me equivoco tiene una grave fractura en la muñeca pero no creo

que yo esté cualificado para curarla, sin embargo, a unas pocas millas de aquí hay un campamento gitano que tiene algunos remedios mejores que la medicina tradicional.

—El conde nos va a matar a todos —sentenció Larson —Lucinda, no te separes de ella en ningún momento.

Tras volver a entrar en la habitación para estar con su señora, Larson interrogó al doctor y le instó a que se quedara con ella hasta que él volviese con el doctor gitano, el hombre le aseguró que nada le separaría de su lado y Larson corrió como el viento, se subió a uno de los caballos y cabalgó como si le persiguiera el mismo demonio, tenía que dar con alguien que le pudiese salvar la vida a la condesa o que Dios les perdonase a todos, pues estaban condenados.

Encontró el campamento con relativa facilidad y no tuvo muchos problemas a la hora de convencer a la anciana que se encargaba de las curas de que le acompañase, cabalgaron lo más deprisa que pudieron y la gitana se negó a entrar en la casa hasta que no se le pagase lo acordado. Larson maldijo pero le pagó las diez guineas acordadas y la llevó a la habitación de la condesa.

—¿Le han dado láudano? —preguntó y el docto negó con la cabeza —bien, así podré tratarla mejor.

Se acercó a ella y le pasó las manos a poca distancia de todo su cuerpo, se fijó en el mal aspecto de la muñeca y cabeceó con el ceño fruncido.

—Necesito a varios hombres fuertes que la sujeten —Larson la miró furioso —si no le recoloco los huesos de la muñeca perderá la mano —se encogió de hombros —la decisión es suya.

Larson no podía creer lo que estaba escuchando, pero todos le miraban como si él fuese el apropiado para tomar esa decisión, ¡él no podía decidir por la esposa del conde! Pero al mirarla y verla inconsciente por el dolor y totalmente desvalida, algo se rebeló dentro de él, ya le daría las explicaciones oportunas a Joseph, ahora debía ayudar a la condesa.

Salió al pasillo y gritó los nombres de los mozos de cuadras que no estaban muy lejos, pues todos estaban preocupados por la señora de la casa.

La gitana les colocó alrededor de la cama y les indicó cómo debían sujetarla para evitar más lesiones.

—Le sugiero que le ponga algo en la boca para que no se rompa los dientes —Larson se quitó el cinto y se lo puso en la boca sin dudar —ahora

sujetenla lo más fuerte que puedan, pues este proceso es terriblemente doloroso.

Cuando se aseguró de que cada hombre sujetaba con fuerza el cuerpo de la joven, la gitana le cogió la mano y comenzó a deslizar sus dedos con fuerza provocando varios chasquidos que les revolvieron el estómago a todos. Candice abrió los ojos de par en par y gritó con fuerza, entonces fue consciente de que la sujetaban y no podía moverse y de que una mujer cruel la estaba retorciendo la mano de nuevo.

—Tranquila joven condesa —le dijo la gitana —intento curarla, estese quieta si le es posible.

La manoseó un rato más mientras ella caía en la inconsciencia de nuevo, la gitana conocía muy bien ese tipo de fractura del hueso, se producía por haber retorcido la muñeca con fuerza y con giros contrarios y mientras le colocaba los huesos, se lo explicó a los presentes que la miraban aterrorizados.

—Los huesos están colocados, pero sigue teniendo uno o varios rotos —sacó una bolsa llena de hierbas de un bolsillo de su falda —traígame un tazón con dos cucharadas de agua hirviendo.

Una de las sirvientas corrió a hacer el encargo mientras el silencio se apoderaba de todos los presentes, en todas las mentes estaba la misma idea, alguien había maltratado a la condesa. Cuando el conde se enterase iban a rodar cabezas.

La joven entró y le dio el cuenco a la gitana que vertió unas hierbas pulverizadas en el agua y las removi6 mientras recitaba un cántico en su lengua materna, el olor se extendió por la estancia provocando que casi todas las narices se arrugasen.

—Se trata de una mezcla de cúrcuma, laurel y árnica —les explicaba la anciana —le bajará la inflamación y le aliviará el dolor ligeramente, aun así deben darle infusión de corteza de sauce blanco, es probable que le suba la fiebre —una vez que la pasta estuvo lista, sacó una navaja y cortó la manga del vestido dejando todo el brazo al descubierto —traigan vendas o una sábana.

Comenzó a extenderle el unguento por la muñeca mientras le movía los dedos uno a uno con suavidad y asentía ligeramente con la cabeza, al poco, una joven traía una sábana que rápidamente fue hecha jirones en largas tiras de tela que la gitana envolvió alrededor de la muñeca.

—Lo mejor es que tenga inmovilizado el brazo al menos un mes con

cambios diarios de la cataplasma, pasado ese tiempo, que se quite la venda un par de horas al día y que mueva los dedos con cuidado, dado que la fractura es grave, yo diría que tardará varios meses en estar curada del todo.

Una vez que vendó el brazo por completo, se fijó en que el tobillo también estaba inflamado. Le quitó el zapato y la media y comenzó a darle un suave masaje.

—Tiene un esguince que no parece grave, que guarde reposo unos días y después podrá caminar unos minutos al día, en un par de semanas estará recuperada del todo.

—Tus conocimientos son impresionantes —la voz de doctor sonó llena de admiración —mi querida Shailai es un placer verte trabajar.

—No muchos doctores aceptan la medicina gitana —ella le sonrió.

—Será porque ninguno de ellos ha tenido su vida en tus capaces manos y vive para contarlo.

Salieron de la casa hablando del poder medicinal de las plantas y de los conocimientos que se habían perdido en la medicina que llamaban moderna.

Larson estaba en la habitación de la condesa sin poder dejar de mirarla, estaba completamente pálida, sudorosa, el pelo despeinado, el vestido desgarrado, la punta de los dedos amoratados y el pie hinchado alzado en un cojín. Y por su cabeza sólo pasaba una cosa, cómo diantres se lo iba a contar a su amigo, por mucho que Joseph lo negara, era evidente que sentía total devoción por su esposa, lo mismo que ella con él y era consciente de que lo que le había ocurrido a la joven era que había sido atacada, pero ¿por quién? Nadie en la zona se atrevería a ponerle una mano encima, además, ella no era una señoritinga estirada y déspota, sino todo lo contrario, era hermosa por fuera, pero más hermosa aún por dentro.

—Debo enviar una nota al conde lo antes posible —dijo sin dejar de mirar a la joven inconsciente —no te separes de ella en ningún momento Lucinda.

—Joe —la doncella se acercó a él y le abrazó por la cintura —¿qué le ha ocurrido?

—Obviamente ha sido atacada, querida —le estrechó con fuerza —aunque no tengo ni idea de quién ha podido ser y las consecuencias de todo esto nos afectarán a todos.

—Estoy muy asustada —se refugió en sus brazos y lloró contra el cuerpo de su amado.

—Lo sé querida, lo sé —Larson no podía imaginar quién había cometido

el asalto, pero tenía claro que los problemas acababan de comenzar — escúchame, ¿llevas contigo el puñal? —ella asintió con la cabeza —no la dejes sola cariño, no está a salvo y debemos protegerla.

—¿Y tú? —preguntó la joven entre hipidos.

—Yo debo tener alguna respuesta para cuando llegue el conde.

Acto seguido la besó en los labios y dejó a su prometida como guardiana de la condesa. Se dirigió a su habitación para escribir la misiva y se la entregó a uno de los lacayos que salió al galope hacia Londres.

Capítulo 15

Joseph llevaba varias horas discutiendo con algunos miembros del Parlamento, él no sería Par del reino hasta que heredase el marquesado, algo que esperaba que tardase mucho tiempo, sin embargo, sí que le gustaba discutir sobre política con su padre y sus compañeros, él era un reformista como el marqués, a fin de cuentas, él le había criado. Pero en esa reunión se encontraba ligeramente distraído y le costaba seguir alguna de las conversaciones más enrevesadas, no dejaba de torturarle la imagen de su esposa asustada y llorando detrás de la puerta mientras le esperaba para que la castigase.

Sólo llevaban casados unas semanas, pero en las dos semanas que había durado el cortejo, algo había cambiado en él, en realidad nunca se arrepintió de que le pillasen en el invernadero con ella o de verse forzado a casarse, Candice le provocaba un millón de sensaciones que no había conocido nunca, pero en esas dos semanas esos sentimientos habían derivado en otra cosa, algo a lo que él no era capaz de ponerle nombre. Simplemente ella se había convertido en el centro de su vida y aunque era cierto que las horas le pasaban y se olvidaba de ir a cenar con ella, algo dentro de él se la hacía evocar en su mente a todas horas.

Su padre y él se encontraban en casa de Sir Roger Glasston, uno de los hombres más importantes de Inglaterra, estaban a punto de dirigirse al comedor para disfrutar de una cena llena de buena comida, excelente vino y una intensa y estimulante conversación cuando se formó un gran alboroto en la puerta de entrada.

—¿Qué escándalo es este? —preguntó Sir Roger.

—Señor, este lacayo quiere entrar en la residencia en busca del conde...

—¡Señor! —interrumpió el joven —debo hablarle a lord Hatford, es cuestión de vida o muerte.

—¡Hatford! —el grito de Sir Roger hizo temblar las paredes.

Joseph se acercó a grandes zancadas y se sorprendió al ver a uno de sus

lacayos intentando entrar en la mansión.

—¡Señor! ¡Milord! Es urgente —le tendió una nota que el conde cogió con el corazón encogido.

Rompió el sello y leyó rápidamente mientras el color le abandonaba, miró al joven y al ver la consternación en sus ojos supo que sus peores temores se habían hecho realidad.

—¡Padre! ¡se trata de Candice! —le tendió la misiva a su padre y se giró hacia su anfitrión —Roger amigo, préstame tu mejor caballo, la vida de mi mujer corre peligro, ha sido atacada en mi propiedad.

—¡Simon! ¡Cartwell! —la profunda voz del magistrado hizo que todo el mundo se pusiese a correr de un lado a otro —preparen el coche para lord Hatford —se giró hacia él —Joseph, como amigo te presto mi apoyo en todo, como magistrado ¿qué necesitas?

—No lo sé amigo mío, no lo sé —se miraron a los ojos y el magistrado asintió comprendiendo que la nota debía ser más bien escasa en detalles.

—Te acompañaré hijo —su padre le tendió la mano y se fundieron en un abrazo.

Apenas unos momentos después, los dos subían al veloz coche del magistrado jefe tirado por unos excelentes bayos. Cabalgaron todo lo de prisa que pudieron y sólo pararon para cambiar los caballos, ninguno de los dos se atrevía a decir una sola palabra.

El marqués Kerinbrooke temblaba ante la idea de que a su nuera le ocurriese algo fatal, ya sería una enorme carga para su hijo el hecho de que ella fuese atacada en la propiedad, si falleciese, él tenía el presentimiento de que su heredero no tardaría en seguirla, puede que no estuviera loco de amor por ella, pero la culpa lo mataría sin ninguna duda.

Joseph llevaba el coche como un loco, sólo podía pensar en las terribles circunstancias que habían rodeado el ataque, no alcanzaba a comprender quién podría haber hecho daño a su mujer, las personas del condado la adoraban y cuando habían hablado con él se deshacían en elogios, el personal de la casa no tenía ninguna queja... no podía comprenderlo.

Esto tenía que ser por su secreto, por ese terrible secreto que ella le ocultaba y que a él le estaba volviendo completamente loco, se había alejado de su lado porque pese a que no confiaba plenamente en ella, no podía dejar de desearla, de adorarla... y quería librarse del estrecho lazo que le ataba a ella. Pero ahora, al saber que su vida corría peligro, algo dentro de él se

rompió y de pronto ya no le importaba tanto lo que le ocultase, porque en lo más profundo de su ser, él sabía que ella le veneraba y que jamás le traicionaría.

El trayecto desde su casa a Londres solía hacerlo en dos días, pero cuando llegaron a la entrada de la finca llevaban unas dieciséis horas en el carruaje, nada más detener a los caballos frente a la puerta principal, ambos hombres bajaron de un salto y pese a sus doloridos músculos corrieron escaleras arriba para ver el estado en el que se encontraba la condesa.

Entró en la habitación abriendo la puerta de golpe y a Joseph se le rompió el corazón. En ese preciso instante, todo se detuvo para él.

Su esposa estaba en la cama con un pie hinchado sobre un cojín, la falda ligeramente levantada mostrando sus tobillos sin pudor, su cuerpo inerte sobre el cobertor y su mano tenía un extraño color en los dedos, además no había rastro de su perfume de violetas, tan sólo olía a algo extraño, algo que le recordaba al bosque.

—Querida mía —se acercó hasta ella sin ser consciente del personal que les observaba —¿qué te ha ocurrido? —le tocó la frente y descubrió con horror que estaba ardiendo.

—Tiene rota la muñeca Joseph —la voz de Larson le sorprendió —y un esguince en el tobillo, trajimos a una gitana amiga del doctor Gilbert para que se la curase y evitar la amputación de la mano, es una fractura cerrada pero alguien le retorció la muñeca varias veces por lo que el resultado es como si fuese una fractura abierta, lleva con fiebre más o menos doce horas.

—¿Cómo? —preguntó el marqués dándole un respiro a su hijo.

—No lo sé —Larson observó cómo el conde se levantaba con movimientos que apenas podían contener su ira —fue culpa mía Joseph y si quieres matarme por ello, lo aceptaré.

Apenas terminó la frase, un puñetazo le lanzó hacia atrás tirándole al suelo, las doncellas comenzaron a gritar pero nadie se atrevió a salir de la habitación.

Joseph cogió a su amigo del cuello y le levantó del suelo.

—¡Tenías que mantenerla a salvo! —le lanzó contra la pared —¡te dije que tenías que vigilarla! —le cogió por la camisa y le lanzó al otro lado de la habitación.

—¡Hijo! ¡Basta! —su padre intentó sujetarle pero Joseph era más fuerte que él y consiguió deshacerse de su agarre.

—¡Joseph! —en ese momento entró Alexander en la habitación.

Se lanzó a sujetar a su hermano, eran más o menos de la misma complexión y ayudado por su padre consiguieron sujetarle.

—Matarle no te va a servir de nada —su hermano le miró con fuego en los ojos —hermano, escúchame —segúan forcejeando —Candice te necesita a su lado, no necesita que la atención de todo el mundo se desvíe de ella.

Joseph tardó unos segundos en procesar las palabras de su hermano pequeño, pero al final lo hizo y consiguió serenarse lo suficiente como para despedir a todo el mundo y quedarse a solas con su esposa.

Hacía tan sólo pocos días que no la veía, pero parecía más delgada y desde luego el ataque debió ser terrible si ella pues aún conservaba las marcas del sufrimiento en la cara. Le cogió la mano sana y se la acarició con ternura, después se la llevó a sus labios y le depositó un beso.

—¿Qué te ha pasado? —murmuró —aunque lo cierto es que no me importa, ahora lo único que deseo en esta vida es que despiertes, que vuelvas a mí, por favor...

Verla en ese estado le estaba matando. Su corazón latía completamente desatado dentro de su pecho, le golpeaba con fuerza las costillas, sin duda desesperado por alcanzar a Candice. Apenas podía respirar y su conciencia no estaba registrando nada de lo que había a su alrededor, tan sólo la veía a ella, tan pálida, tan mortalmente pálida, tan indefensa y vulnerable que sintió como su propia alma quería escapar de la prisión de su cuerpo para tumbarse al lado de ella. Le acarició la mano sana con tanta ternura y delicadeza como fue capaz y trató por todos los medios intentar calmar la furia que le dominaba, sin embargo, sus esfuerzos fueron en vano. No se movería de su lado, pero la sangre le hervía en las venas y podía sentir como una profunda oscuridad se apoderaba de su corazón y su alma.

El marqués llevó al salón a todo el mundo, las preguntas se le agolpaban en la cabeza y no sabía por dónde empezar, en ese momento debía hacerse cargo de la residencia de su hijo pues era evidente que no estaba en sus cabales y aunque sabía que debería reprenderle, no pudo hacerlo, porque él le entendía, él mismo había pasado por el mismo infierno cuando su esposa enfermó y finalmente le dejó con dos niños a su cargo. Sus hijos lograron que no abandonase el mundo de los vivos para seguirla, pero Joseph no tenía hijos que le atasen a este mundo.

Eliseo miró al techo del salón y rezó para que su esposa le diese la

fortaleza para poder guiar a su hijo en estos duros momentos, estaba rodeado de personas y se sentía tan sólo y abatido que no tenía claro cómo enfrentarse a todos ellos, fue entonces cuando el joven al que habían recogido en Londres siendo un chiquillo, dio un paso al frente demostrando que se había convertido en el hombre de honor que ellos siempre habían visto en él.

—Señoría, le daré un informe completo sobre lo poco que sabemos y después recogeré mis cosas y me iré —tenía la cara hecha un desastre, la sangre aún manaba de varios cortes —milady pasó por los establos y después salió a pasear por el jardín tal y como hace habitualmente, uno de los chiquillos del establo la vigilaba cada poco pues estaba sin su doncella, tan sólo paseaba y cogía flores, como hace cada tarde —se limpió un poco de sangre que le cayó sobre el ojo, pero siguió hablando —se alejó un poco pero el niño no le dio importancia, al cabo de un rato me vino a buscar a la casa del guardabosques para decirme que no había rastro de la condesa, comenzamos una intensa búsqueda y yo me adentré en el bosque trasero, me pareció oír un grito y cambié de rumbo siguiendo la voz, al cabo de un instante, el grito se repitió y eché a correr en su dirección, cuando la encontré estaba tirada en medio del bosque con el vestido desgarrado, la muñeca hinchada al igual que el pie y estaba totalmente dominada por el pánico, pero por más que miré, le juro que no vi a nadie, no había señales de que hubiese otra persona en los alrededores —cogió aire en los pulmones —sé que le he fallado, que debí prestar más atención, pero me centré en la condesa —se veía derrumbado —lo siento, aunque no solucione nada, lo siento.

Tanto el marqués como su hijo pequeño se quedaron un instante pensando en el relato que acababan de escuchar.

—Joe —dijo Alexander usando su nombre de pila para hacerlo más personal —no te vayas, mi hermano está desbordado, pero no querría que te alejases —le tendió la mano amistosamente —sé que has hecho lo que has podido.

—Me alientan sus ánimos, pero conozco al conde y ahora mismo yo soy el responsable de la situación de su esposa y tiene razón, era mi responsabilidad cuidar de ella.

Sin más dilación se dio media vuelta y se fue del salón en dirección a su habitación. Le dolía el pecho ante la perspectiva de abandonar el único hogar que había conocido, pero le había fallado a su mejor amigo y debía alejarse de él para no recordarle constantemente que si perdía a su esposa sería sólo por

su culpa. Una vez que tuvo todas sus pertenencias en la maleta, dudó si escribir una nota para el conde, pero se rio ante su idea, él no la leería, seguramente la tiraría al fuego sin molestarse en romper el sello y no podía culparle de ello, él también estaba enamorado y al ponerse en el lugar de Joseph su corazón se estremeció de dolor. No, lo mejor para su amigo era que se fuese, pero siempre, siempre estaría para él, le conocía lo suficiente como para saber que cuando quisiera volver a verle, se lo haría saber y maldito fuera si no acudía raudo a su llamada.

Abandonó la casa con el corazón apretado en un puño, esa mansión era su hogar, allí había crecido, se había hecho un hombre, había conocido el valor de la lealtad, de la amistad más profunda y sincera y descubierto el amor. Se giró y vio a su dulce Lucinda mirándole con los ojos llenos de lágrimas, dejó la maleta y fue a abrazarla.

—No te preocupes, no es un adiós, nuestros planes siguen adelante, en unos meses nos casaremos —la besó con dulzura y se giró para comenzar su viaje.

El marqués y su hijo pequeño estaban reunidos en la biblioteca con un vaso de coñac cada uno. Ambos sumidos en sus pensamientos, ambos sin tener muy claro cómo podían ayudar a Joseph, pues le conocían lo suficiente como para saber que no querría ningún tipo de ayuda, sus miradas se encontraron y alcanzaron el entendimiento a la vez, rezaron ferozmente para que Candice se recuperase o les perderían a los dos.

—No puedes irte —la voz de Eliseo sonaba más ronca de lo habitual —te necesito aquí.

—Lo sé padre, no tienes que preocuparte, no me alejaré de él —sirvió más licor para ambos —Candice es fuerte, se repondrá y todo quedará en un triste recuerdo.

—Eso espero hijo mío, eso espero.

Alexander también lo esperaba con todas sus fuerzas, jamás había visto a su hermano perder los estribos así, ni siquiera cuando su madre murió. Nunca, él siempre era impulsivo y se mostraba como una bestia iracunda, incluso en sus peores peleas había llegado a lanzar objetos contra las paredes, pero jamás había levantado la mano a nadie, verle volverse contra su hombre de confianza le rompió el corazón. Ya era bastante triste que dos de los Aldridge tuviesen cicatrices imposibles de curar, Joseph era el único que había conseguido sobrevivir, al menos hasta ahora.

En la taberna del pueblo, George se desesperaba ante un vaso de whisky, llevaba varios días esperando a su hermana, se había disfrazado y se hospedaba en la posada bajo un nombre falso, su intención había sido pasar completamente inadvertido, pero al escuchar a unas jóvenes sobre el precario estado de salud de la condesa no pudo evitar participar en la conversación. En pocos minutos le relataron que había sufrido un brutal ataque la que la había dejado inconsciente y con varios huesos rotos.

Repasó mentalmente la conversación con ella y no fue capaz de discernir el momento en el que le rompió el brazo o cuando esa debilucha se desvaneció, cierto que había bebido bastante y que era consumidor habitual de opio, lo que a veces tergiversaba la realidad hasta un punto en el que no era capaz de saber lo que había dicho o hecho con total claridad.

No obstante, maldijo en silencio a su hermana por ser tan débil. Seguramente apenas la rozó y se desmayó por la impresión, pero el caso era que sus planes se derrumbaban como un castillo de naipes. En su mente, todo salía perfecto, él asustaba a la debilucha de su hermana, ella le entregaba todas sus joyas y él se embarcaba rumbo a América a disfrutar de las jóvenes americanas que tenían una moral mucho más relajada que las inglesas y a vivir la vida que se merecía tener. Él no había sido el responsable de que su padre estuviese arruinado cuando heredó la baronía, había hecho lo que se supone que debe hacer un noble de su posición, pero la suerte no estaba de su lado.

Se bebió su quinto vaso de whisky barato y maldijo de nuevo a su hermana, esa maldita mujer se había casado con un conde más rico que Creso mientras que a él, todas las damas con dotes generosas le rechazaban de crueles formas. La vida era terriblemente injusta y sin duda, Candice debía pagar para compensar su buena fortuna.

Estaba amaneciendo cuando Joseph sintió que algo se movía bajo su mano, abrió los ojos con rapidez y observó detenidamente a su esposa reteniendo el aliento. Permanecía completamente inmóvil y el corazón se le rompió de nuevo, tan sólo había entrado en la habitación la doncella para darle la infusión de corteza de sauce blanco para bajarle la fiebre y un caldo muy ligero que él le daba en pequeñas cucharadas.

Verla en ese estado le hizo retorcerse de miedo, aún no se atrevía a ponerle un nombre a lo que sentía por ella, pero sí que tenía claro que no era

capaz de vivir si la perdía. La culpabilidad por no haberla protegido lo estaba destrozando y con gusto se hubiese dejado llevar por la bebida para olvidar el estado en el que se encontraba su esposa, pero no se atrevía a moverse de su lado por si ella despertaba. Quería, necesitaba ser la primera persona que ella viera al abrir los ojos.

—Despierta —le susurró al oído con los ojos cerrados —por favor, despierta —parecía que su piel se enfriaba por momentos y él no sabía qué más hacer para que volviese a la vida.

—Mi... —Joseph abrió los ojos y la observó con auténtico terror —milord...

Sus labios se movían aunque sus ojos permanecían cerrados, entonces un pequeño espasmo de sus dedos le sacó de su estado, su esposa estaba viva y volvía a estar consciente. La alegría que le invadió en ese instante bien pudo compararse con un disparo a quemarropa en su mismo corazón.

—Mi querida esposa —la besó en los labios con dulzura —Candice querida mía —le cogió la mano con delicadeza —¿te molesta la luz?

Candice luchaba por salir de la oscuridad en la que se encontraba, tenía el cuerpo entumecido, el brazo la estaba matando de dolor, pero la voz profunda y rica de su esposo tiraba de ella. Poco a poco se obligó a abrir los ojos y tuvo que parpadear varias veces para adaptarse a la luz mortecina que bañaba la habitación.

—Milord —repitió con la voz rasposa, pues tenía la garganta seca.

—No hables querida mía —la besó en la mano sana y le acercó una taza con agua fresca —bebe despacio —ella le obedeció pero aunque estaba muerta de sed, el agua le quemó la garganta e hizo una mueca —es normal cariño, llevas varios días inconsciente, tienes que beber sorbos muy pequeños —se sintió avergonzado de si mismo al darse cuenta de la cantidad de emociones que su voz reflejaba.

La mayoría de ellas le abrumaban de tal forma que se sentía mareado, pero había una que sobresalía sobre las demás, la necesidad imperiosa de que Candice tenía que estar sana y salva para siempre a su lado. La observó y ahogó un suspiro por el alivio que sentía al verla abrir los ojos.

Volvió a beber y esta vez el ardor duró apenas un segundo, ella fijó sus ojos en los de su esposo y su estado la asustó y la preocupó de forma alarmante. Estaba despeinado, tenía ojeras bajo los ojos, la ropa muy arrugada y barba de varios días en la cara, algo dentro de ella la obligó a luchar por él,

a obligarse a levantarse y hacer algo para aliviar lo que sin duda le tenía con tan penoso aspecto.

—¿Qué os ha pasado? —le preguntó con esfuerzo.

Y entonces, el sonido de su risa llenó la habitación sorprendiéndola y haciéndola vibrar.

—¿A mí? —no podía dejar de reír —¿qué me ha pasado a mí? —la miraba con los ojos brillantes y ella disfrutó de esa visión aunque no comprendía lo que le divertía tanto —sufriste un ataque en nuestra propiedad, estás gravemente herida y te has pasado varios días inconsciente, ¿y te preocupas por mí?

—Sí —le dijo ella totalmente en serio y un tanto confundida, apenas recordaba nada del ataque.

—Eres más de lo que aparentas mi querida esposa —se acercó a ella y la besó en los labios —eres mucho más —la sinceridad con la que había afirmado era como un bálsamo para su maltrecho corazón y Joseph dio gracias al destino por haberla puesto en su vida.

Después salió de la habitación dando gritos y órdenes y ella se sintió terriblemente sola de nuevo, le había costado mucho esfuerzo salir de la oscuridad y lo había hecho sólo porque le sentía a él a su lado, hablándole y dándole las fuerzas que le faltaban, pero una vez más, él se iba dejándola sola y sintió la terrible necesidad de cerrar los ojos para siempre y dejarse ir.

Sin embargo, su mente tenía otros planes, los recuerdos se agolparon en su mente y se sintió profundamente confusa, comenzaba a ponerse muy nerviosa cuando un ejército de personas entró en la habitación y comenzaron a moverse de un lado a otro entre sonrisas, miradas llenas de cariño y preguntas acerca de cómo se encontraba.

Comenzaron a desnudarla y a lavarla con paños delicadamente, el aroma a violetas inundó la habitación y una vez que estaba limpia le pusieron un camisón nuevo. Entonces cuatro mujeres la alzaron en el aire mientras otras dos jóvenes cambiaban las ropas de cama con una habilidad y rapidez pasmosa, la posaron de nuevo entre las sábanas limpias y se despidieron de ella con buenos deseos y sinceras sonrisas.

Al cabo de un instante, su esposo entraba de nuevo en la habitación, él también se había lavado y afeitado y llevaba ropa limpia, se acercó a su lado y dio una vuelta sobre sí mismo.

—¿Así mejor? —le preguntó con un tono divertido y ella asintió con una

sonrisa —me alegra ser de tu agrado.

Ella se moría de ganas de contarle lo ocurrido, pero sabía que mataría a su hermano y aunque fuese un miserable, no le deseaba la muerte, tan sólo quería que desapareciese de su vida, quizá en América o más lejos aún. Sin embargo, se dejaba llevar por las atenciones de su esposo y de todos los sirvientes de la casa. Incluso el marqués y su cuñado no dejaban de llevarla chucherías y flores y pasaban con ella unos momentos que la llenaban de alegría.

Capítulo 16

Al cabo de tres días se había recuperado lo suficiente como para intentar ponerse en pie y logró caminar por la habitación sujeta al brazo de Joseph, que apenas se separaba de ella unos instantes al día, sonrió orgullosa por sus logros y sintió que la muñeca le dolía menos al hacerle las curas.

Lucinda le daba delicados masajes en los dedos para reactivarle la circulación mientras otra de las doncellas le leía poesías o novelas de jóvenes damas en busca del amor. Y ella se dejaba mimar aunque cada vez le atenazaba más la soga que su hermano le había puesto, el trato era que ella le llevase las joyas al día siguiente, pero habían pasado casi diez días y temía cada vez más la reacción de él.

En esos días había algo más que la torturaba, su marido se acostaba a su lado cada noche y la acariciaba el pelo con ternura hasta que ella se dormía, pero después se levantaba de la cama y dormía en el cuarto contiguo, cuando ella despertaba, él nunca estaba a su lado, aunque aparecía a la hora del desayuno y se quedaba con ella hablándole de las cosas del día a día del condado.

Para el conde también habían sido unos días muy intensos, al principio agradeció que su padre y su hermano se quedasen a su lado porque él no era capaz de manejar ningún asunto relacionado con las propiedades, pero ahora ellos se habían ido y tenía que ponerse al frente de todo, comenzar a hacer su trabajo. El temor a que a su esposa le ocurriese algo le destrozaba el corazón, pero haber provocado que su mejor amigo abandonase su hogar tampoco le permitía conciliar el sueño, de modo que una noche cuando Candice estaba completamente dormida, se levantó de la cama, se vistió y bajó a la bodega.

Cabalgó hasta el pueblo con la compañía de la botella que llevaba en la alforja y rezando para que su amigo le permitiese explicarse.

Llamó a la puerta de la casa que había alquilado y esperó.

—Muy tarde para un paseo milord —la triste voz de Larson le dolió.

—Nunca es tarde para ver a un amigo —le enseñó la botella.

—No, nunca es tarde.

Abrió la puerta de par en par y el conde entró sintiendo que acababa de quitarse un enorme peso de encima. Hablaron durante un par de horas y bebieron mientras tanto. Joseph intentó explicarse pero como siempre, Larson le leía la mente.

—Vuelve a casa —le dijo al despedirse —Lucinda te echa de menos.

—Mañana me trasladaré.

—Te enviaré el carruaje —miró a su amigo de nuevo —lo lamento Larson.

—Y yo.

Joseph volvió a su hogar con la sensación de haber solucionado al menos algo de lo que le perturbaba el sueño. Y lo agradecía de corazón, porque necesitaba a su amigo cerca de él, era su hombre para todo, era la persona en la que más confiaba después de su familia y aunque su reacción fue exagerada, sabía que Larson le había comprendido. Y que le había perdonado.

«Ojalá las cosas con mi esposa fuesen así de sencillas». El pensamiento se coló en su mente y le arañó una parte de él a la que nadie se había acercado jamás. No se atrevía a pensar demasiado en lo que suponían los sentimientos que tenía por ella, pero había algo que le ocultaba, siempre que hablaban de la familia tenía esa sensación y a veces creía que era porque no quería que conociese a su hermano, pero otras veces, su mirada se tornaba más triste y desilusionada y entonces sus respuestas eran menos vivaces que de costumbre y eso le molestaba tan profundamente que a veces, con tan sólo verla se enfurecía en la misma medida que ansiaba protegerla.

Algo que no había podido hacer. Agitó la cabeza y apretó la mandíbula mientras ponía rumbo a su hogar, estaba convencido de que una buena cabalgada le despejaría la mente.

Candice había recibido las continuas visitas de su suegro y de su cuñado, ambos le llevaron unos enormes ramos de flores y la hicieron reír con sus descarados comentarios, les adoraba a ambos, si no fuera por la sombra de su hermano, ella podría asegurar que era absolutamente feliz.

Habían pasado más de dos semanas del ataque, cuando Joseph decidió bajarla en brazos por las escaleras y llevarla al salón de baile donde ella pudo dar un pequeño paseo sujeta del brazo de él que no le quitaba ojo de encima, en todos esos días no habían hablado de lo ocurrido, en realidad nadie le

había hecho una sola pregunta y ella esperaba impaciente a que su esposo la interrogara al respecto, al principio había decidido mentirle para proteger a su hermano, pero al ver como él se desvivía por ella, supo que no podría hacerlo.

—Mi querida esposa —le dijo él en un tono demasiado dulce —no quiero asustarte, pero debo hablarte de un tema —ella le miró a los ojos —hay agentes que antes eran militares que están investigando el ataque que sufriste, han logrado pequeños avances, pero lo importante es que quiero que te sientas totalmente segura, pues cuando cojamos a ese delincuente le daremos dos opciones, o le mato con mis manos o le condenan a la horca.

Ella sofocó un grito y trastabilló lastimándose en el tobillo que aún no se había recuperado del todo.

—No temas, jamás se acercará a ti de nuevo —le aseguró él.

—No quiero que le mates —los ojos de su esposo se tiñeron de una oscuridad que ella desconocía —quizá se trataba de un hombre desesperado por conseguir algo de dinero para su familia.

Esa tenue defensa de su agresor acabó con su paciencia y le hizo estallar. Llevaba demasiado tiempo intentando controlar la ira que sentía cada vez que miraba a su esposa, algo le decía que ella sabía de quien se trataba y no había dicho una sola palabra, pero ahora lo tenía totalmente claro. Algo muy parecido al terror se apoderó de él, ¿y si ella se había reunido con su amante? ¿y si por algún motivo ese hombre la había atacado tras una discusión? Los celos le corrían por las venas como el fuego se extendía animado por el licor.

—¡Tú sabes quién te atacó! —le gritó dejándose llevar por la ira —¡nos tienes a todos a tus pies mientras nos mientes mirándonos a los ojos!

—Milord...

—¡No me llames milord maldita seas! —bramó tan fuerte que las paredes temblaron —¡soy tu esposo! ¡usa mi maldito nombre!

Candice le miraba completamente aterrada, le veía luchar consigo mismo para controlarse, veía la ira oscureciendo su mirada, sus músculos tensos, sus poderosos brazos a punto de reventar la camisa y sus puños cerrados con tanta fuerza que tenía los nudillos blancos, sin embargo una certeza la invadió, él jamás la dañaría. Nunca usaría la fuerza contra ella. Su hermano se equivocaba, había hombres en el mundo que pese a su violenta naturaleza, jamás golpeaban a una mujer. Una tonta sonrisa se instaló en sus labios y eso terminó de crispar a Joseph hasta que ella se acercó a él con una mirada llena de adoración en los ojos.

—Joseph Aldridge, conde de Hatford, heredero de Kerinbrooke —ella dio un paso hacia él que la miraba totalmente confuso y puso sus manos en el ancho pecho masculino —amor de mi vida, el hombre de mis sueños, el marido del que me enamoré cuando nuestras miradas se cruzaron por primera vez.

Y así, de un plumazo, toda la ira que el conde sentía se evaporó dejando a su paso una sensación tan extraña que estaba seguro de que jamás la había sentido. Se quedó completamente pasmado ante semejante declaración de amor por parte de su mujer, estaba hechizado por la mirada llena de devoción. Y por lo que las delicadas caricias que ella le prodigaba en su torso.

—¿Me amas? —preguntó sin poder creérselo.

—Con todo mi corazón mi querido esposo —se acercó un paso más a él y le posó las manos sobre su pecho —te quiero desde que me rodeaste con tus brazos en ese invernadero.

Se alzó para besarle en los labios, un beso casto, dulce, que dejó al conde bullendo por un ataque de lujuria.

—Es cierto que sé quién me atacó —él se tensó al escucharla —y te pido que me creas cuando te juro que no quiero que forme parte de nuestras vidas nunca más, sin embargo, no quiero que muera y mucho menos a tus manos —el conde quiso protestar —por favor mi amor, no le mates, no le persigas, simplemente intenta olvidarle.

—Es un hombre que te importa —el acerado tono de voz le dio más información de la que él quería revelar.

—Es un hombre que me importó —le besó de nuevo en los labios —ya no me importa, pero no quiero que encuentre la muerte en tus manos o por tu causa —no dejó de mirarle para que viera la verdad en sus ojos.

— ¿Es, o ha sido tu amante? —las palabras le rompieron el corazón al pronunciarlas pero la reacción de ella fue suficiente para tranquilizarle.

—Jamás he permitido que otro hombre me tocara de esa forma —le acarició el labio inferior —sólo tú conoces mi cuerpo y mis secretos, sólo tú conoces el sabor de mis labios —le besó de nuevo odiándose porque sabía que le estaba manipulando de la peor forma posible —no le mates, no te metas en esto, no volverá a atacarme, prométemelo.

—Me pides demasiado —la rodeó la cintura y la alzó un poco del suelo para besarla con fuerza.

—Te pido demasiado —ella le acarició el pelo con la mano sana —pero

te compensaré, te lo prometo.

Y en sus ojos vio el significado de esas palabras. Y ya nada más importó, él también sentía algo por ella aunque no se atrevía a ponerle un nombre aún, pero sí que había rezado con vehemencia para que ella volviese a su lado, ahora ella le pedía un sacrificio que él estaba dispuesto a pagar, si ella quería que se olvidara de su atacante, podría intentarlo, pero no cometería el mismo error dos veces.

Se besaron durante un tiempo hasta que el dolor en el brazo la obligó a volver a la cama donde se esforzó por seducir a su marido, sólo que el conde no estaba por la labor de provocarle más daño. Sin embargo, no se sentía rechazada pues veía el deseo en sus ojos y pudo sentir cómo el corazón se le aceleraba cuando ella le besaba, por el momento se contentaría con eso.

Las notas con buenos deseos le llegaban a Candice casi a diario, sin duda, la gente del condado poseía un buen corazón, pero aquella mañana una le llamó la atención, la nota venía firmada por Sir Walter Byron y en la primera lectura no vio nada que provocase ese estado de alerta, pero al fijarse más detenidamente, se dio cuenta de que algunas letras estaban escritas varias veces, lo que les confería un trazo algo más grueso, cogió papel y pluma de su escritorio y comenzó a escribir las letras.

“seteacabaeltiempodedescansotieneshastaelúltimodíademesparadarmeloqu

Pese a que las había escrito todas juntas, el mensaje estaba perfectamente claro para ella. Leyó una y otra vez las terroríficas palabras, ahora tenía claro que su hermano seguía allí y no había cejado en su empeño de apoderarse de sus joyas, pero el miedo que sintió en el bosque no fue nada comparado con el que sintió al leer la amenaza contra su marido, eso no podría soportarlo, él tenía que estar a salvo. No importaba lo que le ocurriera a ella, Joseph tenía que estar a salvo, porque de él dependían cientos de personas, porque él mantenía una considerable extensión de tierra porque él... entonces se detuvo y miró el papel.

—No —murmuró —tiene que estar a salvo porque le amo más que a mi vida —lo dijo para sí misma y sonrió al mirarse en el espejo.

Volvió la vista de nuevo al escritorio y se fijó en la extensa misiva y vio que con el mismo sistema de rodear las letras había un lugar y una hora. “Media mañana en la capilla”.

Le pareció una ofensa a Dios cometer un acto de traición en un lugar sagrado, pero rezó pidiendo perdón y comenzó a guardar sus joyas en una caja de sombrero, una lágrima se derramó por cada pieza que elegía para entregarle al vil hombre que era su hermano, pero cuando tocó la delicada pulsera de plata no pudo cogerla, esa pulsera valía muy poco en comparación pero tenía un valor sentimental que era inigualable.

Llamó a su doncella y la informó de que en un par de días quería ir a la capilla a llevar algunas de las cosas que no usaba y dárselas al párroco. Lucinda se extrañó por esa petición pero aceptó sin darle demasiada importancia, se sentía tan feliz porque su señora se hubiese recuperado, que aceptaba cualquier iniciativa de ella con una sonrisa en los labios.

Durante esas dos noches, la culpabilidad por mentir a su marido la llevó a ser completamente deshinibida en la cama, Joseph sabía que ella le ocultaba la identidad del hombre que la atacó y eso le carcomía el alma, pero también era cierto que ella le había confesado algunas cosas de su pasado que le hacían comprenderla mejor, pero las noches eran lo que le elevaba al éxtasis. Su esposa era atrevida, divertida, sensual y disfrutaba del sexo tanto como él.

La noche antes de la reunión con su hermano, Candice mantuvo al conde toda la noche despierto, le hizo el amor de forma lenta y pausada y se dejó amar de forma feroz, rieron, bebieron licor y él le contó las aventuras que había vivido de joven con su hermano y con su primo, el actual conde de Tillshire, aunque ahora estaban enfrentados, habían sido como hermanos de pequeños.

Cuando al amanecer Joseph se quedó profundamente dormido, Candice se levantó de la cama y se fue al cuarto de baño a lavarse, se sentía sucia por engañar de esa forma a su esposo, pero tenía una tremenda fe en que una vez que su hermano tuviese las joyas, desaparecería de sus vidas y ella podría ser completamente feliz y sincera con su esposo. Era lo que más anhelaba en la vida.

Antes de que su doncella la fuese a despertar, Candice la llamó para que la ayudase a vestirse en el cuarto contiguo a su habitación pues el conde dormía. Salieron temprano camino de la capilla, dos mozos de cuadra las acompañaban en el coche de caballos. Cuando llegaron al pueblo, pasaron las dos calles que les separaban del lugar de encuentro.

Entró en el santuario rezando a Dios y pidiendo perdón por el acto que estaba a punto de cometer, les pidió intimidad a sus acompañantes y se dirigió

a los bancos más cercanos al altar, si a alguien le había sorprendido que llevase una caja con ella, nadie dijo nada y todos aceptaron que sería para entregar al párroco.

Al poco tiempo un hombre se sentó en el banco de atrás y algo puntiagudo se le clavó en el costado.

—Ni una palabra o te rajo aquí mismo —la voz de su hermano la hizo estremecer.

—No tienes por qué herirme George —intentó razonar con él —te he traído las joyas, son todas las que mi esposo me ha regalado, no tengo nada más que darte, por favor, cógelas y desaparece de mi vida, te lo ruego.

—Esa es la idea hermanita, venderé esas baratijas y me iré tan lejos que tu marido no podrá encontrarme jamás.

Candice se levantó despacio y no se molestó en mirar por última vez a su hermano, cuando era una niña le había querido profundamente, pero con el paso del tiempo se dio cuenta de que la maldad le corroía el alma y que nada bueno podía salir de él. Tuvo la certeza de que no tendría una vida larga y próspera pese a la fortuna que ella acababa de entregarle, pero tal y como le prometió a su esposo, nunca más volvería a formar parte de sus vidas.

Volvió a su casa con una renovada energía, la muñeca aún le dolía bastante pero la fiebre había remitido del todo y ya no tenía el brazo inflamado, el tobillo se le había curado completamente y aunque estaba completamente agotada por haberse pasado la noche en vela, lo cierto era que se sentía exultantemente feliz.

Cuando entró en su dormitorio tenía la esperanza de encontrar a su marido, pero éste ya se había ido dejando su aroma en las sábanas, Candice se recostó en la cama para disfrutar de su olor un poco más. Todo había comenzado con una mentira, pero a partir de ahora, ella podría ser totalmente sincera con su marido. Y le compensaría por todo.

A la hora de comer, esperó a Joseph hasta que se dio cuenta de que éste no iba a aparecer, de nuevo se había olvidado de ella, se sentía triste y sola, pero lo cierto era que mientras volvía de la iglesia había tenido una especie de revelación, si sólo podía tener a su amado durante la noche, ella se conformaría con eso pues mientras la luna estaba en lo alto del cielo, él le pertenecía sólo a ella y eso era mucho más de lo que jamás había soñado.

Pidió que le sirviesen el almuerzo y comió lentamente dejando su mente en blanco, había vivido tantas emociones que no se había dado cuenta de lo

profundamente agotada que se sentía, se permitió disfrutar de lo que la rodeaba, le esperaba una vida larga, próspera y llena de comodidades al lado de un hombre al que amaba con todo su corazón. Se ruborizó al pensar en él y se negó a sentirse avergonzada, ella no era una mujer mundana, pero nadie la condenaría por haberse enamorado del conde, a fin de cuentas, era un hombre que quitaba el aliento.

Tras la apacible comida, Candice decidió que descansaría un momento en la biblioteca y después pasearía con su doncella y un lacayo por el jardín trasero, no le gustaba demasiado estar tan rodeada de gente, pero su marido había sido absolutamente tajante al respecto, estaría acompañada veinticuatro horas al día o él la encerraría en sus habitaciones y por la mirada que tenía, supo que decía la verdad y que era totalmente capaz de encerrarla sin tener el más mínimo cargo de conciencia por ello.

Capítulo 17

Los días pasaron de forma apacible entre largos paseos y horas de lectura durante el día y por las noches entre los brazos de su marido. Él aún no le había dicho que la quería, pero por cómo se comportaba con ella en la cama, tenía que quererla, ella no concebía tener el tipo de intimidad que tenían y que iba más allá del sexo si él no sentía nada por ella, el sólo hecho de pensarlo la entristeció, pero como hacía siempre, cerró los ojos, suspiró e hizo lo posible por quitarse esa idea de la cabeza. A fin de cuentas, solía referirse a ella como “*mi condesa*” o “*mi querida esposa*”. Eso tendría que ser suficiente.

Al cabo de unas semanas, el marqués se trasladó hasta la finca para solicitarle a su hijo que le acompañase a Londres, al parecer había una banda de atracadores y ladrones que estaban causando verdaderos estragos en la ciudad y los legisladores querían tener una sesión urgente para tratar este problema, pues varias de las mansiones de los más respetables caballeros habían sido violentamente profanadas.

Por supuesto, Joseph no dudó en acompañar a su padre, pero se negaba a dejar sola a Candice y Londres claramente era un lugar aún más peligroso, de modo que haciendo un esfuerzo enorme, contrató a varios hombres para que protegieran la casa y dejó a Larson al cuidado de la condesa.

El marqués no había exagerado al informar a su hijo, cuando llegaron a Londres tres días después, Joseph tuvo la sensación de no estar en la misma ciudad que él conocía. El miedo estaba pintado en los rostros de aquellos que se atrevían a salir a la calle y el precioso parque que dominaba la ciudad estaba prácticamente vacío.

Antes de la sesión en el Parlamento, los lores se reunieron con los agentes de Bow Street que estaban a cargo de la investigación y lo que les dijeron, les dejó con los ojos y las bocas abiertas. Por lo que sabían se trataba de un equipo de cuatro hombres, eran extremadamente violentos y era evidente que disfrutaban al maltratar a los que encontraban dentro de las casas, aún no había habido casos de violación o asesinato, pero el jefe de policía estaba

seguro de que no tardarían, pues en el último atraco, la dama se libró por muy poco.

La sesión aunque intensa no fue improductiva. Estaba claro que debían dotar a la policía de más medios para poner fin a esa banda de delincuentes que estaba destrozando su preciosa ciudad. Por ese motivo, además de destinar una partida de dinero, llamaron a los militares que estaban libres, pues la guerra con Francia ya había terminado, de forma que en pocas semanas, Londres se encontró invadida por militares y policías e incluso se instauró un toque de queda. Las clases altas eran las víctimas de esos delincuentes, pero si les cerraban el acceso a ellos, quizá cambiaran de objetivos.

—¡Maldita sea! —bramó uno de los ladrones — ¡no se puede dar dos pasos sin que te pare un agente de Bow Street o uno de sus amigos!

—Sí, lo sé —dijo el jefe de la banda —nuestros queridos dirigentes se han dado prisa en blindar la ciudad.

—Necesitamos algunos golpes más o no tendremos suficiente —se lamentó otro de los hombres.

—Eso también lo sé —el cabecilla empezaba a perder la paciencia —se giró hacia el miembro que aún no había dicho nada —¿Cuánto nos falta?

—Comprar unos títulos nobiliarios es caro —se rascó la cabeza —aunque sea en un país que acaba de perder la guerra —le miró fijamente —además, también habrá que adquirir propiedades y por supuesto tener un colchón para imprevistos —observó como el jefe se impacientaba —ahora mismo podríamos comprar tres títulos y cinco o seis propiedades.

—¡Nos hace falta más dinero! —el hombre que gritó era pequeño y enjuto y aunque era especialista en colarse en las mansiones no era el preferido del jefe que le miraba de una forma extraña.

En ese momento se oyó un disparo y el pequeño hombre cayó al suelo haciendo un gran ruido y levantando una nube de polvo.

—O quizá nos sobraba un hombre —dijo el cabecilla guardando su pistola —bien, ¿y ahora?

—Aún nos haría falta algo más de dinero para comprar los pasajes de barco y para cambiar nuestro aspecto, no podemos llegar a Francia como polizones y una vez allí comenzar a soltar dinero.

—Cierto... está bien, me ocuparé de ese asunto —se puso en pie y los otros dos hombres le imitaron —hasta que yo os avise, manteneos lejos de la policía ¿me habéis entendido?

Ambos asintieron con la cabeza y cada uno de los tres hombres salió en una dirección dejando el cadáver de su compinche a su suerte en aquella granja abandonada.

La situación en Londres se había vuelto prácticamente insostenible, la nobleza amenazaba con irse de la ciudad e incluso de Inglaterra, el miedo a ser asaltados había llevado a que muchos de ellos sobornasen a los milicianos que ayudaban a los agentes de Bow Street a proteger las calles, por lo que el dispositivo no era nada eficaz.

En el Parlamento se aprobaron crueles leyes que permitían el uso de la fuerza letal a los agentes. Era una medida nada popular y más bien desesperada, pero los tunantes que no tenían nada que perder se habían dejado llevar por la equivocada idea de que si no atrapaban a la banda de ladrones, tampoco les atraparían a ellos y había comenzado a haber demasiados hurtos en la ciudad, tantos que la cárcel de Newgate estaba a rebosar.

Candice estaba paseando alrededor de la mansión con Lucinda y un lacayo a su lado, ya casi se había acostumbrado a su presencia e iba totalmente sumida en sus pensamientos cuando otro lacayo le informó de que tenía visita.

Temerosa por quién fuese, mandó llamar a Larson y se quedó donde estaba hasta que el hombre que la protegía la acompañase hasta el interior de la casa.

—Siento molestarte Larson, pero el conde no está y yo...

—Milady, estoy para servirlos y es un inmenso honor poder hacerlo, cogeos a mi brazo —se lo ofreció gentil —yo os llevaré y me quedaré con usted si así lo deseáis.

Entraron en casa y el ama de llaves les indicó que la visita se encontraba en el salón de té, fueron hasta allí y Candice no pudo evitar soltarse de Larson y apresurarse a abrazar a la mujer que la miraba con una sonrisa tan cariñosa.

—¡Miss LeBlanc! —la abrazó de nuevo —estoy tan feliz de verla.

—Oh mi querida niña —fue a abrazarla pero se contuvo —lo lamento condesa, disculpe mi falta de decoro, pero la recuerdo siendo niña y yo...

—Miss LeBlanc, por favor... no... yo —se encogió de hombros —sigo siendo Candice —la miró con los ojos llenos de lágrimas —la he echado tanto

de menos —y esta vez fue ella quien la abrazó con fuerza.

Larson observaba la escena apoyado en el marco de la puerta al lado de Lucinda, ambos se miraron y sonrieron con complicidad, adoraban que su señora fuese tan feliz, no habían conocido a nadie de su antigua vida y eso les entristecía a todos, pues estaba claro que la condesa tenía un corazón bueno y noble.

Tomaron el te y disfrutaron de unos deliciosos pastelitos de crema mientras se ponían al día la una con la otra. Pero Candice enmudeció cuando Miss LeBlanc le informó de que gracias a que su marido había enviado el dinero de su educación, ella había podido evitar tener que cerrar la escuela, estaban pasando por una muy mala época ya que debido al desconcierto y el miedo que había en Londres, la mayoría de los padres habían decidido enviar a sus hijas al campo.

—¿El conde... —no se sentía capaz de terminar la frase.

—¡Oh querida! —le cogió las manos entre las suyas —ha sido extremadamente generoso de tu parte informarle de lo ocurrido, sabes que yo jamás te hubiese reclamado nada, pero me siento tan feliz por no tener que cerrar...

—Mi marido es el mejor hombre de todos Miss LeBlanc —era tanto el amor que sentía por él que le hubiera gustado poder gritarlo a los cuatro vientos.

—Estoy tan feliz por ti, me alegro de corazón por el hecho de que te hayas casado con un hombre que te quiera por encima de todo.

Candice no quiso contradecirla porque lo cierto era que le gustaba mentirse a si misma y fingir que Joseph la adoraba en cuerpo y alma, jamás se lo había dicho, pero si le juzgaba por sus actos, se erigía como la dueña de su corazón.

Al cabo de un par de horas, Miss LeBlanc puso fin a la reunión y la despedida fue amarga y dolorosa para Candice, estaba en su hogar y todos allí la trataban con respeto y cariño pero ella era lo más parecido que tenía a una familia sin contar con su hermano.

Después de cenar, se acostó en la cama y se quedó dormida dispuesta a soñar con su amado esposo.

Al cabo de unos días, a Hatford Lane llegó una invitación para un baile en la mansión Loadbroke y fue tal la ilusión que tenía Candice que enseguida se dirigió a su armario para contemplar sus vestidos, no le quedaba ninguna joya

ya que se las había entregado todas a su hermano y Joseph no le había vuelto a comprar más, pero a ella no le importaba, estaba segura de que tan sólo con los hermosos vestidos sería suficiente, esperó ansiosa el resto del día y cuando por fin comenzaron a servir la cena, su marido apareció en el salón y su felicidad fue completa.

—Milord —le miró perdiéndose en esas facciones tan varoniles —hemos recibido una invitación para un baile...

—No.

Ella ni siquiera había terminado de hablar y el conde se había negado en redondo. Quería ir a ese baile, se aburría sobremanera encerrada en la mansión todo el día, comprendía que el conde no quisiese que la volvieran a herir, pero ya se había leído casi todos los libros de la biblioteca y ya conocía todas y cada una de las plantas que había en la finca.

—Por favor milord... —él la atravesó con la mirada —me gustaría ir, sería un evento especial que podríamos compartir.

Joseph la miró de frente y de nuevo se perdió en esos ojos, en esa boca y en la dulzura de su piel, a base de mucha fuerza de voluntad había conseguido dejar de llevar a su esposa al bosque para poseerla como un animal a media mañana o después del te de la tarde. Pero ahora, al tenerla delante de él, con esa mirada tan limpia e inocente, no pudo menos que aceptar que le importaba demasiado como provocarle el más mínimo atisbo de tristeza.

—¿Te aburres mucho? —la pregunta le salió sin pensarla siquiera y ella asintió con timidez —está bien, pero no te separarás de mí en toda la velada, ¿me has entendido?

Pero Candice apenas le estaba escuchando, estaba tan feliz porque él hubiese aceptado a ir con ella que habría accedido a todo cuanto deseara y en ese momento y sin pensar lo que hacía, se levantó de su silla, se acercó a él y le besó en los labios con tal ternura que Joseph se endureció de inmediato.

Al darse cuenta de lo que había hecho, la condesa se ruborizó hasta las pestañas e intentó disculparse, pero el conde la hizo callar con un gesto.

—¡Todos fuera! —bramó y hasta las paredes temblaron.

Ella le miraba completamente aterrada. Se lo habían dicho un millar de veces, no debía levantarse de la mesa y desde luego no debía poner a su esposo en una situación comprometida. Y ella lo conseguía... la mayor parte del día.

—Milord...

—Acércate —le tendió la mano —repítelo querida mía, repite ese beso.

Y Candice sonrió. Aún temblaba por la intensidad del conde, pero estaba más que encantada de obedecer en algo tan íntimo. Se acercó a él y le besó de nuevo con ternura, con agradecimiento, pero sobre todo con amor.

—Te deseo —la voz ronca del conde le indicó que estaba listo para amarla.

—Subamos milord —le pidió sintiendo la excitación por todo su ser.

—No —las manos del conde le apretaron las caderas mientras retiraba su silla y la ponía contra la mesa —aquí.

—¿Aquí? —Candice quería escapar pero su marido era muy fuerte —no podemos milord... si alguien entra...

—Sí podemos y nadie osará entrar —se levantó de la silla y la apretó contra su erección —bésame.

Y ella se rindió porque le deseaba tanto como él a ella, se abandonó al beso a la vez que las manos de su marido subían la tela del vestido y cuando le acarició los muslos desnudos, ambos gimieron. Joseph tiró al suelo todo lo que había en la mesa y la sentó encima, se sentía como un auténtico animal, pero es que su mujer le volvía completamente loco de deseo, ella le besaba con esos labios tan dulces como la miel mientras sus dedos se enroscaban en su pelo y le acariciaba la nuca provocándole miles de sensaciones.

Tironeó del lazo del vestido a punto de desgarrarlo pero entonces Candice le sujetó las manos y comenzó a desabrocharlo con tanta lentitud que su virilidad comenzó a dolerle. Ella estaba casi terminando cuando él perdió la paciencia, tiró de la ropa y sonrió mirándola a los ojos cuando escuchó cómo se desgarraba la tela.

—Eres una delicia —le amasó los pechos con suavidad y se deleitó en las sensaciones que le provocaba —me encanta tocarte por todas partes.

Ella gemía y se arqueaba contra él.

—Agárrate a la mesa querida —le chupó un pezón —y no apartes las manos —ella se ruborizó más aún —adoro que te ruborices mientras te tengo totalmente expuesta para mí —pellizcó la sonrosada cima mientras con la otra mano le subía las faldas hasta la cintura —te quiero a medio vestir, encima de la mesa y con las piernas abiertas —ella gimió más fuerte y él se lanzó a morderla de nuevo —¿me permitirías hacerte una marca?

¿Acaso pretendía que le respondiese? ¡Si no sabía ni cómo se llamaba en esos momentos! Cada vez que Joseph la poseía de esa forma tan salvaje, ella

se derretía como la miel templada entre sus manos, aceptaría cualquier cosa que él quisiera hacerle. Le miró con los ojos nublados por el deseo y la pasión y asintió.

—Me matas de placer.

Le empujó el cuerpo hasta que se tumbó y la separó del borde para subirle los pies a la mesa, le colocó las piernas exactamente como quería y sonrió al comprobar que no llevaba ropa interior, adoraba saber que ella bajaba a cenar sólo con el vestido, sabía que eso le excitaba y le complacía y que Dios le perdonase, pero ojalá pudiese pasearse por la casa desnuda.

Comenzó a acariciarle las piernas y a dejar un rastro de besos por ellas hasta que llegó a la unión de sus muslos, Candice jadeó de anticipación, estaba más que lista para acoger a su marido en su interior pero él quería derretirla primero, siempre lo hacía, siempre le regalaba al menos un orgasmo antes de poseerla y dejarse llevar al éxtasis.

Le arañó la suave piel del interior de los muslos con los dientes y Candice sintió como se clavaban en su piel mientras un par de dedos se introducían en su interior, los labios rodearon la piel y comenzó a sentir que él tiraba de ella mientras su vientre se llenaba de intensas descargas eléctricas que predecían el clímax.

—Estás tan hermosa —le acarició la marca roja sobre la blanca piel y se excitó aún más —el sabor de tu piel me vuelve loco, ¿te he hecho daño? —ella negó con la cabeza mientras sus manos se aferraban a la tela arrugada de su vestido —adoro ver las marcas en tu cuerpo —sacó los dedos y le introdujo su miembro suavemente —marcas que dicen que me perteneces, que eres mía, que sólo yo te doy el placer que necesitas —ella asentía descoordinada y eso le hizo sonreír, la penetraba lentamente —he deseado hacerte mía encima de esta mesa desde el día en que llegamos, tócate los pechos para mí.

Candice no se atrevía a tanto, pero cuando él se quedó quieto en su interior negándole el orgasmo que ya se extendía por ella, perdió la timidez y comenzó a tocarse.

Joseph estaba viviendo un auténtico sueño hecho realidad. Su mujer era exquisita. Tenerla medio desnuda, abierta de piernas con él en su interior mientras se tocaba los pechos le estaba volviendo completamente loco de deseo. Sus manos se apretaron en sus caderas mientras el ritmo de sus embites aumentaba.

Extendió una mano y le sujetó con fuerza un pezón. Candice gritó dejándose llevar por el abrumador orgasmo que la estaba consumiendo. Y Joseph no tardó mucho en no poder controlar su deseo.

Se abalanzó sobre ella y mientras empujaba con fuerza en su interior, le mordió en la base del pecho mientras succionaba con fuerza, se corrió con tanta intensidad que las piernas le temblaban.

—Subamos a la habitación Candice, aún no he terminado contigo.

—Insaciable —consiguió ronronear ella que apenas había conseguido controlar sus jadeos.

—La culpa es tuya.

Salió de su interior con un gruñido y se vistió mientras ella permanecía desmadejada sobre la mesa y se concedió unos instantes para observarla. Le acarició las piernas mientras le bajaba el vestido.

—Creo que no puedo caminar —confesó la condesa cuando la ayudó a levantarse.

Y la sonrisa de puro orgullo masculino iluminó la habitación. La cogió en brazos y salió del comedor, subió las escaleras y en cuanto entró en su habitación la lanzó sobre la cama.

—Me vas a matar de deseo.

Le subió de nuevo las faldas y la dejó con las piernas abiertas, totalmente expuesta para él. Cogió algo de agua limpia de la jofaina y un trapo para limpiarla y refrescar su piel, tenía tanta hambre de su cuerpo que volvía a estar completamente enhiesto y preparado.

Según se acercaba a ella, una sonrisa traviesa le atravesó el rostro y Candice supo que iba a volver a perder el control sobre su cuerpo. Roció su entrepierna con un chorro de agua que parecía estar helada y ella gritó por la sorpresa, acto seguido Joseph se inclinó con la cabeza entre sus piernas y comenzó a darle placer, ella se retorció y gemía pero él no parecía que fuese a parar.

Cuando por fin se tumbó a su lado, Candice ya no era capaz ni de pestañear, sus ojos se cerraron y se quedó profundamente dormida. Joseph se sentía completamente satisfecho, si alguien le hubiese dicho que Candice era la respuesta a todas sus plegarias, habría ido a buscarla a la escuela hacía tiempo. Le acarició la roja marca que le hizo bajo el pecho y sonrió. La besó el pezón con cuidado de no despertarla y tiró de las sábanas para taparles a los dos.

Capítulo 18

El sol entró en la habitación indicando el comienzo de un nuevo día y Joseph se levantó de la cama con un humor excelente. Sin duda alguna debía agradecerle a su padre la maravillosa idea de empujarle a casarse con Candice, ella era todo lo que un hombre podía desear y despertar cada día a su lado era algo con lo que no se había atrevido a soñar y a lo que se había convertido en adicto. Aún tenía mucho trabajo pese a que había empezado a delegar muchas de sus obligaciones, sin embargo, el hecho de saber que su esposa le esperaba siempre en casa y siempre dispuesta, le daba energías de sobra para hacerle frente a los largos que eran sus días.

Se sorprendió al ver a su hermano en los establos, pero le saludó con una palmada en la espalda.

—¿De verdad anoche echaste a todo el mundo de la casa para poseer a tu esposa sobre la mesa? —hizo la pregunta con tal admiración en su voz que Joseph se quedó mudo.

—El servicio debería aprender a tener la boca cerrada —murmuró.

—¿Y cómo quieres que lo hagan? ¡Eres la envidia de todos! —Alexander se lo pasaba en grande con su hermano, durante años le había visto cortejar a una mujer, acostarse con ella y seguir tenso como un arco, ahora le veía tan sumamente relajado que no podía menos que sentir cierta envidia.

—¿Quieres dejar de gritar? —le empujó contra la pared —como se entere de que todos lo sabéis, no volverá a salir de su habitación.

Alexander le miró con diversión y asintió con la cabeza mientras hacía un gesto con la mano indicando que tendría la boca cerrada, pero la tranquilidad no duró mucho.

—Tienes escandalizado a todo el personal —las palabras de Larson provocaron una carcajada de su hermano —pero entiendo que pierdas la cabeza.

Joseph se giró furioso y caminó hacia su mejor amigo, este interpretó rápidamente la expresión de su rostro y levantó las manos en señal de

rendición.

—Lucinda se asustó y me llamó, oí romperse la porcelana y abrí la puerta que da a la cocina, pero al verla sentada en la mesa y a ti peleando por quitarle el corpiño, cerré y me aseguré de que todos saliesen de la casa.

—¿Viste algo?

Larson negó con la cabeza.

—Como se entere no voy a poder volver a tocarla —murmuró dejándose caer sobre la paja.

—A juzgar por la expresión de su cara, lo dudo bastante. Esa mujer te ama con toda su alma.

Las palabras de su mejor amigo se le clavaron directamente en el corazón. Ella le decía constantemente lo mucho que lo amaba y él no había sido capaz de decirle nada a ella, ¿la amaba? No lo sabía, sólo tenía claro que el más puro y descarnado deseo se adueñaba de él cada vez que ella respiraba a su lado y que el hecho de verla herida le destrozó, pero ¿amarla? No estaba seguro de eso ni de si quería darle el poder de romperle el corazón.

Intentó por todos los medios concentrarse en las tareas que tenía ese día y tanto su hombre de confianza como su hermano, entendieron por su actitud que el tiempo de hablar, de las charlas insustanciales y de las bromas había pasado. Ambos conocían a Joseph lo suficiente como para entender sus reacciones y actuar en consecuencia, sin embargo, Alexander hubiese agradecido algo más de diversión, últimamente veía más oscuras las sombras que le rodeaban el corazón.

Para la hora del almuerzo, Candice comió sola como ya empezaba a ser una costumbre, pero tal y como se había prometido a sí misma, no se enfadó, simplemente se lo tomó con resignación y ansió el anochecer, porque en ese momento su marido volvería a su lado. Pasó gran parte de la tarde admirando sus bellos vestidos y con la compañía de Lucinda soñaba con los ojos abiertos cómo sería volver a bailar con su marido ahora que estaban casados, ella aún recordaba el baile que habían compartido el día que se prometieron con un cosquilleo en el estómago.

Justo antes de que el sol comenzase a esconderse por el horizonte, Joseph entró en la casa buscándola con ansia, pero la encontró sentada frente al piano, acariciando las teclas pero sin atreverse a tocar y verla le conmovió de tal forma que no pudo sino aprovechar la visión y deleitarse con ella. No sabía si era su postura o la expresión de añoranza en su rostro, o quizá fuese la

delicadeza con la que acariciaba el piano, pero el hecho fue que le hizo comprender lo sola y apartada del mundo que estaba ella y se enfureció consigo mismo por obligarla a permanecer escondida. Dentro de él existía una lucha interna entre mostrarle el mundo que debería venerarla o esconderla aún más profundamente para que jamás volviese a sufrir ningún daño.

Frunciendo el ceño se dio cuenta de que enjaular a un bello ave, sólo servía para que languideciese de tristeza. Y ese pensamiento le hizo entender que por muy hermoso que fuese su hogar, era una jaula para ella. No recibían más visitas que las de su padre el marqués y la de su hermano. Y él no quería que su esposa fuese un pájaro enjaulado, aunque la preocupación por perderla le destrozase.

Candice se sorprendió al verle apoyado en el marco de la puerta, pero como cada vez que estaban solos, su corazón dio un vuelco y comenzó a latir desaforado.

—Mañana iremos a la costurera para encargarnos un vestido para el baile.

La sonrisa que se formó en sus labios tan sólo dulcificó su semblante, sin embargo Joseph comenzaba a sentirse molesto consigo mismo, porque se pasaba el día pensando en cómo poner una sonrisa en su rostro. Adoraba cada una de las expresiones de su esposa.

—¿Por qué sonríes? —le preguntó acercándose a ella y extendiendo una mano a modo de invitación.

—Porque aunque haya sido una orden —ella se levantó y se refugió en sus brazos —sé que su intención es la de agasajarme milord y eso me hace feliz.

—Eres fácil de complacer —murmuró aspirando su aroma a violetas.

—Jamás osaría complicarle la vida lo más mínimo milord —ella le miró a los ojos —yo... —quería hablar con él, contarle tantas cosas... pero lo que ansiaba en esos momentos era poder besarle.

—¿Tú? —inquirió el conde perdido en los deseos que su mujer le provocaba.

—Me gustaría besarle milord.

De nuevo aquella maldita palabra. Joseph lo odiaba con todas sus fuerzas, sólo le había llamado por su nombre el día que le dijo que le amaba por primera vez, desde entonces, todo era “milord”... ni siquiera cuando alcanzaba el clímax decía su nombre y él ansiaba oírlo de nuevo en sus labios, podía imaginar cómo sonaría exactamente, estaba seguro de que sería dulce, pero pasional a la vez, sonaría relajado pero con la suficiente intensidad en la

pronunciación que él se sentiría postergado a sus pies.

—No tienes que pedir permiso para besarme querida —la estrechó entre sus brazos —en cualquier momento del día o de la noche, puedes llevar a cabo tus inquietudes.

Y más tarde esa noche, Candice le besó hasta que le ardieron los labios mientras descansaba sobre su pecho completamente agotada e inmensamente feliz. Puede que él no la amase, pero ella le quería por los dos.

Al día siguiente nada más terminar el desayuno, Joseph llevó a Candice a la costurera de moda de la zona y se negó en redondo a irse de allí hasta que le enseñasen algunos modelos y telas. Ella le pidió a la buena mujer que tuviese paciencia con él mientras que el conde le ordenó que sobre todo, hiciese lo que estuviese en su mano para que la condesa estuviese realmente deliciosa. Ella se sonrojó hasta las orejas ante el término que su marido había usado, pero al ver la traviesa sonrisa tan sólo pudo sonreír.

La modista estaba encantada de vestir a una mujer de semejante rango y desde el principio supo que tenía que convencer a los dos, por lo que no dudó ni un instante en enseñarles lo mejor que tenía. Pero cuando sacó una larga pieza de brocado en rojo con bordados en hilos dorados, el brillo de los ojos de la pareja le dijeron lo que tenía que saber.

Al salir de la modista, Joseph insistió en que tomaran un refrigerio pues estaba convencido de que pasarse varias horas apenas sin poder moverse la tenía que haber agotado. Se dirigieron a una selecta cafetería donde disfrutaron de un te y unos pastelitos que les resultaron absolutamente deliciosos. Después se dedicaron a pasear por el pueblo y al llegar a la joyería, el conde insistió en que debía adquirir una joya que mereciese estar en su cuerpo.

Candice casi se echa a llorar en ese momento, aún no le había contado a su marido que no le quedaba ninguna joya porque se las había dado todas a su hermano y aunque le dolía mentirle, se sentía tan feliz y pletórica por haber conseguido que les dejase tranquilos que no se atrevió a romper la magia del día que estaban viviendo.

Tras admirar todo el muestrario del maestro joyero, Joseph decidió que lo que necesitaba su mujer era un conjunto de gargantilla de diamantes y rubíes con la pulsera, el anillo y los pendientes a juego. La condesa intentó quitarle esa idea de la cabeza, pero en cuanto le puso el exquisito collar en el cuello con la excusa de comprobar cómo le sentaba, no pudo menos que dejarse

llevar por la intensidad que veía en la mirada de su marido.

Cuando volvieron a casa ya era noche cerrada y Candice supo sin lugar a dudas que ese maravilloso día sería el tercer día más importante de su vida. Sólo competían el día que conoció a su marido y el día de su boda. Amaba a ese hombre con toda su alma y se sentía tan orgullosa de ser su mujer que a menudo se olvidaba de las estrictas normas que debían guiar cada minuto de su día.

Cuando la condesa despertó al día siguiente sintió un ligero mareo y unas pequeñas náuseas y aunque era algo que no había hablado con su marido, lo cierto es que llevaba varias semanas pensando en que ya debería estar embarazada, pero decidió que no diría nada hasta asegurarse. Tan sólo habían pasado unos pocos meses desde que se había casado con Joseph y aunque ansiaba ser madre y se odiaba por ser tan egoísta, dudaba que pudiese compartir a su marido con nadie más.

El día se le pasó volando sopesando las posibilidades, pero tan sólo faltaba una semana para que tuviese la confirmación de sus dudas e hizo todo lo que estaba en su mano para no pensar demasiado en ello, algunos días cuando volvía de sus paseos por el jardín, caminaba hasta los establos buscando a su marido y cuando le encontraba, ni siquiera hablaban, ella se acercaba lentamente y le besaba con toda la ternura de su corazón. Joseph se mantenía erguido mientras la abrasaba con la mirada y cuando ella comenzaba a alejarse, siempre la sonreía de aquella manera tan suya y que hacía que le temblasen las piernas. Había días que no le encontraba y esos días, le dejaba una flor en el poste donde él colgaba sus guantes de trabajo y después se pasaba todo el tiempo que podía con el potrillo al que nadie había augurado un futuro y que sin embargo, ahí estaba, vivo y creciendo adecuadamente. Era lo único que la entretenía durante el día.

Habían establecido una especie de rutina que ella disfrutaba enormemente y con la que el conde jamás osó soñar. Un día al recibir la visita de su padre, se sorprendió por la alegría que le llenaba el alma cuando respondía preguntas acerca del bienestar de su mujer. El marqués conocía a su hijo mejor que nadie en el mundo, pero al verle con esa expresión en el rostro que emanaba una felicidad y dicha casi insultante, podría haber jurado que no le conocía.

Tuvo la inmediata necesidad de ir a buscar a su nuera y besarla con devoción por haber salvado a su hijo mayor. El condado resplandecía, simplemente lo hacía. Joseph trabajaba menos horas que antes y todo daba

mejores resultados, él no era de esos de rancio abolengo a los que se les crispaban las pelucas al pensar en trabajar en el campo, no es que fuese su pasión, pero se enorgullecía de su hijo por hacer lo que hacía y ser el mejor de Inglaterra en ello. Joseph era feliz con las manos manchadas de barro, la camisa sudada y abierta hasta el pecho, los anchos pantalones con enganchones en la tela por todas partes y esas botas que debían resultar eficaces por aquellos parajes, y ¿cómo podía él, que amaba a su hijo con toda su alma, quitarle aquello que le provocaba tanta dicha?

Sonriendo por las bromas de su hijo pequeño, el marqués rezó y dio gracias a su amigo, el abuelo de Candice por haberle hecho ese tremendo regalo que era la condesa.

A falta de una semana para que tuviese lugar el baile que se celebraría en la casa de los condes de Taskland, llegó a Hatford Lane un paquete con el vestido y las joyas que la condesa se pondría en esa noche tan especial y pese a que Candice cada vez estaba más segura de su embarazo, decidió seguir manteniéndolo en secreto algunos días más, al pensar en cómo decírselo a su marido se le erizaba la piel y no sabía qué reacción esperar de él.

La ansiada noche del baile llegó y Candice tenía tanto miedo como ilusión por la velada que les esperaba, Lucinda la ayudó a vestirse y le realizó un peinado que la favorecía mucho con algunos delicados mechones sueltos que le enmarcaban el rostro. Una vez que estuvo lista, se miró al espejo y suspiró. El vestido era una preciosidad, capas y capas de seda del más intenso rojo creaban una falda impresionante y por encima un tul casi transparente con delicados bordados dorados dándole un aire bohemio y elegante, un cinturón que enmarcaba su esbelta cintura y un corpiño de seda de color rojo con más brocados en hilos de oro, delicados lazos en las magas y el broche final era el impresionante conjunto de joyas que Joseph le había regalado.

—Estás preciosa —Joseph se acercó a su mujer y la abrazó por detrás reflejándose los dos en el espejo.

—Todo es gracias a vos milord —ella sonrió y él la besó en el cuello.

—¿Estás lista? —el conde le ofreció el brazo y salieron de la habitación.

Mientras bajaban por las escaleras, Joseph no podía dejar de pensar en el extraño sentimiento que se había apoderado de él cuando la vio mirarse en el espejo, no pudo evitar abrazarla y sentir su tibieza y su aroma a violetas. Candice era una mujer excepcional en muchos aspectos y por lo que le contaban los sirvientes, se había hecho con la casa de una forma muy eficiente,

todo el mundo en la propiedad estaba más que encantado de servirle en cualquier pequeño detalle y él se sentía profundamente orgulloso de ella.

La ayudó a entrar en el carruaje y se sentó a su lado, como siempre que estaba cerca de su mujer y a solas, sintió un inexplicable deseo de seducirla, pero esa noche estaba tan hermosa que quiso provocar la envidia de todos los invitados al baile, porque con todo lo que él odiaba esos acontecimientos, se descubrió que quería asistir a este a su lado y por un momento lamentó que los Taskland no tuviesen un invernadero donde volver a besarla ante el riesgo de ser sorprendidos.

Candice estaba tan nerviosa que no podía dejar de retorcerse los dedos de las manos y aunque eso arrugase sus preciosos guantes, no encontró el coraje para dejar de hacerlo, su marido se dio cuenta y le cogió la mano para entrelazar sus dedos, inmediatamente ella comenzó a respirar de una forma más controlada. Al llegar, varios lacayos les recibieron y tras las oportunas presentaciones con los anfitriones, Joseph se propuso que su esposa saliese de allí con varias amistades, no le gustaba compartirla, pero entendía que ella necesitase relacionarse con más personas.

Al cabo de un par de horas, Candice estaba completamente fascinada con todo lo que tenía que ver con aquellas tierras en las que vivía. Los vecinos, aunque les había conocido esa misma noche, eran encantadores, cordiales y muy amables con ella, la comida y la bebida eran exquisitas, aunque sus momentos favoritos era cuando su marido le pedía un baile como si estuviera cortejándola. Podía sentir la envidia en los rostros de las otras esposas y también el deseo en el de las que aspiraban a hechizar a un soltero que mereciese la pena, también veía la censura de las acompañantes, pero todo desaparecía para ella cuando se encontraba entre sus brazos.

—¿Estarás bien? —la pregunta de su marido la sorprendió —tengo que reunirme con varios caballeros que quieren comprarme varios sementales — intentó esconder su decepción, pero aunque sólo falló un segundo, él se dio cuenta —te prometo que no sabía lo que pretendían, me lo han comunicado hace unos minutos —la miró intentando interpretar lo que sentía —dime que me quieres a tu lado y no me separaré jamás.

Candice se equivocó en el paso y si Joseph no la estuviese sujetando se hubiese caído haciendo el mayor de los ridículos. Cerró los ojos y suspiró profundamente, él jamás entendería lo que esas palabras le habían provocado a su corazón. Le miró fijamente y sonrió.

—Milord, le quiero a mi lado cada día de mi vida —le acarició el rostro —pero entiendo que debe ocuparse de los negocios del condado —sonrió de nuevo para que él viese que era sincera —le quiero con todo mi corazón y aunque le echaré de menos, estaré bien acompañada por estas simpáticas personas.

Joseph sintió una mezcla de dicha y orgullo herido. Le hacía profundamente feliz el hecho de que ella le amase tanto como para decírselo a la más mínima oportunidad, pero el hecho de que se negase a pronunciar su nombre le estaba volviendo loco, ni siquiera en la intimidad de su lecho cuando ella perdía completamente el control pronunciaba su nombre, todo lo que conseguía sacarle era *milord* o querido, si el éxtasis la superaba se refería a él como Hatford.

Acabada la música, la besó en la mano de forma gentil y la acompañó hasta los asientos, le fue a buscar una bebida y se marchó con la idea de terminar lo antes posible esos asuntos que tenía pendientes.

Candice se sentía tan afortunada con su vida que cada día al despertar le agradecía a Dios y a sus abuelos que la hubiesen puesto en el camino del conde. Estaba disfrutando de la velada mucho más de lo que hubiese podido imaginar, por eso no se percató de que alguien se situaba detrás de su silla hasta que este hombre le clavó un estilete en la nuca.

—Hola hermanita.

Esa voz... la condesa quería gritar de pura frustración. Había dado por hecho que él se habría ido ya de Inglaterra y en su imaginación, su hermano vivía en la otra punta del mundo haciendo Dios sabe qué, pero lo suficientemente lejos como para que nadie le asociase con ella.

—Te he dejado sin palabras —le susurró al oído —eso está bien, así escucharás mejor —estuvo tentada a gritar, pero George debió sentirlo porque la pinchó un poco más fuerte —necesito más.

Candice gimió por la ira que sentía.

—No tengo nada más, te he dado todo lo que mi marido me ha comprado —su voz sonaba débil y ella se sentía demasiado frágil como para hacerle frente.

—Pues veo un montón de diamantes y rubíes sobre tu cuerpo —se acercó más a su oído —puedo decirle a un amigo que te visite por la noche y te los quite él mismo, estoy seguro de que él sí sabe tratar a una mujer.

El asco y las arcadas se apoderaron de Candice que se retorció ante la

desagradable sensación.

—Haremos como la última vez, en la capilla al mediodía.

—No —la respuesta de su hermana le dejó desconcertado —no volveré a mancillar la casa de Dios para cometer traición a mi marido.

—Muy bien pues —le concedió después de sopesarlo unos momentos — entonces escápate por la noche y ven a los muelles, es un sitio peligroso, así que yo no llamaría mucho la atención.

—Te juro que sólo tengo lo que llevo encima George —un sollozo se escapó de su garganta —no tengo nada más.

—Te doy un mes para que reunas algo a mayores, me da igual lo que sea, pero algo que tenga valor, necesito el dinero para irme de este apestoso lugar.

Candice se clavó las uñas en las manos para evitar que las lágrimas le cayesen por el rostro, todo su cuerpo se estremecía de miedo y de rabia, se sintió culpable por su falta de valor, ojalá fuese capaz de levantarse y decirle a su hermano que ella era la condesa de Hatford y que nadie salvo su marido tenía derecho a darle órdenes, ojalá no tuviese tanto miedo a que hiriesen a Joseph. El rostro lo tenía encendido por la ira y la sangre le bullía en el cuerpo, pero hizo todo lo que pudo para refrenarse.

—George, no me queda nada más —sonaba a súplica y se odiaba por ello.

—Me da igual, consígueme cincuenta mil libras para dentro de un mes o prepárate para ser viuda —la aspereza de su voz y el gélido tono con el que esas palabras fueron pronunciadas estremeció a Candice.

De pronto ya no sentía nada punzante en su nuca y se atrevió a girar ligeramente la cabeza, un suspiro de alivio se le escapó, se había librado de nuevo del ataque de su hermano pero las preguntas le bullían en la cabeza ¿por cuánto tiempo? ¿cómo podía ella conseguir cincuenta mil libras? ¿sería capaz de hacer cualquier cosa para salvar a su marido? La verdad la golpeó con fuerza. Sí, haría lo necesario para proteger a su marido aún a costa de su propia reputación o incluso de su propia vida.

Capítulo 19

Algunas horas más tarde Joseph fue a buscarla y se excusó una y mil veces por haberla dejado sola tanto tiempo, ella tan sólo le sonreía de una forma tan triste que se le encogió el corazón, se agarró a su brazo con delicadeza y salieron para subir a su carruaje y volver a su hogar.

Una vez en su habitación Joseph estaba más nervioso que en toda su vida, su mujer no había pronunciado ni una sola palabra y ni siquiera le miraba, tan sólo contemplaba un trozo de su vestido como si estuviese viviendo otra vida. Intentó hablar con ella, pero no consiguió más que monosílabos y miradas llenas de algo que él no quería despertar en su mujer.

—Ámame Joseph —el susurro de su voz le rompió el corazón.

La segunda vez que ella pronunciaba su nombre y él sintió que era una despedida más que un paso adelante en su matrimonio. El corazón se le retorció en el pecho.

—Dime qué te ocurre querida mía —la estrechó entre sus brazos con fuerza —por favor.

—Nada, tan sólo... necesito sentirme amada.

Y algo dentro del conde se murió con esas palabras. ¿Ella no se sentía querida? Su cabeza daba vueltas a todo lo que habían vivido aquella noche y por más que lo intentó, no recordaba nada que la hubiese podido afectar de esa manera tan manifiesta, tan sólo... él la dejó sola. Y quiso arreglarlo, quiso pronunciar las palabras que ella tanto deseaba, pero no fue capaz, ella le seguía ocultando secretos y su alma se negaba a entregarse si no era digno de su confianza.

Pero aquella noche hizo todo lo que pudo para demostrarle a su mujer que a veces las palabras no eran necesarias.

Al cabo de un par de semanas, el marqués solicitó a Joseph su presencia en la casa de uno de los magistrados para discutir acerca de los problemas que asolaban Londres, pero su hijo se negó en redondo a abandonar la propiedad,

sin embargo no tuvo reparos en ofrecer su propia casa como centro de tales reuniones.

Los magistrados estaban encantados, eran pocas las veces que acudían a mansiones como la del conde Hatford, naturalmente eran invitados a menudo a eventos sociales y cenas, pero todas ellas se habían llevado a cabo en casas de Londres que no hacían justicia a Hatford Lane.

Se impresionaron por la belleza de los jardines y alabaron el buen gusto de la condesa en la elección de los tapices y cuadros que adornaban la mansión. La cena fue un éxito y todos los invitados acordaron no tratar los temas de política hasta que la dama se hubiese retirado, Joseph observó a su esposa en busca de malestar, pero esa noche Candice se había propuesto ser una mujer digna de admiración por su buen estar y sus modales y sin duda alguna había conseguido su propósito.

Salvo que él conocía a su mujer y desde que habían vuelto de ese maldito baile, ella no había sido la misma, algo había cambiado entre ellos. Sí, él acudía a ella cada noche y ella se entregaba sin reservas, le decía una y mil veces que le amaba pero en cuanto sus cuerpos se separaban, ella se alejaba de él, podían permanecer abrazados en la cama, pero era como si Candice ya no estuviese con él y ya no sabía qué más hacer para que volviese a ser ella misma. A veces la veía vagar por los jardines y tenía la amarga sensación de que se estaba despidiendo de todo aquello.

La voz de Candice le sacó de sus oscuros pensamientos.

—Les agradezco de corazón ese detalle para con mi persona —les dedicó una sonrisa que el marqués supo que le había fundido el cerebro a más de uno —estaba a punto de solicitarles que me disculparan, me encuentro muy cansada y querría retirarme a mis habitaciones —miró a su marido con tanta calidez que éste se estremeció —si le parece bien a mi esposo, por supuesto.

—Desde luego que sí querida mía —el conde se levantó y fue en busca de su esposa, le tendió la mano para que se apoyara en él —te acompañaré arriba.

Y eso hizo mientras los caballeros eran guiados al salón y comenzaban a servirse copas de licor y a fumar. Joseph le quitó el vestido con delicadeza y la ayudó a ponerse el camisón, le acarició el rostro, el cuello, los brazos... ella seguía tan triste desde aquel maldito baile que ya no sabía qué más podía hacer para consolarla, aunque sólo lo demostraba cuando estaban a solas. Nadie le había comentado que la condesa pareciese más decaída. Él se lo

había comentado al doctor que la trató, ya que el doctor Gilbert era el médico de la familia pero no había conseguido darle una respuesta satisfactoria.

Tras besarla con ternura, bajó al salón dispuesto a tratar el tema que les ocupaba, para cuando entró, la discusión ya era bastante vivaz.

—¡Le digo que no podemos seguir así! —el magistrado Lowell tenía un tono de voz irritante —esa banda de ladrones ha entrado tres veces en la casa de la condesa de Banne.

—Si dejara de gastarse el dinero en amantes y lo usase para protegerse, le iría mucho mejor —la magistrado Prime sonrió con malicia.

—¡Cómo osas...

—Caballeros, por favor —el marqués interrumpió el ataque personal que estaba a punto de llevarse a cabo —Prime, en algún momento tendrás que dejar de sentir rencor por esa dama, se te olvida que ella sigue siendo condesa y que lleva viuda más de diez años.

—¿Y eso le da derecho a acostarse con cualquiera? —preguntó de nuevo claramente herido.

—¿Y qué derecho tienes tú a juzgarla? —le preguntó Joseph —tengo entendido que mujeres no te faltan —el magistrado fue a protestar, pero el conde hizo un ademán con la mano —en todo caso, el tema que se discute son los atracos, no las actividades más o menos acertadas de las damas.

—Exacto —el marqués tomó de nuevo la palabra —debido a que tanto mi hijo como yo estamos algo alejados de Londres, no estamos al tanto de las últimas noticias sobre este asunto.

Mientras los caballeros tomaban asiento, en el pasillo, Candice se sentaba en una silla al lado de la puerta que estaba entreabierta, sabía que no debía escuchar a escondidas, pero adoraba la pasión que ponía su marido en los asuntos de estado. Le guiñó un ojo a Lucinda que le ofreció un vaso de leche caliente y se alejó con una sonrisa dejando a su señora disfrutar del debate que tanto le gustaba.

—Bien, si me permite su Señoría —el magistrado Swimmer habló por primera vez —según me han informado mis agentes de Bow Street, la dama en cuestión ha cometido un error de juicio terrible —les miró fijamente para que no le interrumpiesen, bebió un sorbo de su copa de licor —el error del que hablo es el siguiente, al parecer, los ladrones entraron en su casa y la amenazaron con matarla si no les pagaba una determinada suma de dinero, cosa que ella hizo sin dudar —observó los rostros de sus interlocutores —

obviamente, la situación se ha repetido otras dos veces más.

Todos los asistentes hicieron gestos con las cabezas y durante unos segundos se mantuvieron en silencio para pensar en las implicaciones de ese acto.

—Entonces además de ladrones son extorsionadores —la voz de Joseph recorrió a Candice —¿la condesa está a salvo?

—En efecto —Swimmer volvió a hablar —mis agentes la sacaron de su casa con una maniobra de distracción pues no sabíamos si la vigilaban y ahora está en una casa segura.

—¡Ah! —la expresión del marqués sorprendió incluso a su hijo —por eso me pedisteis que os prestara el piso de soltero de Joseph.

—Exacto Señoría —el magistrado asintió —de momento tan sólo atacan a las casas en las que saben que hay dinero y los estudiantes no son propensos a conservarlo mucho tiempo.

Discutieron largo y tendido acerca del tema y de cómo localizar y neutralizar a dichos delincuentes cuando un mensajero llegó con una nota urgente para los magistrados. Al parecer, habían encontrado un cadáver en una granja abandonada de las afueras de Londres, llevaba varios meses allí por lo que no tenían muchas pistas para averiguar lo sucedido, no obstante, todos los magistrados se fueron y el marqués rehusó la invitación de su hijo de pasar la noche en su casa.

Candice había corrido a su habitación cuando el mensajero llamó a la puerta y aunque había escuchado con claridad las despedidas de aquellos hombres, aún tenía el corazón acelerado pensando en lo que diría su marido si supiese que les espiaba en sus reuniones.

Joseph se sentía exhausto, por primera vez en mucho tiempo, tan sólo quería tumbarse desnudo en la cama y que el calor del cuerpo de su esposa le relajase lo suficiente como para dormir tres días. Había tenido un día de locos, primero, los sementales habían arremetido contra una de las vallas rompiéndola, se había pasado medio día persiguiendo a sus animales y devolviéndoles a los establos, después tuvo que ir a ayudar a uno de sus arrendatarios pues con la tormenta que había caído dos días antes, un rayo había partido por la mitad un árbol que estaba a punto de derribarle su casa. Y por último, el asunto de los ladrones que tenía a Londres sumida en un cruel toque de queda, el ejército había tomado las calles y aun así no habían conseguido pillarles ni quitarle el miedo a la población.

Subió pesadamente las escaleras pensando en la decisión que había tomado la dama de la que habían estado hablando, visto desde fuera, lo más lógico sería no pagar pues al ceder, se les concedía el poder a los maleantes... alzó la vista y divisó la puerta de su dormitorio donde su esposa estaba a salvo y en ese preciso momento, tuvo la absoluta certeza de que si alguien amenazaba la vida de Candice, él les entregaría todo el maldito condado si con ello la ponía a salvo. Compadeció a la condesa de Banne por tener que enfrentarse a semejante situación.

Entró en la habitación y la tenue luz de una vela casi le hizo suspirar, su mujer estaba tumbada de lado en la cama, su largo pelo castaño lleno de matices estaba trenzado y descansaba sobre la almohada. Le miró con detenimiento cuando se acercó a su lado y la besó en la frente, entonces fue cuando se dio cuenta de que ella no estaba dormida.

—He tenido un día horrible —le murmuró mientras comenzaba a quitarse la chaqueta.

En ese instante, Candice se levantó de la cama con un elegante movimiento y comenzó a quitarle la ropa con delicadeza. Le acariciaba dulcemente mientras le abría la camisa y cuando se la quitó del cuerpo, le besó en el centro de su pecho, con tanta ternura, que Joseph se estremeció. Le instó a que se sentase en la cama para poder quitarle las botas, después pasó a desabrocharle los pantalones y los calzones, cuando le tuvo gloriosamente desnudo ante ella, fue a buscar un trapo que remojó en la jofaina que aún mantenía el agua tibia, comenzó a aclarar la piel de su esposo en un intento de eliminar junto con el escaso sudor, todas las tensiones del día.

—Eres un ángel —Joseph se estaba quedando dormido pese a que el deseo le invadía.

—Creo que hoy deberíamos dormir milord, mañana podemos recuperar el tiempo —le besó en el pecho y el conde se tumbó bajo las sábanas.

Candice se quedó completamente desnuda y se metió en la cama al lado de su marido, se acurrucó contra su cuerpo y se dedicó a darle tiernos besos hasta que su respiración se relajó y ella comprobó con una sonrisa que estaba completamente dormido.

—Dormido, eres aún más atractivo —le retiró un mechó de pelo rebelde que casi le llegaba a los ojos —no te imaginas lo mucho que te amo Joseph.

Tras acomodarse entre los brazos de su marido, cerró los ojos con la intención de dormir, pero el tiempo se le acababa, su hermano le había dado

un mes de plazo para reunir el dinero, las joyas o lo que fuese, pero habían pasado dos semanas y ella aún no era capaz siquiera en pensar en volver a robar a su marido.

La conversación que había escuchado en la salita la había alterado profundamente. La tal condesa de Banne se hallaba en la misma tesitura que ella, para salvar su vida había cedido a las exigencias de aquellos ladrones que habían entrado en su casa y ella había hecho lo mismo, con la diferencia de que si bien era cierto que ambas estaban siendo extorsionadas, Candice tenía claro que su situación era sin duda mucho más triste, pues su extorsionador era su propio hermano.

Su cuerpo se rebelaba contra la ansiedad que le provocaba todo ese escabroso asunto, hacía días que se notaba agitada y nerviosa y que la comida ya no le sentaba tan bien como antes, se sentía tan agotada que aunque durmiese mucho más de lo normal, se levantaba con el malestar invadiendo todo su cuerpo.

Mientras pensaba en todas las opciones que tenía, se quedó dormida.

Pasaron algunos días hasta que Candice tuvo la oportunidad de pararse a pensar en las opciones que tenía y en el inesperado giro que su vida había dado. Tras el éxito del baile, ella había trabado amistad con algunas personas, las cuales no dudaron en presentarse en su casa para visitarla, tomar el té con ella y hablar largo y tendido de los últimos cotilleos de la ciudad.

De entre todos sus nuevos amigos, sus preferidos eran el conde Jack Leitter, lord Courtland y la bella y joven Julia Peelan, lady Wentrigh. Era evidente que Jack amaba a Julia, pero al parecer, los padres de ella, los duques Wentrigh habían medio apalabrado su mano a un marqués del norte de Inglaterra, Jack incluso le había ofrecido fugarse a Gretna Green y casarse en secreto.

Candice se había sentido profundamente conmovida por Jack, se veía reflejada en sus actos, en sus miradas y en sus acciones de tal forma que entre ellos se forjó una amistad tan tierna como si fueran niños. Y la condesa disfrutaba enormemente de la compañía del conde. Tanto, que a menudo se reunían en salas de lectura para charlar animadamente delante de un té y contarse sus secretos, o al menos, el conde lo hacía y ella le aconsejaba y se sentía bien consigo misma al darse cuenta de que él realmente valoraba lo que ella tenía que decir. Ella se embebía de su actitud para buscar una solución a sus problemas, los cuales la ahogaban cada día más.

Lucinda entró una mañana en la habitación de su señora dispuesta a hablar con ella, era su criada, pero sentía tanto cariño por ella que se sintió obligada a mantener esta conversación.

—Milady —comenzó a cepillarle el pelo —no sé si os habéis dado cuenta...

Candice la miró a través del espejo y al ver el rubor en sus mejillas, supo de qué quería hablarle su doncella. Ella se había negado a aceptar la posibilidad porque aunque cada vez que lo pensaba su alma se llenaba de júbilo, no sabía cómo se lo tomaría su marido, pues era un tema del que no habían hablado nunca. Pero era más que evidente que estaba embarazada y que no podría alargar su silencio durante más tiempo.

—Lo sé —Candice le cogió la mano a la doncella —pero aún no se lo he dicho al conde y no me gustaría que se enterara por otra persona.

—Comprendo milady —Lucinda suspiró entusiasmada —pero permita que la felicite señora, me hace muy feliz...

Se interrumpió cuando la puerta del dormitorio se abrió de par en par. Joseph ocupaba todo el espacio y pese al tiempo que ya llevaban juntos, Candice aún se sentía vulnerable a su lado.

—Necesito hablar a solas con mi condesa.

Lucinda no tardó ni un segundo en abandonar la habitación de sus señores. Candice observaba a su marido y por un momento pensó que éste las habría escuchado hablar y que estaría furioso, pero se fijó en su rostro y más que enfadado parecía disgustado y ella sintió que se le rompía un poco el corazón. ¿Acaso su marido no quería hijos?

—Sé que dije que jamás volvería a irme de tu lado, pero...

El suspiro de Candice le enfureció y ella se dio cuenta.

—Lo lamento milord —se incorporó y apoyó sus manos en su pecho —pensé que había algo que os había desagradado y que estabais enfadado conmigo.

Joseph no terminaba de comprender cómo era posible que después de todo, ella aún siguiese dudando de él de esa manera y aunque quiso racionalizar la situación, se sintió ofendido.

—Pues no —respondió bruscamente separándose de ella —solo se trata de un largo viaje que tengo que hacer a Londres, estaré fuera algo más de una semana.

Ella ya le echaba de menos, sabía que él no estaba cómodo y en ese

instante decidió que haría lo necesario para que se le pasase el mal humor, ya le contaría a la vuelta de ese viaje que iban a ser padres, ahora mismo, su marido no debía ocupar su mente con algo en lo que no podía participar, al menos de momento.

Joseph se fue al amanecer y aunque ella bajó a despedirse de él en la puerta, cuando dejó de verle en el camino de entrada, se sintió completamente sola y abandonada. Siempre le ocurría igual, pero no podía dejarse llevar por la tristeza, porque tenía al hijo de su amado en su vientre y él se merecía que ella fuese todo lo feliz que pudiese.

A la tarde siguiente, recibió una nota de lord Courtland solicitando verse en un par de días en el café al que acudían en sus charlas literarias, ella aceptó con una gran sonrisa. Le encantaban sus reuniones con el conde, hablaban de todo, lo divino y lo humano y ella le tenía en gran estima por la sincera amistad que le brindaba.

Él le contó que estaba desesperado porque no le permitían contraer matrimonio con lady Julia y Candice se dedicó a darle arriesgados consejos para que los duques comprendiesen que su hija sería extremadamente feliz con aquel hombre que no dudaba en demostrar y decir que la amaba. Cuando vio la determinación en sus ojos, una verdad se reveló ante ella. Acababa de tomar una decisión respecto a lo que haría con su hermano, tan sólo le quedaban unos pocos días para reunirse con él.

Escribió a su marido solicitando que la permitiese viajar a Londres para estar con él y sin esperar respuesta, comenzó a hacer el equipaje con la ayuda de Lucinda. Sí, por fin iba a encauzar su vida.

La nota llegó un día antes que Candice, pero a Joseph no le importó, sabía que Londres era peligroso para su esposa, pero lo cierto era que la añoraba más de lo que estaba dispuesto a admitir. La llevó al teatro, que tras el toque de queda, acababa un par de horas antes de que anocheciese y cenarían en casa, los dos solos.

Durante la cena, Candice le contó a Joseph que su vida era perfecta, le agradeció de todo corazón que la hubiese elegido a ella como esposa y ante la callada respuesta de él, comenzó a relatarle todo lo que sabía sobre sus nuevos amigos totalmente encantada de poder compartir con su esposo esa parte tan importante de su vida.

Joseph montó en cólera.

—¿Acaso dices que te has estado viendo con ese hombre? —el tono la

asustó, pero no quería mentirle y asintió con la cabeza —¿me estás engañando con otro?

Candice gritó contrariada.

—¡Por supuesto que no! —no quería alzar la voz, pero se sentía humillada —lord Courtland es un amigo, nos vemos en sitios respetables y hablamos sobre todo de la mujer a la que ama.

—¡Qué desfachatez! —Joseph la interrumpió rojo de ira —¡y aún reconoces que te ama!

—¿Qué? —Candice se sentía más confusa a cada instante —¡no me estaba escuchando milord!

—¡No me llames así! —el conde lanzó su copa de vino contra la pared.

—Lord Courtland ama a otra mujer, a la que quiere convertir en su esposa...

—¡Basta! —el grito hizo retumbar las paredes —te prohíbo que vuelvas a hablar con él o con cualquier otro que crea que se ha enamorado de ti, ¿me has entendido?

Candice no daba crédito a lo que estaba escuchando. ¿Cómo había podido explicarse tan mal que su marido creía que le estaba engañando? Ella le decía cada vez que tenía ocasión lo mucho que le amaba y él dudaba de ella a la más mínima oportunidad. Sus ojos se llenaron de lágrimas que contuvo a duras penas.

—Le he entendido milord —enderezó la espalda —si me disculpa...

Acto seguido, se levantó de su asiento y salió del comedor antes de que Joseph pudiese hacer o decir algo más que terminase de romperle el corazón.

No entendía muy bien lo que había ocurrido, habían pasado una velada en el teatro maravillosa, habían caminado por las calles cogidos del brazo y habían sonreído. Sin embargo, una vez que ella comenzó a explicarle la situación de sus amigos, su marido había perdido los papeles y la había gritado hasta tal punto que ella se sintió aterrorizada.

Su plan era hablarle de sus amigos y cuando él le prestase atención, confesar que iban a ser padres en unos meses. Pero al recordar sus gritos o su copa estrellándose contra la pared se acobardó y decidió que podía esperar un poco para darle la buena nueva.

Capítulo 20

Al día siguiente habían sido invitados a una sesión de música en casa de los Stillgear, a Candice se le partió el corazón al ver entrar al conde Courtland. Hablaría con él en ese mismo instante, no tenía sentido alargar algo que sólo le causaba vergüenza a su esposo. De modo que se acercó a él y solicitó que la acompañase a los jardines, donde a pesar de estar a la vista de todo el mundo, podrían hablar con algo de intimidad.

—Le ruego que me disculpéis milord —el caballero se enterneció ante su vergüenza —soy consciente de que nuestra reciente amistad no es más que eso, una inocente amistad, pero a oídos de mi marido ha llegado el malintencionado rumor de que es algo más —se sonrojó hasta el cuero cabelludo por mentir, pero se negaba a que alguien pudiese pensar que su esposo era alguien cruel, porque no lo era, se armó de valor para terminar de hablar y le miró a los ojos —le debo total obediencia a mi esposo milord y no quiero contrariarle en nada, por lo que le deseo de todo corazón que su enlace con lady Julia sea un loable hecho que espero ansiosa leer en las páginas de sociedad.

No esperó una respuesta, simplemente se levantó del pequeño banco donde estaban sentados y se encaminó de nuevo al salón donde esperaría a su marido hasta que la sesión musical terminase o puede que se fuese al cabo de una actuación más de otra debutante, no creía que su marido fuese a aparecer. Se sentía completamente sola, más de lo que alguna vez se hubiese sentido.

Lord Courtland observó a la hermosa mujer caminar como un condenado se dirige al cadalso y se enfureció. Él amaba de todo corazón a lady Julia, pero Candice le había ofrecido su amistad de forma voluntaria y altruista y le carcomía la conciencia saber que el hecho de que fuesen amigos le había traído problemas con su marido. Había oído hablar del taciturno conde Hatford, pero por cómo hablaba de él su esposa, llegó a creer que todo eran invenciones de las matronas que no consiguieron cazarle para sus adorables hijas. Sin embargo, ahora dudaba.

Entró en el salón justo a tiempo de que comenzase la pieza de música que interpretaría su amada y en cuanto la vio sentarse frente al piano y mirarle fijamente, todo desapareció para él.

Unos días más tarde, Hatford estaba disfrutando de un whisky en un apartado salón privado del famoso salón de caballeros Palace. Se sentía completamente irascible, había gritado a su mujer como un lunático cuando ella simplemente quería comentarle algo acerca de sus nuevas amistades, no estaba seguro de qué había sido lo que le había molestado de sus palabras, pero hizo que hirviera de ira, tal era su estado que no se había atrevido a compartir el lecho con ella desde entonces.

—Milord —la voz masculina le sacó de sus cavilaciones —soy lord Courtland, su vecino.

Joseph le observó y le hizo un gesto para que se sentara, el nombre le sonaba de algo y no lograba recordar.

—Sólo estoy aquí para hablaros de su esposa milord —Joseph se tensó de inmediato —tranquilo, no estoy interesado en ella de un modo romántico, simplemente quería felicitarle por ser el dueño de su corazón, tuve el placer de coincidir con ella hace unas semanas y gracias a sus consejos, estoy prometido con el amor de mi vida.

—No alcanzo a comprender...

Richard le cortó con un gesto, algo que enfureció a Joseph.

—Si escuché los consejos de lady Hatford, fue porque me contó que así fue como usted la enamoró —Joseph se sintió golpeado —habla de usted con tal adoración que es la envidia de cuantos la escuchan —declinó la oferta de bebida de un camarero —sé que a usted no le gusta que seamos amigos, pero lord Hartford, somos vecinos y mi futura esposa tiene en alta estima a la suya, le prometo que no hablaré más con ella si no es de su agrado, pero no la prohíba visitarnos o que mi prometida pueda visitarla a ella, se lo ruego.

—No parece usted de los que suplican —le dijo con veneno.

—No lo soy milord, pero haré cualquier cosa que le haga feliz a lady Julia y su esposa es una compañía inmejorable.

Se puso en pie y se colocó los puños de la camisa.

—Que tenga un buen día Hatford.

Salió del club sintiendo que había hecho lo correcto, Candice no se merecía el desprecio de su marido por un acto lleno de generosidad.

Joseph se recostó en el asiento. Las palabras del hombre le retumbaban en

la cabeza. Así que ése era el hombre del que su esposa le había hablado con tanta admiración, la ira se apoderó de él de nuevo. Se sentía acorralado y él odiaba sentirse así. Se puso en pie y se dirigió a la salida. Cuando estaba perdido sólo había una persona con la que podía hablar.

Si el marqués se sorprendió de su aspecto, no dijo nada, tan sólo le abrazó con cariño como siempre hacía y se dirigieron en silencio a la biblioteca, su padre dio la orden de que les sirviesen licores, una vez hecho, dio la orden de que no se les molestase bajo ningún concepto.

Joseph se bebió su copa de un trago y se sirvió otra rápidamente. Su padre simplemente le observaba en silencio, le conocía mejor que nadie y sabía que no serviría de nada presionarle.

—¿Conoces a lord Courtland? —preguntó girando el vaso que acababa de vaciar.

—Sí, fuimos presentados hace algunos meses, es un hombre de honor, con una fortuna que casi podría rivalizar con la nuestra.

—¡Mierda! —Joseph se puso en pie y comenzó a dar vueltas por el salón —ese hombre es amigo de Candice.

—Define amigo —Eliseo dejó el vaso sin tocar el licor a la espera de lo que su hijo revelase.

—Comparten té en los actos sociales, hablan de sus vidas e incluso ella le dio consejos para que lady Julia, que no sé quién demonios es, aceptase su propuesta de matrimonio.

El marqués se relajó. Y sonrió.

—Lady Julia es la hija de los duques de Wentrigh, una joven hermosa, inteligente y divertida, además es amiga de tu esposa, una compañía de lo más recomendable —se levantó y se apoyó en su escritorio con los brazos cruzados sobre el pecho —¿qué es lo que te molesta?

Joseph se dejó caer sobre el sillón.

—Le he prohibido a Candice que coincida con él de nuevo —miró a su padre de reojo —y no tengo la más mínima idea del por qué.

—Celos.

El marqués rio abiertamente e ignoró la furiosa mirada de su hijo.

—Lo que sientes son celos hijo —alzó la mano para que no le interrumpiese —Candice es una beldad, no importa que lleve casada casi un año, sigue siendo una de las mujeres más hermosas de toda Inglaterra, pero además es generosa, inteligente, comedida... lo lógico es que cualquier

hombre vivo aprecie todas sus cualidades, ya que no son pocas.

—Conozco las cualidades de mi esposa —escupió con ira mal contenida.

—Sin embargo, parece que no conoces los secretos de su corazón — Joseph le miró y su padre vio que se sentía herido, había acertado de pleno — hijo mío, ella te ama con todo su ser, tú eres el centro de su universo y por guapo, atractivo, rico y divertido que sea lord Courtland, Candice jamás posará sus ojos en otro hombre con algo más que amistad.

—Le grité —se pasó las manos por el pelo con desesperación —le grité y no he vuelto a acudir a nuestro lecho.

El marqués chasqueó la lengua.

—Pues tendrás que arreglarlo Joseph, porque ella jamás amará a otro, pero podría dejar de amarte a ti —le sirvió otra copa de licor —piensa en lo que puedes perder hijo.

El conde Hatford se sentía como un muchacho imberbe, hacía algunas horas que había salido de la casa de su padre y que estaba sentado en su propia biblioteca en la casa que acababa de comprar en Londres, él odiaba la ciudad con todas sus fuerzas, pero había visto la tristeza en la mirada de su esposa el día que salieron para ir a Hatford Lane y cómo ella le había confesado que era la primera casa que habían compartido y no quiso que esos recuerdos se perdiesen en el tiempo, al día siguiente compró la casa para ella, porque cuando la vio en lo alto de las escaleras, ella había susurrado que todo era perfecto.

De modo que allí se encontraba, sentado a solas con una copa de licor en la mano que no había probado y sin poder dejar de pensar en lo que lord Courtland y su padre le habían dicho. Ella no dudaba en decirle a todo el mundo que le amaba, lo mismo que le decía a él cada noche cuando se entregaba a él con total abandono. Y él no era capaz de reconocer que ella le importaba más de lo que nadie podía imaginar.

Estaba a punto de llamar a un criado para que fuese a buscar a su esposa cuando esta entró por la puerta. Se la comió con los ojos. Estaba realmente hermosa con un vestido de día de color azul cielo, el pelo recogido ligeramente a un lado dejando su cuello a la vista.

—Lo lamento milord —a duras penas se contuvo al verle sentado —sólo quería coger un libro.

—Pensaba que esta mañana irías a tomar el té al Chease —ella le miró con tanta tristeza que se le encogió el corazón.

—Milord, me prohibió tomar el té con nadie que no fueseis vos —se encogió de hombros —y no quiero estar sola en un salón de té, de modo que preferí coger un libro para leer en mi habitación.

—Nuestra habitación —el furioso tono de voz la asustó.

—Yo... imaginaba que ya no queríais compartir el lecho a tenor de que he permanecido sola las últimas cuatro noches, por lo que mandé trasladar mis cosas a una de las habitaciones de invitados.

Joseph no lo soportó más, se levantó estrellando el vaso contra la pared y se acercó a su esposa en dos grandes zancadas. Ella temblaba muerta de miedo y él se sintió como un animal, pero no podía esperar más, tenía que abrazarla, tenía que sentirla cerca de él.

—Lo siento Candice —la estrechó contra su pecho con fuerza —lo siento mucho.

Ella no supo que hacer, no quería llorar, pero no podía contener las lágrimas, ella le quería con todo su corazón y llevaba varios días viviendo en un infierno porque él ni siquiera la miraba, no habían comido ni cenado juntos y tras pasar sola las noches en la cama de ambos, se quedaba dormida con el rostro lleno de lágrimas. Le había echado muchísimo de menos.

—Dame un minuto.

Joseph salió de la biblioteca y gritó a todo pulmón que quería las cosas de su condesa en su habitación en menos de una hora. Candice se sentía horrorizada por los modales de su marido, pero lo único que retumbaba en su corazón era que él la había llamado *su condesa*. Era lo más cerca que había estado de decirle que la quería.

Al poco, él volvió y la estrechó de nuevo en sus brazos y ella se abandonó a él como ocurría siempre que estaba tan cerca de ella. Pocos minutos después, ella estaba completamente desnuda sobre la alfombra y su marido la saboreaba entre los muslos haciendo que ella se retorciese de placer.

Joseph no podía dejar de comerse literalmente a su mujer. Habían pasado cuatro días desde la última vez que él la hizo suya y comenzaba a tener consecuencias vergonzosas para un hombre. El cuerpo de su esposa era su bálsamo, su templo, dónde encontraba una paz como jamás había conocido, dónde el éxtasis le inundaba haciendo que olvidase hasta su nombre.

—Te deseo Candice, te deseo tanto y de tantas formas que jamás me saciaré de ti —le colocó las manos sobre la cabeza —eres la mujer más hermosa de Inglaterra —le lamió un pezón con lentitud —deseo morder cada

pulgada de tu piel y hundirme en ti tan profundamente que jamás puedas volver a sentirte vacía —la besó con desesperación —déjame entrar en tu cuerpo, ábrete de piernas para mí Candice, deja que te contemple mientras te penetro con fuerza.

Ella no era capaz de hablar, pese a todo lo que había compartido con él, aún se sonrojaba, pero pese a la timidez, era consciente de que jamás le negaría nada a su marido, así que sin dejar de mirarle a los ojos, abrió las piernas y se quedó expuesta ante él con las rodillas dobladas.

Él la miró con avidez, con un deseo descarnado y le pasó la mano por entre las piernas sonriendo al sentirla tan húmeda.

Poco a poco se acercó a ella con su pesado miembro en la mano y le acarició el centro de su feminidad con él. Después se lo introdujo poco a poco mientras no se perdía ni un solo detalle del cuerpo femenino. Cuando estaba hundido hasta la empuñadura, la cogió por las caderas y la pegó más a él.

—Me excita ver como tu cuerpo se arquea —salió un poco de ella y se hundió con fuerza, ella gritó —me encanta mirarte y ver cómo tu cuerpo se tiñe de rosa y cómo tu cara refleja el placer cuando te corres —salió ligeramente y la penetró de nuevo con fuerza —córrete para mí Candice.

Y sin dejar de mirarla comenzó a bombear dentro de ella con tal intensidad que ella creyó que moriría de placer. Se retorció y gemía, se mordía los labios intentando no gritar.

—Tócate los pechos para mí Candice —le lamió los pezones y se los mordió ligeramente —tócate para mí.

Ella estaba completamente dominada por el deseo y accedió a lo que él le pedía, sus caricias eran tímidas pero pronto notó como su marido se excitaba más.

—Baja una mano a tu entrepierna Candice, tócate mientras te hago mía, siente cómo estamos unidos.

Le guio la mano y ella le tocó con la punta de los dedos mientras él salía y entraba de su cuerpo con una necesidad que le estaba matando. Después se llevó la mano a su propio cuerpo y comenzó a acariciarse tal y como Joseph le hacía siempre.

No tardó en gritar su nombre y unos pocos segundos después, Joseph gruñía sobre ella mientras se derramaba en su interior.

—Lamento haberos incomodado con nuestras nuevas amistades milord —Candice no pudo evitar disculparse mientras su marido le abrochaba los

botones de la espalda.

—Me equivoqué al prohibirte tener amigos Candice —la abrazó con ternura y ella se derritió —puedes visitarles y que ellos vengan a visitarte tantas veces como desees.

La emoción que la invadió la hizo brillar, tal era su algarabía que Joseph se sintió peor aún. No quería apagar la luz de su esposa, era lo que iluminaba sus días y sus noches y se prometió a sí mismo que antes de tomar una decisión drástica que la hiciese sufrir, se tomaría al menos dos días antes de pronunciarse.

Terminaron de vestirse en silencio y como cada vez que estaban juntos durante el día, Joseph la besó con dedicación hasta que a ella le temblaban las piernas y entonces la dejaba sola para que siguiera atendiendo a sus quehaceres. Le complacía saber que cada vez se ocupaba de más cosas y que incluso había comentado que deberían hacer algún cambio de decoración más drástico de lo que había llevado a cabo hasta entonces, de momento sólo lo había hablado con el servicio, pero dada la valentía de ella, estaba seguro de que no tardaría mucho en acudir a él. Y lo estaba deseando.

Faltaban tan sólo dos días para que el plazo que su hermano le había dado concluyese y aunque el tiempo se agotaba, Candice no se sentía nerviosa. Había metido en una bolsa de terciopelo las preciosas joyas de diamantes y rubíes y había guardado las joyas en la caja de seguridad de su marido. Había tomado una decisión que confirmó tras enterarse a través del marqués de que la condesa de Banne había sido brutalmente asesinada en su alcoba. Al final, no le sirvió de nada darles todo lo que tenía a esos ladrones que aterrorizaban Londres, habían acabado con su vida igualmente y Candice vio una señal en ese terrible suceso.

Durante esos dos días, Candice paseó con lord Courtland y su futura esposa que la enseñaron Londres como nadie, fueron a la biblioteca, al museo Británico y a la Real Sociedad de Arte, por la tarde, tomaban el té en la casa de los Hatford hasta que su marido llegaba y entonces sus invitados se retiraban. Fueron días mágicos para Candice, días que jamás olvidaría.

Esa noche celebrarían el primer baile de Navidad de la temporada y por lo que le habían contado a Candice, sería muy especial ya que habían decidido seguir la tendencia que el príncipe Alberto había traído de su Alemania natal y en el salón principal habían colocado un enorme abeto que habían decorado con bastones de caramelo, velas y pequeños y delicados paquetitos envueltos.

La curiosidad de ver algo tan hermoso casi podía con ella.

Para esa noche, Candice había elegido un vestido verde con detalles dorados de estilo francés, con una amplia falda y estrecho corpiño que dejaba sus pechos un poco más a la vista de lo que a ella le gustaba, pero que la hizo sonreír al imaginar la cara que pondría su marido al verla, como si le hubiese invocado, Joseph apareció tras ella colocando una preciosa gargantilla de oro sobre su piel.

—Eres preciosa —la besó con ternura —me alegro de que me convencieses de llevarte a este baile.

La joven condesa brilló con sus palabras. Sonrió a su reflejo en el espejo y Joseph simplemente se quedó ensimismado mirándola con total adoración.

—Por cierto, se trata de un baile de máscaras querida —le dio una caja que había sobre la cama y en la que ella no había reparado —espero que te guste.

Candice abrió la caja con el corazón latiendo a toda velocidad. Dentro había una máscara dorada con adornos y que se ataba con una cinta de raso negra. Le miró completamente enamorada y le sonrió llena de amor.

—Vas a ser la sensación del baile querida —Joseph sacó su antifaz negro del bolsillo de su chaqueta y se lo colocó con rapidez, pero le cogió la mano y la hizo levantar —no podré alejarme mucho de ti.

—No lo hagas, jamás me dejes Joseph —ni siquiera fue consciente de que le había llamado por su nombre —nunca me apartes de tu lado.

Se acercó a los labios de su marido y le besó dulcemente.

Un golpe delicado en la puerta les devolvió a la realidad y el conde tuvo que aclararse la garganta para poder darle paso a la joven Lucinda para que ayudase a su esposa a terminar de vestirse. Sin embargo, no se fue de la habitación, simplemente se quedó apoyado en la puerta mientras la máscara cubría el rostro de su esposa y los delicados adornos dorados eran colocados en el enrevesado peinado. Estaba simplemente maravillosa.

Le puso la gruesa y elegante capa de piel sobre los hombros y le ofreció el brazo, bajaron las escaleras en silencio y así subieron al carruaje que ya les esperaba. Durante el viaje, Candice se estaba poniendo cada vez más y más nerviosa al observar la cálida mirada de su esposo sobre ella.

Hicieron el viaje en absoluto silencio, la condesa mirando de reojo a su marido, de los nervios al pensar que quizá él había descubierto su secreto. El conde descubriendo cada detalle del rostro que la dorada máscara le permitía

ver de su mujer, en especial se perdía continuamente en cómo le resaltaba el color de sus ojos, el verde de sus iris eran en ese momento más intenso. Seguía convencido de que ella le ocultaba algo y tenía la sensación de que era algo que tarde o temprano les afectaría, pero al verla ahí sentada, delante de él, con el porte de toda una reina, supo que fuese lo que fuese, lo afrontarían juntos. Y se propuso disfrutar de la velada al lado de su joven esposa.

Capítulo 21

Al llegar a la mansión de los Ruchtchaild, ambos se quedaron con la boca abierta. La decoración era totalmente diferente a todo cuanto habían visto y aunque extravagante, el conjunto resultaba encantador. Había cientos de pequeños frascos de cristal con una vela en su interior colgando de las enredaderas que tapaban el ala este de la mansión. Así mismo, los arbustos que habitualmente presentaban un aspecto austero, estaban cortados en pico y tenían cintas brillantes a su alrededor.

Caminaron hasta la entrada y se maravillaron por el efecto embriagador de la opulencia que se manifestaba en cada rincón sin caer en la decadencia y la vulgaridad. Delicadas telas de sedas doradas se enredaban en las columnas y en las balaustradas de las escaleras, los candelabros tenían el doble de las velas y aportaban una luz tan brillante que casi parecía un día de verano. El ambiente olía a brezo, jazmín, narciso y un sinfín de aromas florales que Candice no fue capaz de identificar pero que la hicieron suspirar.

Una vez hechas las presentaciones, fueron conducidos al enorme salón que estaba decorado con el mismo estilo. Según la duquesa Ruchtchaild, la mismísima Reina Victoria le había indicado cómo llevar a cabo las decoraciones según las tradiciones alemanas y estaba claro que el resultado era del todo perfecto.

—Esto es casi mágico ¿no te parece? —Candice resplandecía observando cada detalle.

—La verdad es que no me esperaba algo así —Joseph se sentía algo abrumado por todo lo que les rodeaba.

—Gracias por haberme traído —su esposa se agarró a su brazo —está siendo toda una experiencia —dio una vuelta sobre sí misma al soltarse y entonces le miró totalmente fascinada —¡oh mira! ¡ahí está el árbol!

Joseph la condujo hasta él con casi la misma curiosidad que ella. Lo cierto es que como experto en botánica, le impresionaba que hubieran sido capaces de trasplantar un abeto de semejantes dimensiones dentro del salón y que

fuesen capaces de mantenerlo en posición vertical. Al acercarse un poco más, se maravilló al ver el trabajo de ingeniería llevado a cabo y se enfureció al ver las consecuencias del trato recibido por el abeto.

El enorme árbol casi llegaba al techo. Era evidente que moriría al terminar los festejos, pues lo habían cortado de tal forma que las ramas y la copa ocupaban casi toda la altura, debía ser un ejemplar con cientos de años. Para alguien como él que adoraba todas las plantas, era una maldita catástrofe y se sintió aún peor cuando no pudo dejar de maravillarse por lo bonito que era.

Pequeños frascos de cristal colgaban de sus ramas con velas en su interior, cientos de bastones de caramelos, cintas brillantes y pequeños paquetes envueltos como regalos eran sus adornos. Entonces miró hacia Candice y se sorprendió a no verla, comenzó a buscarla por el salón de forma nerviosa hasta que ella salió de detrás del árbol con una sonrisa tan bonita que le dejó noqueado.

—¡Te pillé! —se acercó y le besó en los labios, después desapareció otra vez.

Y cuando volvió a aparecer sonriendo fue cuando Joseph se dio cuenta. La verdad le golpeó como un rayo, fue tan fuerte el golpe que se tambaleó ligeramente y tuvo que aclararse la voz.

—Candice —ella dejó de sonreír de inmediato.

—Lo siento milord... yo... sólo quería...

Joseph levantó una mano para detener sus palabras.

—No es eso, ven aquí —tendió su mano y ella se acercó totalmente confiada.

Y ese gesto tan inocente terminó de desarmarle, la llevó detrás del árbol donde antes ella se había escondido quedando en un rincón tan sólo iluminado por las pequeñas velas del árbol. Joseph le quitó la máscara con cuidado y él se quitó la suya, después la besó con total adoración y enmarcó su rostro con sus manos.

—Te quiero con toda mi alma Candice —a ella se le paró el corazón —no me había dado cuenta hasta esta noche de lo enamorado que estoy de ti —la besó de nuevo —eres el amor de mi vida y quiero que sepas que casarme contigo fue la mejor decisión de mi vida.

—¡Oh Joseph!

No pudo decir mucho más porque las lágrimas comenzaron a correr por su rostro de forma totalmente incontrolada. Eran lágrimas de felicidad y tristeza,

de amor y traición, porque ahora que por fin él la amaba como ella le amaba a él, ella le iba a traicionar una vez más y eso le rompía el corazón.

—Shhh, no llores cariño —la estrechó entre sus brazos —se supone que tienes que estar feliz.

—Lo estoy —le abrazó con fuerza —he deseado tanto que me amaras...

—Lamento no haberme dado cuenta antes —la besó en el pelo mientras la abrazaba más fuerte aún —lo lamento de veras.

—No importa Joseph, no importa.

—Me encanta que me llames por mi nombre, lo has hecho tan pocas veces que me haces anhelarlo.

Candice se ruborizó de la cabeza a los pies y se apretó más contra el cuerpo de su marido. Ella no le llamaba por su nombre porque no le parecía correcto hacerlo dado que prácticamente había sido obligado a casarse con ella, pero ahora que se había enamorado y que la quería, ahora todo era diferente.

Cuando ambos se recompusieron de sus emociones desbordadas, salieron del rincón con las máscaras puestas y se unieron al baile que ya había comenzado, un vals estaba sonando y Joseph no dudó un instante en sacar a bailar a su esposa. Danzaron por la pista como si nadie más estuviese presente, tan sólo estaban ellos dos, mirándose a los ojos, comunicándose como sólo los amantes lo hacen.

Dos bailes más tarde, el conde acompañó a su esposa a la mesa de refrigerios y eligió las mejores viandas para ella. La joven se deshacía con las atenciones de su marido, se sentía tan pletórica que a punto estuvo de confesarle que estaba embarazada, pero no le parecía que fuese lo más prudente hacerlo en un baile, pues seguía sin estar del todo segura de la reacción de su marido.

Fue durante la cena que vivieron el único momento tenso de la noche.

—Hatford —la voz grave le hizo ponerse alerta.

—Tillshire —respondió fulminándole con la mirada y después observó a su esposa y tiró con fuerza de las riendas de su carácter para no pelearse con su primo delante de ella —querida, te presento al conde de Tillshire —miró a su primo —William, mi querida esposa, lady Hatford —el otro hombre sonrió.

—Todo un placer conocerla milady —hizo una elegante reverencia —debo confesar que me sorprendió la noticia de vuestro enlace, pero al veros, puedo comprender las prisas de mi primo.

Candice se ruborizó de la cabeza a los pies.

—¿Tienes alguna otra estupidez que decir? —Joseph bullía de ira.

—En realidad —miró al hombre con el que se había criado y apretó la mandíbula —estoy apuntado en esta misma mesa, así que podemos hablar de lo que se te antoje.

Joseph estaba a punto de levantarse preso de la furia cuando sintió los delicados dedos de su mujer acariciando su muslo, la tensión huyó para ser sustituida por un ataque de lujuria.

—Me encantaría conocer anécdotas de su juventud milord —Candice le sonrió —mi esposo me ha contado que se criaron juntos, que Alexander, usted y él —miró a Joseph —eran unos jóvenes bastante activos.

Y William agradeció en el alma las buenas intenciones de la condesa, por lo que sonrió y comenzó a contar divertidas historias que les relajaron a todos.

Bailaron, rieron y conversaron con un montón de personas y casi al amanecer, decidieron volver a casa. Fue una noche mágica llena de revelaciones para los dos.

—Gracias —le susurró Joseph cuando salían de la mansión y ella no fingió no entender a qué se refería.

—Me cae bien tu primo —se acercó un poco más él —creo que es un hombre de honor —le miró a los ojos —como tú.

—¿Siempre ves lo bueno de las personas? —la estrechó entre sus brazos y ella brilló de felicidad —has decidido que debo reconstruir nuestra relación ¿verdad? —le preguntó antes de besarla.

—Creo milord —le acarició la mejilla con ternura —que le echáis de menos y él también a vos —apoyó su cabeza en el fuerte pecho de su marido —creo que es hora de dejar el pasado atrás.

—Y yo creo que te quiero un poco más —la besó tiernamente y la ayudó a subir al carruaje.

La vuelta a casa la hicieron en silencio en su mayor parte pero por motivos completamente diferentes a los que tenían cuando iban de camino a la fiesta, ahora aunque cansados, estaban deseando llegar a su hogar, pues los dos eran conscientes de que en cuanto sus manos se tocasen, no iban a ser capaces de contenerse.

Y cuando el carruaje se detuvo, prácticamente arrojaron al lacayo al salir. Corrieron hasta la casa y subieron las escaleras jadeando, una vez dentro de su habitación, ya no eran un matrimonio de condes, eran un cazador y su presa. Y

ella se dejó cazar.

Se sentó en la cama y se alzó las faldas del vestido mientras su marido se arrancaba la ropa sin dejar de mirarla.

—Estoy ardiendo Joseph —su voz era tan sensual que él se arrancó la camisa —quítate toda la ropa, déjame verte completamente desnudo.

Y su marido obedeció, pero sin un ápice de servilismo, sino todo lo contrario. Ella daba las órdenes pero que el que estaba al mando era él y ambos lo sabían.

—Quiero pedirte algo Candice...

—Lo que sea Joseph, pero antes me gustaría hacer algo con tu cuerpo —enrojeció tan violentamente que él se quedó totalmente paralizado —por favor.

—Sí.

Porque... honestamente, ¿qué otra cosa podría decir? Su mujer estaba sentada en la cama con la falda totalmente enrollada en la cintura, sin ropa interior lo cual le había encendido como una hoguera, se había abierto el corpiño y sus pechos se mostraban orgullosos y ella le pedía que le dejase hacerle algo... la única respuesta posible era sí.

Entonces Candice se arrodilló en el suelo y gateó hasta donde estaba Joseph y cuando llegó hasta donde estaba él, trepó poco a poco por sus piernas hasta que su cara quedó a la altura de su virilidad. Joseph se tensó de la cabeza a los pies.

Un delicado dedo femenino le acarició de la base a la punta y apretó los dientes para controlar los espasmos que le recorrieron y cuando casi lo tenía controlado, su esposa se introdujo su miembro en la boca y él sólo pudo gemir.

—¡Por Dios! —ella hizo el amago de quitarse pero le sujetó la cabeza —ni se te ocurra parar ahora —notó su sonrisa y le guió en el movimiento —sigue así Candice, sigue ¡oh sí!

Joseph sólo podía gemir y de vez en cuando gruñir. Su esposa era una diosa en la cama. Lo había intuido desde el primer momento y cada vez que se unía a ella estaba más convencido de ello, pero tenerla como ahora, de rodillas a medio vestir, chupándole como lo estaba haciendo... vamos... era el sueño de cualquier hombre. Entonces ella aumentó el ritmo y la presión y él tuvo que salirse rápidamente de su boca.

—Ya es suficiente cariño —la puso de pie —si sigues un poco más, voy a correrme —ella le miró con una sonrisa tan deliciosamente traviesa que su miembro palpitó —hoy no, pero otro día —le acarició el labio y suspiró —

otro día quiero correrme en tu boca —le agarró los pechos y se los masajeó pellizcándole los pezones —¿me dejarás?

—Puedes hacerlo ahora mismo si quieres —se retorció de placer ante las caricias de su marido y al imaginarse cómo sería llevarle al éxtasis de esa forma.

—Quiero que te corras con mi polla dentro de ti —le mordió en el pecho y ella gimió y apretó los muslos —quiero hacerte tantas cosas...

—¡Oh sí! ¡házmelas! ¡házmelas todas!

Joseph le arrancó el vestido y su piel tembló al rasgarse la tela, sus pechos se tambalearon y su miembro tembló de nuevo por la excitación.

—Eres perfecta Candice, eres absolutamente perfecta —le arrancó los adornos del pelo y le deshizo el peinado, pero le dejó el antifaz —quiero hacerte el amor con la máscara y quiero marcar tu cuerpo —los pezones de ella se irguieron y apretó de nuevo los muslos —eso te gusta ¿verdad? —Candice asintió con la cabeza porque apenas podía hablar —otro día voy a atarte cariño y me chuparás como lo hacías antes, otro día conseguiré que te corras sólo ocupándome de tus pechos, pero hoy necesito hacerlo fuerte ¿podrás con ello?

—Sí —jadeó con fuerza mientras Joseph la giró y la colocó con las manos sobre la cama.

—Te ves tan hermosa así Candice —le acarició la espalda —la piel blanca, el oro brillando en tu piel, el pelo suelto, la máscara... es tan erótico.

En ese momento sus manos le acariciaron el trasero y su boca depositó un beso en su nuca. Todo su cuerpo se estremeció. Su lengua comenzó a bajar por su columna vertebral y acabó entre sus piernas, Candice jadeaba como una loca. Las sensaciones eran tan intensas que apenas podía sostenerse en pie. Entonces sintió los dientes de su marido en su nalga derecha y al instante siguiente era penetrada con fuerza por su marido, no tuvo ninguna oportunidad, se corrió al instante.

Joseph lo disfrutó como nunca. La poseyó con fuerza, como a ambos les gustaba, le sujetó las caderas marcando sus dedos sobre su piel mientras entraba y salía de ella, observando como su cuerpo se arqueaba, era deliciosa. Cuando se acercó a su propio clímax, salió de ella y la besó en la espalda.

—Date la vuelta cariño —ella obedeció y le apartó el pelo de la cara —eres la mujer más hermosa del mundo —la besó en los labios —te amo Candice.

La tumbó en la cama y la acarició con ternura. Así era Joseph, era como hacer el amor con una docena de hombres, cada vez que se unían era diferente, pero siempre era más que satisfactorio y ella lamentaba quedarse tan rápidamente sin fuerzas entre sus brazos.

Poco a poco, las caricias se volvieron más atrevidas y mientras la boca de su marido le torturaba los pechos, sus traviosos dedos se adentraron en ella convirtiendo sus sensaciones en un mar de fuegos artificiales.

—Córrete de nuevo amor mío —Joseph le susurró al oído —antes de que vuelva a estar dentro de ti, córrete de nuevo para que estés mojada y resbaladiza.

Ella se aferró a su cuerpo y le arañó la espalda, entonces sus bocas se unieron mientras los movimientos de sus dedos se hicieron más y más rápidos y cuando sus labios de nuevo atraparon su pecho, ella gritó.

—Adoro verte llegar al éxtasis.

Entonces él le abrió las piernas y se introdujo en su interior, bombeando tan fuerte como podía sin dejar que ella terminase su orgasmo y sintiendo como otro la sobrevenía, le tocó los pechos, le retorció los pezones como a ella le gustaba y la lamió las rosadas cimas sintiendo que estaba a punto de explotar y justo en ese instante, el interior de Candice se tensó exprimiendo su miembro y acalló su grito con un beso.

Cayó desplomado en la cama a su lado.

—¡Madre mía! —no pudo articular palabra durante más de media hora.

Cuando quiso decir algo más, se giró para besar a su mujer, pero ésta se había quedado profundamente dormida con una expresión de absoluta paz en su rostro que le hizo sentirse como un auténtico dios.

El sol despertó a la condesa en la gran cama y a pesar de que su marido no estaba a su lado, sonrió al recordar la fabulosa noche que habían pasado, primero la maravillosa velada en casa de los Ruchtchaild y después la absoluta y deliciosamente agotadora sesión de sexo que habían compartido al llegar a casa, pero sin duda alguna, lo que la tenía flotando a varios metros de altura era que su marido la amaba. Joseph se había enamorado de ella. Y eso merecía que sonriera y que diera gracias a Dios cada segundo de su existencia pues jamás soñó con ser tan afortunada.

Capítulo 22

Finalmente el día en que traicionaría de nuevo a su marido había llegado. Esa noche, ella se reuniría con su hermano en los muelles, había recibido una extensa nota en la que le explicaba cómo llegar sin ser vista por los policías que recorrían la ciudad. Una vez memorizado el trayecto, quemó la hoja de papel.

Intentó por todos los medios que fuese un día como otro cualquiera, se ocupó de organizar al servicio y paseó por los jardines, la única diferencia fue que pasó por el despacho donde trabajaba su marido en cuatro ocasiones para robarle un beso. Jamás había hecho algo así, nunca le había besado más de una vez y aunque en su residencia principal no tenía problemas en buscarle en cualquier parte, en Londres nunca había ido a su despacho, pero hoy todo era diferente. Hoy le necesitaba a un nivel que ella apenas alcanzaba a comprender.

Cuando finalmente el sol se puso en el horizonte y uno de los lacayos la avisó de que tendría que cenar sola, picó algo de comer y subió a su cuarto y se sentó paciente en su cama hasta que su marido llegase. Ya se empezaba a acostumbrar a la rutina de hacer las comidas en solitario pues Joseph le había explicado que a veces le era imposible parar para lavarse y cambiarse de ropa para las comidas y que prefería que le llevaran algo de comer. Y ella lo comprendió. ¿Cómo no hacerlo? Él amaba las tierras y los animales, ella misma había visto cómo con montones de paciencia había conseguido salvarle la vida a aquel potrillo por el que no habían dado un penique y que ahora correteaba por los prados. Y ahora que estaban en la ciudad recibía constantes visitas o mensajes de personas que aseguraban que debían reunirse con él por asuntos de extrema gravedad. Se sentía muy orgullosa de él.

Además, no podía enfadarse por no compartir las comidas con ella, porque por las noches, le entregaba mucho más que una conversación forzada delante del servicio y para alguien como ella, eso era el mismo Paraíso.

Mientras el tiempo pasaba, Candice se sentó en su tocador y comenzó a

escribir en una hoja en blanco. Era consciente de que lo que hacía no era lo correcto, pero jamás pondría en peligro a su marido, él era el amor de su vida y de él dependían cientos de personas, incluidos niños pequeños, ella les protegería a todos. Una lágrima se deslizó por su rostro, se llevó la mano al vientre y cerró los ojos con fuerza, después suspiró y se obligó a seguir escribiendo. Cuando terminó, secó la tinta y guardó la carta en el cajón que debería estar a rebosar de joyas pero que estaba vacío, tan sólo guardaba los dos últimos regalos de su marido.

En cuanto Joseph entró en la habitación, ella se abalanzó sobre él y le besó con ardor, tal era su excitación que por primera vez, hicieron el amor con él sentado al borde de la cama y ella a horcajadas sobre él.

El conde estaba tan exhausto que en cuanto se liberó, se quedó traspuesto. Momento que aprovechó su esposa para vestirse, ponerse la capa y salir de la casa sin ser vista, o al menos, eso era lo que ella pensaba, pues Larson lo veía todo y en cuanto la vio salir corrió escaleras arriba para alertar a su señor y amigo.

A Joseph le costó entender lo que su hombre de confianza le decía, pero finalmente comprendió. Y entonces lo supo. La huida de su esposa estaba relacionada con el secreto que le ocultaba y esa noche por fin después de más de un año, todo iba a ser revelado. Se sentía furioso, tanto, que pensó en darle unos azotes a su mujer en cuanto la tuviese a salvo en Hatford Lane. Más furioso aún se puso al leer la nota que ella le había dejado sobre la almohada en la que le explicaba la extorsión de su hermano y confesaba que le había entregado todas sus joyas. Mientras le gritaba órdenes a Larson y a un par de lacayos, corrió a la caja fuerte y sacó todo lo que había en ella.

Candice caminó por las oscuras calles mimetizándose con el ambiente gracias al oscuro vestido marrón de lana que llevaba puesto, se colaba por los callejones y caminó durante casi una hora hasta que finalmente llegó al muelle donde su hermano la esperaba en compañía de otros dos hombres. En ese momento fue consciente de su tremendo error.

—¡Menuda gatita! —exclamó uno de aquellos miserables.

—Si la tocas, te mato —la voz de su hermano sonaba más cruel que nunca.

Por desgracia, el hombre no le hizo caso y se acercó a ella con la clara intención de arrancarle la ropa a juzgar por su lasciva mirada. Pero un instante después caía desplomado a sus pies y un charco de sangre se extendía hacia ella.

—No te muevas Candice —George la miró fijamente y la apuntó con la pistola —no veo ninguna bolsa.

Ella le miró con tanta decepción en los ojos que hubiese causado efecto en otro hombre, pero él era quien era y llevaba tanto tiempo en los bajos fondos que a veces pensaba que jamás subiría de nuevo a la superficie.

Candice había imaginado que estaría a solas con su hermano, pues lo que había ido a decirle le haría perder los papeles, sin embargo, a pesar de que no estaban a solas, ella no podía echarse atrás, no podía ceder de nuevo ante el chantaje, se armó de valor y miró a su hermano a los ojos.

—No he traído nada George —el compañero de su hermano la apuntó también con su arma —te he dado todo lo que tenía y has vuelto a por más, siempre volverás a por más y yo no puedo seguir traicionando a mi marido.

—¡Estúpida zorra! —el amigo de su hermano se estaba poniendo muy nervioso y se acercó unos pasos a ella.

—Candice... te dije que sería la última vez —ella negó con la cabeza y sus ojos se llenaron de lágrimas.

—Eso me dijiste la otra vez —dio un paso hacia él pero el otro hombre le puso la pistola en el vientre, ella dio un par de pasos hacia atrás.

—Necesito el dinero Candice, de lo contrario, se lo pediré a tu marido y no seremos nada amables con él.

—No harás tal cosa George —enderezó la espalda pese al terror que la recorría —podemos ayudarte, pero no te daré más dinero ni joyas.

En ese preciso instante, Joseph apareció en el muelle y se quedó lívido al ver a dos hombres apuntar a su esposa con sus armas, él iba desarmado y había mandado a Larson a buscar a su hermano Alexander.

—¡Candice! —la voz de su marido la asustó y el miedo a perderle la paralizó.

—¡Perfecto! —su hermano parecía extrañamente relajado —ya estamos todos, tu hermosa mujer que además es mi hermana —le informó con una malévola sonrisa en el rostro —no ha querido compartir sus riquezas, pero ahora que tú estás aquí... lo mismo se lo piensa mejor.

Se acercó un paso a él y le apuntó con su arma a la cabeza. Candice gritó rogando que apartara el arma, pero su hermano tan sólo se rio a carcajadas y le propuso un trato, ella elegía, pero esa noche perdería a uno de los dos. Se acercó a Joseph y le sujetó del cuello con un brazo, se guardó la pistola y amagó para hacerle creer que le rompería el cuello.

—No me obligues a elegir entre él y tú —le pidió con la voz temblorosa —te lo suplico, no lo hagas.

—¡Candice! —el bramido de su marido la asustó y le miró con los ojos llenos de lágrimas —¡lárgate de aquí de una maldita vez!

—¿Qué vas a hacer hermanita? —su hermano había cambiado tanto desde que eran unos niños que el corazón le dolió —¡elije! ¡O él o yo!

Y en ese preciso instante, por la mirada que ella le dedicó, George supo que había cometido un terrible error, no hacían falta las palabras pues estaba claro cuál sería su decisión.

—Siempre ha sido él George —Candice le miró con algo que él no supo descifrar —desde la primera vez que le vi, siempre fue él... nada más importaba, tan sólo que él fuera feliz —sonrió a su marido que la miraba aterrorizado —Joseph, te amé desde el primer instante en que te vi, te juro por lo más sagrado que eres el amor de mi vida. Por favor, perdóname.

Y antes de que ninguno pudiese hacer nada, se lanzó contra el hombre que la apuntaba con el arma y que en un acto reflejo, disparó.

—¡Nooooooooooooooooooooo! —Joseph se zafó de su opresor y se lanzó al suelo, al lado de su mujer —no me dejes Candice, no me dejes mi amor... siempre has sido tú, te he querido desde el primer día, aguanta cariño, por favor...

Joseph no había llorado en toda su vida. Cuando su madre murió sintió un terrible deseo de hacerlo, pero debía mantenerse fuerte por su padre y por su hermano pequeño, por lo que se envolvió en una fuerte armadura para mantener a raya sus sentimientos, pero en ese momento, al ver a su esposa en el suelo con el corpiño del vestido lleno de sangre... no pudo evitarlo, la cogió entre sus brazos y lloró, las lágrimas le quemaban la piel, el dolor le atravesaba como un cuchillo y todo a su alrededor dejó de tener sentido.

George se había quedado pálido cuando su hermana cayó al suelo y vio cómo su vestido se humedecía aunque no se apreciaba la sangre debido al color de la ropa, ¿acaso el botarate de su cómplice no había entendido nada? Ahora lo había perdido todo, su hermana era su banco particular, pero ahora ese imbécil la había matado y ya no podría sacarle nada más, la ira que le invadió al comprender que se había quedado sin el brillante futuro que había imaginado le nubló el juicio y sin pensárselo un segundo, disparó a su cómplice en la cabeza. Observó cómo caía al suelo sin sentir nada en absoluto, ahora no podía pararse a analizar lo que sentía o no, simplemente

tenía que terminar con todo aquel desastre, no podía dejar cabos sueltos, de modo que rellenó su pistola con pólvora sin dejar de mirar al conde y le apuntó a la cabeza.

—¡Alto! —la voz de un hombre le sorprendió y tembló de rabia al ver que le habían rodeado —¡policía! ¡baje ese arma en ahora mismo! —le dieron un par de segundos para que obedeciese, cosa que no hizo —¡baje el arma o dispararemos a matar!

La amenaza de aquél policía no le sorprendió lo más mínimo y tampoco dudó de su veracidad. Llevaba varios meses siendo el hombre más buscado de Inglaterra y había hecho enfadar a demasiada gente importante, no tenía escapatoria y lo sabía, de modo que bajó la pistola un instante y cuando observó que los agentes dejaban de apuntarle, hizo un rápido movimiento apuntándose a la cabeza y disparó con una sonrisa en sus labios.

—Apártese —una voz masculina se filtró a través de la conciencia de Joseph —señor, suéltela por favor...

—No... no puedo —la garganta le dolía tanto que apenas le quedaron fuerzas tras esas palabras.

—Tan sólo queremos salvarle la vida, por favor, permítanos intentarlo.

Pero Joseph no les estaba escuchando, tan sólo permanecía abrazado a su mujer sintiendo que el mismo infierno se había abierto bajo sus pies, el penetrante olor de la sangre se había impuesto al delicioso aroma de violetas que ella usaba y que a él le volvía completamente loco.

Sintió como unos fuertes brazos le levantaban del suelo, quiso negarse pero no le quedaron fuerzas, tan sólo miró la hermosa cara de su mujer pálida y sin vida y se dejó llevar. No sabía ni quien le llevaba ni a dónde, tan sólo sabía que acababa de perder lo que más amaba en el mundo.

Alexander miró al cielo preocupado por el estado en el que estaba su hermano mayor, habían sido necesarios tres hombres para separarle del cuerpo de Candice, él no había sido capaz de mirarla ni una sola vez, había sujetado a su hermano con fuerza, pero con los ojos cerrados, se negaba a ver a su cuñada totalmente cubierta de sangre. No, no podía mirarla, esa mujer hecha de porcelana y fuego no podía haber muerto.

Se sentó al lado de su hermano en mitad de la calle y le abrazó con fuerza. No quería llorar para transmitirle su fortaleza a Joseph, pero al pensar que no volvería a ver a su querida Candice, el rostro le quedó cubierto por unas pesadas lágrimas que le rompieron el corazón. La oscuridad que le rodeaba

había ganado demasiado terreno esa desgraciada noche.

Allí estaban, en mitad de uno de los muelles de carga, sentados en el húmedo y pestilente suelo, sin hablar, sin mirar nada en concreto y sin apenas respirar. Los dos querían a Candice, cada uno a su manera y ninguno era capaz de soportar el haberla perdido. Alexander maldijo para sus adentros por no haber sido más rápido en llegar a Bow Street y por tardar tanto en convencer al comisario, habían llegado tarde, demasiado tarde.

No fueron conscientes de cómo habían llegado donde estaban ni de cómo ocurrió, pero el sol entraba por la ventana de la biblioteca con fuerza, lo que provocó que ambos apretasen los ojos con fuerza. Salvo que en ese instante Joseph recordó lo vivido la noche antes y abrió los ojos, el dolor que le provocaba la luz apenas era perceptible por lo mucho que le dolía el alma. No tenía fuerzas para levantarse, en realidad no tenía fuerzas para nada, tan sólo quería cerrar los ojos y volver a dormir, porque en sus sueños, su amada esposa siempre le esperaba con una enorme sonrisa y un beso que a él le hacía sentirse el hombre más afortunado del mundo, allí en el mundo onírico, Candice seguía viva, a su lado, completamente a salvo y sus vidas eran todo lo que ellos habían deseado, completamente en calma, disfrutando de cada segundo que tenían.

El marqués de Kerinbrooke atravesó las puertas de la casa de su hijo con el corazón en un puño, la nota que le había enviado Larson le había dejado al borde del infarto por la preocupación.

—Señoría —le hizo una reverencia —no sé qué más hacer, no quiere escucharme, si intento entrar en la biblioteca me lanza todo aquello que tiene a mano, lleva bebiendo sin descanso desde que...

No hizo falta que dijera las palabras, el marqués sintió como su corazón se rompía un poco más, su hijo se negaba a seguir viviendo desde que Candice... le dolía tanto recordar lo que le habían contado que apenas se había permitido pensar en ello, pero ya habían pasado diez días. Era demasiado tiempo para que permitiera que la situación siguiese así.

Entendía cómo se sentía porque después de esa desgraciada noche nadie les supo dar información acerca de Candice, por lo que ni siquiera habían podido enterrarla como era debido y esa fue la gota que colmó el vaso de la fortaleza de Joseph. Ni siquiera tenía un lugar al que ir a llorar su pérdida, tan

sólo sus recuerdos, los mismos recuerdos que le torturaban de forma cruel.

Se pasó las manos con frustración por el pelo y tras dejar su capa y su sombrero, se encaminó a la sala donde su hijo se había atrincherado. Y al entrar, su corazón se rompió de nuevo.

La biblioteca era sólo un recuerdo de lo que una vez fue. Había libros tirados por todas partes, hojas destrozadas y desperdigadas, el fuego estaba apagado y el marqués dio gracias a Dios, por lo menos no provocaría un incendio, las lámparas estaban hechas añicos, el escritorio estaba volcado y la silla completamente destrozada, había cristales por todas partes, no quedaba una sola gota de licor en ninguna de las botellas y como no vio ningún vaso, asumió que su hijo los habría estrellado contra la pared.

Le observó detenidamente mientras sus ojos se humedecían. ¡Ojalá pudiese hacer algo por él! Pero lamentablemente la única persona que podía hacer algo... agitó la cabeza para desechar esos pensamientos, ahora tenía que conseguir que su hijo se recuperase. Él mejor que nadie entendía el infierno en el que Joseph estaba atrapado y también sabía que jamás se recuperaría de algo así. Sacudió la cabeza e inspiró el viciado aire de la estancia para intentar obtener la fuerza necesaria para intentar sacar a su primogénito del oscuro vacío al que se había abandonado.

—Vamos hijo... —le cogió del suelo y le arrastró como pudo hasta un pequeño sofá.

—Hola papá —la voz pastosa llena de tristeza le torturó aún más —se ha ido ¿sabes? Se ha ido para siempre y ahora yo estoy aquí y ella... —hizo un gesto con el brazo que le desestabilizó del pequeño asiento —todas las mujeres de mi vida se mueren y me abandonan.

Acto seguido se dejó caer en el suelo y comenzó a roncar.

Las palabras desestabilizaron al marqués por el profundo dolor que emanaban. Miró a su amado hijo durante varios largos minutos sin saber qué hacer o decir porque nada le devolvería ni a su madre a la que era evidente que tanto necesitaba o a su esposa. Y lloró llevado por todo el dolor que había intentado ocultar durante tanto tiempo, por ver a su querido Joseph intentar matarse para seguir a la mujer a la que amaba, lloró hasta quedarse sin lágrimas.

Capítulo 23

Habían pasado dos semanas desde la fatídica noche en la que todas sus vidas cambiaron para siempre por la pérdida de la mujer que les había llenado de luz y Larson había intentado hacer que Hatford Lane siguiese como siempre, próspero e impactante por su belleza, pero él no estaba preparado para llevarlo sólo y Alexander que debía estar ayudando a su hermano había huido lo más lejos posible. Y tampoco podía culparle por ello. Por eso cuando al despertarse recibió aquella nota, todo su cuerpo se revolucionó y una enorme sonrisa se instaló en su rostro. Sí, Dios había respondido a sus plegarias y decididamente los milagros existían.

Fue al establo a buscar a dos hombres más y los tres se dirigieron a la biblioteca, al entrar pusieron cara de asco por el olor que salía de allí, una horrible mezcla de sudor, alcohol, vómito y a saber qué más. No quisieron ni pensarlo siquiera, tan sólo comprobaron que el conde estaba completamente fuera de juego y entre los tres le sacaron en volandas hacia el jardín trasero, una vez allí le dejaron en el suelo y se retiraron unos pasos mientras varios mozos llevaban calderos de agua helada, muchos calderos.

Larson no pudo evitar sonreír, era un grandioso día para todos ellos. Y esperaron, sólo él sabía a quién esperaban y estaba impaciente por que llegara.

—¡Joder! —gritó Joseph cuando una ingente cantidad de agua helada cayó sobre él, tenía los ojos cerrados con fuerza.

—Hola —cerró los ojos con fuerza, aquella voz... —abre los ojos Joseph —gimió por el dolor que le atravesaba.

Deseó poder obedecer, pero no podía abrir los ojos y descubrir que no era real, que ella no estaba con él a su lado, sonriendo como si estar a su lado fuese todo lo que ella anhelaba, no era capaz de abrir los ojos para descubrir cuán caprichoso era el destino. No, se quedaría en el mundo de los sueños, donde podía volver a ver, abrazar y besar a su amada esposa.

Otra ingente cantidad de agua cayó sobre él y se levantó de un salto para

caer poco después, estaba tan borracho que no se tenía en pie.

—Abre los ojos Joseph —él negó con la cabeza y los cerró con más fuerza.

—¿Por qué me torturas? ¿Por qué quieres que abra los ojos para descubrir que te he perdido?

—Porque no me perderás mi amor, cuando abras los ojos, estaré aquí.

Joseph se estremeció por completo al sentir una caricia en su rostro. Llevaba días enteros sintiendo la presencia de su mujer a su lado, le susurraba, le acariciaba y él se moría un poco más porque no comprendía lo que decía ni sentía su tacto, pero ahora, la sentía tan viva como la había sentido aquella última noche que compartieron juntos antes de que ella huyera de su lado dejándole tan sólo como jamás se había sentido, rompiéndole el corazón y destrozando su alma. Se sentía abandonado.

—Confía en mí querido mío, abre los ojos y mírame.

No quería volver a la realidad, no, no quería, tan sólo quería rendirse de nuevo al mundo onírico, donde ella estaba viva y le decía que le amaba, pero a la vez, algo en aquellas palabras le estaba removiendo algo en su interior. Y dejándose llevar tal y como Candice le había enseñado a hacer, abrió los ojos.

—Hola mi amor —Joseph la miraba completamente aturdido —te dije que estaría aquí.

—Pero... ¿cómo es posible? —preguntó mientras le invadía una felicidad que le calentaba el alma.

—Consiguieron curarme Joseph, aquella noche, el médico hizo un extraordinario trabajo y aunque he tardado un poco en recuperarme, estoy aquí, contigo —la miraba sin comprender —hay mucho que debo contarte.

Ella vio cómo la emoción embriagaba los ojos de su marido justo antes de que se desmayase.

—Milady —Larson le tendió las manos para ayudarla a incorporarse pues aún estaba muy débil —lleva muchos días borracho, le va a costar salir de donde está.

—Pero lo hará —sonrió con convicción —porque no hay nadie más fuerte y valiente que él.

Besó al hombre en la mejilla como agradecimiento y pidió que trasladasen a su esposo a sus habitaciones, estaba completamente inconsciente y empapado, pero no quería que se resfriase. Una vez en la habitación, pidió un par de calderos de agua caliente y varios paños. Y se pasó el resto de la tarde,

desnudando a su marido y limpiándole con esmero todo el cuerpo, después le afeitó y le peinó lo mejor que pudo, luego se sentó a su lado a esperar a que volviese a despertar.

Candice observó a su marido y se le encogió el corazón. Tenía signos evidentes en su cuerpo del sufrimiento que había padecido y se volvió a enfurecer con aquellos que debieron informarle de que ella estaba viva, ahora sabía que él la amaba por encima de todo, pero seguramente la culpa por no poder protegerla fuese lo que lo estaba matando a él.

Entendía el caos que se vivió aquella noche, pero eso no mitigaba la furia que sentía. Su marido se moría de pena porque un ayudante advenedizo equivocó los datos y a ella la trasladaron a otro hospital a las afueras de Londres. Miró a su esposo con la esperanza de recuperarle, él no la dejó sola cuando su hermano la atacó y ella no le dejaría a él, permanecería a su lado todo el tiempo que fuese necesario.

Ahora le conocía y sabía que tras esa arrogancia, ese carácter endemoniado y esa frialdad, se escondía el corazón honorable de un caballero que haría lo que fuese necesario para salvar a aquellos a los que amaba.

Sonrió ligeramente, sí, aquella horrible noche él se lo había demostrado, había acudido al muelle con dos enormes bolsas llenas de dinero y joyas, seguramente todo lo que el condado poseía y había renunciado a todo por ella... ¡oh, cuanto le amaba!

Le acarició el rostro con delicadeza y posó sus labios sobre los de él. No debía besarle estando inconsciente, pero no pudo evitarlo, simplemente tenía que hacerlo, todo su ser la empujaba a ello y no quería tener que negarse un placer como ese.

—No desaparezcas —el murmullo apenas fue audible, pero ella le escuchó.

—No lo haré, estaré a tu lado el resto de mi vida —le besó de nuevo en los labios —te quiero con toda mi alma Joseph Aldridge.

El conde Hatford luchaba por recuperar la consciencia, pero era evidente que el alcohol ingerido le había adormecido por completo y en mitad de su mundo interior, rio con fuerzas, bebía como un cosaco para dormir y no ser consciente de la realidad y parecía que jamás iba a conseguirlo y ahora que quería despertar a toda costa, tampoco podía hacerlo. El destino tenía un cruel sentido del humor.

Cuando Larson fue a preguntar por el estado de su amigo, Candice le pidió

que la ayudase a cambiarle de postura, le había parecido que Joseph tenía náuseas y quería impedir que se ahogase, pero antes le dieron a beber agua con azúcar con la ayuda de una cuchara, Joseph no estaba exactamente inconsciente, pero tampoco parecía ser capaz de abrir los ojos.

Al día siguiente, mientras Candice se cambiaba de vestido, él abrió los ojos y suspiró con alivio. Aún se encontraba aturdido y exhausto, pero el hecho de tenerla delante de él, fue como si la misma vida volviese a su interior.

—Al fin te has despertado —ella le miró a través del espejo y le sonrió con dulzura —temía que no lo fueses a hacer nunca —se acercó a él y le besó en los labios —te he echado de menos.

—¿Por qué no estás muerta? —aún le costaba pensar con claridad y el tacto nunca había sido su fuerte.

Ella rio a carcajadas y se sentó a su lado cogiéndole de la mano.

—Casi lo estuve, lo cierto es que la bala me atravesó el costado y tendré una horrible cicatriz el resto de mi vida, pero gracias al buen hacer del médico que me atendió en el muelle, estoy viva.

—Nadie me dijo nada...

—Lo sé querido mío, lo sé y no sabes cuánto lo lamento, pero yo no podía hablar y nadie me conocía, estuve inconsciente mucho tiempo y las fiebres tardaron varios días en abandonarme —le acarició de nuevo el rostro —te juro que si hubiera podido, te habría avisado, pero hubo una confusión y eso provocó un enredo terrible, me confundieron con otra mujer y terminé en un hospital a las afueras de Londres.

A Joseph no le importaba nada de eso, sólo el hecho de que la tenía de nuevo a su lado, de que ella había vuelto, aunque aún tenía una desagradable sensación apesándole el corazón con fuerza y le impedía respirar con normalidad.

—No debiste ir a aquel muelle —le recriminó con fiereza.

—No —agitó la cabeza —no debí, pero tú tampoco Joseph —le hizo un gesto para que no la interrumpiese —era mi hermano... ya sé que no lo comprendes y si te soy sincera, yo tampoco, pero no podía permitir que le hicieran daño si yo tenía la posibilidad de impedirlo —los ojos se le llenaron de lágrimas —lo que no sabía era que me estaba engañando y que se aprovechó de mi debilidad.

—No eres débil —protestó y ella le recompensó con una sonrisa —él es

un malnacido.

—Era —Joseph la miró a los ojos preguntando silenciosamente —era... mi hermano se disparó en la cabeza cuando llegaron los agentes.

—Lo siento mucho cariño —abrió los brazos y ella se refugió en ellos — lo siento mucho.

Odiaba a ese cabrón por todo lo que le había hecho a su amada esposa, pero la conocía y sabía que pese a todo lo vivido, ella jamás le habría dado la espalda, siempre habría acudido en su ayuda, porque Candice era así y una vez que entregaba su corazón, era para toda la vida. Y él la amaba más y más por eso.

Su mujer se apoyó en su pecho y sollozó durante varios minutos mientras él le acariciaba el cabello que llevaba suelto y sentía dentro de él el dolor que ella estaba sufriendo. George era un desgraciado que merecía morir, pero era su hermano y ella le quería, ojalá se hubiese dado cuenta del enorme regalo que era que alguien como ella te amase incondicionalmente. Él ahora era consciente de ello y le daría gracias a Dios cada día.

El llanto duró varios minutos y era tal la tristeza que al conde se le rompió el corazón una vez más. Candice lloraba por la pérdida de su hermano sí, pero no por la acaecida en los muelles, sino porque le perdió cuando aún eran unos niños, lloró por el miedo que sintió al ver a su marido allí siendo amenazado y lloró por el bebé que había en sus entrañas y que había perdido cuando la disparó aquel asesino.

Poco a poco se tumbó a su lado y se fue tranquilizando gracias a la paciencia y la ternura que Joseph demostraba. Cuando despertó en el hospital tomó la decisión de que sería completamente sincera con su marido, seguramente él se enfurecería, pero ella jamás le volvería a ocultar nada. Se acarició el vientre y se recostó en el fuerte pecho del conde.

—Estaba embarazada Joseph —el conde se quedó paralizado —pero perdí al bebé —lágrimas ardiendo le recorrieron el rostro —lo siento mucho.

Él sintió el dolor de su esposa y sus ojos se llenaron también de lágrimas. Habían perdido a su hijo y aunque era algo de lo que no habían hablado, en cuanto ella lo mencionó, él se sintió completo, ansioso de tenerle ya en sus brazos. Hasta ese momento no se había dado cuenta de qué era lo que tanto había ansiado en su vida. Sus días se habían sucedido uno detrás de otro sin ser consciente de que aunque en apariencia era feliz, en realidad se sentía vacío.

Ahora que tenía a Candice de nuevo entre sus brazos y que el futuro se proyectaba ante él, se daba cuenta de que la vida tenía tanto que ofrecerle que si bien lo deseaba también le aterraba en demasía. Porque cuando toda esta historia había comenzado, él odió a su padre por obligarle a casarse, sin embargo se había propuesto tomar como esposa a una mujer insulsa que no le creara problemas.

No pudo contener una carcajada y su mujer le miró sorprendida.

—¿Cómo puedes reírte? —pese a las circunstancias, adoraba el sonido de su risa, era un canto a la esperanza.

—¿Sabes? —la estrechó en sus brazos —mi padre me obligó a casarme y yo me enfurecí con él, incluso lancé algo contra la puerta.

—¿Tú? ¡perdiendo de ese modo la compostura! ¡increíble! —Joseph la observó divertido y se lanzó a hacerle cosquillas, jamás había jugado así con una mujer.

—Te quiero tanto amor mío —la besó en el cuello —sí, estaba realmente furioso, fui a aquel baile por obligación pero entonces él te presentó y yo me quedé sin aliento —la miró a los ojos y ella enrojeció —eres la mujer más hermosa del mundo —le acarició los labios con los dedos —jamás me he arrepentido de que nos encontrasen en el invernadero, te lo juro.

—Yo tampoco —entrecerró un poco los labios y le mordió la punta de los dedos cuando estos la acariciaban el labio inferior —te amo Joseph, desde ese día, creo que me enamoré de ti cuando desafiaste a todo el mundo y me besaste.

El conde volvió a reír a carcajadas y ella se unió a él. Disfrutaron de un interludio tan íntimo que ambos disfrutaron enormemente.

—Jamás vuelvas a ponerte en peligro Candice —de repente el rostro del conde se tornó serio.

—No lo haré —ella le acarició el rostro —George me dijo que te mataría y yo no podía soportar que te ocurriese nada malo.

—Yo tampoco he podido soportar lo que te ocurrió a ti —la abrazó con fuerza —tengo tanto miedo a perderte de nuevo que creo que es posible que pierda la razón.

—Lo superaremos juntos, te lo prometo.

Se recostaron en la cama y se quedaron en silencio, ambos sabían que había algo de lo que aún no habían hablado y era algo que tenían pendiente, pero al parecer ninguno de los dos se sentía preparado para comenzar a

pronunciar las palabras en voz alta.

Al cabo de un rato, un suave golpe les distrajo y Lucinda entró precedida por Larson, quien traía una bandeja con varios tipos de alimentos. La bandeja fue colocada en una de las mesitas y la joven doncella dispuso una jarra de agua fresca y un par de vasos. Ambos salieron con un gesto de aprobación y una sonrisa.

Los condes comieron tranquilamente e intentaron por todos los medios no tocar ninguno de los temas que a ambos les desgarraba el corazón. Cuando terminaron, Candice dejó todo fuera de la habitación, en el suelo del pasillo. Su cabeza bullía de imágenes. Había vuelto y su marido se estaba recuperando, pero aún no habían arreglado las cosas entre ellos.

Al girarse hizo el gesto inconsciente de llevarse la mano al vientre. Pero ahora su hijo ya no estaba allí y comenzaba a sentir su ausencia de una forma muy dolorosa, había estado embarazada muy poco tiempo, no había sentido al bebé, pero ahora que su mundo parecía que volvía a estar en paz, ahora notaba más que nunca que ya jamás le sentiría.

Joseph observó a su mujer y su mente se retorció buscando en sus recuerdos, en los días anteriores al desgraciado día en el que creyó haberla perdido, la había visto hacer ese gesto en varias ocasiones, sobre todo cuando paseaba por el jardín a solas, solía acariciarse el vientre. ¡Qué estúpido había sido! En ningún momento se imaginó que ella pudiese estar embarazada.

—¿Desde cuándo lo sabías? —no hacía falta especificar nada más, pues sus miradas estaban entrelazadas y se decían más que las palabras.

—Desde unos días antes del baile de Navidad, yo... no sabía cómo decírtelo, no habíamos hablado acerca de tener hijos y aunque se supone que tener un heredero forma parte de tus obligaciones... —le acarició el rostro — lo siento mucho Joseph.

—¿Cómo te encuentras? —la estrechó entre sus brazos con delicadeza.

La pregunta la dejó desconcertada. Lo cierto era que no sabía cómo se sentía al respecto. Ella quería ser madre, pero no se había sentido muy unida al bebé que estaba en su interior, aunque no sabía por qué y no se había parado a pensar en el motivo. Y ahora que estaba a salvo en su casa, en la cama con su marido, una profunda pena la envolvió el corazón y un amargo miedo se ancló en su alma. ¿Y si no era capaz de amar a sus hijos? Se sentía confusa al respecto, porque ahora sí sentía la pérdida de su bebé.

—No sé cómo me siento —respondió al darse cuenta de que Joseph la

miraba esperando.

—No te preocupes querida, visitaremos a un doctor para asegurarnos de que estás perfectamente bien y después ya veremos —el conde se levantó de la cama con claros signos de inestabilidad que fue capaz de disimular, se acercó a ella y la besó con dulzura.

—¿Quieres tener hijos? —le preguntó apoyándose en su fuerte cuerpo.

—Sí, hasta ahora no sabía lo que quería Candice, pero te quiero en mi vida y quiero tener una familia contigo, que seas la madre de mis hijos.

Ella asintió pero fue incapaz de pronunciar una sola palabra. Su marido era el hombre más brusco del mundo, pero cuando se abría de esa forma a ella... ¡ah! era como el sol del verano. Le calentaba hasta el alma.

—Cuando nos aseguremos de que todo está bien y no supone un riesgo para ti, si quieres, podemos volver a intentarlo —la condesa se puso totalmente rígida y el conde lo notó —pero sólo cuando tú estés preparada amor mío, por nada del mundo quiero volver a perderte.

Durante esa noche lo único que hicieron fue desnudarse y permanecer abrazados, tardaron bastante en dormirse, pero se necesitaban a un nivel que ninguno de los dos podía comprender. Las experiencias vividas en los últimos meses les habían cambiado la vida para siempre.

Joseph recorrió la cicatriz de su cuerpo una y otra vez mientras la besaba con ternura y adoración y ella le recompensó con un abrazo tan íntimo que le hizo suspirar.

—Imagino que no te resulta agradable —murmuró Candice.

—No me molesta la cicatriz, sino el hecho de que podría haberte matado —le besó la piel aún enrojecida y sensible —es la marca de una guerra que has librado sola —le acarició el vientre —lo superaremos amor mío, te lo prometo, estaré aquí para ti.

—Lo sé —aseveró con una gran sonrisa, porque era cierto que lo sabía, ya no tenía dudas al respecto de los sentimientos de su esposo.

Capítulo 24

Tardaron unos días en recomponerse lo suficiente como para presentarse frente a alguien que no fuese parte del servicio y aunque sabían por las cartas que había quien estaba ansioso por verles, no se imaginaron las reacciones de aquellos que ahora formaban parte de su familia.

Finalmente, tres días más tarde del regreso de Candice, recibieron una nota anunciando la visita del marqués de Kerinbrooke y de su hijo menor y por el tono en el que estaba escrita, era evidente que una negativa a dicha visita no sería aceptada.

En cuanto la puerta se abrió, el marqués y su hijo entraron hasta el salón de recepciones haciendo caso omiso al servicio que les miraban como si les hubiesen salido cuernos. Alexander fue el primero en acercarse a ellos, abrazó a su hermano con fuerza y tras una sentida mirada, se giró a su cuñada a la que cogió de la cintura e hizo girar por todo el salón ante la atónita mirada de todo el mundo.

—Gracias a Dios que estás viva pequeña —la besó sonoramente en la mejilla —te quiero Candice y aunque no seamos hermanos de sangre, te quiero tanto como quiero a Joseph.

—Déjala en el suelo —le ordenó su hermano —aún le duele.

Alexander la soltó de inmediato y la miró con preocupación.

—Tranquilo —le acarició el rostro —estoy perfectamente bien —miró a su esposo por encima del hombro —te prometo que no me ha hecho daño.

—Eres la mujer más asombrosa del mundo —Alexander la besó con cariño y la abrazó despacio pero con mucha ternura.

La condesa se ruborizó, pero se abrazó a su cuñado al que también quería y ocultó su rostro lleno de lágrimas en su cuello. Había perdido a un hermano, pero el destino le había concedido el honor de poner a otro hombre de indudable valor en su camino y ella se sentía tan afortunada que apenas podía dejar de temblar.

Cuando se hubo recompuesto un poco, el marqués tuvo su oportunidad de

abrazarla con delicadeza pero también con algo de posesividad, le acarició el pelo, la besó repetidamente en la frente y volvía a estrecharla entre sus brazos. Era como los abrazos que le daban sus abuelos cuando era una niña y se hacía daño. Reconfortantes y curativos.

Tras el momento tan cargado de emociones, el servicio entró con humeantes jarras de té, preciosos servicios de porcelana y varios platos con delicados pasteles, de los que tanto invitados como anfitriones dieron buena cuenta.

—Bien, me alegra comunicarte hijo que la oleada de robos y chantajes ha terminado —el marqués observó a su nuera —me temo hija mía que tu hermano estaba detrás de todo.

La joven condesa se estremeció en el sofá y se acercó un poco más a su marido intentando que su cercanía la calmase lo suficiente como para no perder la compostura delante de la familia de Joseph.

—¿Algo se ha hecho público? —preguntó el conde.

—No, se ha extendido el rumor de que el barón Stonely salió hacia América hará más o menos un mes dado que perdió la mansión en las mesas de juego —se encogió de hombros —de veras lo siento querida, eso no hubo forma de negarlo.

Los ojos de Candice se llenaron de lágrimas y apretó los dientes para evitar derramarlas mientras asentía con la cabeza, sin embargo, una gota rebelde se resbaló por su rostro y se la secó con rabia.

—Tras eso —intervino Alexander —los agentes de Bow Street han declarado que los ladrones que fueron abatidos en los muelles, eran unos simples rateros venidos de Europa y como nadie ha reclamado sus cuerpos —se encogió de hombros —la historia está cerrada.

—¿Y qué pasa con los doctores que trataron a mi condesa? —preguntó de nuevo el conde.

—No pasa nada, son buenas personas que ahora ya están al tanto de todo, uno de ellos ha atendido en varias ocasiones al magistrado jefe y éste responde por él personalmente, no hay de qué preocuparse, tu reputación está a salvo querida mía —se puso en pie —además, al registrar uno de las localidades donde los bandidos se refugiaban se encontraron todas las joyas robadas.

Candice no lo soportó más y comenzó a llorar. Joseph la estrechó entre sus brazos e intentó por todos los medios calmarla lo mejor que pudo, pero

parecía que nada podía consolarla, simplemente se agitaba entre sus brazos y sollozaba partiéndoles el corazón a todos los presentes.

—Cariño, deja de llorar, no pasa nada —le acariciaba el pelo con ternura —ya te dije que no me importa, yo mismo estaba dispuesto a entregarles el mismo condado con tal de recuperarte.

Joseph imaginaba que eso era lo que ella necesitaba escuchar, pero nada más lejos de la verdad, en cuanto las palabras abandonaron sus labios, su esposa se agitó con más fuerza aún y sus sollozos se hicieron absolutamente desgarradores.

Los tres hombres se miraron sin apenas comprender, lo cierto era que ninguno tenía mucha experiencia en cuanto a mujeres se trataba, o por lo menos en cuanto a sus sentimientos. El marqués había estado casado quince años con su amada esposa, sí, pero la marquesa había resultado ser una mujer de lo más práctica y serena, él jamás la vio llorar como estaba haciendo ahora mismo la condesa, así que ciertamente no tenía ningún consejo que darle a su hijo, aunque al ver la pena y el desconsuelo que emanaban de ella, se le encogía el corazón.

—Lo siento —pronunció la joven al cabo de un rato —te juro que no quería traicionarte.

—Cariño —el conde la miró con todo el amor de su corazón —lo sé, sé que no querías y sé que lo hiciste porque temías por mi vida, pero tienes que olvidarlo, todo eso ya pasó —le colocó un mechón de pelo tras la oreja —es hora de dejar el pasado atrás —y ambos sonrieron.

Alexander se estaba ahogando en mitad de aquella pequeña crisis emocional.

Desde que habían supuesto que su cuñada había muerto, las sombras que le arañaban el corazón se habían oscurecido aún más y se habían propagado por todo su cuerpo clavando sus garras tan profundamente que prácticamente le habían carcomido el alma. Él quería a su familia, les quería tanto que sufría de verdad al ver cómo esos malditos bastardos les habían quitado años de vida a través del dolor, la traición y la codicia.

—Tengo una noticia que daros —se puso en pie —no había planeado que esto sucediese así, pero ahora que mi hermosa cuñada está en casa no hay razón para retrasarlo más —el marqués se giró y le miró duramente, algo le decía que no eran buenas noticias —he sido seleccionado para trabajar con Sir Roger.

—No.

—Ni hablar.

Su padre y su hermano hablaron a la vez y sus voces eran tan graves como helados eran sus tonos.

—No podéis impedirlo —les sonrió pícaramente —tengo veinticinco años, no soy el primogénito y no tengo ningún título que me obligue a estar aquí —se encogió de hombros —se trata de mi vida, no de la vuestra.

—Te compraré el título que quieras —su padre se tensó de la cabeza a los pies.

—¿En serio? —Alexander le miró fijamente y su padre no se echó atrás — entonces quiero el tuyo.

—Hecho —lo ofreció sin dudar, sin pestañear y él se sintió como un miserable.

Ambos sabían que era una estupidez porque la ley de primogenitura estaba más que clara y a no ser que tanto su padre como su hermano muriesen, él jamás llegaría a ser marqués y aun así, tendría que esperar para asegurarse de que Candice no estaba embarazada de un varón. Y bien sabía Dios que no era eso lo que él deseaba, simplemente es que ya no soportaba estar allí más tiempo, había perdido todo lo que alguna vez había amado en la vida y aunque había recuperado a su cuñada, no fue suficiente para recuperar su corazón y su alma.

—¿Y qué pasa con Joseph y con Candice? —bramó enfurecido —¡ellos son los futuros marqueses!

Entonces Candice se levantó y se acercó a Alexander, le miró a los ojos y le sonrió como sólo ella sabía hacer.

—Te cedo el título —le acarició el rostro —si eso es lo que hace falta para tenerte cerca y a salvo, bien sabe Dios que te cederé todos los que tengo —le cogió las manos con firmeza —no perderé a otro hermano.

Y a punto estuvo Alexander de caer de rodillas. ¡Dios! ¿dónde había estado esta mujer toda su vida? ¿por qué Joseph no la había encontrado antes? ¡maldito idiota! ¡ella habría podido mantener alejadas las sombras! Pero ahora ya era tarde para él, ya era demasiado tarde para todos en realidad. Se acercó a ella y la estrechó entre sus brazos con fuerza. Sólo la soltó cuando notó que se estremecía y recordó que aún tenía dolor por el disparo que había sufrido.

—Eres una de las personas que mantienen mi mundo en pie Candice Hatford —la besó en la mejilla —futura marquesa de Kerinbrooke —recalcó

el título y la abrazó de nuevo, la soltó para mirarla fijamente —me siento honrado por el hecho de que me consideres como un hermano y me llevaré ese honor a la tumba, pero no hay nada que me retenga aquí.

Miró a su padre y le vio palidecer y envejecer de repente y lo lamentó. Lo lamentó de veras.

—Padre, estaré bien, lo prometo.

—No hagas promesas que no puedes cumplir Alexander —Eliseo tenía los puños apretados con fuerza —Sir Roger no selecciona a hombres para jugar en salones de caballeros, te olvidas que hablas con uno de los Pares que estaba a su lado cuando formó el grupo de hombres del cuál ahora formarás parte.

—No olvido nada padre, sé quién eres y sé quién soy —miró a su hermano —parto en una semana —hizo un gesto ante la mirada llena de preguntas del conde —no puedo decir a dónde.

Acto seguido volvió a besar a su cuñada en la mejilla y abrazó a su padre, del único del que no se despidió fue de su hermano porque no encontró las fuerzas para hacerlo. Cuando su madre murió por su culpa, Joseph le abrazó con fuerza y le besó con cariño, le susurró durante horas y consiguió que se quedase con él y ahora tenía que decirle adiós porque verle al lado de la mujer a la que amaba le destrozaba el corazón y no encontraba las fuerzas para permanecer por más tiempo allí.

De modo que se colocó la máscara de indiferencia y salió del salón y de la casa de su hermano como siempre había hecho, con una sonrisa en los labios, no porque se sintiera el hombre más feliz de mundo, ni mucho menos, sino porque desde que las sombras se habían apoderado de él, así era como había evitado las preguntas y las intromisiones de los demás, fingiendo que no había pasado nada, que nada había cambiado para él, que todo estaba bien. Y le había dado resultado los últimos diez años, por eso se había presentado voluntario al proyecto de Sir Roger, un dato del que esperaba que su familia jamás tuviese conocimiento.

Candice paseaba por los alrededores de Hyde Park al lado de su nueva amiga. Lady Julia que acababa de volver de su viaje de novios tras la boda con el conde de sus sueños, estaba enfrascada en una agradable conversación cuando un hombre se acercó a ellas.

—Buenas tardes —les hizo una reverencia —soy sir Roger.

—He oído hablar de usted —Candice le miró preguntándose por qué estaba hablando con ellas, era algo muy impropio dirigirse a unas damas sin ser debidamente presentado.

—Estoy seguro de ello milady —la miró a los ojos —sólo quería saludarla y enviarle mis saludos a su esposo, como sabe en un par de días su cuñado y yo partiremos al extranjero y tengo entendido que lord Hartford está preocupado por su hermano.

—Eso es natural ¿no le parece? —rebatió Candice —no obstante, no se preocupe sir Roger, le transmitiré sus saludos a mi esposo, estará encantado de saber que se ha cruzado conmigo en el parque.

Le miró a los ojos con un claro desafío en ellos y se sorprendió al comprender que era exactamente lo que el hombre pretendía, que ella le diese a su esposo el mensaje de que estaba al corriente de que habían enviado mensajes y hombres por toda Inglaterra preguntando por Alexander, pero parecía que se lo había tragado la tierra.

—Estoy convencido de ello milady —hizo una reverencia —que disfruten de su paseo.

Dicho lo cual se alejó de ellas y al cabo de unos instantes había desaparecido de su vista. La inquietud de Candice se acrecentó de tal modo que apenas podía respirar. Un terrible presentimiento la invadió con virulenta fuerza y el corazón se le aceleró en el pecho, luchando por algo que ella no era capaz de comprender.

No tardó en despedirse de su amiga para poner rumbo a su casa, debía reunirse con su esposo y contarle inmediatamente lo que había ocurrido, tenía una extraña sensación en la boca del estómago, se sentía vigilada y a la vez amenazada. Y sobre todo temía por Alexander.

Nada más llegar a su casa, corrió hasta el despacho de su esposo y entró sin llamar.

—Joseph —jadeó —Sir Roger se ha acercado a mí en Hayde Park —se acercó a él —creo que me ha hecho una advertencia.

—Tranquila mi amor, cuéntamelo todo.

Y ella lo hizo.

Una vez que estuvo más tranquila, su marido se sentó en el sofá con ella en el regazo y comenzó a acariciarle la espalda mientras le explicaba que claramente la búsqueda de su hermano había molestado a Sir Roger de alguna manera y eso sólo podía significar que lo que sea que fuera a hacer su hermano

no podía ser del todo legal.

—Me temo que mi hermano se ha metido en algo de lo que tendrá que salir él solo —la estrechó más fuerte entre sus brazos.

—Pero no podemos dejarle a su suerte —protestó Candice.

—Querida —la besó en los labios —sir Roger no es cualquier oficial, es un alto cargo del Estado y mi padre fue su ayudante a la hora de crear el grupo de hombres al que al parecer se ha unido Alexander —rozó la punta de su nariz con la suya —me temo que mi hermano ha decidido su suerte.

—¡Oh Joseph!

Candice se abrazó a su marido y sollozó amargamente presa de la tristeza más profunda, algo dentro de ella le decía que no debían dejar de buscarle, que no debían permitir que se embarcase en ese barco, pues temía que se alejase para siempre de ellos y ella ya había perdido un hermano, se negaba a perder a otro. Ojalá el mundo no fuese como era, ella haría lo necesario para traer a ese hombre de vuelta a sus vidas.

Joseph hizo todo lo que pudo para tranquilizar a su esposa, pero le rompía el corazón verla sufrir, ahora que su entorno volvía a estar tranquilo y en calma, era consciente de que lo que unía a Alexander con su esposa no despertaba sus celos, pero no podía evitar estar furioso con él, pues sentía que la hería y que a él le abandonaba. Y por primera vez comprendió el por qué Candice había cedido al chantaje de su hermano, que temiese por su vida era una parte, pero lo que la impulsaba a mantener el secreto, a no olvidarle era la esperanza de recuperarle. La abrazó en silencio y la besó en el pelo, él también estaba dispuesto a hacer lo necesario para que su hermano volviese a casa.

Dos días más tarde, Joseph salió de entre las sombras justo cuando Alexander estaba a punto de acceder al barco que le llevaría lejos de Londres.

—Se supone que no debes estar aquí —miró a su hermano mayor y sintió que la pena y la tristeza le envolvían de nuevo.

—Tú tampoco —se acercó más a él —¿por qué nos haces esto? ¿por qué nos abandonas?

—No lo hago Joseph —dejó caer la pesada bolsa que llevaba colgada a la espalda y apoyó las manos en las caderas y miró al suelo antes de seguir hablando —mírate —sus miradas se cruzaron —tú tienes todo lo que deseas,

un título...

—¿Es eso lo que quieres? —su rostro estaba contraído por la ira —te lo doy, te lo regalo, todo lo que quieras Alexander, lo que desees para que no te vayas.

—¿Y qué le hacemos a la ley de primogenitura? —preguntó con una sonrisa —no quiero tu título hermano, nunca lo he querido, pero no te mentiré y te diré que no quiero lo que tienes —le miró fijamente —déjame terminar de hablar —le pidió con las manos alzadas —tienes un título, responsabilidades, una esposa encantadora que te ama y a la que amas, tienes un futuro.

—¿Acaso tú... —las palabras se le atascaban en la garganta —tú... Candice... —apretó los puños con fuerza.

—¡No! Por supuesto que no —sonrió con sinceridad, esa sonrisa que reservaba sólo para la familia —lo que siento por ella es fraternal, mi corazón lo entregué hace mucho y jamás he podido recomponerlo —su mirada bajó al suelo —no me queda nada por lo que pelear aquí en Inglaterra.

—No sé si podré dejarte marchar —murmuró Joseph, pero en el fondo sabía que lo haría, porque Alexander lo necesitaba.

—Podrás —aseveró Alexander —porque eres el conde de Hatford, futuro marqués de Kerinbrooke y porque siempre has atendido todas mis necesidades a veces incluso antes de que yo mismo supiese lo que necesitaba —se frotó el pelo desesperado —y esto lo necesito.

Joseph no fue capaz de decir nada más, tan sólo abrazó a su hermano pequeño que tras palmearse las espaldas, cogió la pesada bolsa y se subió al barco corriendo por la rampa de madera sin girarse ni una sola vez a mirar atrás.

Él se quedó allí plantado observando cómo el barco abandonaba el muelle y se llevaba a su mejor amigo, a su hermano menor en él, alejándole de él para siempre. Sintió un extraño vacío cuando escuchó la sirena sonar, la nave aún no había abandonado el puerto, pero él ya la imaginaba más y más pequeña en el horizonte, y el vacío se tornó en ira y tristeza entremezcladas.

Y allí se hubiese quedado durante horas de no ser porque una delicada y femenina mano se aferró a la suya. Se giró y se sorprendió al ver a su esposa a su lado, con los ojos llenos de lágrimas y aun así, ofreciéndole el consuelo que él tanto necesitaba. La abrazó con fuerza e intentó por todos los medios controlar el furioso latido de su corazón.

—¿Es que nunca aprendes? —la recriminó con firmeza —ya deberías

haber aprendido a no pasear sola por los muelles.

—Claro que aprendo —ella le acarició el rostro —mientras tú estés cerca, por tortuoso que sea el camino, siempre llegaré a ti.

Joseph cabeceó y la estrechó entre sus brazos de nuevo. ¿Cómo era posible que tuviera el corazón dividido? Cuando por fin conseguía a su esposa en cuerpo y alma, perdía a su hermano.

Candice se cogió de su brazo y caminaron en silencio hasta el carruaje que les esperaba escondido detrás de un enorme montón de sacos, mantas y redes. Y continuaron en silencio hasta que llegaron a su casa.

Epílogo

—¡Hemos recibido otra carta de Joseph! —Candice entró en la recién restaurada biblioteca sin llamar, como siempre hacía con una sonrisa tan sincera que iluminaba la estancia más que el sol que entraba por la ventana — ¿qué nos contará esta vez? —preguntó mientras rompía el lacre.

—Alguna historia absurda para encandilarte —Joseph se levantó de su sillón y se reunió con su esposa —aunque lo que diga sea mentira, al menos sé que aún está vivo.

La condesa le golpeó en el pecho.

—¡No llames al mal tiempo! —le recriminó —ojalá vuelva pronto a casa —un lánguido suspiro salió de sus labios, le echaba mucho de menos.

Se sentó en el sofá y esperó a que su marido se sentase a su lado, sólo entonces abrió la carta y leyó con avidez.

“Queridos condes de Hatford:

Es para mí un placer tener noticias vuestras y saber que por fin habéis arreglado la biblioteca, ciertamente era una pena cómo la destrozamos, tus sustos nos quitaron años de vida mi querida cuñada.

Puedo contaros que me hallo en un lugar sin parangón, las playas son de arena blanca y fina y el mar es de un cálido azul, he disfrutado de las virtudes de bañarme en el océano en varias ocasiones. Donde me hospedo también tiene grandes atractivos, la comida y el dormitorio son realmente espectaculares.

Siempre vuestro,

Alexander.”

Candice dobló la carta y se levantó para guardarla en un cofre donde esperaban el resto de las misivas de su cuñado.

—Sus cartas cada vez son más cortas —se lamentó.

—No puede contar lo que hace y seguramente lo que ha escrito no sea cierto —se levantó y la abrazó —tendremos que seguir esperando.

Caminaron por la estancia y salieron al pasillo, después continuaron hasta

llegar a la puerta trasera que daba directamente al jardín. Joseph sabía que después de una carta de su hermano, su mujer necesitaba unos minutos para recomponerse y lo cierto era que a él también le venía realmente bien ese tiempo a solas y en silencio le permitía aclarar sus ideas.

En los meses que habían pasado desde la marcha de su hermano, había muchas cosas que habían cambiado en su vida. Había delegado algunas de sus obligaciones en el personal más que cualificado que trabajaba para él dejando así más espacio para estar con su esposa.

—Buenas tardes —la voz del hombre le hizo sonreír.

Era otra de las cosas que habían cambiado en los últimos meses. Su primo, el conde de Tillshire, caminaba con aire despreocupado hacia ellos. Su esposa como siempre, se adelantó para saludarle.

Desde que habían disparado a Candice, todo el rencor que sentía hacia aquellos quienes él pensaba que le habían abandonado, simplemente se evaporó, sufrió una especie de revelación al comprender que no todo es siempre como parece. Algo que su esposa le recordaba a menudo.

—Buenas tardes Tillshire —saludó a su primo con un apretón de manos —¿pasabas por aquí? —le preguntó con picardía.

—Pues lo cierto es que no, he venido a comprarte un semental —miró a Candice y sonrió —pero hablaremos de negocios durante la cena.

Joseph se rio a carcajadas.

—Igual que cuando eras un crío, te auto invitas a mi casa —el otro hombre se encogió de hombros —nos alegra tenerte por aquí.

La condesa ordenó que les llevaran un refrigerio mientras el primo de su esposo les contaba las últimas novedades de Londres. Se sentía muy feliz por haber conseguido hacer que su terco marido recapacitara y aceptara la visita de Tillshire, aquella reunión fue tensa y estuvo llena de gritos, pero al parecer, ambos habían quedado satisfechos y ella agradecía cada una de las visitas que les regalaba el conde, a falta de Alexander, Joseph parecía sentirse ligeramente más aliviado cuando su primo estaba cerca.

La cena fue divertida y llena de anécdotas de cuando ellos eran los tres diablos de Hatford, como solían llamarles los vecinos, entre risas recordaban que en las fiestas, ninguna madre estaba tranquila hasta que los tres desaparecían. Candice adoraba esas historias porque le ofrecían un retazo de la historia de su marido y de las personas que ahora formaban parte de su familia. Sonrió con calidez y disimuladamente se tocó el vientre.

Habían pasado casi diez meses desde que perdiera a su bebé tras el disparo y aunque aún le lloraba cuando se encontraba realmente a solas, la emoción de estar embarazada de nuevo le hacía recobrar la alegría, esa mañana había estado completamente segura de su estado tras hablar con el doctor Gilbert y quería compartir la noticia con su esposo, pero no quería hacerlo delante de nadie, así que le informaría más tarde, cuando ambos se quedasen a solas en la intimidad de su habitación.

Al final el conde Tillshire se quedó a pasar la noche en Hatford Lane debido a que cuando terminaron de charlar se había hecho demasiado tarde para que se fuese a su propiedad, la cual estaba a poco más de una hora de distancia en carruaje.

Joseph subió pesadamente las escaleras hacia su dormitorio con la extraña sensación de que jamás conseguiría estar completo en la vida, siempre le faltaba alguien que provocaba que su mundo se tambalease, echaba de menos a su hermano más de lo que había podido imaginar y aunque le gustaba volver a tener relación con su primo, lo cierto era que al estar juntos le hacía añorar aún más a Alexander. Llegó a la puerta de su habitación y encontró cierto consuelo al saber que Candice le esperaría con los brazos abiertos, un remanso de paz en mitad de cualquier tormenta.

Entró y se maravilló al comprobar que su esposa le conocía mejor de lo que esperaba. Estaba recostada sobre un diván con dos copas de brandy en las manos y una preciosa sonrisa en los labios.

—Gracias por esperarme despierta —se acercó y la besó con ternura.

—Me pareció que necesitabas algo de calma —le tendió la copa que él cogió antes de sentarse a su lado.

—Echo de menos a Alexander —la joven se recostó contra él y dejó que siguiera hablando —aunque me alegra haber retomado la relación con William.

—Bueno, también tienes a tu padre y a mí —se acercó más a él —y en aproximadamente ocho meses tendrás un hijo o hija.

Esperó impaciente la respuesta de Joseph y se sintió bendecida cuando él la estrechó entre sus brazos después de dejar la copa que sostenía en una mesita cercana, después la subió a su regazo y la besó con delicadeza.

—Me preguntaba cuándo me lo ibas a contar —le murmuró al oído.

—¿Lo sabías? —preguntó sorprendida.

—Por supuesto, no creerás que cometo el mismo error dos veces —la

besó en los labios —la vez anterior no estuve pendiente de tus necesidades ni de tus gestos tanto como debería —volvió a besarla —pero ahora sí —le acarició el vientre —llevas más o menos una semana acariciándote el vientre de forma protectora —la miró y sonrió —por no hablar de que no has tenido necesidad de usar paños en algo más de un mes.

—¿Acaso no sabes que el decoro exige que no hables de mis intimidades? —le preguntó ruborizada de la cabeza a los pies.

—No —respondió encogiéndose de hombros —soy granjero cariño, conozco a la perfección todos los procesos de la procreación.

—Eres incorregible —le besó sonriendo.

—Te quiero Candice —la abrazó de nuevo —gracias por elegirme.

—Me temo querido, que los hombres sois los que elegís a las mujeres —le rodeó el cuello con los brazos.

Joseph la levantó en el aire y se encaminó a la cama con ella, después de depositarla en el lecho con sumo cuidado, la miró tan intensamente que la joven se ruborizó de nuevo y dejó que su esposo le quitase el sencillo camisón que llevaba.

—Eres preciosa —se arrodilló en el suelo, le abrió las piernas y se situó en medio —creo que tenemos algo que celebrar.

Y lo celebraron a lo grande.

Candice se quedó dormida después de alcanzar el clímax en varias ocasiones que la dejaron más que satisfecha y como siempre, de forma inconsciente se acurrucó contra el formidable cuerpo de su esposo para abandonarse al sueño.

Joseph la contempló durante unos minutos más intentando descubrir algún cambio en su cuerpo, pero por más que se esforzó no encontró nada y por un instante se sintió decepcionado, ansiaba ver su vientre plano redondearse, sopesar sus pechos hinchados con las manos y deleitarse con la sensibilidad acentuada que su mujer tendría, anhelaba notar los movimientos del bebé. Sonrió al imaginarse a él mismo tocando y contándole cuentos a su hijo a través del cuerpo de su madre, quería que le reconociese nada más abrir los ojos.

Aún le faltaba su hermano, pero la llegada de su hijo le hacía más llevadero el día a día. Imaginando cómo jugarían juntos o cómo le enseñaría a montar a caballo se quedó dormido. Su mundo no estaba entero, pero de momento, estaba en paz.

Y de momento, tendría que conformarse con eso.

Fin

AGRADECIMIENTOS:

Sin duda alguna esta es la parte más difícil de la novela, al menos para mí.

Este año ha sido un año de muchos cambios en mi vida lo que ha provocado que tarde mucho en sacar a la luz esta novela, pero gracias al apoyo de los que me rodean y de los que no se olvidan de que sigo aquí pese a que a veces me mantengo alejada de las redes durante meses, al final lo he conseguido.

De modo que GRACIAS, a los que os quedáis a mi lado para tomar un café, a los que me enviáis un whatsapp para preguntarme cómo estoy, a los que me enviáis un email para que me ponga las pilas, a los que puntuáis la novela en las plataformas, es muy importante. A todos vosotros: GRACIAS, GRACIAS y GRACIAS.

Ya sólo me queda agradecer haber llegado hasta aquí, espero que hayáis disfrutado de la novela.

¡Podéis seguirme en las redes sociales!

Facebook: www.facebook.com/AlexiaSeris

Twitter: [@AlexiaSeris](https://twitter.com/AlexiaSeris)

Pinterest: www.pinterest.com/alexiaseris/

Y también en mi página personal donde encontraréis relatos cortos:

www.alexiaseris.com

¡¡GRACIAS por leerme!! ¡¡Besos!!

¡¡Y espero vuestros comentarios en Amazon, en Facebook y donde queráis!!

Besos. Alexia Seris.